
PATRICIA CORNWELL
CAOS
UN NUEVO CASO DE LA DOCTORA SCARPETTA
B

Caos

Patricia Cornwell

Traducción de María Enguix Tercero



Para Staci, en recuerdo de Tram

Existe en mí un amor como jamás habéis visto.
Existe en mí tal rabia que jamás habría de manifestarse.

MARY SHELLEY,
Frankenstein

CAOS

Del griego antiguo χάος («jaos»)
Abismo o vacío inmenso
Anarquía
Ciencia de lo impredecible

Prólogo

Crepúsculo
Miércoles, 7 de septiembre

Detrás del muro de ladrillo que ciñe Harvard Yard, cuatro altas chimeneas y un tejado de pizarra gris con tragaluces pintados de blanco asoman entre las ramas de los frondosos árboles.

La visión del edificio de estilo neogeorgiano, a no más de quince minutos a vuelo de pájaro, es agradable. Sin embargo, ir a pie no parece la decisión más sabia. He sido una tonta por negarme a que me llevaran en coche. Esto parece un horno incluso a la sombra. La atmósfera está estancada, nada se mueve en el aire húmedo y caliente.

Si no fuera por el lejano sonido del tráfico, los escasos transeúntes y las estelas de vapor sobre mi cabeza, podría creer que soy el único ser humano que queda vivo en la Tierra después de un desastre apocalíptico. Nunca he visto el campus de Harvard tan desierto, salvo quizá durante una amenaza de bomba. Por otra parte, tampoco había experimentado jamás un clima tan extremo en esta región del mundo, y las ventiscas y las ráfagas árticas no cuentan.

Los habitantes de Nueva Inglaterra están acostumbrados a estas inclemencias, pero no tanto a las temperaturas que superan los cuarenta grados centígrados. El sol se ha fundido en un cielo de un blanco óseo, cuyo azul ha sido despojado por el calor, como he oído a alguien describirlo. «El efecto invernadero». «El calentamiento global». «Un castigo divino». «La obra del diablo». «Mercurio retrógrado». «El Niño». «El fin del mundo».

Son algunas de las descripciones atribuidas a una de las peores olas de calor de la historia de Massachusetts. Las tareas se han disparado como una flecha en mi cuartel general, el Centro Forense de Cambridge (CFC), y esa es la paradoja de mi oficio. Cuando las cosas van mal, es normal. Cuando empeoran, todo bien. Tener seguridad laboral en este mundo imperfecto es un don y una maldición, y mientras atajo por el centro del campus en medio de un calor sofocante, voy perfilando en la mente la conferencia que tengo que dar mañana por la tarde en la Kennedy School of Government.

Algo ingenioso, algún juego de palabras, anécdotas provocadoras pero auténticas, y quizá mi hermana Dorothy no sea tan inútil como siempre he creído. Ella dice que tengo que ser entretenida si quiero captar el interés de un auditorio repleto de hastiados intelectuales de la Ivy League y responsables políticos. Puede que hasta se pongan en mi pellejo por una vez si comparto con ellos el lado oscuro, la otra cara, el sótano espeluznante al que nadie desea acercarse o vislumbrar siquiera.

Me conformo con que no se espere de mí que reproduzca los típicos chistes manidos insensibles, y menos aún los que oigo constantemente en boca de la policía, en su mayor parte pésimos eslóganes que terminan plasmados en una camiseta o una taza de café. Les ahorraré el «nuestra jornada empieza cuando termina la suya», aunque sea verdad. Pero supongo que un chascarrillo sobre el hecho de que cuanto más grave es la situación, más necesaria soy, no tiene nada de malo. Las catástrofes son mi vocación. Las noticias espantosas me sacan de la cama. La tragedia es mi pan de cada día, y el ciclo de la vida y la muerte permanece intacto con independencia de tu coeficiente intelectual.

Así es como mi hermana cree que debo explicarme mañana por la tarde ante cientos de influyentes estudiantes, profesores universitarios, políticos y líderes mundiales. Sin embargo, yo pienso que no tengo ninguna necesidad de explicarme. Aunque

al parecer sí, como me dijo Dorothy por teléfono la víspera, mientras nuestra anciana madre daba voces por detrás, despotricando contra la mujer de la limpieza, una sudamericana ladrona que se llama Honesty —«honestidad»—, y no es un chiste. Según parece, Honesty le roba a mamá grandes cantidades de joyas y dinero en efectivo, le esconde las pastillas, le vacía el frigorífico y le cambia los muebles de sitio con la esperanza de que tropiece y se rompa la cadera.

Honesty, la mujer de la limpieza, no es culpable de nada de eso; nunca ha hecho tales cosas y nunca las haría. A veces tener una memoria casi fotográfica no me beneficia en absoluto. Recuerdo el drama telefónico de la víspera por la noche, incluidas las partes en español, y cada palabra me resuena en la cabeza. Puedo reproducir la voz trepidante y segura de Dorothy aconsejándome cómo no aburrir al público, puesto que, claramente, eso es lo que ocurrirá si me abandono a mi suerte. Me dijo:

«Sube al podio, estudia la sala con semblante inexpresivo y di: "Bienvenidos. Soy la doctora Kay Scarpetta. Atiendo a pacientes sin cita y hago visitas a domicilio. ¿No te morirías por tener mis manos sobre tu cuerpo? Porque eso tiene arreglo". Y luego guiñas un ojo.

«¿Quién podría resistirse? ¡Eso es lo que deberías decirles, Kay! Algo divertido, sexy y que no sea políticamente correcto. Y los tendrás comiendo de tu mano. Por una vez en tu vida escucha a tu hermana pequeña con mucha atención. No habría llegado donde estoy si no supiera un par de cosillas sobre publicidad y marketing.

»Uno de los mayores problemas de estos empleos matadores, y me perdonarás el juego de palabras, como trabajar en funerarias y morgues, es que nadie tiene la menor idea de cómo promocionarlos o vender lo que sea, porque ¿para qué molestarse? En fin, para ser justos, las funerarias están mejor que el sitio donde tú trabajas. Al fin y al cabo, adecentar a un

muerto o preocuparte de que el féretro sea bonito no es uno de tus cometidos. En resumen, tienes todas las desventajas del negocio de las funerarias, pero nada que vender y nadie que te lo agradezca».

A lo largo de mi carrera como patóloga forense, mi única hermana, más joven que yo, se las ha arreglado para equipararme con una científica de morgue o simplemente con alguien que se ocupa de los marrones que nadie quiere.

De alguna manera, es la conclusión lógica de haber cuidado de nuestro padre moribundo cuando era pequeña. Me convertí en la persona a la que acudir cuando algo resultaba doloroso o desagradable y había que atenderlo o limpiarlo. Si un animal era atropellado o un pájaro se estrellaba contra una ventana o a nuestro padre le sangraba por enésima vez la nariz, mi hermana corría chillando en mi busca. Todavía lo hace si necesita algo, y nunca tiene en cuenta si es conveniente o si es el momento oportuno.

Sin embargo, a estas alturas de la vida me digo que no nos hacemos más jóvenes. He decidido hacer un verdadero esfuerzo por mantenerme abierta de mente, aunque mi hermana sea con toda probabilidad el ser humano más egoísta que he conocido en mi vida. Pero es brillante y talentosa, y yo tampoco soy una santa. Admito que he sido testaruda a la hora de reconocer su valor, y eso no es justo.

Porque es posible que, en el fondo, sepa de qué habla cuando me aconseja que no me exprese como un informe jurídico o de laboratorio, sino como una experta o una poeta. Tengo que subir el volumen, el brillo y el color, y he tenido en cuenta su consejo mientras pulía mis primeras frases, sin olvidarme de subrayar algunas palabras para imprimir énfasis, ni de introducir pausas para dar espacio a las risas.

Le doy un sorbo a una botella de agua, tan caliente que

serviría para preparar té. Me subo las gafas oscuras que no dejan de resbalarme por la sudada nariz. El sol es un herrero implacable que martillea en la ardiente fragua del crepúsculo. Noto caliente también el cabello y oigo el taconeo de mis zapatos bajos de piel marrón sobre los ladrillos, cuando tan solo estoy ya a diez minutos de mi destino. Voy repasando la charla mentalmente:

«Buenas tardes a todos, profesores de Harvard, estudiantes, colegas médicos, científicos y resto de distinguidos invitados.

Cuando observo a la multitud esta noche, veo a premios Pulitzer y Nobel, matemáticos y astrofísicos que también son escritores, pintores y músicos.

»Es una muestra encomiable de lo mejorcito que tenemos, y nos sentimos muy honrados por la presencia del gobernador, el fiscal general y varios senadores y congresistas, además de representantes de los medios de comunicación y líderes de la industria. Veo a mi buen amigo y antiguo mentor, el general John Briggs, escondido al fondo, haciéndose pequeño en su asiento, acobardado ante la idea de verme aquí arriba. [Pausa para las risas].

»Para quienes no lo sepan, el general Briggs es el director de los Examinadores Médicos de las Fuerzas Armadas, el AFMES. En otras palabras, sería el médico forense general de Estados Unidos si tal cargo existiera. Y, dentro de un rato, se subirá aquí conmigo para la parte del programa dedicada a las preguntas y las respuestas sobre el desastre del transbordador espacial Columbia acontecido en 2003.

»Vamos a compartir con ustedes lo que hemos aprendido gracias a la ciencia de los materiales y la aeromedicina, pero también gracias a las recuperaciones y el examen de los siete astronautas cuyos restos quedaron esparcidos en Texas, a lo largo de un escenario de más de ochenta kilómetros…».

He de reconocer el mérito de Dorothy.

Es una persona teatral y colorida, y en cierto modo me conmueve que venga en avión para la conferencia, aunque no tenga ni idea de sus verdaderas razones. Ella dice que no faltaría por nada del mundo a mi charla de mañana, pero no la creo. Mi hermana no ha estado en Cambridge en los ocho años que llevo al frente del CFC. Mi madre tampoco, pero a ella no le gusta viajar y ha dejado de hacerlo. Sin embargo, desconozco la excusa de Dorothy.

Lo único que sé es que no había mostrado ningún interés hasta ahora, y es una lástima que haya tenido que elegir precisamente esta noche para venir a Boston. El primer miércoles de cada mes, salvo caso de urgencia, mi marido Benton y yo quedamos para cenar en el Harvard Faculty Club, del que no soy socia, al contrario que él, aunque no es gracias a su estatus en el FBI. Eso no viene acompañado de favores especiales en Harvard, el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) ni otras instituciones de la Ivy League en la zona.

Pero como consultor en psicología forense del hospital McLean, afiliado a Harvard, en la cercana Belmont, mi marido, analista de inteligencia criminal del FBI, puede aprovechar las mejores bibliotecas, museos e investigadores del mundo siempre que quiera. Y hace uso del Faculty Club a su antojo.

Incluso podemos reservar una habitación de invitados en la planta de arriba, y en más de una ocasión nos han ofrecido bastante whisky o vino durante la cena. Pero eso no va a ocurrir esta noche, porque Dorothy llega hoy, y lo cierto es que no debí aceptar cuando me pidió que fuera a recogerla al final de la noche para llevarla a casa de su hija Lucy, porque eso implica que Benton y yo no volveremos a casa hasta pasada la medianoche.

No sé por qué Dorothy me lo ha pedido a mí expresamente, a no ser que sea su forma de asegurarse de que pasamos un rato a solas. Cuando le he dicho que iría y que Benton me

acompañaría, su respuesta ha sido: «Claro. No pasa nada». Pero he comprendido que sí que pasaba. Está claro que quiere hablar conmigo en privado, y aunque no tengamos la oportunidad esta noche, tendremos tiempo en otra ocasión.

Mi hermana ha dejado abierto su billete de vuelta, y no puedo evitar pensar en lo maravilloso que sería si descubro que siempre me he equivocado con ella. Puede que el verdadero motivo de su aventura al norte, a Nueva Inglaterra, es que siente lo mismo que yo: puede que por fin quiera que seamos amigas.

Sería increíble que formásemos un frente común para ocuparnos de nuestra cada vez más envejecida madre, de Lucy y su compañera Janet, y de Desi, su hijo adoptivo de nueve años. Sin pasar por alto su nueva incorporación, Tesla, una cachorra de bulldog rescatada que se queda un tiempo con Benton y conmigo en Cambridge. Alguien tiene que adiestrarla, y nuestro galgo Sock se está haciendo viejo y disfruta de su compañía.

1

Mis zapatos crujen sobre la hierba seca y caliente, y el sudor me resbala bajo la ropa, por el pecho, por la espalda. Avanzo buscando la sombra cuando el sol se pone y la luz oblicua cambia.

Cada vez que escapo de su resplandor, me encuentra otra vez, porque el centro amurallado del campus de Harvard es un laberinto de zonas verdes y césped, cuadriláteros y patios conectados por caminos y pasarelas. Los majestuosos edificios de ladrillo y piedra cubiertos de hiedra hacen honor al estereotipo, y recuerdo lo que sentí cuando me los enseñaron por primera vez a la edad de quince años. Es como si retrocediera en el tiempo a cada paso que doy, con una emoción dulce y triste.

Fue en uno de mis raros viajes fuera de Florida durante mi último año de instituto, cuando empezaba a explorar las universidades y me preguntaba sobre qué podría llegar a ser en la vida. Nunca olvidaré el paseo, exactamente por donde voy caminando ahora, ni el subidón de adrenalina, porque me sentía al mismo tiempo cohibida y fuera de lugar. El recuerdo se interrumpe cuando me sobresalta una vibración, algo que parece y suena como el zumbido de un gran insecto.

Dejo de caminar por la acera hirviente, miro a mi alrededor y localizo un dron que sobrevuela el Yard desde lo alto. Entonces caigo en la cuenta de que el zumbido proviene de mi teléfono, amortiguado en el bolsillo de mi americana, donde está a resguardo del calor y del sol. Compruebo quién llama. Es Pete Marino, investigador de la policía de Cambridge, y respondo.

—¿Está pasando algo que yo no sepa? —pregunta sin rodeos. La conexión es bastante mala.

—No lo creo —respondo extrañada, cociéndome viva al sol.

—¿Y por qué estás caminando? Nadie debería estar paseando en la calle con la que está cayendo. —Es cortante y parece irritado, y comprendo al instante que no se trata de una llamada amistosa—. ¿Se puede saber qué te ha dado?

—Estoy haciendo algunos recados. —Me pongo en guardia, porque su tono es molesto—. Y voy a reunirme con Benton.

—¿Y vas a reunirte con él por qué razón? —pregunta Marino mientras nuestra conexión celular sigue deteriorándose, pasando de buena a irregular, de nuevo a buena y luego a intermitente antes de volver a mejorar.

—El motivo por el que he quedado con mi marido es sencillo: vamos a cenar juntos —respondo con un deje de ironía. No tengo ganas de pasar un rato tenso con otra persona en lo que queda de día—. ¿Hay algún problema?

Su vozarrón me retumba dolorosamente en el oído derecho.

—Eso tendrías que decírmelo tú. ¿Cómo es que no estás con Bryce?

Mi jefe de personal, todo un parlanchín, debe de haberle informado de mi negativa a subirme al coche con él en Harvard Square, de mi *incumplimiento del protocolo y mi temerario desprecio hacia las medidas de seguridad*.

Antes de que pueda contestar, Marino empieza a plantarme cara como si fuera sospechosa de un crimen.

—Has salido del coche hace cosa de hora y media, y has pasado unos veinte minutos en la Coop —continúa—. Y cuando finalmente has salido de la tienda en Mass Ave, ¿adónde has ido?

—Tenía que hacer un recado en Arrow Street.

Las aceras del Yard forman una telaraña de ladrillos, y me veo constantemente haciendo ajustes, tomando el camino más eficiente, el más rápido y fresco.

—¿Qué recado? —pregunta como si fuera asunto suyo.

—En el Loeb Center tenía que recoger las entradas para *Waitress*, el musical de Sara Bareilles —respondo con una cortesía forzada que empieza a flaquear—. Pensé que a Dorothy le gustaría.

—Por lo que he oído, te haces la escurridiza como una rata de cloaca.

Dejo de caminar y le preguntó sorprendida:

—¿Perdona?

—Así es como lo han descrito.

—¿Quién? ¿Bryce?

—Naa. Hemos recibido una llamada al 911 a propósito de ti —responde Marino, dejándome de una pieza.

Me informa de que se han puesto en contacto con el departamento de policía a propósito de «un chico joven y una amiga de más edad» que estaban peleándose en Harvard Square sobre las 16.45 horas de la tarde.

Describieron al joven de unos treinta años como mucho, cabello castaño claro, pantalones pirata azules, camiseta blanca, zapatillas de deporte, gafas de sol de marca y un tatuaje de una hoja de marihuana. La descripción concuerda, salvo por el tatuaje.

Según parece, el preocupado ciudadano que llamó a la policía me reconoció de verme en el telediario, y es inquietante que la descripción que hizo de mi ropa sea exacta. Lo cierto es que sí que llevo un traje de falda caqui, una blusa blanca y zapatos de piel marrón claro. Desgraciadamente, también es correcto que tengo una carrera en las medias, y pienso quitármelas y tirarlas en cuanto llegue a mi destino.

—¿Me mencionaron por mi nombre? —pregunto incrédula.

—El testigo dijo más o menos que la doctora Kay Scarpetta estaba discutiendo con su novio fumeta y que salió del coche

hecha una furia.

Otra afrenta en boca de Marino.

—No me puse hecha una furia. Salí como una persona normal mientras él se quedó sentado al volante y seguimos hablando.

—¿Estás segura de que no salió para abrirte la puerta?

—Nunca hace eso y yo no lo animaría a hacerlo. Quizá al verlo esa persona lo malinterpretó y pensó que Bryce estaba enfadado. Pero solo bajó la ventanilla para que pudiéramos hablar, nada más.

Marino me comunica a continuación que me volví agresiva y violenta, que abofeteé a Bryce a través de la ventanilla abierta que acababa de describir y que le clavé varias veces el dedo índice en el pecho. Él gritaba, porque le estaba haciendo daño y lo tenía aterrorizado, claro, y, por decirlo en pocas palabras, menuda sarta de gilipolleces. Pero no protesto, porque siento malestar en las tripas, una sensación de opresión hueca que en mí equivale a una señal de alarma.

Marino es policía. Puede que lo conozca de toda la vida, pero Cambridge es su territorio. Técnicamente podría hacerme pasar un mal rato si quisiera, y esta es una idea nueva y perturbadora. Nunca me ha arrestado, y nunca le he dado una buena razón para hacerlo. Nunca me ha puesto una multa de aparcamiento ni me ha advertido de que no cruce con el semáforo en rojo. La cortesía profesional es una vía de doble sentido. Sin embargo, puede convertirse rápidamente en un callejón sin salida si no te andas con ojo.

—Reconozco que puede que estuviera un poco fuera de mí, pero no es cierto que abofeteara a nadie… —empiezo a decir.

—Vamos con la primera parte de tu declaración —me interrumpe Marino, el detective—. ¿Qué quiere decir un poco?

—¿Me estás interrogando? ¿Vas a leerme mis derechos? ¿Necesito un abogado?

—Tú eres abogada.

—No estoy de coña, Marino.

—Yo tampoco. ¿Qué quiere decir un *poco* fuera de ti? Lo pregunto porque el testigo dijo que te pusiste a gritar.

—¿Antes o después de abofetear a Bryce?

—No sirve de nada que te cabrees, Doc.

—No estoy cabreada, y seamos claros a propósito de la persona que estás mencionando. Empecemos por ahí. Porque ya sabes lo exagerado que es Bryce.

—Lo que sé es que supuestamente vosotros dos estabais peleándoos y armando jaleo.

—¿Eso es lo que te ha dicho?

—Lo que ha dicho el testigo.

—¿Qué testigo?

—El que llamó para quejarse.

—¿Has hablado tú mismo con él?

—No he encontrado a nadie que viera nada.

—Entonces eso quiere decir que lo has comprobado —señalo.

—Después de recibir la llamada, recorrí el Square y pregunté por ahí, con el mismo resultado de siempre. Nadie vio nada.

—Exactamente. Esto es ridículo.

—Me preocupa que alguien quiera ir a por ti —me dice. Hemos pasado por lo mismo la tira de veces a lo largo de los años.

Marino se regodea en su convicción patológica de que me va a suceder algo horrible. Pero lo que de verdad le preocupa es su persona. Es lo mismo que le pasaba con su exmujer Doris antes de que se largara con un vendedor de coches. Marino no entiende la diferencia entre necesidad y amor. Para él son lo mismo.

—Si quieres malgastar el dinero de los contribuyentes, puedes comprobar las cámaras de videovigilancia que hay alrededor del Square, especialmente enfrente de la Coop —sugiero—. Verás que no abofeteé a Bryce ni a nadie.

—Me pregunto si no tendrá que ver con tu conferencia de mañana por la noche en la Kennedy School —continúa Marino

—. Se ha hablado mucho en las noticias porque es polémica. Cuando tú y el general Briggs decidisteis hacer una exposición sobre la explosión del transbordador espacial, quizá deberíais haber previsto que un montón de zumbados saldrían de la nada. Algunos piensan que un OVNI derribó el Columbia. Y para ellos esa es la razón de que se cancelara el programa del transbordador espacial.

—Sigo esperando el nombre de ese supuesto testigo que mintió a uno de tus operadores del 911.

No me interesa oír lo obsesionado que está con los conspiranoicos y el guirigay que podrían provocar en el acto de la Kennedy School.

—No quiso identificarse ante el operador que atendió la llamada —dice Marino—. Probablemente estaba usando uno de esos teléfonos de prepago que puedes comprar en cualquier tienda CVS. Con esos números es imposible rastrear a nadie. No hemos tirado la toalla, pero de momento no tenemos nada. En los últimos tiempos se ha convertido en nuestro pan de cada día.

Paso bajo la sombra de un enorme roble viejo de ramas bajas, demasiado frondosas y verdes para un mes de septiembre. El calor del principio de la tarde aprieta como una mano ardiente, aplastando y abrasando la vida a su paso, y me cambio de brazo la bolsa de la compra. Mi maletín bandolera, donde he cargado un portátil, documentos y otros efectos personales, parece pesar más, y la ancha correa me muerde el hombro.

—¿Dónde estás exactamente? —La voz de Marino se oye entrecortada.

—He tomado un atajo. —No tengo el menor interés en darle mi paradero exacto—. ¿Y tú? A veces tu voz me llega ahogada y otras como si hablaras dentro de un barril. ¿Vas en coche?

—¿Por dónde has ido? ¿Has tomado Johnston Gate para atajar por el Yard hasta Quincy Street?

—¿Se te ocurre otra manera? —respondo evasiva. Me falta ligeramente el aliento a fuerza de avanzar a trompicones.

—Debes de estar cerca de la iglesia —dice.

—¿Por qué preguntas? ¿Vas a venir a arrestarme?

—En cuanto encuentre mis esposas. ¿No las habrás visto por ahí?

—¿Por qué no le preguntas a tu último ligue?

—Entonces vas a salir del Yard por la puerta que hay enfrente de los museos. Ya sabes, por el semáforo que está a tu izquierda, al otro lado del muro.

Parece más una orden que una suposición o una pregunta. Mis sospechas se acrecientan y le pregunto:

—¿Dónde estás?

—El camino que acabo de sugerirte es el más directo —continúa—. Pasando la iglesia, después del Quad.

2

Cruzo una puerta negra de hierro forjado en el muro de ladrillo que ciñe el Yard, y repaso Quincy Street de arriba abajo.

Al otro lado de la calle, toda la manzana forma parte del Museo de Arte de Harvard, que ha sido renovado en ladrillo y hormigón recientemente e incluye seis plantas de galerías bajo un tejado piramidal de cristal. Aguardo junto a una fila de coches aparcados que brillan a la luz oblicua del sol que mengua poco a poco, y consulto la hora y el tiempo en mi teléfono.

A las 18.40 horas de la tarde todavía hace una temperatura opresiva de treinta y cuatro grados. No sé en qué estaba pensando hace un rato, pero sencillamente no podía soportar ni un minuto más el incesante parloteo de Bryce mientras bordeaba el río hacia el Anderson Memorial Bridge, torcía a la derecha en el Weld Boathouse de tejados rojos y seguía por la John F. Kennedy Street para desembocar en Massachusetts Avenue.

No creí que fuera capaz de escuchar una sola palabra más y le ordené que no me esperara a la vez que bajaba del monovolumen delante de la librería universitaria la Coop. Harvard Square, con sus tiendas y la parada de metro de la línea roja, está constantemente abarrotada, incluso si el tiempo es insufrible. Siempre tiene tráfico peatonal y una población de mendigos relativamente constante las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.

No era el mejor lugar del mundo para que Bryce bajara la ventanilla y se pusiera a discutir con una superior que es lo suficientemente madura como para parecer una asaltacunas y él su juguete. Bryce no me escuchaba ni dejaba que me fuera, y empezó a perder los papeles como un histérico, cosa que, por

desgracia, es muy propio de él. Quería «que dejara constancia» de por qué ya no deseaba su ayuda y que le explicara «con pelos y señales» si había «hecho algo» que me hubiera disgustado. Repetía una y otra vez que sabía que había «hecho algo» y no quería escucharme a pesar de que yo lo negaba.

Los curiosos nos observaban como halcones. Un vagabundo sentado en la acera a las puertas de una tienda CVS se protegía del sol con un cartel de cartón y nos miraba fijamente con ojillos de urraca. No era precisamente el lugar idóneo para aparcar un vehículo con las palabras oficina del forense jefe y cuyas puertas llevan el escudo del CFC, la balanza de la justicia y el caduceo pintados de azul. Las ventanillas traseras del monovolumen están tintadas, y comprendo el impacto que uno de nuestros vehículos puede producir cuando se para en una calle.

Cuando por fin logré deshacerme de Bryce, entré en la Coop a comprar regalos para mi madre y mi hermana. Cuando pasé del aire acondicionado de la tienda al calor brutal de la calle, comprobé que mi pegajoso jefe de personal se había esfumado realmente y tomé Brattle Street.

Fui hasta el American Repertory Theater, el ART, ubicado en el Loeb Center, para recoger las seis entradas de *Waitress*. Había reservado los mejores asientos del patio de butacas. Después retrocedí sobre mis pasos en Massachusetts Avenue, atajé por el Yard y acabé donde estoy ahora, en Quincy Street.

Paso por delante del Centro Carpenter de artes visuales, a mi izquierda, y debo de estar hecha un asco. ¡Cuando pienso en todas las molestias que me tomé antes de que se me ocurriera el imprudente paseo! Me había duchado en la oficina y me había puesto el traje que ahora está arrugado y empapado en sudor. Me había echado el perfume favorito de Benton, Amorvero, que compra en Italia. Es la fragancia característica del hotel Hassler de Roma, donde me pidió matrimonio. Pero, por más que me huelo la muñeca, ya no me llega su exótico aroma. El calor sube en olas trémulas desde la calzada, que huele a alquitrán, y oigo

el vozarrón de Marino antes de verlo.

—¿Sabes lo que dicen de esos ingleses locos que sacan a sus perros en medio de esta mierda?

Me doy la vuelta al oír el tópico distorsionado y lo veo parado en un semáforo, en su monovolumen camuflado azul noche con la ventanilla bajada. Ahora sé por qué la recepción era tan mala cuando hablamos hace un rato. Es lo que sospechaba. Ha estado patrullando la zona para buscarme, preguntando a la gente del Square. Enciende las luces de emergencia, pone en marcha la sirena y ataja entre los coches del carril contrario en dirección hacia mí.

Marino aparca en doble fila, se apea y creo que nunca me acostumbraré a verlo vestido de traje y corbata. La ropa elegante no se ha diseñado pensando en los tipos como él. Nada le queda bien, excepto su propia piel.

Mide más de metro ochenta y debe de pesar cien kilos por lo menos. Su cráneo bronceado y rapado es liso como una piedra pulida, y sus manos y sus pies son del tamaño de una pala. Marino tiene los hombros tan anchos como una puerta y podría levantar a cinco mujeres como yo, como le gusta presumir.

Es guapo de un modo primitivo, con la cara grandota y rubicunda, las cejas pobladas y la nariz prominente. Tiene una quijada de cavernícola y los dientes fuertes y blancos. Al verlo te da la impresión de que va a estallar dentro de su uniforme, como el Increíble Hulk. No le queda bien nada elegante o de marca, y parte del problema es que no hay que dejarlo a su aire cuando va de compras, cosa muy infrecuente y nunca planificada. Sería útil que de vez en cuando hiciera limpieza de armarios y garaje, pero me juego el cuello a que nunca lo ha hecho.

Cuando sube a la acera, percibo que las mangas de su traje de chaqueta azul marino le quedan cortas, por encima de la muñeca. El dobladillo de los pantalones no le cubre los tobillos y

se le ven los calcetines de tubo grises. Calza unas zapatillas de cuero negras con los cordones a medio atar. La corbata casi a juego, de rayas negras y rojas, es demasiado ancha y está pasada de moda, posiblemente sea de los años ochenta, cuando se llevaban los pantalones de campana de poliéster, los zapatos Earth Shoes y la ropa de *sport*.

Tiene sus razones para vestir así, y sin duda la corbata guarda relación con algunos recuerdos especiales; tal vez una bala esquivada, una partida de bolos perfecta, el pez más grande que haya pescado jamás o una primera cita particularmente satisfactoria. Marino nunca se deshace de algo que le importa. Frecuenta las tiendas de segunda mano y los mercadillos en busca de un pasado que le gusta más que el presente, y resulta irónico que un tipo duro como él sea tan sentimental.

—Sube, que te llevo. —Unas gafas vintage de aviador RayBan que le regalé hace varios cumpleaños le ocultan los ojos.

—¿Y por qué iba a necesitar que me llevaras? —La entrada de adoquines que conduce de la acera de cemento al Faculty Club está justo delante, a menos de un minuto a pie.

Pero Marino no acepta un no por respuesta. Me saca de la acera y levanta una de sus manazas para interrumpir el tráfico cuando cruzamos la calle. No me está sujetando literalmente, pero tampoco me siento lo que se dice libre mientras me conduce al asiento delantero de su vehículo policial, donde forcejeo de forma torpe con mis bolsas, al tiempo que la carrera de las medias me baja de la rodilla al talón del zapato como si intentara huir de la demencia de Marino.

No puedo evitar pensar: «Ya estamos con las mismas». Otro espectáculo. A algunos transeúntes les parecerá que la policía ha venido a detenerme y va a interrogarme, y me pregunto si no será lo próximo que pase.

—¿Por qué andas buscándome? Porque parece que eso es lo que estás haciendo —pregunto mientras cierra la puerta—. En serio, Marino.

Pero él no me escucha. Rodea el coche y se sube al asiento del conductor. El interior está impecable y equipado con todas las sirenas, luces, cajas de herramientas, kits de almacenamiento y maletines habidos y por haber para analizar una escena de crimen. El vinilo oscuro es liso y huele a producto de limpieza. Los asientos tapizados parecen casi nuevos, la consola está tan limpia como el primer día y los cristales brillan como si el monovolumen acabara de pasar una puesta a punto. Marino es meticuloso con sus vehículos. Su casa, su oficina y su atuendo son otra historia.

—¿Te he dicho ya lo mucho que odio el maldito teléfono? —empieza a quejarse mientras cierra la puerta con un golpe sordo—. Hay cosas que no tenemos ninguna necesidad de contar a través de un aparato inalámbrico que tiene acceso a cada puñetero detalle de nuestra vida.

—¿Por qué vas tan emperifollado?

—Vengo de un velatorio. Nadie que conozcas.

—Entiendo —digo por decir algo.

Marino no es de los que se ponen traje y corbata para un velatorio. Quizá se lo pensaría para un funeral o una boda, pero desde luego no se pondría traje y corbata con un tiempo tan caluroso a menos que tuviera una razón especial que no me está diciendo.

—Bueno, estás elegante y hueles bien. Déjame ver. Canela, sándalo, un toque de cítricos y almizcle. La colonia British Sterling siempre me recuerda al instituto.

—No cambies de tema.

—No sabía que teníamos un tema.

—Estoy hablando de espionaje. ¿Recuerdas cuando nuestro mayor temor era que alguien anduviera por ahí con un escáner? —pregunta—. ¿Intentando hackear el teléfono de tu casa? ¿Recuerdas cuando no había cámaras grabándote el careto por todas partes? Hace un rato me pasé por el Square para ver quién andaba por ahí, y un mocoso universitario tocapelotas se puso a

grabarme con el teléfono.

—¿Cómo sabes que era universitario?

—Porque tenía toda la pinta de un niñato consentido, con sus chanclas, sus bermudas grandotas y un Rolex.

—¿Y tú qué hacías ahí?

—Solo estaba haciendo algunas preguntas para saber si habían visto algo un rato antes. Ya sabes, los sospechosos habituales de siempre que merodean delante de la Coop o la tienda CVS. Con este calor no son tantos, pero prefieren andar sueltos y despreocupados al aire libre que ponerse a resguardo de la intemperie en un refugio agradable. Entonces el chaval empezó a apuntarme con su teléfono como si yo fuera a dispararle a alguien sin motivo. El menda pensaba que tendría la suerte de estar ahí y grabarlo todo. Para colmo, había un maldito dron zumbando encima de mi cabeza. Odio la tecnología —añade malhumorado.

—Por favor, dime por qué estoy aquí sentada, porque está claro que no necesito que me acerques a ningún sitio, puesto que ya he llegado a mi destino.

—Vale, está claro que ya no lo necesitas, en vista de que el daño ya está hecho. —Me mira de arriba abajo, y sus gafas de sol se demoran demasiado en la carrera de mis medias.

—Y estoy segura de que no has venido a recogerme solo para decirme esto.

—Naa. Quiero saber qué pasa de verdad con Bryce. —Las Ray-Ban de Marino parecen clavarme en el asiento.

—No sabía que pasara nada… aparte de que está más cansado y pesado que de costumbre.

—Exacto. ¿Y por qué puede ser? Piénsalo.

—Vale, déjame pensarlo. Posiblemente por culpa del calor y la cantidad de trabajo que hay. Como bien sabes, hemos tenido una sobrecarga de casos relacionados con el clima, y él y Ethan están teniendo problemas con el vecino plasta de siempre, y a ver… Creo que a la abuela de Bryce le extirparon la vesícula biliar

hace una semana. En otras palabras, estrés a raudales. Pero ¿quién leches puede saber qué le pasa a él o a cualquiera, Marino?

—Si hay una razón por la que deberíamos desconfiar de Bryce, ahora es el momento de soltarla, Doc.

—Me parece que ya hemos hablado suficiente de este tema —digo por encima del aire acondicionado a toda mecha, que me va a helar hasta el tuétano porque tengo la ropa completamente húmeda—. Ahora mismo no dispongo de tiempo para darme un garbeo contigo, y debo hacer un esfuerzo para adecentarme antes de cenar.

Abro la puerta del coche, pero él vuelve a agarrarme del brazo.

3

—Quieta —me suelta como si le diera una orden a Quincy, su pastor alemán, que ahora mismo no está en la jaula instalada en la parte trasera del coche. Además de ser un perro de rescate de lo más incompetente, resulta que el mejor amigo del hombre solo sale cuando hace bueno.

Si bien debe su nombre al legendario médico forense de la televisión, este Quincy no se aventura a ninguna escena del crimen cuando las condiciones son inclementes. Sospecho que el peludo compinche de Marino está ahora mismo en su guarida sobre un colchón Tempur-Pedic de alta gama, con el aire acondicionado puesto y Dog TV para distraerse.

—Voy a llevarte los últimos quince putos metros. Siéntate y disfruta del frescor —dice Marino.

Me desembarazo de su brazo porque no me gusta que me tengan agarrada, ni siquiera con suavidad. Marino mete una marcha y dice:

—Tienes que escuchar lo que te voy a decir. Como te he comentado, no quería hablarlo por teléfono. Ahora seguro que no podemos saber quién nos espía, ¿verdad? Y si Bryce está comprometiendo la seguridad del CFC o la tuya, quiero que lo averigüemos antes de que sea demasiado tarde.

Le recuerdo que utilizamos smartphones personales y que disponemos de cifrado, cortafuegos y todo tipo de aplicaciones especiales de alta seguridad. Es improbable que hackeen nuestras conversaciones o nuestros correos electrónicos. Mi sobrina Lucy, que es un genio de la informática y una experta en ciberdelitos del CFC, se asegura de que sea así.

—¿La has puesto al corriente de algo de esto? —pregunto—.

Si tanto te preocupa que nos espíen, ¿no crees que podrías hablarlo con ella? A fin de cuentas, es su trabajo, ¿no?

Justo cuando estoy diciendo esto suena mi teléfono. Es Lucy, para pedirme que abra su propia versión de FaceTime, lo que significa que quiere que nos veamos mientras hablamos.

—Qué oportuno —digo de inmediato, en cuanto su preciosa cara llena la pantalla de mi teléfono—. Estábamos hablando de ti.

—Solo tengo un minuto. —Sus ojos son como un láser verde —. Tres cosas. Primero, mi madre acaba de llamar y su avión tiene un poco de retraso. Bueno, no debería decir «un poco», aunque así es como lo ha descrito ella. Por ahora, no sabemos cuánto. Y no estoy cien por cien segura de lo que está pasando con el control del tráfico aéreo, pero hay una retención de todo el tráfico de salida en estos momentos.

—¿Qué le han dicho? —pregunto mientras se me encoge el corazón.

—Están cambiando las puertas de embarque o algo de eso. No hemos hablado mucho, pero me ha dicho que llegará más bien sobre las diez y media o las once.

En ese momento una idea me cruza la mente: menudo detallazo por parte de mi hermana haberme avisado en persona. Con lo ocupados que estamos Benton y yo, no le tiembla la mano si tiene que hacernos esperar media noche en el aeropuerto.

—Segundo, acaba de llegar lo último de Tailend Charlie. —Los ojos de Lucy se mueven cuando habla, e intento averiguar dónde está—. No lo he escuchado todavía. En cuanto me libere del rollo este del 911, me pondré con eso.

—Supongo que nos ha enviado otro clip de audio en italiano —señalo, porque Lucy no domina el idioma con fluidez y le costaría traducir el mensaje entero, o incluso una parte.

Dice que sí, que a simple vista la última comunicación de Tailend Charlie es como las otras ocho que he recibido desde el 1 de septiembre. La amenaza anónima fue enviada a la misma

hora del día, es el mismo tipo de archivo y la grabación tiene la misma duración. Pero no la ha escuchado, y le digo que nos ocuparemos de eso más tarde.

Entonces pregunta:

—¿Dónde estás? ¿En el coche de quién? —Desprende mucha luz en contraste con un fondo de oscuridad total, como si estuviera en una cueva.

Sin embargo, su cabello rubio rosáceo brilla bajo una luz ambiental que oscila como si detrás de ella se proyectara una película. Su rostro es un juego de sombras, y se me ocurre que podría estar en el Teatro de Inmersión Personal, lo que en el CFC llamamos el PIT.

Le informo de que estoy con Marino, y eso la lleva al tercer punto, el más importante.

—¿Has entrado en Twitter? —pregunta.

—Si me lo preguntas, seguro que no es bueno —respondo.

—Te lo estoy enviando ahora. Tengo que irme —dice, y desaparece sin más de la pequeña pantalla rectangular.

Marino pregunta con una mueca:

—¿Qué? ¿Qué hay en Twitter?

—Espera. —Abro el correo electrónico que Lucy acaba de enviarme y hago clic en el enlace al tuit que ha cortado y pegado—. Bueno, como sospechabas, parece que hay un vídeo en el que se te ve hablando con algunos de los sospechosos habituales en Harvard Square.

Se lo enseño y percibo su orgullo herido mientras observa su silueta distante caminando pesadamente, ladrando preguntas a los vagabundos que merodean delante de varios comercios. Marino saca de la sombra a un hombre que intenta eludir el interrogatorio con grandes aspavientos. El ruido indistinguible de la voz de Marino, que la alza mientras el hombre se mueve de un lado a otro arrastrando los pies, es un espectáculo vergonzoso. El pie de foto es lo peor de todo: *OccupyScarpetta* precedido de un hashtag.

—Pero ¿esto qué mierda es? —gruñe Marino.

—Pues yo diría básicamente que eres un poco posesivo conmigo y por eso vas por ahí haciendo tantas preguntas. Supongo que eso es lo único que explica que mi nombre haya acabado en un tuit.

No dice nada y, como quien calla otorga, continúo:

—Pero, dicho esto, dudo que produzca ningún daño real, excepto para tu ego. Es una bobada y punto. No le des más vueltas.

—No está escuchando, y ahora sí que tengo que irme.

—Me gustaría tener un minuto para arreglarme. —Es mi forma de decirle a Marino que ya estoy harta de que me tenga retenida en su vehículo, que destila pesimismo y fatalidad—. Así que, ¿podrías ser tan amable de quitar el seguro de las puertas y soltarme, por favor? Ya hablaremos mañana o en otro momento.

Marino sale de su aparcamiento ilegal en doble fila. Se acerca al bordillo de la acera, delante del Faculty Club, situado en una zona de césped detrás de una empalizada.

—No te lo estás tomando demasiado en serio —me reprende mirándome.

—¿Qué parte de todas?

—Estamos bajo vigilancia, y la pregunta es quién nos vigila y por qué. Seguro que hay alguien siguiéndole la pista a Bryce. Si no, ¿cómo explicas lo del tatuaje de marihuana?

—No hay nada que explicar. Bryce no tiene ningún tatuaje de esos.

—Lo tiene. Concretamente, una hoja de marihuana, como dijo el que llamó —insiste Marino.

—No puede ser. Le tiene tanto pánico a las agujas que ni siquiera se pone la vacuna contra la gripe.

—Es evidente que no conoces la historia. El tatuaje está justo aquí. —Marino se inclina y se señala con un dedo grueso la parte

exterior del tobillo izquierdo, que no puedo ver bien desde mi asiento, y tampoco pienso molestarme en hacer el esfuerzo—. Es falso —dice—. Supongo que eso no lo sabías.

—Parece que no sé muchas cosas.

—La hoja de marihuana es un tatuaje temporal. Una broma de anoche, cuando él y Ethan estaban con unos amigos. ¡Es tan típico de Bryce! Pensó que desaparecería con lavárselo antes de irse a la cama, pero muchos de estos tatuajes temporales pueden durar varios días.

—Está claro que has hablado con él. —Observo la cara sonrojada y reluciente de Marino—. ¿Se ha puesto él en contacto contigo?

—Lo hice yo cuando me enteré de la llamada al 911. Cuando le pregunté por el tatuaje me envió un selfie.

Me doy la vuelta para mirar por el retrovisor los coches que pasan. Pienso en que no sé qué coche conducirá Benton esta noche. Podría ser su Porsche Cayenne Turbo S o su Audi RS 7. Podría ser un vehículo del FBI. Estaba ocupada con los perros, Sock y Tesla, cuando mi marido salió de casa al amanecer, y no lo vi ni lo oí marcharse.

—El tatuaje es un problema, Doc —continúa Marino—. Da credibilidad a la llamada telefónica. Prácticamente prueba que quien se quejó de que Bryce y tú armarais jaleo os vio, a menos que exista alguna otra razón por la que ese individuo supiera lo del tatuaje y cómo ibais vestidos los dos.

Reconozco el ronroneo de un motor turboalimentado que suena más fuerte al acercarse.

—¿Vas a ir a recogerla esta noche de todos modos? —pregunta Marino.

—¿A quién?

Observo pasar lentamente el RS 7 coupé de Benton con las ventanas tintadas de negro, reducir la marcha y deslizarse en el hueco que hay delante de nosotros.

—Dorothy.

—Esa es la idea.

—Bueno, si necesitas ayuda, estaré encantado de ir a buscarla —dice Marino—. Quiero que sepas que, si te hace falta cualquier cosa, solo tienes que decírmelo. Sobre todo ahora que está previsto que llegue mucho más tarde.

No recuerdo haberle dicho que esperaba a mi hermana, y mucho menos que iba a recogerla al aeropuerto. Tampoco me parece que se haya enterado por mi conversación de antes con Lucy. Es evidente que ya lo sabía.

—Muy amable por tu parte —le digo.

Sus gafas oscuras se clavan en la parte trasera del Audi que Benton aparca tan cerca del bordillo que la hoja de un cuchillo apenas cabría entre él y las llantas de titanio.

El sedán negro mate ronronea enojado como una pantera a punto de embestir. A través del parabrisas trasero puedo distinguir el contorno de la preciosa cabeza de mi marido, sus anchos hombros y su espesa mata de cabello que ya era blanco cuando lo conocí. Está sentado recto, tan quieto como un felino de la selva, mirándonos por el retrovisor a través de sus gafas de espejos grises. Abro la puerta y el calor me golpea como un muro al apearme. Le doy las gracias a Marino por haberme acercado con el coche, aunque no fuera mi deseo.

Veo a Benton salir del coche. Despliega su lacia melena. Mi marido tiene un aspecto flamante. Su traje gris perla está tan impecable como cuando se lo puso esta mañana, su corbata de seda azul y gris perfectamente anudada, sus gemelos de oro blanco antiguo relucientes a la luz del atardecer.

Podría honrar las páginas de *Vanity Fair* con sus rasgos fuertes y finos, su cabello platino y sus gafas de pasta. Es esbelto y fibroso, y su apacible calma oculta el hierro de sus huesos y el fuego de su vientre. Nadie podría saber cómo es realmente Benton Wesley viéndolo en este momento, con un traje a medida cosido a mano porque proviene de una familia de rancio abolengo de Nueva Inglaterra.

—Hola —saluda, cogiéndome la bolsa de la compra. Pero yo no suelto mi maletín.

Observa cómo el monovolumen azul oscuro de Marino se reincorpora al tráfico. El calor que desprende el pavimento enrarece y ensucia el aire.

—Espero que tu tarde haya sido mejor que la mía. —Soy consciente de mi aspecto marchito comparado con el de mi marido, perfectamente aseado—. Siento estar para el arrastre.

—¿Cómo se te ha ocurrido venir andando?

—Tú también no, por favor. ¿Ha enviado Bryce un mensaje en plan «ojo con una mujer trastornada que merodea por el campus de Harvard con una carrera en las medias»?

—Pero es que no tendrías que haberlo hecho, Kay. Por muchas razones.

—Imagino que sabrás lo de la llamada al 911. Por lo visto es el titular del día.

No contesta, pero no es necesario. Lo sabe. Lo habrá llamado Bryce probablemente, porque dudo que haya sido Marino.

4

El timbre de una bicicleta tintinea jovialmente detrás de nosotros, y nos apartamos para dejar pasar a una joven que viene pedaleando por la acera.

La chica frena justo delante, como si fuera al mismo sitio que nosotros, y le ofrezco una sonrisa de compasión cuando baja de la bici con la cara colorada por el calor detrás de unas gafas deportivas oscuras. Se desabrocha el barboquejo de su casco azul turquesa, se lo quita y me fijo en su larga cabellera castaña recogida en una coleta, sus pantalones cortos azules y su camiseta de tirantes beis. Una extraña sensación me sobrecoge al instante.

Observo su pañuelo con estampado de cachemira azul, sus zapatillas Converse color hueso y sus calcetines de ciclista a rayas grises y blancas, mientras ella mira fijamente su teléfono y luego el Faculty Club de ladrillo de estilo neogeorgiano, como si esperara a alguien. Teclea con los pulgares y se lleva el móvil a la oreja.

—Hola —saluda a su interlocutor—. Ya estoy aquí.

En ese momento caigo en la cuenta de por qué su cara me resulta familiar: la he visto hace media hora en el Loeb Center, cuando iba a comprar las entradas para el teatro. Recuerdo haberla visto cuando he entrado en el vestíbulo para usar el cuarto de baño. De unos veintipocos años, tiene un acento británico que me chocó por su afectación, un poco teatral. La oí cuando hablaba con otros miembros del personal y varios actores del American Repertory Theater.

La chica estaba en la otra punta de la sala pegando fichas de recetas en las paredes, que ya estaban cubiertas con cientos de

carteles. En esta producción de *Waitress* en particular se invita al público a compartir sus platos favoritos y sus sabrosos secretos familiares, y antes de irme me acerqué a echar un vistazo. Me encanta cocinar y a mi hermana le chiflan los dulces. Lo menos que podría hacer sería prepararle algo especial durante su estancia. Empecé a anotar una receta de tarta de mantequilla de cacahuete cuando la joven, que estaba pegando otra ficha en la pared, interrumpió su tarea.

—Se lo aviso. Es mortal —me dijo.

Llevaba una cadena de fantasía con una calavera de oro que me hizo pensar en piratas. Miré a mi alrededor, porque al principio no estaba segura de si me estaba hablando a mí.

—¿Perdón?

—La tarta de mantequilla de cacahuete. Pero es mejor si la riega por encima de chocolate. El toque definitivo. Y no cambie la corteza de galletas por otra cosa creyendo que quedará mejor. Porque no es así, se lo aseguro. Y hay que usar mantequilla de verdad… Como puede ver, no me va nada lo *light* ni bajo en grasas.

—No te hace falta —contesté, porque era fibrosa y fuerte.

Pues esa misma chica se encuentra delante de Benton y de mí en la acera de Quincy Street. Mete su iPhone con una funda azul hielo en un soporte de plástico negro y en un descuido la botella de agua que lleva cae accidentalmente al suelo y viene rodando por la acera en nuestra dirección. Benton se agacha para recogerla.

—Lo siento. Muchas gracias. —Está acalorada, y el sudor le chorrea por la cara, sonrojada.

—Desde luego, hoy no es el día para prescindir de esto. —Benton le devuelve la botella y ella la guarda en su soporte mientras observo a un joven que viene trotando hacia nosotros por el césped del Faculty Club.

Las gafas de sol sin montura de la chica lo enfocan mientras

vuelve a subirse a la bicicleta, estabilizándose, con las puntas de las zapatillas tocando la acera. El joven es moreno y delgado, y va vestido con unos pantalones y una camisa abotonada típica de oficina. Se acerca, acalorado y sonriente, y le entrega un sobre de FedEx etiquetado, pero sin sellar.

—Gracias —dice él—. Mete las entradas dentro y listo.

—Lo entregaré de camino a casa. Te veo más tarde.

Le besa en los labios y luego él se aleja trotando otra vez hacia el Faculty Club, donde deduzco que trabaja. Ella se pone el casco, sin preocuparse de la correa que en teoría debería ajustarse debajo de la barbilla. Se vuelve hacia mí y me dice sonriendo:

—Usted es la mujer de la tarta de mantequilla de cacahuete.

—Qué bonita manera de describirme. Hola de nuevo.

Le sonrío a mi vez y estoy a punto de aconsejarle que se abroche el barboquejo. Pero no la conozco. No quiero ser autoritaria, sobre todo después de que me hayan acusado de gritarle a Bryce y de alterar el orden público. Le digo en cambio:

—Por favor, ten cuidado. El índice de calor es peligroso.

—Lo que no te mata te hace más fuerte.

La joven agarra el manillar plano de su bicicleta y pisa los pedales con movimientos largos y fuertes.

—No siempre —añade Benton.

Cuando pasa por delante de nosotros, siento el aire caliente agitarse perezosamente.

—¡Disfruten de la tarta y de la obra! —nos lanza, y sus rasgos afilados, su atrevimiento y su estupenda forma física me recuerdan a mi sobrina.

Observo sus piernas desnudas mientras pedalean, los músculos de sus pantorrillas contrayéndose cuando acelera. Cruza la calle y pasa por la misma puerta por la que yo he pasado antes. Me acuerdo de cuando tenía su edad, cuando lo mejor y lo peor todavía estaban por llegar, y quería saber mi destino de antemano, como si fuera negociable. ¿Con quién estaría y en qué

trabajaría? ¿Dónde viviría? ¿Destacaría entre los demás? Especulaba y, a veces, intentaba forzar mi vida en la dirección que creía más conveniente. Hoy no lo haría.

Observo la silueta de la joven a medida que se aleja, empequeñeciéndose, tornándose más distante y remota mientras pedalea por el Yard, entre los extensos edificios de ladrillo de las bibliotecas Pusey y Lamont. Ya no entiendo por qué alguien querría conocer el futuro. Por un instante me pregunto si es su caso, y la respuesta más prudente sería «es probable». Sin embargo, la respuesta más probable es sin duda «seguro». Pero ese ya no es mi caso. Benton me apoya una mano en la espalda con un gesto leve y cariñoso mientras caminamos por la acera.

—¿Qué quería Marino?

Un poco más lejos, a nuestra izquierda, está la empalizada y, más al fondo, el edificio de dos plantas de ladrillo y ribetes blancos de estilo neogeorgiano, con un invernadero con una cúpula de cristal. Las cuatro altas chimeneas se elevan orgullosas y simétricas desde distintas esquinas, y diez tragaluces vigilan el tejado de pizarra a cuatro aguas.

El largo camino de adoquines rojo oscuro zigzaguea entre jardines de rocalla y arbustos ornamentales. El sol se ha ocultado tras los edificios, y el aire opresivo es como una sauna de vapor que se enfría poco a poco.

Benton se ha quitado la chaqueta y la lleva cuidadosamente doblada sobre el brazo mientras pasamos junto a los calistemos de un rosa brillante, los arbustos de la pimienta dulce, los laureles de montaña púrpura y las hortensias blancas y azules. Nada se agita en la atmósfera irrespirable, y solo un puñado de hojas verde oscuro muestra el más leve rubor rojo. Cuanto más dure el calor y la sequía, más improbable será que este año veamos una gran variedad de colores otoñales.

Mientras Benton y yo hablamos, me esfuerzo al máximo por

responder a sus preguntas sobre las intenciones de Marino. Le explico que ha sido tajante con que no saliera a pasear sola, pero que no creo que esa fuera su única intención. Tengo la clara impresión de que Benton piensa lo mismo que yo.

—En cualquier caso —continúo con la historia—, estuvo dando tumbos de un lado a otro durante todo el tiempo que duró la llamada, básicamente espiándome, por más que fingiera lo contrario. Luego me llevó en coche los últimos quince metros, y ahí es donde me has encontrado hace unos minutos.

—¿Los últimos quince metros? —repite Benton.

—Es lo que me ordenó, que subiera al coche para acercarme los últimos quince metros. Específicamente los últimos quince *putos* metros.

—Es evidente que lo que quería era tener una conversación en privado, cara a cara contigo. Tal vez fuera cierto que no quería hablar por teléfono. O lo utilizó como excusa. O podrían ser las dos cosas —dice Benton como si lo supiera de buena tinta, y quizá lo sepa porque no le resulta difícil captarle la onda a Pete Marino. Luego vuelve a la carga—. Dime por qué has decido salir a caminar tú sola, vestida de traje y cargada con bolsas que pesan. ¿No eres tú la primera en prevenir a todo el mundo contra el índice de calor, como acabas de hacer hace un minuto con la joven de la bicicleta?

—Supongo que por algo existe el dicho «en casa del herrero, cuchillo de palo».

—Creo que no tiene nada que ver con eso, que hay algo más.

—Pensé que me vendría bien dar un paseo —respondo, y él se queda callado—. Y, además, tenía que recoger las entradas para el teatro.

Le recuerdo que también tenía que ir a buscar regalos a la Coop, la librería de la universidad. La camiseta, el camisón y el bonito libro de sobremesa no son precisamente los regalos más originales que he comprado en mi vida, pero después de recorrer

los pasillos no encontré nada mejor. Como Benton sabe de sobra, elegir regalos para mi hermana no es tarea sencilla.

—Pero eso no significa que no sepa lo que le gusta —sigo diciendo, pero él no contesta.

Un musical taquillero y una tarta de mantequilla de cacahuete, por ejemplo, y Dorothy también estará encantada con la ceñida camiseta de Harvard que podrá llevar con sus mallas o sus vaqueros más ceñidos si cabe. La camiseta de la Ivy League se verá ampliamente rellenada por su pecho aumentado por cirugía estética, y sin duda inspirará numerosas conversaciones chispeantes en los bares de South Beach y Margaritaville.

—Y el libro de fotografías de Cambridge se lo puede llevar a Miami y decir que ha sido idea suya —explico mientras Benton me escucha sin decir palabra, como hace cuando tiene su propia opinión y es distinta de la mía—. Y eso es exactamente lo que hará mi hermana cuando comparta las fotos de Harvard, del MIT y del río Charles con mamá. Todo girará en torno a Dorothy, pero no importa si así mamá disfruta de su regalo y cree que ha pensado en ella.

—Sí que importa —dice Benton mientras atravesamos las sombras cada vez más alargadas de los altos setos de boj.

—Hay cosas que nunca cambian. Mejor no darles importancia.

—No puedes permitir que Dorothy te afecte de esa manera —me aconseja mirándome a través de sus gafas tintadas.

—Supongo que habrás oído lo de la llamada al 911 —digo cambiando de tema porque mi hermana ya me ha hecho perder demasiado tiempo—. Al parecer Marino tiene una copia, pero no ha querido pasármela.

Benton no responde y, si ha escuchado la grabación, no me lo va a decir. En cambio, si tiene conocimiento de ella, podría solicitar una copia al departamento de policía de Cambridge, alegando que el FBI quiere asegurarse de que un funcionario del gobierno no ha tenido una conducta inapropiada o no ha sido amenazado.

Mi marido podría inventarse cualquier excusa para acceder a la grabación del 911, y se lleva muy bien con el comisario, el alcalde y casi todos los poderosos de por aquí. No necesitaba la ayuda de Marino.

—Como quizá sepas, alguien se ha quejado de que, supuestamente, he alterado el orden público. —Todo suena más extraño si cabe cuando me oigo a mí misma describirle estas menudencias a un hombre que lidia a diario con terroristas y asesinos en serie.

Lo miro mientras nos acercamos al orgulloso edificio de ladrillo a la luz del atardecer, y su rostro no deja traslucir ninguna reacción.

—Supongo que Bryce te lo contó después de que Marino lo encarara para saber exactamente qué pasó en Harvard Square cuando me dejó allí —añado.

—Marino se siente inseguro contigo —dice Benton, y no sé si está haciendo una afirmación o una pregunta.

—Siempre se siente inseguro —replico—, pero también actúa de forma extraña. Insistió mucho para ir al aeropuerto. Estaba demasiado interesado en ofrecerse para ir a recoger a Dorothy.

—Me pregunto cómo sabe que viene. ¿Se lo has dicho tú? Porque yo no le he dicho nada —dice Benton.

—Como nos ha avisado a última hora, no he tenido oportunidad de decírselo prácticamente a nadie —respondo—. Puede que Lucy se lo comentara.

—O puede que Desi. Marino y él han hecho buenas migas —dice Benton, que sabe disimular sus emociones mejor que nadie, pero a mí no me engaña.

Sé cuándo le duele algo, y es evidente que la floreciente relación entre Marino y Desi le duele. Me lo temía; que Marino pase cada vez más tiempo con un chico voluble cuya curiosidad es insaciable y cuya genética desconocemos en gran medida… No sabemos qué esperar. No podemos predecir a quién se parecerá.

Debería parecerse a Natalie, la difunta hermana de Janet, porque nació de uno de los óvulos que ella congeló cuando tenía veintipocos años. Mucho antes de decidir nada al respecto, estuvo investigando sobre madres de alquiler y donantes de esperma. Recuerdo que hablaba de ser madre soltera y, echando la vista atrás, parece que tuvo la premonición de que sus días en la tierra serían escasos. Y así fue. Siete años después de nacer Desi, murió de cáncer de páncreas. Es una verdadera lástima que no esté aquí para ver lo rápido que el chico cambia, como una mariposa que sale del capullo.

—Mira, lo entiendo —dice Benton—. No soy tan divertido como Marino. Ya se ha llevado a Desi a pescar, ha empezado a enseñarle a manejar armas, le ha dado su primer sorbo de cerveza.

—Pescar es una cosa, pero no me hace ninguna gracia que Lucy y Janet piensen que lo demás está bien.

—La cuestión es…

—La cuestión es que no tienes por qué ser divertido de la misma manera que Marino —respondo—. De hecho, espero que tú seas un buen ejemplo.

—¿De qué? ¿De un adulto aburrido?

—Pensaba más en una agente federal sexy y brillante que conduce bólidos y viste ropa de diseño. Desi aún no te conoce.

—Al parecer Desi sí que me conoce. Marino le dijo que soy un director de colegio jubilado, y Desi me preguntó al respecto. Le dije que eso fue hace mil años, cuando acababa de salir de la universidad y estaba haciendo un máster —dice Benton.

—¿Le explicaste que cuando tú empezabas muchos agentes del FBI procedían de ámbitos educativos y jurídicos? ¿Que, en otras palabras, la tuya era simplemente una trayectoria profesional de lo más lógica?

Mientras lo digo me doy cuenta de que son muchas explicaciones y de que el mal ya está hecho.

—No había motivo para que Marino sacara eso a relucir, a no

ser que quiera que Desi me tenga miedo. Lo cual es perjudicial y temerario porque el chico ya es bastante testarudo de por sí. He notado que cada vez le gusta menos que le digan lo que tiene que hacer.

—Estoy de acuerdo con que no le gusta que lo controlen, pero a la mayoría de nosotros tampoco nos gusta.

—El objetivo de Marino es convertirse en el Simpático Tío Pete y relegarme al papel de director de escuela —dice Benton mientras observo por la ventanilla cómo va instalándose la oscuridad, bochornosa y pesada.

Hemos llegado al amplio patio de ladrillo, dispuesto con mesas de madera, sombrillas rojas, arbustos en tiestos y parterres de flores. En este último miércoles de septiembre no debería haber ni una silla vacía. Pero no hay nadie sentado fuera del Faculty Club, nadie en el mundo excepto nosotros.

5

La entrada podría pertenecer a una casa privada, y eso es en lo que se ha convertido el Faculty Club para mi marido, investigador del FBI, que no se graduó en Harvard. Benton fue a Amherst, igual que su padre y que su abuelo.

Un hogar lejos del hogar. Un portal a otro lugar donde el dolor, el miedo y la tragedia no están permitidos. Benton puede evadirse a este refugio neogeorgiano inmaculado en el corazón del campus y fingir durante un breve lapso de tiempo que no existen la ignorancia, la intolerancia, la política ni los burócratas mezquinos.

Aquí puede disfrutar de un retiro enclaustrado, donde todos celebramos las ideas ilustradas y nuestras diferencias y no existen cosas como la violencia o la agresividad. Benton se siente seguro aquí. Es uno de los pocos lugares donde se siente seguro, aunque no tanto como para ir desarmado. No puedo ver la pistola, pero no me cabe duda de que lleva una en su maletín y otra de refuerzo encima. Su Glock 27 o su Smith & Wesson Modelo 19 de porte oculto, sin las que no sale de casa.

Nos hemos parado delante de unas pilastras pintadas de blanco que flanquean la puerta rojo oscuro, sobre la que hay un travesaño. Contemplo la simetría perfecta de la fachada de ladrillo y mi atención se fija en los ventanales de arriba, de cristales pequeños, que pertenecen a las habitaciones de invitados. Benton también levanta la vista y sabe lo que estoy pensando. Me dice:

—Quizá en otra ocasión.

—Sí, supongo que gracias a mi hermana no habrá fiesta de pijamas esta noche. Pero si tuviera algo de ropa para

cambiarme, reservaría una habitación ahora mismo y me daría una ducha.

Casi me parece oír el crujido de las viejas escaleras de madera enmoquetada que conducen a la segunda planta.

Recuerdo el sonido y el tacto de las paredes forradas de tela, la acogedora elegancia y, sobre todo, las estrechas camas en las que Benton y yo no dormimos mucho. El nuestro es un ritual bien practicado que realizamos con regularidad y del que no hablamos con nadie. Nos pertenece exclusivamente a los dos, y yo no lo llamaría una cita, sino que lo consideraría más como una terapia que hacemos una vez al mes, eso cuando los astros nos son propicios.

Con frecuencia no es el caso, pero si lo es nos llevamos un buen recordatorio de que la decencia y la humanidad siguen existiendo en el mundo. No todo el mundo miente, roba, viola, maltrata, abandona, tortura, secuestra y mata. No todo el mundo quiere arruinarnos o quitarnos lo que es nuestro, y tenemos mucha suerte de habernos conocido.

Nos adentramos en la fría quietud de las imponentes antigüedades, los finísimos cuadros y las alfombras persas. Benton cierra la puerta después de entrar y nos encontramos rodeados de apliques y paneles de caoba, muebles oscuros de cuero acolchado y parquet de anchas tablas. Hay flores frescas en la mesa del vestíbulo y el menú de esta noche está expuesto en un atril victoriano de roble.

Detecto las capas de aromas familiares, los lirios y las rosas cortadas, y la cera de abejas con una pátina de moho un poco rancio, que me tranquilizan y forman parte del encanto de un mundo antiguo que evoca en mí la poesía, los puros y los libros raros encuadernados en piel. Reconocería este lugar con los ojos cerrados. Su energía es diferente. Hay una especie de seriedad, ese formalismo que cabe esperar de un espacio que ha acogido a jefes de Estado y a algunas de las personalidades más destacadas del mundo.

Me paro en la entrada, frente a un antiguo espejo ovalado, y me atuso el lacio cabello rubio. Miro fijamente a través del cristal picado al hombre alto y apuesto, vestido con un traje gris claro, que se cierne sobre mí como una aparición sobrecogedora. Sin darme la vuela, le pregunto:

—¿Nos conocemos?

—No creo. ¿Está esperando a alguien?

—Sí.

—Qué coincidencia. Yo también. De hecho, siempre he esperado a alguien.

—Yo también.

—Bueno, no a cualquiera. A la persona adecuada. —Su reflejo me mira.

—¿Cree que solo hay una persona adecuada para cada uno de nosotros? —pregunto al espejo de la pared.

—Yo solo puedo hablar por mí.

No tenemos nombre para nuestro jueguecito, y nadie está al tanto de esta deliciosa coreografía durante la cual nos cruzamos como si fuéramos unos perfectos desconocidos. Es refrescante y aleccionador, pero también es bueno en el plano psicológico si puedes soportar la verdad. ¿Qué pasaría si nos conociéramos de veras por primera vez en la entrada del Harvard Faculty Club?

¿Nos fijaríamos el uno en el otro? ¿Benton seguiría encontrándome tan atractiva como la primera vez? Para los hombres las cosas cambian cuando sus mujeres envejecen, y algunos podrán decir que siguen igual de enamorados, pero en realidad no lo están. Es valiente hacerse esta clase de preguntas y afrontar la verdad sin escurrir el bulto. ¿Qué sentiríamos si nos conociéramos hoy y no hace varias décadas, cuando Benton estaba casado, yo divorciada y trabajamos juntos en nuestro primer caso?

No hay ningún método científico para responder a esta pregunta, pero tampoco lo necesito. No me cabe duda de que volveríamos a enamorarnos. Estoy segura de que tendría una

aventura con él que me valdría de nuevo el apodo de «destrozahogares». Y no me importaría, porque ha merecido la pena.

Benton apoya sus cálidas y tersas manos sobre mis hombros y la barbilla sobre mi cabeza. Percibo el aroma terroso de su colonia mientras observamos nuestros reflejos en el espejo convexo, nuestros rostros como abstracciones picassianas en las esquinas donde el cristal plateado muestra erosiones.

—¿Le apetece cenar? —me susurra cerca del cabello.

—¿Me disculpa un momento?

Guardo la bolsa de la compra en el guardarropa y entro en el aseo de señoras, con el papel pintado clásico y los carteles de teatro de la época victoriana colgados en las paredes. Dejo mi maletín de cuero sobre la encimera de granito negro y saco un estuche de maquillaje. Observo en el espejo situado sobre el lavabo a la mujer de caqui, ligeramente ajada y desaliñada, que me devuelve la mirada.

En realidad, me digo que sobra lo de «ligeramente». Estoy hecha un estropicio. Me quito la chaqueta húmeda y la tiendo sobre una silla. El sujetador está empapado en sudor debajo de la blusa blanca. Enciendo el secador de manos y me acerco para que el aire caliente me entre por el cuello y no quedarme en ropa interior mojada. Luego saco la polvera, el pintalabios y un cepillo de dientes. Contemplo mi aspecto y calibro qué más puedo hacer al respecto. No mucho.

No puedo contrarrestar los efectos del mal sueño, de mi empeño por trajinar bajo el calor extremo. Me siento un poco mareada, cansada y pegajosa por todas partes. Necesito comer y beber a toda costa. Pero lo que más necesito es una ducha. Me quito las medias hechas una ruina y las tiro a la basura. Empapo una toalla de mano de agua fría para limpiarme, pero no hay remedio rápido para la ropa transpirada y arrugada.

Es como si saliera empapada y agitada de una lavadora, y noto que he adelgazado un poco en las últimas semanas. Eso suele

ocurrir cuando descuido el ejercicio. Hace tiempo que no salgo a correr, sobre todo por la ola de calor. No me he acercado a mis cintas TRX, y Lucy me ha estado insistiendo en vano para que la acompañe al gimnasio.

Me empolvo la cara, y las sombras de la luz tenue proyectada por una araña de cristal acentúan mis pómulos prominentes, mi nariz y el ángulo pronunciado de mi mandíbula. Se me viene a la cabeza lo que los periodistas dicen de mí, que casi nunca es algo relevante o amable. Soy masculina y poco atractiva. Sin olvidar mi frase preferida, poco halagadora, que se ha reciclado *ad nauseam* en los artículos: «La doctora Kay Scarpetta tiene un aspecto imponente y un rostro impasible, inaccesible y autoritario».

Me mojo los dedos para despeinarme y me doy un repaso con un espray voluminizador. Me cepillo los dientes y me aplico en la frente y las mejillas un polvo mineral que bloquea los rayos ultravioletas y no provoca cáncer. Poco importa que fuera sea noche cerrada. Lo hago por costumbre. Luego me pongo un bálsamo labial de aceite de oliva y busco el Visine para los ojos y un tubito de manteca de karité.

Me siento mucho mejor, pero mientras inspecciono mi blusa y mi traje chafados, oigo la voz de Dorothy en la mente con tanta claridad como si estuviera conmigo en el aseo de mujeres. Diría lo mismo que probablemente dirá cuando Benton y yo vayamos a recogerla dentro de unas horas. Tengo un estilo horroroso. Visto ropa aburrida y desaliñada. Voy sucia y me pongo trajes sosos, hasta tal punto que parezco un espantajo o un hombre. No entiende por qué no llevo tacones de aguja, capas de maquillaje o uñas de acrílico y esmalte chillón.

Se le escapa por qué no realzo las partes de mi cuerpo, «especialmente cuando las dos estamos dotadas de una buena delantera», como ella dice; le gusta presumir de este detalle, el más importante. Yo no me visto ni me comporto para nada como

mi hermana. Nunca lo he hecho y nunca seré capaz de hacerlo.

Desde que tengo uso de razón, soy incompatible con los accesorios de mujer frágil y las actitudes casquivanas. Simplemente no nos llevamos bien.

Benton me está esperando mientras charla con nuestra anfitriona, la señora P., instalada en su puesto.

Benton sujeta su maletín de cuero negro con una mano y el teléfono con la otra, a la vez que teclea con el pulgar. Se lo guarda en un bolsillo cuando ve que vuelvo del cuarto de baño, y entiendo lo que significa que te dé «un vuelco el corazón». El mío se estremece felizmente al verlo. Siempre es así.

—¿Una gran mejora? ¿Mmm? —Se quita las gafas y me examina con ademán exagerado y una luz divertida en sus chispeantes ojos—. ¿Está de acuerdo conmigo, señora P.? —le pregunta y me guiña un ojo.

A sus ochenta y pocos años, la señora P. tiene una aureola de cabello entrecano y unas gafas redondas de montura metálica. Parece la caricatura de una matrona estirada y remilgada de Nueva Inglaterra. Tiene la cara fofa y arrugada como un higo seco, y su vestido y chaqueta de jacquard a juego con un intricado motivo en verdes y rojos me recuerda a un estampado de William Morris.

La señora P. suele mirarme con curiosidad incluso cuando no parezco una pasa, como si se preguntara muchas cosas que no llega a verbalizar. Sus ojos han bajado varias veces hasta mis piernas desnudas y han subido rápidamente como si hubiera visto algo que no debiera.

—¿Qué le parece? —le pregunta Benton.

—Pues no estoy segura. —Nos guiña un ojo detrás de sus gafas al tiempo que vuelve la cabeza de un lado a otro como en un partido de tenis, pasando del uno al otro, apreciando el numerito de cada uno—. Sabe que no debería ponerme en semejante

aprieto —le reprende cariñosamente.

La señora P. se apellida Peabody, que se pronuncia acentuando la primera sílaba, en un «Piiii» prolongado y comiéndote el resto, como la ciudad cercana a Salem. Nunca la he llamado por su nombre de pila, Maureen, y no tengo ni idea de si sus allegados la llaman así, Mo u otro diminutivo. En los años que llevamos siendo clientes del hotel ella siempre ha sido sencillamente la señora P., y Benton es el señor Wesley. Cuando se refiere a mí por mi nombre, yo soy la señora Wesley, aunque conoce bien mi otra vida, en la que casi todo el mundo me llama doctora Scarpetta o Jefa.

Es un triste secreto que comparto con la señora P.: sabe lo que hago y quién soy, aunque finja lo contrario por cortesía. Poco después de que Benton y yo nos mudáramos a Cambridge, su marido murió en un accidente de coche, literalmente delante de su casa. Yo me hice cargo de él. Ahora es como si aquello nunca hubiera ocurrido, y lo que más recuerdo del caso de su marido es la negativa de su viuda, la señora P., a hablar conmigo. Insistía en repasar el informe de la autopsia de su difunto marido con uno de mis jefes adjuntos, un hombre.

Pero luego contrataron a la señora P. en el Faculty Club, en una época en la que las cosas eran muy diferentes para las mujeres. Podías estar matriculada en la facultad y que te relegaran al comedor reservado a las mujeres o descubrir que no tenías sitio en la residencia y que no eras bienvenida en las mismas bibliotecas o alojamientos que tus compañeros varones. Cuando Ruth Bader Ginsburg, una de las mentes más preclaras en materia jurídica de nuestro tiempo, llegó el primer año a la facultad de Derecho de Harvard, le pidieron que justificara por qué ocupaba una plaza que podía corresponderle a un hombre.

—Creo que necesita que le miren la cabeza si sale por ahí con la que está cayendo —le dice la señora P. a Benton, y él abre mucho los ojos y la observa con fingida decepción—. Seguro que se derrite como una vela —añade, aludiendo a las pintas que

llevo.

Benton contesta encogiéndose de hombros:

—Supongo que eso es un no. Lo siento, Kay. Mi impresión es que a la señora P. le sigues pareciendo algo que un gato traería entre sus fauces.

—¡Yo nunca diría semejante cosa! —exclama la señora P. con su suave y tímida risa, apoyando tres dedos sobre sus rosados labios y negando con la cabeza como si mi marido fuera el ser humano más travieso del planeta.

Le cae muy bien Benton, que, por supuesto, nos está tomando el pelo a las dos. Es difícil pillarle el punto si no lo conoces. Su humor es tan sutil como una telaraña que no atinas a asir pero que sigues apartándote de la cara. Él sabe perfectamente que mi aspecto no ha mejorado mucho. No llevo las medias, y las plantillas de cuero de mis zapatos rozados y nada estilosos se han vuelto tan viscosas como una ostra cruda que lleva horas al aire libre.

—No metas el dedo en la llaga —le digo mientras la señora P. recoge dos menús y el grueso cuaderno negro, la extensa *carte des vins*—. Soy consciente de que no tenías pensado cenar esta noche con algo que un gato traería entre sus fauces.

—Depende del gato. —Benton abre su maletín con un leve y seco chasquido de los cierres.

Se quita las gafas de sol y se pone unas bifocales, de esas que venden en la farmacia. Vuelvo a colgarme el maletín al hombro y seguimos a la señora P. hasta el comedor norte, con sus altas ventanas arqueadas y las vistas al jardín delantero, que está envuelto en la oscuridad.

Nuestros pasos son silenciosos sobre la moqueta rojo burdeos cuando pasamos por debajo de las oscuras vigas del techo de escayola blanca, a través de un mar de mesas cubiertas de manteles blancos iluminados por arañas de cobre cuyas bombillas brillan como velas bajo sus pequeñas pantallas rojas.

Somos los únicos comensales de momento. Benton y la señora P. charlan amigablemente mientras la mujer nos conduce a nuestro rincón habitual.

—Hasta las ocho como mínimo la cosa no se animará —dice, explicándole a Benton que el Faculty Club estará tranquilo hasta entonces—. Tenemos dos cenas privadas arriba, pero aquí abajo estarán a gusto. Es porque hace demasiado calor.

—¿Y los cortes de luz? —pregunta Benton—. ¿Les han afectado?

—Eso sí que es un problema cuando ocurre. La luz se va durante no sé cuánto tiempo y no puedes quedarte dentro ni salir. Esperemos que no vuelva a pasar, sobre todo cuando han venido ustedes a disfrutar de una cena tranquila.

La señora P. nos pone al día sobre Félix el Gato. Ese es su nombre completo, pero ella lo llama Félix para abreviar. Al parecer, Félix no ha llevado bien la ola de calor.

—Sufrió mucho la última vez que se fue la luz, justo ayer al mediodía, o al menos eso es lo que averigüé más tarde porque me pilló trabajando en ese momento. Por lo que cuentan, yo vivo en una de las peores zonas de la red eléctrica —nos explica a ambos—. Y ya saben que Félix es viejo, con todos los problemas que eso conlleva. No siempre estoy informada de si se ha ido la luz en casa, ya ven. A veces estoy bien aquí y no tengo ni idea de si el pobre Félix está sufriendo porque se ha quedado sin aire acondicionado.

—¿No hay ningún vecino o alguien que pueda echarle un ojo de vez en cuando? —sugiero.

—Mis vecinos están en las mismas que yo si se va la luz —responde—. Y mis hijos no viven cerca. Ahora mi nieto trabaja aquí a media jornada mientras intenta ganarse la vida como músico, y ayuda cuando puede. Pero tiene veintitrés años y es alérgico a los gatos.

—¿No podría traerse a Félix al trabajo? —pregunta Benton, y la señora P. se ríe—. ¿Por qué no? —insiste él, que habla en

serio.

—Pues porque no.

La mujer echa un vistazo al comedor para comprobar si alguien más ha entrado.

6

Nuestra mesa esquinera está a la derecha de una enorme chimenea enmarcada por una repisa de madera nudosa que sube de la alfombra al techo. Perpendicular a ella, la pared de damascos dorados está decorada con obras de arte británico, holandés e italiano que no estaban aquí cuando vinimos el mes pasado.

La nueva exposición incluye una escena marina, una alegoría religiosa y una vánitas con un cráneo. Hay retratos al óleo de hombres severos ataviados con trajes coloniales y mujeres empolvadas cuyas encorsetadas cinturas están tan comprimidas que parece anatómicamente imposible a no ser que tuvieran las costillas magulladas y los órganos apiñados. Nunca sé lo que voy a descubrir en cada nueva visita, porque la mayoría de las obras proceden de los museos de Harvard que hay alrededor, cuyas colecciones se cuentan entre las mejores del mundo.

Los cuadros rotan sin cesar, y eso atrae especialmente a Benton, porque no se aleja mucho de lo que conoció en su infancia. Su acaudalado padre invertía en obras de arte, y cuadros de un valor incalculable entraban y salían constantemente de casa de los Wesley, una mansión de piedra rojiza no muy diferente del Faculty Club.

Debe de ser increíble elegir un Pieter Claesz una semana y un J. M. W. Turner o un Jan Both la siguiente. Y, de paso, por qué no un Johannes Vermeer o un Frans Hals, pienso mientras recorro con los ojos nuestra galería privada, donde cada obra tiene un marco dorado iluminado por apliques de museo.

Me cuesta imaginar la infancia de Benton cuando la comparo con las condiciones minimalistas y decididamente poco

glamurosas de la mía en Miami. Él procede de la Ivy League de Nueva Inglaterra, mientras que yo soy la única de la segunda generación de mi familia italiana que fue a la universidad. A pesar de lo duro que supuso tener tan poco en todas las acepciones de la palabra, me siento agradecida por no haber obtenido lo que pensaba querer en mi infancia.

Benton también sufrió algunas privaciones, pero de otra índole. Él obtuvo lo que sus padres querían. Cumplió los sueños de sus padres y, en muchos sentidos, eso únicamente le hizo sentirse más pobre y solo. Imagino que, de niña, yo también me sentí triste y aislada alguna vez. Pero lo que mejor recuerdo es mi determinación: sabía que no tenía más remedio que aprender a sacarme las castañas del fuego, ya fuera para conseguir ropa, un champú que pudiera permitirme o hacer que algo me durara más.

Me aficioné a descubrir el mundo a través de la literatura, la fotografía y el cine, porque no existía eso que llamaban vacaciones ni viajes por el motivo que fuera, por lo menos no hasta que empecé a ir a la universidad, ya siendo adolescente. A Benton, en cambio, nunca le faltó de nada, salvo cariño y una niñez normal. Él me dice que nunca se sintió rico hasta que nos conocimos, y eso es lo más bonito que me han dicho nunca.

Mueve un poco la mesa, orientándola a su antojo, como si el comedor le perteneciera.

—Me preocupa que cojas frío.

—De momento estoy bien. Aparte del aspecto que tengo, claro.

—Que es hermoso. Eres la persona más hermosa que he conocido. —Benton me sonríe mientras me saca la silla para que me siente.

—Creo que el calor te hace delirar.

Me acerco a la mesa y meto mi maletín debajo de la silla. Nunca nos colocamos de espaldas a las puertas ni a ninguna otra salida. No nos sentamos junto a una ventana que nos haría tan

visibles como un pez dentro de una pecera.

De hecho, no nos conducen a una mesa, sino que hacemos un despliegue hasta ella. Benton y yo nos sentamos donde podamos seguir observando en derredor, asegurándonos de que nada pueda sorprendernos por detrás o a través de un cristal. En otras palabras, en el hogar seguro de mi marido fuera de su hogar, nos sentamos a cenar como dos polis.

No podríamos relajarnos sin estas precauciones, y son estos pequeños hábitos los que nos permiten reflexionar. Es imposible olvidar que pertenecemos a una tribu pequeña y especial. La tribu de los funcionarios traumatizados.

—¿Seguro que no te molestará el aire acondicionado? —pregunta Benton mientras un camarero de cierta edad, que debe de ser nuevo, se acerca a nosotros—. ¿Quieres mi chaqueta? —Benton empieza a quitársela y yo niego con la cabeza.

—Por ahora estoy bien. Tú no te preocupes. Me disculpo otra vez por estropear lo que nos quedaba de noche.

—No sé de qué estás hablando. No has estropeado nada. —Abre su servilleta blanca y se la posa sobre el regazo—. Bueno, quizá tus medias. Por cierto, ¿cómo ha sido eso?

—¡Por el amor de Dios! ¿Hay algo que no me hayan preguntado hoy? —Luego noto cómo unas irreprimibles burbujas de risa me suben por la garganta, al tiempo que Benton me observa con una mirada inquisitiva.

—¿Me estoy perdiendo algo? —pregunta por fin, pero el camarero espera para tomarnos nota.

Está junto a nuestra mesa, con una chaqueta blanca, almidonada y abotonada, y tiene la cara demacrada y la piel flácida de alguien que en tiempos fue guapo y ha perdido mucho peso. Mira a Benton, con el bolígrafo apoyado en la libreta de pedidos. Mi marido pide que nos traigan agua antes de nada, y en ese momento me acuerdo de mis medias tiradas en el cubo de la basura del baño de señoras y me vuelve la risa.

—Lo siento —digo enjugándome los ojos con la servilleta—,

pero a veces me sorprende lo absurdo que puede llegar a ser todo. Para responder a tu pregunta, apuesto lo que sea a que me salió una carrera en la media como a cualquier otra mujer.

—Lo dudo. —Benton observa al camarero que habla con el joven que hemos visto en la entrada hace unos minutos. Están revisando los preparativos de una mesa grande para una fiesta, trasteando con los cubiertos, recolocando los arreglos florales—. Por lo general, tus contratiempos implican armas blancas, fluidos corporales y moscardones —añade Benton.

—Me rocé las medias con una camilla de esas que transportan cadáveres y tienen una manivela para subir y bajar la altura. Estaba ayudando a levantar un cadáver y me enganché, posiblemente en una de las ruedecillas.

—¿Y luego? No te quitaste las medias para ponerte unas nuevas —insiste—. ¿Por qué?

Empiezo a pensar que me lo pregunta porque existe una razón. No es una pregunta frívola, a fin de cuentas. Claro que nada de lo que me pregunta lo es, ni siquiera cuando bromea.

En mi cuartel general, Bryce se encarga de mantener una provisión de artículos de primera necesidad, como café, tentempiés, productos de aseo básicos y pares de medias de repuesto.

Si él no supervisara todas esas cosas, es muy probable que a mí ni se me pasara por la cabeza, porque no soy amiga de las faldas y las medias, aunque finja lo contrario. Si puedo elegir, me pongo mi ropa de campaña habitual: pantalones de camuflaje resistentes a las llamas y los insectos, cuantos más bolsillos mejor, y camisas tácticas con el escudo bordado del CFC.

Y, por supuesto, calcetines de algodón resistentes y botas de caña baja. También tengo debilidad por las parkas, las chaquetas plegables y las gorras de béisbol, y supongo que todo eso se

remonta a mis años en la facultad de Medicina y las Fuerzas Aéreas, época en la que era muy influenciable. Cuando empecé, vivía en bata quirúrgica y uniforme de combate, y si por mí fuera seguiría haciéndolo.

Pero como me citan con frecuencia para testificar en declaraciones, ante un tribunal o legisladores, debo tener a mano otros pertrechos más propios de una directora y jefa que puede influir en el tipo de chaleco antibalas que llevan nuestros soldados o en si hay que meter a alguien entre rejas.

—Gasto varios pares de medias a la semana en el trabajo —le explico a Benton—. Y supongo que Bryce no ha ido mucho de compras con este calor. O quizá haya estado demasiado ocupado con sus propios dramas personales como para molestarse en pedir lo necesario por internet. Así que, sí, no me llevé una alegría cuando descubrí que no tenía nada para cambiarme después de echar a perder las medias. Pero no sé por qué no se me pasó por la cabeza parar en el CVS de Harvard Square y comprar otras para no estar aquí sentada con las piernas desnudas. Supongo que es otro error de cálculo por mi parte.

—Entonces lo que estás diciendo es que Bryce te ha estado decepcionando y que estabas enfadada con él incluso antes de que te llevara al Square. Cuando te diste cuenta de que no tenías nada para cambiarte, eso fue el catalizador. —Benton saca sus gafas de lectura del estuche—. Pero la carga de combustible ya estaba puesta.

—¿De qué carga de combustible estás hablando? —Me aliso la servilleta sobre la falda y recuerdo las ganas que tengo de quitarme la ropa que llevo puesta.

—Creo que lo sabes.

Ya sé adónde quiere ir a parar: es una alusión a mi familia, y concretamente a mi reacción ante la visita inesperada de mi hermana, la cual llega sin invitación. Miro la hora. Había planeado ir al aeropuerto Logan a las nueve y media, pero ahora no sé qué hacer. Lucy dice que Dorothy llegará tarde. Sería todo

un detalle por parte de ella avisarme para que Benton y yo no tengamos que salir corriendo del restaurante para terminar sentados fuera de la zona de equipajes durante horas. Empiezo a relatar lo ocurrido por la tarde:

—Bryce pasó por mi despacho sobre las cuatro y media para llevarme a la Coop a hacer unos recados y luego dejarme aquí. Y todo iba bien, solo que no paraba de hablar. Y, si te soy sincera no podía soportarlo.

—¿De qué hablaba?

—Eso es muy difícil de reconstruir porque cuesta seguirle el hilo. Al parecer, Bryce está convencido de que mi relación con él ha cambiado, que ya no me cae bien ni lo quiero cerca, y viene de antes del incidente de hoy con las medias. Últimamente he tenido la impresión de que se le había metido en la cabeza que me he distanciado de él y estoy pensando en despedirlo o vete tú a saber.

—¿Y eso lo piensas basándote en...? —Benton se coloca las gafas de lectura en la parte inferior de su nariz recta y estrecha, y sus ojos color avellana me miran por encima de la montura.

—Basándome en sus reiteradas preguntas sobre qué ha hecho mal. No ha parado de preguntármelo cuando discutíamos delante de la Coop.

—¿Quién empezó la discusión, tú o él?

—Siempre he oído que se necesitan dos para discutir.

Benton se ríe.

—No si hablamos de Bryce. Es muy bueno jugando a los dos lados de la red.

—Yo no le busqué las cosquillas. Me limité a resistir y a negarlo, a insistirle en que tenía que irme. Él estaba agobiadísimo con el calor abrasador, pero me retenía en plena canícula porque no me dejaba en paz.

—En otras palabras, está cargando las tintas contra ti. —Benton coge la gruesa carta de vinos de encima de su menú.

—Como siempre, pero más excesivo, por lo que parece.

—Esto tiene pinta de ser una de esas situaciones desafortunadas por culpa de un momento inoportuno. —Benton pasa varias páginas gruesas color crema, mientras echa un vistazo a los vinos—. Ojalá me equivoque. Pero fue muy inoportuno que te enzarzaras en una pelea con él en tanto que un difamador, sin duda alguna persona obsesiva, os estaba observando. Normalmente podríamos dejarlo pasar y descartarlo como el desvarío de algún desquiciado. Pero el tatuaje de la hoja de marihuana es un problema. Si no fuera por ese detalle, no daría crédito a lo que parece una queja completamente frívola. Ni siquiera me molestaría en escuchar la grabación.

—¿Cómo dices? ¿Cómo sabes lo del tatuaje?

Pero Benton pasa otra página de la carta de vinos sin responder.

—¿Estás sugiriendo que has escuchado la grabación del 911? ¿Es eso lo que me estás diciendo? —le pregunto a continuación.

7

El camarero vuelve con una botella de agua mineral y guardamos silencio mientras nos rellena los vasos.

No hablamos de nada que no esté relacionado con los aperitivos y lo agradable que es tener el comedor para nosotros solos, al menos el tiempo que dure. Benton siempre pide los pasteles de cangrejo con cebolla a la plancha y pimientos encurtidos, y yo suelo pedir el bisque de langosta con mantequilla tostada al limón.

Pero hace demasiado calor para cualquiera de los dos platos, decidimos, y nos decantamos por la ensalada mediterránea con tomates reliquia y queso feta desmenuzado. Pregunto si podemos sustituir las cebollas moradas por cebollas dulces y pido que me traigan aliño extra de pimentón rojo molido para darle un toque de sabor. Pido otra botella de agua, esta vez con gas, y muchas rodajas de limón. En cuanto el camarero se marcha, reanudo nuestra conversación:

—¿Qué quieres decir con que no te molestarías? ¿Tu mujer es objeto de una denuncia a la policía y tú no te molestarías en prestarle atención? ¿Aunque sea una gilipollez?

—No sería la primera vez que un desequilibrado te ve en público y llama a la policía y a los medios. —Benton pasa otra página de la carta de vinos, y la luz capta su sello de oro grabado con el escudo de armas de su familia—. Eres reconocible, Kay, y la gente te asocia con catástrofes y crímenes mediáticos. Podría decirte lo contrario, pero no sería verdad. Así que sí. —Levanta la vista para mirarme a los ojos—. Puede que no haya prestado atención o toda la atención que debería.

—Has escuchado la grabación. —No pienso dejarle eludir la

pregunta—. No voy a parar de insistir.

Lee en silencio la carta de vinos, y veo que sus ojos recorren de arriba abajo la página de borgoñas blancos. No sé muy bien por qué. Lo máximo que puede tomar es una copa. Dentro de un rato tiene que conducir. Pienso en Dorothy y me pongo cada vez más inflexible con Benton. Es superior a mí.

—Quiero oír la grabación —le exijo—. ¿Tienes una copia? Y no me interesa la transcripción. Quiero oír cómo ese cabrón miente sobre mí.

—En teoría debería ponértela Marino —responde Benton mientras vuelve a pasar las páginas de las diferentes clases de vino—. Supongo que está investigando tu flagrante alteración del orden público como haría cualquier detective jefe que se precie.

—Te dije que no me contaría casi nada de lo que dijo el sujeto en cuestión. No quiso discutirlo en detalle, y desde un punto de vista jurídico puedo presionarlo, Benton. Tengo derecho a verme cara a cara con mi acusador, y en este caso el acusador es la persona que miente sobre mí en esa grabación. Quiero escucharla yo misma, con mis propios oídos. No hay razones legales para ocultarme esa grabación, a menos que creas que estoy implicada en un delito federal. Y la última vez que lo comprobé, alterar el orden público no figuraba en la lista.

Eso es exactamente lo que Benton espera de mí: que lo amenace con un tono ofendido y agresivo que no refleja mis verdaderos sentimientos. Lo que no debo hacer es tratarlo como a mi marido en esta clase de asuntos, que, irónicamente, desconocería si no fuera mi pareja después de todo. En este momento, él tiene que ser el agente especial Benton Wesley, y yo, la Jefa, algo por lo que ya hemos pasado muchas veces.

Pasa otra página de la *carte des vins* y dice:

—Creo que deberíamos pedir vino blanco. Pero depende de lo que quieras comer. Tomaremos lo justo para probarlo y nos llevaremos la botella para más tarde, cuando volvamos a casa.

—Me bastaría con acogerme a la Ley de Libertad de Información. Pero es una estupidez que me hagáis pasar por eso. Estaba pensando que me apetece pescado. Algo ligero. —Abro el menú sin levantarlo de la mesa mientras él se agacha para coger el maletín junto a su silla. Se lo coloca en el regazo y vuelvo a oír el chasquido de las cerraduras.

—¿Recuerdas lo que mi profesor de octavo me dijo un día? —Saca los auriculares inalámbricos de su funda con cremallera—. El bueno del señor Broadmoor…

—Que un día conseguirás lo que deseas y te arrepentirás —termino la anécdota que Benton me repite cada vez que está convencido de que puedo aplicarme el cuento.

—No te va a resultar agradable y preferiría ahorrártelo. —Abre el pequeño maletín negro—. Pero, como sabes, las leyes sobre las grabaciones del 911 son bastante turbias en Massachusetts. No hay ningún reglamento que diga que no la puedas escuchar. En eso tienes razón.

Me pasa los auriculares y me los pongo. Coloca el teléfono en el centro de la mesa y toca varias funciones de la pantalla. Primero se oye estática y parásitos en estéreo. Después:

—Nueve-uno-uno, ¿cuál es su emergencia?

La operadora es una mujer, y reconozco su voz de las conversaciones por radio que se han vuelto crónicas en mi vida.

—Hola. No llamo exactamente por una emergencia, pero creo que la policía debería saber que uno de nuestros estimados funcionarios públicos está perturbando la paz ante Dios y el mundo entero en Harvard Square.

La voz del interlocutor es suave y fluye a un ritmo lento, como si masticara caramelo blando. Es como si estuviera drogado o actuando, y recuerdo lo que Marino dijo sobre la imposibilidad de distinguir si se trataba de un hombre o una mujer. Yo tampoco estoy segura.

—¿Cuál es la dirección de su emergencia? —pregunta la operadora.

—No lo sé con precisión, pero creo que una buena forma de describir el Square es que es la zona que rodea la estación de metro.

—¿Podría indicarme la dirección de algún comercio?

—No. —El interlocutor tose varias veces.

—¿Desde qué número llama?

—Desde mi móvil, pero eso no le dirá mi ubicación. No podrá confirmar nada sobre mí de esa manera…

En este punto, el interlocutor se pone grosero y agresivo, siempre a su manera lenta y lánguida, y pienso que se trata de un hombre. Pero, honestamente, no puedo decirlo a buen seguro porque habla en voz baja, y ronca, con un registro agradable en algún punto entre barítono y tenor.

Mientras le escucho describir lo que, según él, presenció, se me pasa por la cabeza que mi supuesta pelea de mierda con mi «novio» no estaba ocurriendo durante la llamada telefónica del testigo embustero. Lo que dice parece demasiado ensayado para estar sucediendo en tiempo real, y sospecho al instante que está comunicando su historia inventada después de los hechos.

—¿Sabe dónde está ahora esa mujer? —pregunta la operadora refiriéndose a mí mientras miro fijamente el mantel blanco y escucho con atención la grabación a través de los auriculares.

—No, pero es una gilipollas de campeonato y le aseguro que no querría ni de coña que fuera ella quien se plantara en mi puta casa si alguien la estuviera palmando. Tendría que haber visto cómo le hundía el puto dedo a ese pobre mariquita con pinta de auténtico pringado antes de soltarle un guantazo. No quiero ni imaginarme cómo se comportaría con un enfermo una perra asquerosa como esa…

—¿Dónde está usted? —pregunta la operadora mientras el interlocutor tose y carraspea de nuevo—. ¿En el exterior?

—Con los pajarillos y las abejas. ¡Pues claro que estoy en el exterior! ¿De qué otra forma podría estar comunicándole algo que pasa en la calle, a la intemperie, ante mis propios ojos?

La llamada continúa hasta que ella le informa de que la policía está de camino y le pregunta su nombre.

—No necesita saber mi nombre, señora, lo que necesita es prestar atención a los nombres de esos dos. ¿Estamos?

—Necesito su nombre para que la policía pueda localizar…

—No intente esas pamplinas conmigo. Sé lo que pretende hacer. Van a tapar este asunto como hacen con todo lo que tiene que ver con el maldito gobierno, y ya es hora de acabar con la intolerancia y el fascismo…

Los vituperios continúan durante casi un minuto entero, y es difícil escuchar cosas tan horribles sobre mí. Me invade la ira. Me quito los auriculares y se los devuelvo a Benton.

—Parece que este individuo tiene un problema personal conmigo por alguna razón. —Estoy conmocionada e indignada a la vez, y eso es lo único que se me ocurre decir.

—¿Te suena la voz? —Los ojos de Benton no se apartan de los míos.

—No, no me suena. ¿A qué hora se hizo la llamada?

—A las seis y doce. —Su mirada no vacila cuando caigo en la cuenta de lo que eso significa.

El 12 de junio, o junio 12 como decimos en Estados Unidos, es mi fecha de nacimiento. Normalmente pensaría que no es más que una mera coincidencia con mi vida personal, salvo por un detalle que no es baladí. Las seis y doce de la tarde también es la hora exacta que Tailend Charlie ha escogido para enviarme por correo electrónico sus amenazas grabadas desde el 1 de septiembre.

—Así que la llamada se produjo casi una hora y media después de los hechos. —Cojo mi vaso de agua—. Bryce y yo estábamos hablando delante de la Coop a eso de las cuatro y cuarenta y cinco. ¿Estamos seguros de que no hay manera de alterar la hora?

—No veo cómo, Kay. La marca temporal está en la grabación del 911.

—Entonces no hay duda, la llamada se hizo cuando ya me había marchado del Square. Estoy segura de que a las seis y doce estaba cruzando el Yard. Eso también coincide con el momento en que Marino me llamó al móvil.

—¿Puedes comprobarlo? —dice Benton señalando mi teléfono sobre la mesa.

Lo cojo y miro las llamadas entrantes.

—Primero lo intentó a las seis y dieciocho —respondo—. Recuerdo el edificio por el que estaba pasando cuando el teléfono vibró, y era él.

—Lo que sugiere que tuvieron que ponerse en contacto con él en el instante en que la policía recibió la queja contra ti —dice Benton, y no sé si es una pregunta o una afirmación.

—No olvides que Rosie siempre ha tenido debilidad por él. Salieron juntos unas cuantas veces. Probablemente no perdió ni un minuto en llamarlo.

—¿Rosie?

—La operadora —le recuerdo—. He reconocido su voz. En realidad se llama Rosemary, pero Marino la llama Rosie.

—Lo que me lleva de nuevo a la misma pregunta. ¿Hay algo, cualquier cosa, en la voz que acabas de escuchar que te resulte familiar? ¿Algo que te haya llamado la atención? —Benton mira su teléfono, pero la pantalla se ha quedado inactiva y no se ve nada más que un rectángulo liso negro.

Lo desbloquea y el archivo de vídeo reaparece con la flecha del play congelada.

—¿Aparte de lo arrogante y odiosa que sonaba esa persona? —Reflexiono—. No hay nada especial, no creo.

—No pareces muy convencida.

Miro al techo de escayola y repito en mi cabeza la grabación del 911.

—No —decido—. No me suena de nada, solo es una voz

normal, agradable. No sé qué más decir al respecto.

—Vuelves a ser ambigua. —Benton no piensa decirme por qué tiene esa impresión.

No es propio de él dirigir un testimonio, aunque el testigo sea su mujer, y bebe otro sorbo de agua mientras yo reflexiono un poco más. Tiene razón. No estoy segura, y entonces se me ocurre el motivo. Explico lo que me ha parecido captar, aunque sin llegar a identificarlo:

—Es demasiado uniforme, demasiado homogéneo. No se oyen las variaciones que cabría esperar. Tiene algo de rebuscado y antinatural.

—En otras palabras, suena artificial o grabado. Falso, en resumen —añade, y me pregunto si ese dato no se lo habrá dado Lucy—. No podemos saber si es una voz sintetizada. —Luego responde a mi pregunta no formulada sobre mi sobrina—: Pero Lucy está de acuerdo en que el paso de un comentario a otro resulta extrañamente coherente. Ella dice que si han modificado o alterado la voz…

—Espera un momento. Si obtuviste el archivo de audio de la policía, ¿cómo es posible que lo hayan alterado?

—Lucy sugirió la idea de un cambiador de voz similar al que utilizan los *gamers*. Hay muchas aplicaciones de este tipo en el mercado, aunque no de la misma calidad que utilizó este individuo. La típica voz transformada con software suele sonar muy falsa, como una animación cutre. Cabe la posibilidad de que quien llamó tenga un software propio muy sofisticado, capaz de modificar la voz mientras estás hablando por teléfono…

—Para que suene diferente de tu verdadera voz, pero que a quien está escuchándote al otro lado del teléfono le parezca una voz natural. —Termino su pensamiento, porque sé lo que viene después.

Benton me pregunta si creo que es posible que mi acosador cibernético sea también el autor de la llamada falsa al 911.

—Eso indicaría que la cosa va a más —añade mi marido—. Su

juego, sea cual sea, va a más, y sabemos sin lugar a dudas que Tailend Charlie usa una tecnología sofisticada.

—Esperemos que no sea la misma persona que ha llamado, porque eso significaría que hoy andaba rondándome —comento—. Y lo que yo espero es que, sea quien sea el ciberacosador, no viva en Cambridge. Preferiría que lo hiciera en la otra punta del planeta.

—Me parece demasiada coincidencia que empezaras a recibir las amenazas por correo electrónico hace solo una semana, y todas con audios manipulados. Y que ahora pase esto —añade Benton.

—Dígame, señor Perfilador. —Aprieto mi pierna contra la suya, y siento la tela de su traje suave y fresca contra mi piel desnuda—. ¿Qué tiene usted que decir de alguien que llama al 911 para denunciar que su mujer es una gilipollas de campeonato?

8

—Varón. Y no es viejo. Pero tampoco joven —dice Benton—. Dudo que sea un estudiante, a menos que estemos hablando de uno maduro.

—¿Tipo estudiante de posgrado?

—No lo sé, cuarentón por lo menos —responde—. Mayor, pero no tanto como para no poder moverse libremente en toda clase de condiciones meteorológicas. Me figuro más bien a alguno de los sintecho de los alrededores del Square, lo cual no significa que nos enfrentemos a eso. Tiene estudios, pero podría ser autodidacta.

»Probablemente vive solo, probablemente tiene antecedentes psiquiátricos. Y es inteligente, muy por encima de la media. Es antigobierno, lo que implica que es antiautoridad, y sí, diría que profesa una hostilidad genuina contra ti. Es de los que idealizan demasiado las relaciones e incluso asumen relaciones que no existen.

Benton marca las casillas como si fuera una lista de la compra. Ni siquiera tiene que pensarlo.

—¿Podría ser alguien a quien conozca?

—Sí. Pero es más probable que no. Posiblemente nunca os hayáis cruzado.

—Marino cree que ha usado un teléfono de prepago, un TracFone, que son imposibles de rastrear —continúo—. Y eso tiene sentido si llevas una vida que implica facturas de teléfono mensuales, etcétera. Pero ¿cómo encaja eso con el uso de un software de cambio de voz que es necesario instalar?

—Me parece que se puede instalar software en casi cualquier tipo de smartphone y seguir utilizándolo con una tarjeta

prepago.

—Sí. Y asociamos esas cosas con los sintecho, pero hay algo más que estoy segura que has tenido en cuenta… —empiezo a decir, pero me callo cuando el camarero vuelve con el agua con gas y el limón.

Benton levanta la mano para indicarle que llenaremos los vasos nosotros mismos. Cuando el camarero se aleja, menciono el Obama Phone, una alusión bastante irreverente para el programa gubernamental que proporciona un teléfono móvil gratuito con minutos ilimitados, mensajes de texto y todo lo demás a personas con bajos ingresos.

—Esa es la clase de dispositivo típico para la población sin hogar que encontramos en los albergues de la zona y con sus carteles de cartón en la calle —le explico a Benton, que me escucha atentamente—. Pero para conseguir un Obama Phone hay que hacer una solicitud y registrarse. Me inclino a pensar que, si la persona que formuló la queja falsa contra mí ha usado este sistema, es posible rastrear el número hasta el operador.

—SafeLink —dice Benton, y eso me demuestra que estaba pensando lo mismo que yo—. Es uno de los servicios más grandes y populares de telefonía móvil sin contrato.

—Pero ¿y si le han dado el teléfono como parte de un programa gubernamental?

—Eso cambiaría las cosas. Para eso tienes que estar registrado. Tienes que inscribirte para que te acepten y abrirte tu propia cuenta. —Coge la botella de agua y rellena nuestros vasos.

—Eso es justo a lo que quiero llegar —respondo asintiendo—. Lucy podría haber rastreado perfectamente el teléfono que hizo la llamada al 911 si su dueño formara parte de ese programa.

—Habría podido, sí —conviene Benton.

—Pues entonces el supuesto testigo que es tan fan mío no ha usado un Obama Phone —resumo.

Benton clava su mirada en mí. Sabe que yo preferiría que el rarito de la llamada hubiera utilizado un Obama Phone, y eso es

lo más importante. Preferiría enfrentarme a uno de los sospechosos habituales del Square, quizá algún marginado, una persona desagradable e inestable, pero inofensiva en el fondo. Lo que no quiero es estar en el radar de un delincuente experimentado. Especialmente si es lo bastante sofisticado como para crear un software que nos ponga a todos sobre una pista falsa.

Si no somos capaces de reconocer el mal, entonces no podemos garantizar que no se encuentra entre nosotros. Quienquiera que hiciera la llamada, quienquiera que se oculte tras el nombre de Tailend Charlie, incluso si son la misma persona: el malhechor podría estar delante de nuestras narices. Y no hay pensamiento más aterrador. Sería devastador enterarme de que la persona que mintió sobre mí a la policía es alguien a quien conozco. Y lo peor sería que la persona que me envía amenazas de muerte en italiano fuera alguien a quien aprecio y en quien confío.

—¿Quién te avisó de la llamada al 911? ¿Y cómo te has visto envuelto en todo esto? —le pregunto a Benton.

—Bueno, para empezar, estoy casado contigo. Pero Bryce me llamó cuando estaba terminando una reunión y a punto de salir del despacho. ¿Cordero o fletán? Decide tú. Yo tomaré lo mismo.

—Voy a probar el fletán con coles de Bruselas. ¿Cómo conseguiste una copia de la grabación? No me puedo creer que la policía de Cambridge se la diera a Bryce.

—No se la dieron. Creo que deberíamos decantarnos por un borgoña. Un Chablis *premier cru*.

—El Montée de Tonnerre 2009.

Ya lo hemos probado y es un vino refrescante y puro, con un acabado muy delicado.

—Muy bien —conviene Benton. No va a decirme si se agenció el clip de audio del 911 a través de su amigo el superintendente de policía, y yo no voy a seguir preguntando porque no estoy segura de querer saber la respuesta.

El camarero vuelve con nuestras ensaladas, y ambos pedimos el fletán salteado con coles de Bruselas como plato principal.

Escojo la guarnición de *spaghettini* de verduras y setas silvestres, y pedimos el Chablis. Luego esperamos en silencio hasta que el camarero se aleja de nuevo y no puede oír nuestra conversación. Empiezo a tener la sensación de que se está demorando más de lo debido. Pero solo unas pocas personas han empezado a entrar en el comedor, y lo más seguro es que se aburra soberanamente.

—Por cierto, por si no lo sabías, hemos emitido un nuevo boletín terrorista hace unas horas —me dice Benton, refiriéndose al FBI.

—Es difícil estar al día de todo. Me he acostumbrado a dar por sentado que vivimos permanentemente en alerta máxima. ¿Algo en concreto?

—Solo que es algo importante, y hay razones para sospechar que hablamos de la Costa Este. Esperemos que no sea Boston otra vez, pero los rumores apuntan a Washington.

—Gracias por ponerme al corriente. —Lo miro y noto que me observa con atención—. ¿Hay algo más? Porque parece que tienes una pregunta. Prácticamente puedo ver la burbuja sobre tu cabeza.

—Tal vez no debería decirlo.

—Pues ahora, después de un comentario tan capcioso, ya no te queda otro remedio.

—De acuerdo. Me pregunto si no es posible que Bryce esté un poco despendolado porque tú también lo estás.

—¿Que yo estoy despendolada? No creo haber oído eso antes. Me han dicho muchas cosas en esta vida, y algunas muy vulgares, pero nunca nada parecido.

—Déjame hacerte una pregunta importante. Si Dorothy no viniera a la ciudad así de improviso, ¿crees que habría ocurrido el incidente de Harvard Square?

—No. Porque no habría tenido que molestarme en ir a buscar

regalos ni entradas para el teatro.

—Esa no es la única razón, Kay. Dorothy se planta aquí. No nos pregunta, solo te informa y, como siempre, tú la complaces. Le pagas el billete e incluso le ofreces una habitación en nuestra casa.

—Que afortunadamente ha rechazado porque prefiere quedarse con Lucy. —Siento que la ira me sube por dentro como el calor desde un nivel inferior de la psique, una región de mi yo interior que no me gusta y que casi odio.

—Tengo la sensación de que preferiría quedarse con Marino —dice Benton—, pero solo si viviera en un ático de lujo.

Dejo el vaso de agua en la mesa con demasiado ímpetu y se desborda. Observo cómo el mantel blanco se vuelve gris a medida que el agua va calando. Benton usa su servilleta para secar el estropicio que he provocado mientras lo miro con incredulidad.

—¿De qué estás hablando?

Veo por el rabillo del ojo que, a varias mesas de distancia, la señora P. enciende una vela con una cerilla eléctrica y procuro camuflar mi disgusto. No quiero que parezca que me estoy peleando con otra persona. Me doy cuenta de lo fina que tengo la piel esta noche.

—Lo mencioné la última vez que estuvimos en Miami —prosigue Benton cuando el camarero reaparece con dos copas y la botella de vino.

Recuerdo nuestro viaje más reciente, el pasado mes de junio. Marino y Dorothy se fueron juntos a recoger comida para llevar. Él había alquilado una Harley y la llevó a dar una vuelta, y es verdad que Benton hizo un comentario. Cuando estoy con mi familia en Miami, con Lucy, Janet y Desi, puedo ser un verdadero despiste. Pero también es verdad que eso a lo que Benton alude es la clase de cosa que no me gustaría ver. No me gustaría que fuera verdad. No se me ocurren muchas cosas más aterradoras que la idea de una relación entre Marino y mi

hermana.

El camarero saca el corcho con un suave «pop» y se lo da a Benton. Este se lo acerca a la nariz mientras observa cómo el hombre vierte una pequeña cantidad del pálido y frío Chablis.

—Haz tú los honores. —Me pasa la copa, y el vino es nítido y fresco, y me despierta la lengua.

Benton indica con la cabeza al camarero que nos sirva un poco a cada uno.

—Feliz miércoles. —Benton acerca su copa a la mía para brindar, y es la segunda vez en la última hora que siento que tengo un insecto debajo de la ropa.

Mi teléfono vibra en el bolsillo de mi chaqueta.

—¿Y ahora qué? —Dejo la copa y compruebo quién llama—. Hablando del… Es Marino otra vez.

Después de todo lo que ha pasado, no se atrevería a interrumpir nuestra cena a menos que hubiera una buena razón. El teléfono de Benton vibra también.

Vislumbro un prefijo 202 antes de que me diga:

—Tengo que responder. —Luego contesta—: Wesley al habla.

—Un momento —le respondo a Marino sin saludarlo siquiera, y tanto Benton como yo nos levantamos de nuestras respectivas sillas—. Sabes dónde estoy, así que ya puede ser importante. Supongo que tengo que buscar algún sitio donde pueda hablar.

—Date prisa. —La voz de Marino es imperiosa.

—Estoy saliendo. Espera —le digo mientras Benton y yo recogemos nuestros maletines.

Dejamos caer nuestras servilletas junto a las ensaladas y las copas de vino casi intactas. Nos vamos como si no fuéramos a volver.

9

Atravesamos decididos el comedor, pero con calma y reserva, evitando las miradas curiosas de otras parejas que toman asiento.

Benton y yo avanzamos juntos pero cada uno está a lo suyo, atendiendo su llamada de teléfono. Al vernos, nadie pensaría que ocurre nada fuera de lo común. Podríamos estar hablando con nuestros agentes inmobiliarios, nuestros banqueros, nuestros agentes de bolsa, nuestros cuidadores de mascotas.

Podríamos pasar por una de esas parejas acaudaladas que contesta a las llamadas de sus adorados hijos, y Benton sería el rico y apuesto jefe de familia. A su lado, yo sería la esposa trabajadora, un poco peculiar y difícil, siempre medio desaliñada y un poco en la luna. Avanzamos entre las mesas ligeramente cabizbajos, y reconozco su mirada fija, la crispación de su mandíbula, la tensión de sus manos.

Así es como se pone cuando la cosa es seria. Lo más seguro es que esté hablando con su jefe, el Departamento de Justicia de Estados Unidos. No su división habitual, sino Washington, posiblemente un pez gordo del FBI o el director en persona. También podría ser la Casa Blanca. En cualquier caso, no es Quantico, donde Benton hizo sus primeros pinitos y trabajó durante una buena temporada; no es el prefijo que he visto en la pantalla de su teléfono cuando ha vibrado.

El poder especial de mi marido es su capacidad para meterse en la cabeza del delincuente, descubrir el porqué y el para qué, y desenterrar los traumas y el cruce de cables que han desatado al último monstruo que anda suelto entre nosotros. Su presa puede ser un único individuo. O tratarse de varios o incluso de un

grupo entero. Y cuando va tras ellos, debe convertirse en un actor de método, es decir, empático. Tiene que pensar, anticipar e incluso sentir lo que sienten los maleantes si quiere atraparlos. Pero eso tiene un precio.

—Sí, al habla —dice Benton, y escucha con atención. Luego—: Entiendo. No, no lo sabía. —Me mira—. Es la primera vez que lo oigo. —Clava los ojos en la alfombra roja—. Explíquese, por favor. Le escucho.

—Estoy saliendo —le digo a Marino en voz baja.

Acaba de suceder algo y mi imaginación me juega una mala pasada. Siento una presencia asfixiante, pesada y sombría. Es palpable como el ozono en el aire, como la calma inquietante que precede al estallido de una gran tormenta. Lo siento a un nivel visceral.

—¿Qué es lo que quiere que haga exactamente? —Benton vuelve la cabeza para esquivar la mirada de los comensales.

—Llegaré dentro… tres… —La voz de Marino me llega entrecortada a través del auricular, otra mala conexión, y todos los acontecimientos extraños acaecidos en las últimas horas se aglutinan de pronto a mi alrededor—. Nadie ha visto nada… que sepamos. Pero dos chicas, dos gemelas, la encontraron… —dice, y hago lo que puedo por descifrar sus frases.

Pero es como si me hubiera metido en un tornado. Hay tantas cosas volando por encima que no puedo distinguir nada, todo está manga por hombro.

—Espera —vuelvo a decirle, porque no pienso comentar un caso hasta no estar segura de que nadie puede oírme.

—Saliendo de Kennedy… Ahora en Harvard Street —me llega su voz entrecortada.

—Dame dos segundos más. Estoy buscando un sitio tranquilo —respondo, y oigo el ruido de su motor además de unas sirenas de fondo.

Benton pasa por delante del mostrador vacío de la señora P. y tuerce a la derecha cuando llega a la mesa redonda del

vestíbulo, adornada con un suntuoso y fragante arreglo de lirios y rosas cortadas. Yo sigo pensando en lo que me ha dicho hace unos instantes sobre el temor a un ataque terrorista en la Costa Este, posiblemente en la zona de Boston otra vez. Ahora ha ocurrido algo aquí, en Cambridge, y está al teléfono con Washington, mientras la alerta terrorista se dispara. No me gusta lo que estoy sintiendo.

No me gusta la forma en que Benton me ha mirado cuando decía por teléfono que no estaba al tanto, que no había sido informado de algo. Como si estuviera ocurriendo algo aquí y ahora que él debería saber, que ambos deberíamos saber. Sea lo que sea, no se trata simplemente de un problema local, y mientras tengo este pensamiento, también sé que me estoy adelantando a los hechos: que ambos recibamos simultáneamente llamadas importantes, por no decir urgentes, no significa que estén relacionadas. Podría ser una coincidencia.

Pero me cuesta deshacerme de las señales ominosas que me llegan. Tengo la sensación de que no tardaré en descubrir que Benton y yo vamos a encontrarnos con el mismo problema, pero no podremos hablar mucho al respecto, si es que podemos hablar siquiera. Debido a nuestras distintas ocupaciones, no abordaremos las cuestiones de la misma manera, e incluso podríamos terminar enfrentados. No sería la primera vez y tampoco será la última.

—¿Doc…? ¿Has oído lo de…? ¿La llamada de la Interpol…? —dice Marino, y debo de haberlo entendido mal.

—Apenas te entiendo —respondo en un fuerte susurro—. Y no puedo hablar. Un segundo, por favor.

Benton va hacia al salón y yo espero que hayan echado las cortinas de los altos y amplios ventanales. Fuera reina la más absoluta oscuridad; solo los halos borrosos de las farolas lejanas disimulan la oscuridad. Soy consciente de la noche y de lo que puede encerrar, posiblemente cerca de nosotros, posiblemente vigilándonos, acaso delante de nuestras narices. Percibo que algo

siniestro ha estado interfiriendo todo el día y puede que desde hace más tiempo.

Vuelvo a la entrada, donde evito mirar el viejo espejo corroído de la pared, y me quedo de pie, cabizbaja, delante de la puerta principal, sin ver nada realmente, mientras escucho a Marino al teléfono.

Me resulta difícil captar todo lo que dice. En el mejor de los casos, la conexión es irregular, y empiezo a ponerme nerviosa. No sé quién está haciendo qué o espiando a quién, y habida cuenta de todo lo demás, me resulta difícil no sentirme perseguida y desorientada.

—Vale, para. Necesito que repitas lo que has dicho, pero más despacio. —Me agazapo cerca de un paragüero de hierro fundido muy historiado y me gustaría creer que todo esto no está pasando—. ¿Cómo que ya está rígida?

—El primero que comprobó sus constantes vitales dijo que el cuerpo ya estaba rígido —responde Marino. La conexión es casi perfecta de repente.

—¿Y lo has visto con tus propios ojos o es lo que te han contado? —insisto, porque lo que está diciendo suena a disparate.

—Es lo que me han contado.

—¿Han intentado reanimarla?

—Era evidente que estaba muerta —dice Marino con una voz clara como el agua.

—Eso es lo que te han contado.

—Sí.

—¿Qué tenía de evidente? —pregunto.

—Para empezar, estaba rígida. El equipo no la ha tocado.

—Entonces ¿cómo han podido determinar que estaba rígida?

—No lo sé, pero parece que es así. —Marino vuelve a recordarme que no ha estado en la escena.

—Hasta donde sabemos, ¿el primer agente que llegó allí es el único que la ha tocado? —Quiero saberlo.

—Eso es lo que me han dicho.

—¿Y qué me dices de su temperatura? ¿Caliente? ¿Fría?

—Caliente, supuestamente. Pero ¿qué esperas cuando todavía estamos a treinta y dos grados en la calle? Podría quedarse fuera todo el día y no enfriarse.

—Eso tendré que verlo cuando llegue. Pero la rigidez no tiene sentido —le digo a Marino—. A menos que haya estado fuera mucho más tiempo de lo que cabría suponer en un principio. Y eso tampoco tendría sentido. Incluso con este clima, la gente sigue saliendo a la calle, sobre todo para acercarse al río. La habrían descubierto mucho antes, me inclino a pensar.

Para que el *rigor mortis* sea evidente, la víctima tiene que llevar muerta varias horas como mínimo, dependiendo de qué músculos estén visiblemente afectados y de lo avanzado que esté el proceso *post mortem*. Las altas temperaturas que estamos teniendo habrían acelerado la descomposición, lo que significa que la rigidez cadavérica habría aparecido antes. Pero es muy poco probable que lo que le han dicho a Marino sea preciso, lo cual no tiene nada de sorprendente. Los agentes de patrulla son con frecuencia los primeros en responder, y no siempre pueden identificar lo que descubren.

—... le he dicho que se quede con las gemelas... que encontraron el cuerpo... —está diciendo Marino, pero me pierdo la mitad de sus palabras.

—Debes de estar otra vez en un lugar sin buena cobertura. —Me estoy exasperando, pero al menos parece que tiene controlada la escena.

Sin embargo, no tengo ni idea de a qué se refería cuando ha dicho que la Interpol intentaba localizarlo.

—Parece que alguien estaba escondido entre los árboles, esperando —dice entonces, y da la impresión de que la conexión

se ha restablecido—. Eso es lo que yo supongo. Nadie vio ni oyó nada.

—Si ocurrió en pleno día, no creo que sea así —señalo mientras no dejo de mirar a mi alrededor para cerciorarme de que nadie pueda oírme—. Si llevara varias horas muerta como sugeriría su supuesta rigidez, alguien habría visto u oído algo, porque habría ocurrido a plena luz del día, posiblemente a primera hora de la tarde o a media tarde.

—Estoy de acuerdo contigo. Hay algo que no encaja ahí.

—No tiene sentido. Pero lo comprobaré cuando llegue —repito—. ¿Qué más puedes decirme?

Marino empieza a describir lo que sabe sobre esta muerte violenta que podría haber acaecido en la última hora, a menos de dos kilómetros de donde estoy. El cuerpo de la mujer está en el sendero deportivo que bordea el río. Le han arrancado parte de la ropa, han encontrado su casco a más de seis metros del cuerpo y hay sangre visible. Al parecer, murió de un golpe en la cabeza, o eso es lo que le dijo a Marino el primer agente que llegó a la escena.

—Dice que se puede ver dónde opuso resistencia, sus movimientos cuando le golpearon la cabeza contra el suelo —añade Marino—. Como si alguien hubiera esperado a que atravesara una espesa arboleda donde nadie pudiera verlos y entonces se abalanzó sobre ella y ella se defendió como una descosida.

Pero lo que me pone sobre aviso es la mención del casco.

—¿Qué casco? —pregunto—. ¿La víctima iba en bicicleta?

—Parece que la atacaron mientras pedaleaba —responde, y puedo oír la agitación en la tensión de su voz a la vez que un escalofrío me recorre la columna.

Me resulta imposible no pensar en mi encuentro de hoy, primero en el teatro de repertorio y luego en la acera de Quincy Street. De repente, la joven de acento británico se me viene a la cabeza, y desearía que no fuera así.

—Estaba en el sendero que atraviesa el centro del parque —explica Marino—, y ocurrió en un lugar donde hay un pequeño claro entre los árboles. Creo que fue planeado así para tenderle una emboscada.

—Y entonces ¿han encontrado el casco a unos seis metros del cuerpo? —Es otro detalle que, como su *rigor mortis*, desafía la lógica, y me pregunto de qué color es el casco. Espero que no sea azul turquesa.

—Esa es la historia —dice Marino, y sé exactamente cómo suena su voz cuando piensa que estamos ante un caso gordo.

No solo gordo, chungo de cojones. El ataque relámpago que me ha descrito puede crear pánico entre los ciudadanos si no se maneja de forma adecuada. Me siento un poco mareada. Pienso en la joven subida a su bicicleta, mirándome con curiosidad mientras Benton le daba la botella de agua que se le había caído al suelo. Antes de alejarse se puso el casco sin molestarse en abrocharse el barboquejo. Recuerdo haber visto la correa balanceándose cuando ella cruzaba la calle para atravesar el Yard en dirección al Square y el río.

Serían cerca de las siete de la tarde, apenas una hora antes, cuando el sol se estaba poniendo. Me digo que si resulta que la víctima es la mujer que he visto, sería un extraño giro del destino, prácticamente increíble. Casi espero que el detalle sobre el *rigor mortis* sea correcto. En ese caso, la víctima no podría ser la joven ciclista de las zapatillas Converse.

Pero, si bien intento decirme que no puede ser, también sé que lo que Marino me ha contado sobre el *rigor mortis* no puede ser cierto. O eso, o el agente que ha informado se ha hecho un lío. Porque no creo que sea posible, ni siquiera con este calor, que nadie se haya cruzado con un cadáver que lleva horas tendido en el sendero deportivo del parque John F. Kennedy. Sospecho que la muerte es bastante reciente, y vuelvo a ver la cara acalorada de la joven y su sonrisa.

Su voz resuena en mi cabeza: «Lo que no te mata te hace más fuerte».

—Ya he hablado con tu oficina —continúa Marino al teléfono —. Rusty y Harold van a traer un furgón.

—Necesito que sea grande.

—El MCC —dice. El centro de mando móvil triaxial, de diez metros y medio de largo, es una buena idea si encuentran sitio donde aparcarlo.

—Vamos a necesitar una barricada —le recuerdo a Marino, y no puedo apartar de mis pensamientos el rostro de la mujer, sus gafas de sol deportivas y su sonrisa segura de sí misma.

—Eso es lo que he pedido. No olvides con quién estás hablando.

Cuando dirigía las investigaciones en el CFC, Marino estaba a cargo de nuestra flota. En cierto modo, conoce mejor que yo los entresijos de nuestras operaciones.

—Quiero un lugar donde refugiarme del calor y de los curiosos —respondo—. Y necesitaremos mucha agua.

—Ya, no hay exactamente un 7-Eleven a mano, y el parque está oscuro como una mierda. Estamos instalando luces.

—Pero no las encendáis todavía, por favor, o la escena resplandecerá como el estadio de Fenway.

—No te preocupes. Lo dejaremos todo a oscuras hasta que estemos preparados. Hacemos lo que podemos para mantener alejados a los mirones, sobre todo a los capullos que intentan grabar con sus teléfonos. Estamos rodeados de residencias de estudiantes. Eliot House está justo ahí, al otro lado de Memorial Drive, y es tan grande como el Pentágono, y luego tienes la Kennedy School y el tráfico de Memorial Drive. Por no hablar de que el puente está ahí mismo, y al otro lado del río está Boston. Así que no tenemos intención de iluminar la escena ahora mismo.

—¿Tenemos un nombre? —pregunto.

—Encontramos un documento de identidad tirado en el

sendero, cerca de su bicicleta. Elisa Vandersteel, veintitrés años, Reino Unido. Si es que pertenece a la muerta, claro. Imagino que sí, probablemente —dice Marino, y mi estado de ánimo decae—. Me han dicho que la foto se le parece, por si sirve de algo. Acabo de parar delante del Faculty Club. ¿Sales?

—¿De qué parte del Reino Unido? —pregunto sin querer saber la respuesta en el fondo.

—Londres, me parece.

—¿Sabes qué tipo de calzado llevaba? —Veo las Converse blancas de la ciclista y estoy segura de haber entrevisto los calcetines, de esos que quedan por debajo del tobillo.

—¿Sus zapatillas? —pregunta Marino como si no me hubiera oído bien.

—Sí.

—No tengo ni idea. ¿Por qué?

—Te veo dentro de un minuto —respondo.

10

Me alejo de la puerta principal y me paro junto a la mesa antigua del vestíbulo con el llamativo arreglo floral.

En el salón, Benton está discretamente agazapado a un lado de la ventana, cerca del piano de media cola. Está al teléfono, con el rostro duro y sombrío. No hay nadie más salvo él, y me gustaría poder contarle lo de la mujer de la bicicleta. Él también la vio y ahora puede haber ocurrido lo peor.

Sin embargo, no me acerco más. Sé cuándo no debo molestarlo, y veo que la señora P. ha vuelto a su puesto y me escudriña a través de sus gafas redondas y pasadas de moda. Cuando la miro a mi vez, baja rápidamente la vista y empieza a abrir menús, revisando las páginas interiores. Está claro que intuye que algo va mal.

No oigo lo que Benton le dice a su interlocutor, pero por su tono tengo la impresión de que no está hablando con la misma persona que hace un momento. Intercepto su mirada y le indico con un gesto que tengo que irme. Asiente con la cabeza y después se da la vuelta. No pone la mano encima del teléfono para preguntarme qué está pasando o decirme qué ocurre por su parte. Y eso me hace plantearme si realmente nos han llamado por el mismo caso.

Pero no veo cómo algo así sería posible. A estas alturas no se me ocurre una razón por la que una muerte local, posiblemente de una joven londinense llamada Elisa Vandersteel, pudiera interesar al FBI. Sin embargo, es inquietante que Marino mencionara a la Organización Internacional de Policía Criminal, la Interpol. No sé por qué lo ha precisado o si he sido yo, que lo he oído mal. Pero no puedo dejar de pensar en la ciclista del

casco azul y las Converse que me llamó «la mujer de la tarta de mantequilla de cacahuete».

Es posible que el documento identificatorio encontrado cerca de su cuerpo no sea suyo, pero cuando hablé con ella me pareció que tenía acento británico, posiblemente de Londres, y se me hace un nudo en el estómago. Siento una especie de urgencia personal, como si conociera a la mujer que ha sido asesinada, como si fuera una de las últimas personas que habló con ella o la vio viva. Y me obligo a controlar mis pensamientos.

Me obligo a recordarme que no puedo saber a ciencia cierta la identidad del cadáver encontrado en el parque, la causa de la muerte o el móvil. Abro la puerta y salgo al horno que es el patio sumido en la oscuridad, donde no hay nadie sentado bajo el sofocante aire nocturno. Sigo el paseo, mirando en derredor a cada paso que doy. Escucho los silenciosos sonidos nocturnos de los insectos, de los pájaros que despegan de las ramas con un sobresalto y un batir de alas.

Escucho el crujido de los viejos árboles, el susurro de sus frondosas copas o el chirrido que produce una cigarra. Pero, aparte de esto, el silencio es total, solo alterado por el ruido del tráfico que llega en rachas como el viento, se precipita y luego se detiene antes de reanudar la marcha. Soy consciente de la sólida rugosidad de los ladrillos bajo el suave soniquete de mis zapatos, del aire denso y estático y de los faros de los vehículos que, cual ojos de insectos luminosos, circulan por Quincy Street.

Paso junto al mismo follaje y las mismas rocas de antes, cuando caminaba con Benton, pero ahora parece que estoy en otro planeta, rodeada de cercos de césped desconocidos y sombras y siluetas imponentes. Nada se mueve, excepto el tráfico más allá de la empalizada que se perfila delante. Veo las bibliotecas lánguidamente iluminadas al otro lado de la calle, en el Yard, que he atravesado no hace ni una hora y media. Llego a la acera y el monovolumen de Marino está aparcado en el bordillo, detrás del Audi de Benton.

Cuando me subo al vehículo y observo la parte delantera del Batmóvil negro, iluminado por el resplandor de los faros, tengo una sensación de *déjà vu*. La diferencia es que ahora mi marido no está al volante mirándonos por el retrovisor, y siento una punzada de soledad al ver el espacio oscuro y vacío que ha dejado.

Benton sigue en el interior del Faculty Club, y yo no aparto la mirada de la puerta roja principal, deseosa de verlo salir bajo el halo de luz de la entrada y recorrer el camino hacia nosotros. Pero no hay rastro de él. Debe de estar al teléfono todavía, y se me ocurre que, en medio de todo el caos, tiene que ocuparse de asuntos banales como pagar una cena que no hemos llegado a disfrutar. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza pedir la cuenta. Me he marchado sin más.

Mientras cierro la puerta y dejo el maletín a mis pies, le pregunto a Marino qué más ha pedido a mis dos técnicos de autopsias, Rusty y Harold, que lleven a la escena del crimen.

—¿Ya han salido? —Me paso el cinturón por el hombro y la lengüeta de acero encaja en la hebilla que, como siempre, he tenido que sacar de la rendija del asiento—. Porque necesito ropa de protección y un maletín con el instrumental. No llevo nada encima, ni siquiera unos guantes. Y no hay tiempo de pasar por el despacho.

—Tienes que relajarte —dice Marino—. Lo tengo todo previsto.

Va vestido igual que la última vez, pero se ha quitado la corbata. La veo en el asiento trasero, enrollada descuidadamente como una serpiente de poliéster.

Es imposible que me relaje.

—Por favor, garantízame que mantendremos las luces apagadas. Si encendemos los proyectores portátiles, ya de paso podemos enviar invitaciones y un comunicado de prensa.

—¿Recuerdas dónde he trabajado antes? ¿Recuerdas quién se ocupaba de todo eso y no ha olvidado cómo hacerlo? —

Comprueba los espejos retrovisores—. Sé lo que hay que hacer. —Sus ojos se mueven sin cesar de un lado a otro, y transpira—. Imagino que Benton no viene con nosotros, ¿verdad? —Marino contempla el Faculty Club, un mazacote imponente en la lejana oscuridad.

Una tenue luz dorada ilumina las altas ventanas de doce cristales y es posible distinguir el interior del salón, los muebles de cuero de líneas masculinas, la titilante lámpara de araña y el reluciente piano de media cola. Busco a Benton, pero es impensable que se haya quedado delante de una ventana, a la vista de cualquiera.

—No estoy segura de lo que va a hacer —respondo—. Cuando he salido, estaba al teléfono con Washington.

—Déjame adivinar —dice Marino, y directamente da por hecho que la llamada de Benton guarda relación con el suceso del parque John F. Kennedy.

—No tengo ni idea —respondo mientras nos alejamos del bordillo—. No sé lo que está pasando, pero antes mencionó que han elevado la alerta terrorista.

Marino enciende las luces de emergencia, pero no la sirena.

—Algo se está cociendo, Doc. Te lo digo yo. Y Benton no nos pasa la información porque así es como actúa el FBI. No importa que estés casada con ellos.

—Yo no estoy casada con el FBI, estoy casada con Benton. —Lo he dicho antes y lo repetiré las veces que sea necesario.

—Si está al teléfono con Washington a causa del caso Vandersteel, no desembuchará ni de coña —insiste Marino como si conociera a mi marido mejor que yo—. Puede que esté hablando con la Interpol, lo que explicaría la llamada que he recibido. Eso suponiendo que la noticia del caso ya haya subido a lo más alto de la cadena, y si es así me gustaría saber qué coño está pasando. Pero Benton no te dirá una mierda a menos que eso convenga a sus propósitos, porque ahora mismo él es los federales. Y anda que no, pues claro que estás casada con ellos…

O peor, si me apuras: lo está él.

En estos momentos no me interesa oírle despotricar de Benton, del FBI o de ninguna otra cosa.

—Ya van varias veces que mencionas a la Interpol. ¿Por qué? —le pregunto.

—Te han llamado a ti también, ¿verdad? —Marino me mira. Sus ojos marrones brillan y están inyectados en sangre.

—No. ¿Por qué iban a hacerlo y a propósito de qué?

Me quedo perpleja.

Marino enfila por la derecha en Harvard Street, y el itinerario que sigue es básicamente el mismo recorrido fatídico que he hecho esta misma tarde.

La diferencia es que ahora está oscuro como boca de lobo, y las estrellas y el cuarto de luna están empañados por una bruma de calor que se extiende como una gasa sobre el horizonte desde hace días, intensificando los colores del crepúsculo con tonos pastel y brochazos de naranja chillón, magenta y salmón.

—Déjame empezar por el principio y te lo voy explicando —dice Marino—. En realidad iba de camino al CFC.

—¿Para qué?

Observo su cara sonrojada de ojos grandes mientras pasa como un bólido por delante de bloques de pisos, una librería, un banco, una cafetería y otros comercios que forman borrosas cadenas de luz a ambos lados de la calle de dos carriles.

—Porque Lucy y yo intentábamos averiguar algo más, lo que fuera, sobre la falsa llamada al 911 realizada por alguien que utiliza un software de cambio de voz —explica, y eso responde al menos en parte a mis preguntas.

Como era de esperar, Lucy ha reparado en la sutil pero extraña uniformidad de lo que, según sospechamos, es un clip de audio con la voz alterada. Debe de haberlo comentado con Marino y también con Benton.

—Está en su laboratorio —indica Marino—. O lo estaba justo antes de que te llamara.

—Entonces ¿qué? —le pregunto mientras atravesamos a toda velocidad el campus de Harvard—. Estabas con ella en el CFC, ¿y qué pasó después?

Ahora hay más gente fuera, en las aceras, paseando por el Yard. Pero desde luego no es nada comparable a las multitudes habituales, al trajín cotidiano de Cambridge, que siempre he dicho que es una versión concentrada de cualquier gran metrópolis del mundo, con todos los problemas y las ventajas que eso conlleva.

—Entonces en ese momento recibo la llamada de Clay —continúa Marino.

—¿Lo conozco?

—Tom Barclay.

—¿El detective?

—Sí.

—Ya veo —respondo.

Esto cambia las cosas. Miro por la ventana, y el parque y el río solo están a pocos minutos. Vislumbro la biblioteca Widener de ladrillo con su cúpula verde azulada y el departamento de lingüística con tejado de pizarra. Estoy sorprendida e inquieta por lo que Marino acaba de revelarme. Si Tom Barclay es la fuente de la información, apaga y vámonos.

—Ya veo —repito—. Así que no fue un patrullero el primero en acudir a la escena.

—No. Fue Clay —confirma Marino.

Clay, o el detective Barclay, como yo lo conozco, fue trasladado recientemente de delitos contra la propiedad a la unidad de delitos mayores.

No he trabajado con él directamente, pero uno de mis médicos forenses colaboró con él en un caso a principios de semana y tuvo quejas. Barclay está demasiado seguro de sí mismo y no sabe cerrar el pico. Puede que haya asistido al curso sobre

análisis de la escena del crimen en la academia, pero eso no le proporciona la experiencia necesaria para identificar e interpretar elementos como el *rigor mortis* y el *livor mortis*, y otros cambios que se producen después de la muerte. Un conocimiento somero puede volverse peligroso cuando te crees el dueño del cotarro.

—El detalle sobre el *rigor mortis* es desconcertante y problemático —le digo por encima del estruendo del coche, que Marino conduce como un cohete—. Ha visto cadáveres antes.

—No muchos.

—Pero algunos. Y debería reconocer ciertos cambios *post mortem* evidentes —añado—. Espero que no los confunda o los describa de manera tergiversada. Pero me parecería un extraño error que afirmara que el cadáver ya está entrando en la fase de *rigor mortis* cuando la verdad es que no es así. Y no debería decirte nada para que tú, a tu vez, me lo transmitas a mí. Todo ello deja un rastro en papel, queda constancia de ello. Es un registro que desearemos que nunca haya existido.

Subrayo la palabra ‘constancia’ porque el hecho de que Marino me informe de lo que el detective Barclay le ha dicho podría volverse problemático si se documenta por escrito o se difunde. La mujer muerta y cualquier prueba asociada biológicamente a ella son de mi jurisdicción, lo que significa que estoy presente con carácter oficial.

No estoy aquí como madre, esposa, amiga, compañera, mentora o amiga de Marino, y hoy en día muy pocas cosas siguen siendo privadas. Por desgracia, cualquier información que intercambiemos no entra en la categoría de conversaciones entre colegas, protegidas por alguna cláusula de confidencialidad. Cuando estamos bajo juramento, pueden preguntarnos cualquier cosa.

—Clay es nuevo. Nunca ha trabajado en un homicidio y se cree una lumbrera. Aparte de eso, ¿qué más puedo decirte? —

comenta Marino—. Supongo que lo veremos por nosotros mismos, pero a mí me dijo que estaba rígida. La tocó y le pareció que estaba tan rígida como un maniquí. Eso es lo que me comunicó.

—Si no estaba seguro del todo, hubiera preferido que se callara. —Todo es penoso y podría volverse en nuestra contra—. Es aún peor cuando el informe lo hace un detective.

—Lo sé —conviene Marino—. Por eso siempre le digo, a él y a todo el mundo, que se lo piensen dos veces antes de abrir el maldito pico y que se anden con ojo con lo que escriben, envían por correo electrónico y publican en el dichoso Facebook.

En Harvard Square, las luces rojas y azules del monovolumen rebotan en los carteles de las calles y se reflejan en las ventanas de los edificios y los vehículos con los que nos cruzamos. Le recuerdo el tema de la Interpol, cambiando de conversación. Quiero saber.

—¿Por qué te han llamado?

—La pregunta del millón.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—Deja que rebobine la cinta para que puedas ver bien la hora —se burla Marino—. Primero recibo la llamada de Clay. Le digo a Lucy que tengo que pirarme y me dirijo escaleras abajo…

—¿Estabas con ella en su laboratorio cuando te ha llamado el detective Barclay? —pregunto.

Marino asiente y me explica que acababa de llegar y se habían puesto a revisar la grabación del 911.

—Entonces me suena el móvil y es Barclay. Dice que está en la escena de un homicidio en el parque JFK, en la orilla del río.

—¿Usó literalmente la palabra homicidio? —pregunto—. Porque preferiría que eso tampoco lo hubiera dicho.

—Dijo que parecía un intento de agresión sexual, y que la golpearon hasta matarla.

—No sé por qué te has molestado en venir a recogerme. —Los polis como Barclay pueden crear serios problemas—. Parece que

está contento de hacer mi trabajo por mí. —Voy a tener que hablar con él antes de que acabe la noche—. ¿Puedes explicarme por qué me he tomado la molestia de interrumpir mi cena?

—Sí, a mí también me cabrea —reconoce Marino—. No te haces una idea. Hablamos de alguien que no mira antes de saltar. Nunca se le pasa por la cabeza que a lo mejor no es un maldito experto en todo.

—Espero que no esté ofreciendo gratuitamente estas mismas opiniones a todo quisqui —añado—, porque así es como la desinformación acaba en todas partes. Pero volvamos a la Interpol. Háblame de la llamada.

—Como iba diciendo, Clay me pidió que me reuniera con él en la escena de los hechos. Luego quiso saber si debía ponerse en contacto con tu oficina y yo le respondí que de eso me encargaba yo. Cuando salí del laboratorio de Lucy, bajé en ascensor a la planta baja y estaba llegando al coche en el aparcamiento cuando me volvió a sonar el móvil —cuenta Marino a voz en grito, por encima del estruendo del motor—. Pero esta vez la llamada era de un número desconocido —prosigue—. Ya sabes, esas llamadas que aparecen con una serie de ceros. Como cuando el identificador de llamadas está bloqueado y quien llama no está en tu lista de contactos. Así que contesté, y era Washington.

11

—Era la Interpol —asegura Marino como si no pudiera caber ninguna duda.

Le pregunto cómo puede estar tan seguro.

—Me has dicho que era un número oculto. Así que no tengo claro cómo sabías quién llamaba —añado mientras otros conductores nos ceden el paso.

—La persona se identificó como un investigador de su oficina en Washington, la OCN, y dijo que estaba intentando contactar con el investigador Peter Rocco Marino, del departamento de policía de Cambridge.

La sede de la Interpol en Estados Unidos, la Oficina Central Nacional (OCN), depende directamente del fiscal general. Y ni la OCN ni la sede central de la Interpol en Francia se interesarían por ningún caso estadounidense a menos que tuvieran motivos para sospechar de una actividad delictiva que transciende nuestras fronteras nacionales. Esta idea me lleva de nuevo a la ciclista con acento británico, y espero que no esté muerta.

Veo su casco azul con el barboquejo desabrochado y lamento no haberle dicho nada. Debería haberle aconsejado que se lo abrochara.

—Le pregunté al tipo de la OCN el motivo de su llamada y me dijo que estaba al tanto de la situación que se estaba produciendo en el parque, cerca de la ribera —explica Marino.

—¿Esas fueron sus palabras exactas? ¿«La situación que se está produciendo»? —Ahora sí que estoy perpleja.

—Lo juro por Dios. Y yo pensaba, pero ¿qué hostias? ¿Cómo puede estar al tanto de la situación? ¿Cómo puede saber que hay un cadáver en el parque junto al río aquí en Cambridge?

—No lo entiendo… —empiezo a decir.

—Le pregunté cómo podía estar al tanto de una situación aquí, la que fuera —me interrumpe Marino—. ¿Cuál era su fuente? Y me dijo que era información clasificada.

—No lo entiendo —me repito a mí misma—. ¿Cómo es posible que la Interpol te llame a propósito de Elisa Vandersteel, suponiendo que sea ella la muerta? —No tiene ni pies ni cabeza —. ¿Mencionó su nombre?

—No, pero hablaba de una muerte repentina. Así fue como lo expresó, «una muerte repentina que ha tenido consecuencias internacionales», lo que explica la intervención de la Interpol —aclara Marino.

—En el caso de que fuera Elisa Vandersteel tendría consecuencias internacionales —replico— porque no es estadounidense. Una vez más, eso suponiendo que el carnet de conducir sea de la mujer muerta.

—Parecía que esa es la situación a la que se refería. No sé cómo, pero lo sabía.

—Pues ya me dirás cómo es posible. Nunca he oído hablar de nada parecido —replico—. Los medios de comunicación locales ni siquiera se lo huelen. ¿Han publicado algo en internet de lo que no he sido informada? ¿Cómo es posible que la Interpol sepa de una muerte antes de que nosotros hayamos acudido al lugar de los hechos o hayamos llamado al forense?

—Le pregunté a Lucy si habían colgado algo en Twitter o en otra red social —explica Marino—. La llamé justo después de hablar con el investigador de la Interpol. No hay nada por ahí sobre el caso Vandersteel, que nosotros sepamos. Suponiendo que sea ella. Pero tienes razón. Parece que la Interpol se ha enterado antes que nosotros, y yo tampoco lo entiendo.

La radio portátil de Marino se está cargando en la consola, y no me pasa inadvertido que está muy tranquilita. De hecho, hay tanto silencio que había olvidado que la radio está en el coche hasta que reparo en ella. No he oído nada que pudiera alertar

sobre el cadáver que nos aguarda en el parque.

—Pero ¿cómo iban a saber los investigadores o los analistas de la Interpol que se ha encontrado un cadáver en un parque de Cambridge cerca de la orilla de un río en los últimos treinta y pocos minutos? —pregunto—. Lo siento, pero hay algo que me huele mal, Marino. Y el protocolo no funciona así. Las fuerzas de seguridad locales son las que solicitan ayuda si sospechan que hay una implicación internacional…

—Sé cómo se supone que funciona —me interrumpe—. ¿Crees que este es mi primer rodeo de los cojones?

—No creo haber oído nunca que la Interpol inicie contactos a propósito de un homicidio del que casi nadie sabe nada todavía —insisto—. De hecho, no sabemos si es un homicidio. Tampoco hemos verificado la identidad de la víctima. No sabemos una puta mierda.

—Lo único que puedo decirte es que el investigador que llamó dijo que pertenecía a la división antiterrorista. Dijo que le habían informado de que teníamos una situación. —Marino vuelve a utilizar esa palabra—. Una muerte con consecuencias internacionales y, basándome en las palabras que empleó, me dio la sensación de que estaba pensando en algo de terrorismo. Daría un brazo por tener una grabación de la conversación.

—¿Y de dónde vino la información? —Pienso seguir dando la matraca con eso—. ¿Solo porque se ha encontrado un carnet de conducir británico en un carril bici? ¿Y cómo iba a saberlo él a menos que Barclay se lo contara? Esto no tiene ni pies ni cabeza.

—Cuando le pregunté cómo cojones podía estar al tanto de algo que había sucedido en Cambridge y por qué me llamaba a mí directamente, me dijo que habían recibido una información por correo electrónico que mencionaba mi nombre y mi número de contacto. —Marino mira fijamente al frente, y debe de estar pensando lo mismo que yo, pero no quiere admitirlo.

—Interpol no funciona así. —No voy a bajarme del burro, porque sé de lo que estoy hablando, y a Marino le han tomado el

pelo—. Y no contratan a videntes con una bola de cristal para predecir casos antes de que nosotros los conozcamos, según tengo entendido. —Al instante me arrepiento de haber dicho esto porque se lo tomará como un desaire contra él, cuando no lo es—. Es inverosímil, por no decir imposible, que sepan algo de una escena y de un cadáver que nosotros aún no hemos visto.

—Bueno, no soy yo el amiguito del secretario general —responde Marino con un chasquido sarcástico—. Quizá deberías llamarlo tú y preguntarle cómo narices se han enterado tan rápido.

He estado en numerosas ocasiones en la sede central de la Interpol en Lyon, Francia, y mantengo buenas relaciones con su secretario general, Tom Perry, que en realidad es estadounidense, antiguo becado de la Universidad de Rhodes, exdirector del Instituto Nacional de Justicia y un auténtico hombre del Renacimiento.

—Si es necesario lo haré —respondo razonablemente, ignorando el aguijonazo de Marino y cuidando mi tono porque no quiero discutir con él—. ¿Y cómo quedó la cosa? —pregunto.

—El investigador afirmó que contactaron con la sede de Washington, la OCN, pero no dijo quién. Indicó que era información confidencial, la misma mierda que uso yo como excusa todo el tiempo. Así que no le di más vueltas —explica Marino, pero sé que ahora se las está dando.

—Esto suena demasiado a la queja al 911 —respondo, con la esperanza de que haga las mismas conexiones que yo.

Prefiero que saque sus propias conclusiones para que no mate al mensajero.

—Sí, y el tipo tosía.

—¿Quién?

—El de la Interpol tosió varias veces y recuerdo que le pregunté si tenía catarro. Y, ahora que lo pienso, la persona que hizo la llamada falsa también tosía.

Marino tiene un abatimiento de aúpa y la cara muy colorada.

—Empiezo a pensar que quien asesinó a Elisa Vandersteel se denunció anónimamente a la Interpol porque quiere que todo el maldito planeta se entere —dice entonces por encima del estruendo de su coche, y veo cómo le late el pulso en el cuello—. Y solo Dios sabe con quién más habrá hablado.

Esa puede ser la mayor preocupación de Marino. Pero no la mía.

—Cuanto mayor es su cabreo, mayor es mi calma.

—Tiene que haber una fuente —insisto de todos modos, porque yo me ocupo de casos internacionales con mucha más frecuencia que Marino, y conozco las rutinas y los protocolos—. ¿Un agente de policía se puso en contacto con la Interpol? En otras palabras, ¿otro poli avisó a la OCN de Washington del caso de Cambridge? Porque no hay razón para que eso sea información clasificada.

—No tengo ni idea de quién es la fuente, pero está cantado que alguien se lo chivó a alguien —dice casi gritando por encima del rugido del motor—. Pero no fue Barclay ni de coña. No lo haría sin aclararlo conmigo antes. Ni se le pasaría por la cabeza.

—La Interpol tiene mucho cuidado de con quién habla. Siempre autentifican y verifican la identidad de su interlocutor. —Lo acerco poco a poco a lo que seguramente será una verdad desagradable.

—No creo que fuera una llamada telefónica. Habrían recibido un correo electrónico —dice Marino, y la fea realidad a la que está a punto de enfrentarse va a enfurecerlo.

Observo su perfil en el interior del oscuro monovolumen, su calva como una gran cúpula, su nariz recia y la crispación de su pesada mandíbula.

—Sé de sobra que el correo electrónico es la forma más rápida y sencilla de informarles de algo —asegura—. Los formularios y

todo lo demás están ahí, en internet. Lo tienen todo en una página web. Es fácil, pero también lo supervisan y es rastreable.

—En ese caso, lo más previsible sin duda es que la oficina de la Interpol en Washington, la OCN, supiera detectar si un chivatazo enviado por correo electrónico es falso —digo secamente—. En otras palabras, la OCN debería saber si la alerta no procedió de un auténtico miembro de la comunidad policial o de cualquier otra persona autorizada para informar de un incidente o una amenaza. —Tengo claras mis sospechas, y a Marino no le gusta el rumbo que está tomando mi pensamiento.

—¡Ya lo creo que es así! —exclama un poco a la defensiva, cosa que no me extraña, porque debe de imaginarse lo que viene a continuación.

Tendría que haberse dado cuenta antes que yo, pero a veces las verdades son desagradables. Y esas llevan más tiempo. Son más difíciles de digerir.

—Y también podría ser que la Interpol haya sido contactada por alguien no autorizado legítimamente —sugiero—. Lo mismo que tú —añado, y él hace como si la cosa no fuera con él.

—No habría estado mal que el investigador que me llamó me hubiera ayudado un poco precisando que no estaban seguros de que el chivatazo fuese fiable, que a lo mejor hay algún chiflado por ahí tomándole el pelo a todo el mundo. —Marino parece ofendido personalmente, y sigue ignorando lo que acabo de decir—. Pero me tomé lo que me dijo al pie de la letra.

—¿Estás completamente seguro de que fue un investigador de la Interpol quien te llamó? —Empiezo a confrontar a Marino con la realidad que sospecho, y él permanece callado.

Por tomar prestada su jerga colorista y desconcertante, este es el verdadero trozo de pastel, el veneno en la tinta, la serpiente bajo la tienda y el elefante en la pila de leña. Intento averiguar con quién ha hablado realmente, porque todos los indicios apuntan a que se la han metido doblada. O al menos así es exactamente como se sentirá él.

—Me pregunto qué te hizo creer que era alguien de la Interpol, aparte del solo hecho de que te lo dijera él mismo. —Intento este enfoque a continuación, y puedo sentir que Marino se pone terco como una mula.

Luego dice:

—Supongo que la única forma de saberlo es llamando otra vez a ese capullo.

Coge el móvil de su regazo. Lo desbloquea y me lo da con cierta reticencia, como si me estuviera entregando pruebas incriminatorias que pueden meterlo en un buen lío.

—Abre mi bloc de notas —me indica con los ojos fijos en la carretera, sin pestañear— y verás el número. Haz clic en la aplicación y podrás ver dónde escribí lo que me contó.

—¿Para qué? ¿Para llamarlo e informarle de lo que estamos a punto de descubrir?

—¡Y yo qué coño sé! Solo me dio un número y me dijo que lo pusiera al día, que nos pondríamos en contacto mañana —replica, y a cada segundo que pasa todo esto suena más a pitorreo y farsa.

Llevo toda mi carrera colaborando codo con codo con la Interpol. Siempre hemos mantenido una estrecha relación, porque cuando se trata de muerte y violencia el mundo es un pañuelo. Y empequeñece sin cesar. Cada vez es más frecuente que me ocupe de notificaciones internacionales codificadas por colores referentes a fugitivos y personas que han desaparecido o aparecen muertas en Estados Unidos y son anónimas.

También me ocupo de los estadounidenses que mueren en el extranjero, y de vez en cuando uno de los fallecidos resulta ser un agente encubierto o un espía. Sé manejarme con el Departamento de Justicia, el Pentágono, la CIA, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y diversos organismos policiales y tribunales penales internacionales. Total, que sé de lo que hablo cuando digo que lo que Marino me está describiendo no tiene nada que ver con el desarrollo habitual del procedimiento.

—Entonces ¿quieres que llame a este número? —Miro lo que ha escrito en una nota electrónica, un número de teléfono con el prefijo de Washington.

—¿Por qué no? —se extraña, y parece una olla a presión a punto de estallar.

—No quiero hablar con nadie, porque es tu teléfono y no el mío. —Miro el teléfono que tengo en la mano, el número que aparece en un bloc de mensajes electrónicos.

—Deja de pensar como una maldita abogada. Tú llama. Más vale que lo aclaremos y los dos podremos escuchar por los altavoces. Veamos si el investigador responde.

—Aún no me has dicho su nombre. ¿Por quién vas a preguntar?

—Por John Dow. Dow como en Dow Jones. —Marino aprieta los músculos de la mandíbula.

—¿O como en John Doe?

—Estoy bastante seguro de que pronunció Dow. —El enrojecimiento de la cara se le extiende por el cuello.

Aprieto en el número y me aparece la opción de «llamar», que selecciono, esperando a que se conecte. Y lo hace, sonando con fuerza, de forma inalámbrica, a través de los altavoces del intercomunicador del monovolumen.

—Gracias por llamar al Hay-Adam. Soy Crystal, ¿en qué puedo ayudarle? —responde una voz de mujer.

—¿Hola? —dice Marino con un semblante inexpresivo que se convierte en una mueca asesina—. ¿Es el Hay-Adams? ¿El hotel? —Vuelve hacia mí su rostro desfigurado por la furia y vocaliza en silencio—: ¿Qué coño…?

—El Hay-Adams de Washington. ¿En qué puedo ayudarle, caballero?

—¿Le importaría confirmarme su número para asegurarme de que es el que tengo? —pregunta Marino con la mirada fija en la carretera.

—¿Intentaba contactar con el hotel Hay-Adams, caballero?

—Sería de gran ayuda que me dijera su número. Creo que he llamado al lugar que no es —insiste Marino, y tras una pausa la mujer recita el mismo número que figura en su nota electrónica.

—Gracias. Me he equivocado. —Marino cuelga—. ¡Maldito hijo de perra! —Golpea el volante con su puño carnoso.

Lo que Marino anotó es el número general del hotel. El número que le dio alguien que se identificó como investigador de la división antiterrorista de la Interpol. Es peor que una errata o incluso un lapsus deliberado y burlesco. Es personal, y no solo va dirigido contra Marino. Puede que ni siquiera vaya dirigido contra él, pero ahora no es el momento de decírselo. El Hay-Adams no significa nada para él y dudo que se haya alojado allí jamás.

Pero el hotel está cerca del Capitolio, de la Casa Blanca, y es práctico para la sede del FBI, y también para su academia y unidad de análisis del comportamiento en el norte de Virginia. El Hay-Adams es nuestra primera opción cuando Benton y yo viajamos juntos en Washington, y estuvimos allí hace varias semanas por trabajo y por placer. Visitamos museos, y Benton asistía a reuniones en Quantico mientras yo deliberaba con el general Briggs acerca de nuestra presentación sobre el transbordador espacial en la Kennedy School.

Pienso en cualquier otra cosa que pudiera haberme llamado la atención durante el viaje. Pero no sucedió nada extraordinario. Yo tenía trabajo y Benton también. Entrábamos y salíamos de un despacho al otro y vimos a mucha gente distinta. La última noche cenamos con Briggs y su mujer en el Palm, cuyas paredes están cubiertas de historietas de cómic.

Nos sentamos en un reservado junto a un montón de personajes emblemáticos: Nixon, Spiderman, Kissinger y Daniel el Travieso, si no recuerdo mal.

12

Las sirenas chillan mientras un coche patrulla de Cambridge derrapa bruscamente a la izquierda en Winthrop y se para detrás de nosotros. Somos un espectáculo de luces que parpadean a lo largo de John F. Kennedy Street, y los otros conductores reducen la velocidad y se apartan de nuestro camino.

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡Maldito hijo de perra! —continúa Marino maldiciendo como un carretero, por tomar prestada otra de sus frases hechas de elaboración única.

Vigila por los retrovisores y yo me recuesto en el asiento, rezando para que no choquemos. No vamos tan rápido como parece, pero resulta angustioso, y Marino está de un humor de perros a causa de la llamada telefónica al hotel Hay-Adams. Rara vez trata una escena de muerte como una emergencia. En circunstancias normales, las luces y las sirenas no son necesarias. En circunstancias normales es demasiado tarde para que nosotros podamos prevenir o salvar lo que sea, pero hoy está impaciente, agresivo, arrebatado por una furia ciega.

—¡Jesús! ¿Quién coño era ese? ¿Con quién coño acabo de hablar por teléfono?

No ha soltado ese hueso desde que terminó la llamada. No hay nada que yo pueda decir, y sé cuándo es mejor escuchar. Marino necesita desahogarse, y luego se sentirá mejor. Pero no va a perdonar ni olvidar. Nunca lo hace. Quien se burla de Pete Marino lo paga caro. Puede llevarle años. En algunos casos vengarse le ha llevado décadas.

—No me lo puedo creer. ¡No me lo puedo creer, hostia! ¿Y qué leches se cree Roberts que está haciendo? —Marino mira por el retrovisor a la unidad policial que parpadea y ulula detrás

de nosotros—. ¿Tú me has oído pedir ayuda? ¿Me has oído pedir refuerzos o gritar «Socorro»?

Me mira enfadado y casi está gritando. Yo guardo silencio en mi asiento, con el cinturón bien ceñido, observando las luces que destellan en el retrovisor lateral, esperando que se calme.

—No, no lo creo —responde exasperado a sus propias preguntas—. Esto es lo que se llama jugar a polis y cacos. El idiota de Roberts se ha quedado compuesto y sin novia, porque no necesito su dichosa ayuda.

Marino mira por el retrovisor cada dos segundos, y su mandíbula vuelve a crisparse a la velocidad de la luz. Saca la radio portátil del cargador y se la lleva a los labios, prácticamente escupiendo del cabreo:

—Unidad 33.

—Dígame, 33.

—Pídele a la 164 que me llame. —Se muestra cortés al instante, con un toque de dulzura, mientras habla con la operadora, a la que llama Rosie.

—Oído, 33 —responde ella, que también adopta un tono diferente con él, cosa que me pica un poco.

Marino ama a las mujeres, pero nunca ha sabido qué hacer con ellas, aparte de ligárselas, acosarlas, tratarlas mal, embaucarlas y, en general, seguir los impulsos de su «miembro inferior», como describe Lucy sin muchos miramientos. Ninguna de sus relaciones ha durado, ni siquiera con su exmujer Doris, ruptura que, en mi opinión, nunca ha superado. También se ha peleado conmigo más de una vez, seriamente, casi de forma irremediable.

Pienso en él flirteando con mi hermana en Miami. Benton asegura que los dos empezaron algo cuando estuvimos allí a principios de verano, y me pregunto cómo es posible que yo no viera las señales. Marino vuelve a dejar la radio en el cargador mientras Rosie llama a la unidad 164 para transmitir el mensaje.

Verifico si hay novedades en mi teléfono sobre la hora de

aterrizaje de mi hermana en Logan. Estoy a punto de enviar a Lucy un mensaje avisándola de que me es imposible presentarme en el aeropuerto en vista de los recientes acontecimientos, pero vuelvo a distraerme cuando el móvil de Marino suena a través del intercomunicador del monovolumen.

—¿Qué puedo hacer por ti? ¿Qué pasa? —Una voz de hombre llena el interior del coche. Es el agente Roberts y suena hiperactivo y demasiado alegre.

—Lo que pasa eres tú. —Marino no se muestra amable con él —. Veo que me estás persiguiendo como un perro de caza y necesito que te despegues de mí y te vayas a tomar por culo. —Está siendo de lo más despiadado.

—Mira quién habla, que pareces el espectáculo pirotécnico del 4 de Julio. Ya conoces el dicho: culo veo, culo quiero… —responde la unidad 164, que parece estar pasándoselo en grande.

Marino lo interrumpe, ahora ya cabreado de veras:

—Apaga las putas luces y la puta sirena, Roberts. Si necesito una puta marioneta de carne y hueso, ten por seguro que serás el primero al que se lo pida.

Si Marino estuviera llamando desde un teléfono de los de antes, estoy segura de que colgaría el auricular con un golpetazo. Pero no puede. Aprieta un botón del volante para poner fin a la perorata de Roberts.

—No estoy segura de a qué aviso ha respondido —comento, desconcertada—. No he oído nada en la radio que pueda sugerir que tenemos un posible homicidio en el parque.

—Sabe que está pasando algo gordo. Puede que ignore qué es exactamente, pero todo el mundo se huele algo. El silencio por radio es deliberado y en ese momento me ve pasar con el coche y ya tiene una excusa para seguirme —gruñe Marino.

Le recuerdo que encender las luces de emergencia y la sirena quizá no haya sido la mejor idea. No hay nada igual para llamar la atención.

—Pero eso no implica que tenga derecho a seguirme como en

un maldito desfile. No estamos en una maldita fiesta ni en un deporte espectáculo —constata a voz en grito—. Todo el mundo quiere ser un maldito detective hasta el día en que tienes que hacer papeleo, tratar con abogados, ir a juicio, responder a todas horas al teléfono y otras mil gilipolleces que hay que aguantar.

Veo el coche patrulla en el retrovisor lateral, retrocediendo y alejándose en la distancia. Las luces estroboscópicas rojas y azules se oscurecen y la sirena se apaga con un gemido. La unidad 164 aminora la marcha y gira a la izquierda por South Street mientras nosotros avanzamos parpadeando, latiendo, aullando y ululando por un tramo iluminado de restaurantes, cafeterías, tabernas y cervecerías.

—¿Y si era realmente la Interpol? —pregunta Marino, y me alegro de estar acostumbrada a sus incongruencias—. Quizá me equivoqué cuando anoté el número —continúa en el punto donde lo había dejado sobre la falsa llamada del falso investigador—. Puede que eso lo explique todo.

—Lo dudo seriamente. Siento decirlo, pero creo que la llamada que recibiste es justo lo que parece, Marino, y soy consciente de que es justo —digo, sin añadir que viví algo similar cuando Benton me puso la grabación del 911 que Marino se había negado a compartir conmigo.

Sé muy bien lo que se siente cuando te acusan en falso, te excluyen, te menosprecian, te tratan con suspicacia o simplemente te atormentan y te acosan. Pero cuando Marino está disgustado, no se molesta necesariamente en compartir impresiones con los demás. El resto de impresiones no existen. Solo existen las suyas.

—Espera a que le ponga las manos encima a ese tipejo, sea quien sea —dice enfurecido—. ¿Cómo carajo ha conseguido mi nombre y mi número de móvil? ¿De dónde ha sacado la información? ¿Cómo sabía que podía llamarme a propósito de un caso?

—No lo sé. —Me doy cuenta de que digo mucho esta frase.

—Bueno, pues este es el asunto más gordo e importante que debemos esclarecer: quién le ha dado la información a ese mamón tan listillo.

—No creo que ese sea el asunto más gordo o importante que necesitamos esclarecer ahora mismo.

Lo miro fijamente, y odio que alguien se haya cebado con él de esa manera. Sé cómo funciona Marino. No puede soportar que le den gato por liebre. No puede tolerar que alguien le haga sentirse tan insignificante e impotente, como ocurría en su juventud, cuando vivía en el lado equivocado de las vías en New Jersey.

—Te recomiendo que metas eso en el cajón por ahora —le digo—. Ya nos ocuparemos de la Interpol más tarde. En cuanto tengas un momento, te sugiero que le pidas a Lucy que eche un vistazo a tu móvil para ver si puede rastrear la llamada desconocida, supuestamente hecha desde la división antiterrorista de la OCN.

—Bien —dice lacónicamente, y sé que está furioso consigo mismo.

A Marino se la han jugado, y si otros policías se enteran, las consecuencias serán lamentables.

Pienso en Roberts, por ejemplo, a quien Marino acaba de castrar. La forma que tiene de ensañarse con sus compañeros se le volverá en contra multiplicada por cien si descubren que ha sido presa de un engaño de la peor calaña. Serán despiadados con él, y no es una broma. El asunto no tiene ninguna gracia. Marino podría haber estado hablando con la misma persona anónima que, según parece, utilizó un software de alteración de voz para quejarse de mi comportamiento en una llamada al 911 hoy mismo.

Por lo que sabemos, Marino podría haber estado hablando con Tailend Charlie. Y si Elisa Vandersteel es la mujer muerta y nos

enfrentamos a un homicidio, entonces Marino podría haber estado hablando con su asesino. No se sabe con quién ha hablado Marino por teléfono, pero estoy convencida de que no era la Interpol. Estoy siendo sensata cuando le digo que tiene que dejarlo estar de una vez. Con la que nos espera, poco importan las vejaciones o la indignación personal.

—Centrémonos en esto —levanto la voz por encima del estruendo que estamos armando en Cambridge dentro de nuestro mamotreto de cegadoras luces estroboscópicas y berridos de sirena—. Ha sido un día infernal, pero hemos pasado por cosas mucho peores. ¿Cuántos años tenemos a nuestras espaldas? Y aquí estamos. Seguimos en pie y lo solucionaremos. Siempre lo hacemos.

—Esa es una verdad como un templo —conviene, y noto que se tranquiliza un poco y empieza a recomponerse—. No puedo creer que haya pasado.

—Lo sé. Pero puede ocurrirle a cualquiera.

—¿Incluso a ti? —Me mira de reojo y asiento con la cabeza—. Y una mierda.

—A cualquiera —lo tranquilizo, pero no estoy siendo del todo sincera.

Dudo seriamente de que yo hubiera caído en la misma treta que Marino, al menos no hasta el final. Yo habría hecho más preguntas. Si hubiera recibido una llamada así en mi móvil personal de un supuesto investigador de la OCN, habría sospechado al instante. Habría reconocido el fallo en un protocolo que conozco mejor que Marino.

—Pues yo me siento estúpido de cojones —confiesa, y de repente yo también me siento así, pero por un motivo muy diferente.

De pronto vuelvo a acordarme de Dorothy. Me sobresalto, consternada, al imaginar su desaprobación, su mirada de «te lo dije» y el brillo de satisfacción. Le encanta que meta la pata. Desde que he subido al monovolumen de Marino, en el Faculty

Club, mi hermana y su plan de última hora de hacerme una visita improvisada han pasado a un segundo plano.

No tardará en llegar, mientras Marino y yo nos dirigimos a la escena de una muerte. Vuelvo a pensar en su coqueteo con Rosie, la operadora. Se me vienen a la mente sus molestos líos de faldas. Me esfuerzo por no mirarlo al tiempo que las acusaciones de Benton me resuenan amargamente en la cabeza. Lo más inquietante es cuando pienso en las reiteradas ofertas de Marino para ir a Logan, a recoger a Dorothy esta noche.

Lo último que he sabido es que llega de Fort Lauderdale a eso de las nueve y media, pero se retrasará, según Lucy. Ya son casi las ocho y media, y no me cabe duda de que mi hermana cree que Benton y yo estaremos allí para recibirla con todos los honores, por muy tarde que aterrice.

Eso no va a suceder, y Marino tampoco podrá ir al aeropuerto, y no es que yo lo anime a hacerlo. A continuación me doy cuenta de que me he dejado la bolsa de la compra en el guardarropa del Faculty Club, y ya es el colmo. No tendré regalos para la insatisfecha crónica de mi hermana. Maldita sea. ¡Qué esperaba! Y la verdad es que no puedo hacer nada al respecto. No puedo prestarle atención ni tener el más mínimo gesto de bienvenida con ella. He fracasado, y eso es exactamente lo que pensará.

Lo verá de forma negativa y como una injusticia dirigida contra su persona. No se le ocurrirá que la joven muerta ha salido bastante más perjudicada que ella. La contrariedad de Dorothy no es nada comparada con la mía, pero eso ni siquiera se le pasará por la cabeza. Una vez más, soy la ocupada e inaccesible hermana mayor, y si ella recurre a mí, sin dudar en mostrarse vulnerable, yo brillo por mi ausencia. Es como si la estuviera oyendo. Podría escribir el guion.

Les envío un mensaje a Lucy y a Janet:

«No puedo ir al aeropuerto. ¿Podríais ir a buscar a Dorothy? ¿O pedirle un Uber? Lo siento mucho».

Janet responde casi al instante:

«Sin problema. Nos ocuparemos de la madre de Lucy. ¿Podrás pasarte más tarde? Nos encantaría verte».

Siempre me sobresalto cuando se refieren a Dorothy como la «madre de Lucy». Nunca me ha sonado bien, y es en momentos como este cuando recuerdo lo unida que estoy a mi sobrina, a la que he criado como si fuera mi propia hija. Admito que puedo ser un poco posesiva, territorial y celosa, pero solo un poco.

13

Las voluminosas siluetas de los centenarios árboles y los altos y tupidos setos se recortan contra la noche cuando nos adentramos en el parque John F. Kennedy.

Marino ha aminorado la marcha del monovolumen y vamos a paso lento. Ha apagado las luces de emergencia y la sirena. Cuento cuatro coches patrulla y un monovolumen sin matrícula aparcados en hilera, los morros de unos pegados a los maleteros de los otros, invadiendo la acera. Más hacia dentro la oscuridad es tal que no se distingue mucho, apenas impresiones de alguna forma en la distancia. Tal vez una cordillera a lo lejos. Tal vez la espesura de los bosques en tonos terrosos, tan foscos que apenas son discernibles.

Si no supiera lo que me rodea, no podría distinguir el paraje. La negrura transforma bancos, senderos, cubos de basura, el recodo del río en una escena que podría ser prácticamente cualquier lugar. Pero sería capaz de reconocer Boston en la otra orilla. Identificaría al instante el rascacielos Hancock, coronado por una antena a modo de lanza, y la Prudential Tower. Sería imposible no ver el letrero iluminado de Citgo, también conocido como *C-it-Go* —«mírala pasar»— por los numerosos *home runs* de los Red Sox que lo han sobrevolado durante los partidos de béisbol.

Podemos ir en coche, pero solo hasta cierto punto, puesto que ninguna carretera cruza el parque, que es ancho donde nos encontramos ahora, pero muy angosto en otras zonas. El tráfico motorizado está prohibido en estas hectáreas de hierba bien cuidada, arbustos y árboles frondosos que se extienden entre el

río Charles y Memorial Drive. He estado aquí muchas veces. Es una de las excursiones favoritas desde nuestra casa, cerca del extremo nordeste del campus de Harvard.

Si Benton y yo cogemos un buen ritmo, podemos hacer el trayecto de ida y vuelta a pie en una hora aproximadamente. Eso si tomamos la ruta más directa, y no siempre lo hacemos. De vez en cuando deambulamos de un quiosco a una cafetería al aire libre, o un mercado, paseando placenteramente hasta el río, sobre todo cuando el tiempo es tan sublime como puede llegar a serlo en primavera y en otoño. Los domingos, cuando hace calor y no llueve, nos encanta tomar una taza de café Peet's y leer una pila de periódicos en un banco junto al Charles.

En invierno puede apetecernos hacer senderismo o caminar con raquetas de nieve y sentarnos bien abrigados uno junto al otro para compartir un termo de humeante sidra. Todas estas imágenes recorren mi mente como una subrutina emocional en la que no me regodeo, pero que no consigo bloquear. Siento el eco lejano de la nostalgia, de la ausencia, cuando pienso en lo raro que es que Benton y yo hayamos tenido mucho tiempo para nosotros, para el ocio, para no hacer nada, sea lo que sea lo que eso signifique.

Atesoramos las conversaciones y las actividades que no atañen a leyes quebrantadas ni tragedias. Tratamos como una ocasión especial el que nadie haya cometido actos violentos o haya muerto durante las horas o el fin de semana en que solo nos dedicamos el uno al otro. Por eso nuestras salidas regulares al Faculty Club son importantes y preciosas. Eso explica que tener lugares secretos favoritos como hoteles, el océano, el río y las zonas pintorescas donde hacemos senderismo sea necesario para mantener buenas relaciones y una buena salud.

El parque es un lugar concurrido para escaparse, hacer pícnic, tomar el sol, leer, estudiar o jugar al *frisbee*. Solo está permitido el paso a ciclistas y transeúntes, pero eso no impide que Marino apisone con su gran vehículo policial la hierba y un estrecho

camino sin asfaltar, cometiendo un sacrilegio. Se para entre un majestuoso arce y una alta farola de hierro que brilla débilmente en la noche cerrada, con el monovolumen metido de morro hacia el río Charles. Los faros iluminan el embarcadero de ladrillo y tejado rojo y, a la izquierda, el puente que he cruzado más temprano durante mi fatídico paseo con Bryce, y me parece que ha pasado una eternidad.

Observo el collar luminoso de coches que desfilan en ambas direcciones sobre mi cabeza, sus faros blanco diamante y rojo sangre. Abajo, el agua negra verdosa, ondulada, corre con indolencia. No veo a ningún navegante. La mayoría se habrá recogido al caer la tarde. En la orilla de enfrente, la luz que se filtra a través de las ventanas de las viejas casonas de piedra rojiza y los adosados ilumina tenuemente la Back Bay de Boston. A lo lejos, la silueta del centro urbano centellea y el cielo nocturno ha adoptado un matiz más claro de negro, un carbón profundo sobre el puerto y el océano, que no alcanzo a ver desde donde estoy.

Marino apaga el motor y abrimos las puertas. Dentro del coche, ninguna luz parpadea porque Marino siempre ha desconectado esos interruptores, desde que lo conozco, conduzca el vehículo que conduzca. No quiere convertirse en un blanco fácil, un ciervo apresado en los faros, como él dice, y nunca lo hemos sido en todos los kilómetros que he recorrido con él. La mayoría de los percances durante nuestros trayectos juntos suceden porque yo no veo dónde piso, sobre qué me siento o a qué me expongo cuando entro y salgo de cualquier cosa que él conduzca.

Pero he de reconocer que se ha vuelto mucho más meticuloso con sus coches, camionetas y motos que cuando empezamos a trabajar juntos. Nunca olvidaré sus Crown Victoria tuneados, de monstruosos motores y largas antenas bamboleándose como cañas de pescar. Los ceniceros rebosantes de colillas, las ventanillas y los retrovisores a veces opacados por el humo. He

visto bolsas de comida rápida y cajas de pollo a tutiplén, y normalmente te sentabas sobre rastros de sal que parecían arena, miraras donde miraras. Si no sabías lo que era, habrías creído que Marino vivía cerca de una playa.

En general, se ha vuelto más civilizado. Sigue fumando, pero no tanto ni de lejos, y cuando lo hace el aire libre es su cenicero. No toleraría ensuciar su coche, ni la peste a tabaco, aunque no es algo de lo que se pueda presumir. Cuando come algo en el coche, ya no destroza los sobres de sal y de kétchup como solía hacer, y se da más maña con la limpieza. No obstante, prefiero saber en qué me meto cuando me lleva por ahí después de anochecer.

Me he ganado mi hornada de condecoraciones, mis buenas manchas de grasa y condimentos varios en pantalones y faldas. Me he golpeado piernas y tobillos con pistolas antidisturbios guardadas entre los asientos o debajo de ellos, y he resbalado sobre estribos pringosos de producto de limpieza Armor All. Me he enganchado las medias con una cornamenta de ciervo y el pulgar con un señuelo de pesca guardado en la guantera, que por lo demás nunca se enciende. Una vez pasamos por un bache y una revista de *Playboy* cayó sobre mis rodillas desde la visera. Tenía varias ediciones de antigüedad. Marino había olvidado que estaba ahí, supongo.

Al sacar las piernas del coche y ponerme de pie en el camino de tierra, el calor me golpea como un muro. No es tan insoportable como cuando he salido del Faculty Club, pero eso solo significa que es tolerable y no garantiza que nos libremos de un riesgo de hipertemia durante una larga exposición, y me imagino que nos esperan horas de trabajo en la escena.

Cuando llegue el furgón, nos servirá de zona de descanso donde refugiarnos del calor a intervalos gracias al aire acondicionado. Tendremos mucha agua, tentempiés y dispositivos colectores de orina, más conocidos como «bolsas para el pis».

—Tenemos que averiguar exactamente cómo vamos a hacer esto —dice Marino, y cerramos las puertas.

El rumor del tráfico en la calle justo detrás de nosotros y sobre el puente quiebra el calor estático. Oigo poco más que eso. Tal vez un avión que nos sobrevuela en lo alto. Nada se agita en el aire caliente e implacable.

—Reconocimiento alto —me limito a responder mientras me cuelgo el maletín en bandolera—. Luego bajo, cuando nos acerquemos y recabemos pruebas.

—¿Vas a dejar el cuerpo en el exterior más tiempo del que ya lleva?

—¿Más tiempo que qué? No sabemos cuánto tiempo ha pasado desde la muerte. Solo sabemos a qué hora recibió la llamada la policía, que yo estimaría que fue hace ¿cuánto? ¿Treinta o cuarenta minutos? Voy a tener en cuenta todo esto, y los números y los datos serán lo más exactos posibles. En otras palabras, el protocolo de siempre. Todo irá bien.

—Así que la dejamos como está. —Marino aprieta un botón de su llavero y abre la puerta del maletero.

—¿Por qué estás tan preocupado?

—Porque me gustaría que pudiéramos sacar el cuerpo de aquí. Eso resolvería la mayoría de nuestros problemas, Doc.

—Y al mismo tiempo nos crearía otros mayores. No quiero esperar más de lo necesario, pero no tengo muchas opciones. Tengo que ver lo que hago.

—Es una pena que esto haya tenido que ocurrir el día que viene Dorothy —dice, y seguramente eso es lo último que tengo ganas de comentar con él ahora mismo.

—Además no he traído nada conmigo, ni ropa de protección ni nada —retomo lo que estaba diciendo antes de que se pusiera a hablar de mi hermana por las buenas—. Vengo directamente de una cena y no tenía mi coche a mano. En circunstancias normales, no habría salido de forma tan apresurada para acudir a la escena.

Rodeamos el monovolumen y no le restriego en las narices que sigue disfrutando de un estatus y un trato especiales. Si Marino hubiera seguido los pasos necesarios que el resto de detectives no se salta a la torera, habría avisado a la unidad de investigación de la CFC, que él mismo dirigía antaño.

Habría hablado del caso con quien hubiera respondido a su llamada. Después de hacer las preguntas de rutina y crear un informe electrónico, uno de mis médicos forenses de guardia habría sido contactado. Lo más probable es que ese médico se hubiera desplazado, pero solo después de haber enviado primero un furgón y todos los suministros y el personal necesarios.

Si me hubiera tocado acercarme a la escena, no sería en estos momentos, sino al cabo de una hora como mínimo. Probablemente podría haber terminado mi cena con Benton primero, y si hubiera bebido suficiente vino no me habrían visto el pelo. Yo libraba esta noche. Iba a pasarla con mi marido, antes de ir a recoger a mi hermana. Pero Marino se ha saltado todos los protocolos y controles habituales, como hace siempre.

No le diré que en el fondo no me importa. Cuando me llama, sé que la cosa es seria. Tenemos una rutina familiar, cómodamente surcada como un viejo camino de carretas. Lo veo abrir el maletero y, claro, no se enciende ninguna luz. Es lo mismo que estar mirando dentro de una cueva.

—Tengo guantes, batas —dice sin entusiasmo porque sabe que no puedo ponerme nada de su talla—. Y lo típico, salvo el termómetro. Debería meter uno para que puedas usarlo cuando lo necesites. Siempre estoy pensando en hacerlo y luego se me olvida.

—Vamos a tener que esperar —repito, y no me cabe duda de que no será el único en impacientarse.

Todo el mundo estará ansioso por recoger cualquier tesoro forense que pueda haber en la escena. Todos los policías, y

Marino el que más, querrán saber qué le ha pasado a la víctima. Pero no puedo empezar a responder a eso hasta que la examine, y no puedo examinarla hasta que lo considere seguro. Todavía no ha llegado ese momento.

Encender las luces en un lugar tan expuesto a las miradas sería como hacerlo dentro de una casa de cristal. Cualquiera que esté por la zona tendrá un asiento en primera fila y, cuando se lo explico, Marino acepta a regañadientes.

—Empezaremos por las fotografías. Eso nos dará una idea del terreno —explico mientras seguimos discutiendo cuál es la mejor forma de proceder—. Estoy segura de que el furgón llegará de un momento a otro.

—Pero después tardaremos otros buenos veinte o treinta minutos en prepararlo todo. —Marino tiene medio cuerpo metido en el maletero de su monovolumen. Se sirve de la linterna de su teléfono para alumbrar los pertrechos y el equipo de la escena, todo ordenado y empaquetado con precisión—. Y entre tanto va a ser muy difícil ver un carajo. —Su voz suena amortiguada mientras rebusca en el interior—. Y mi maldita visión nocturna tampoco es lo que era. Es como si todo se volviera una mierda cuando cumples los cuarenta.

A través de la oscuridad aterciopelada contemplo el río que fluye perezosamente como cristal líquido oscuro. Hace tiempo que Marino ha sobrepasado los cuarenta, pero cuando se pone así no hay mucho más que yo pueda decir. Sin embargo, no le culpo. Yo también estaría lamiéndome las heridas si me hubieran engañado como a él.

—Envejecer es lo peor —se queja, y sé cuándo se siente rebajado y se obsesiona—. Lo odio. Lo odio que te cagas —añade. El impostor de Interpol le ha gastado una buena jugarreta.

—No eres viejo, Marino. —Ya he oído bastante, y tenemos mucho de lo que ocuparnos—. Estás en plena forma y no naciste ayer. Tienes experiencia. Yo también, y sabemos exactamente lo

que tenemos que hacer. Hemos trabajado en escenas mucho más difíciles que esta. Olvídate de la llamada telefónica por ahora. Sácatela de la cabeza. Te prometo que llegaremos al fondo del asunto, pero eso no es lo que debería preocuparte en este momento.

Sigue rebuscando en el interior del maletero, y yo comienzo mi exploración como si fuera un faro que lo barre todo en derredor, en busca de lo que debemos proteger o, por el contrario, ignorar. Como no sabemos qué ha pasado ni dónde exactamente, empezaremos el registro fuera del perímetro que habrá asegurado la policía.

No puedo ver ninguna cinta amarilla desde donde estamos aparcados, pero tengo una idea exacta de que empieza en el claro donde nos aguardan un cadáver y una bicicleta. No obstante, si nos enfrentamos a un caso de violencia que implique un contacto físico entre el agresor y la víctima, entonces el claro no es el lugar de origen. No puede ser. Y Marino está pensando lo mismo que yo.

—Quien lo hizo tuvo que entrar y salir de aquí de alguna manera —reflexiona—. A menos que sea un maldito elfo que vive en un árbol.

—Eso suponiendo que la descripción que el detective Barclay ha hecho del cadáver tenga un atisbo de verdad —replico—. Si es cierto que la atacaron y la golpearon, entonces sí, su agresor o un cómplice tuvieron que acceder al parque. Tanto si la mataron aquí como si la trajeron después, el asesino entró y salió, y nada nos permite suponer que no recorriera la misma ruta que nosotros. No estoy diciendo que sea hombre necesariamente.

—Sí, lo sé. —Marino me pasa una caja de guantes de nitrilo extragrandes que él usará y yo no—. Pero si ha habido agresión sexual, o un intento, probablemente estemos hablando de un hombre. Estoy mirando a ver si hay huellas de neumáticos, sobre todo surcos y zonas de hierba aplastada. De momento no las veo, pero podría haber entrado en el parque de varias maneras.

—Muchas calles terminan aquí y a lo largo del río —señalo—. Y no se ve ningún muro, así que podría haber aparcado en varios lugares cercanos. Pero ¿cómo trajo el cuerpo hasta aquí desde allí?

—A cuestas. —Marino está desplazando pesados baúles con el equipamiento en la parte trasera.

—Lo dudo.

—No he dicho que sea lo que pienso. Solo digo que es posible.

—¿Cómo explicaría eso que hayan encontrado la bicicleta cerca del cuerpo? —pregunto.

—Exacto, porque creo que ya sabemos que no la trasladaron. —Abre una caja de cartón—. La asesinaron en el mismo sitio donde la han encontrado. —Me entrega un par de monos desechables doblados, todavía en el paquete de celofán, talla XXL.

—Recordemos que no sabemos si la asesinaron —le digo sin dejar de mirar constantemente a mi alrededor—. No tenemos ni idea de por qué está muerta.

Las luces reflejadas en la lenta corriente del río titilan como un inmenso banco de peces plateados y, al otro lado, Boston se yergue cual reluciente imperio centenario de piedra y ladrillo y modernos rascacielos. Pero casi ninguna luz ambiental disipa la oscuridad que nos rodea, y rebusco en mi bolsa la pequeña linterna táctica que llevo siempre conmigo. Meto a presión la caja de guantes y la bata para que quepan dentro y poder tener las manos libres.

—Tenemos que establecer el perímetro —dice Marino—. Y empezar en algún sitio, pero ¿estando tan oscuro? Vamos casi a ciegas.

—Por eso comenzaremos por aquí. Miraremos hacia dónde vamos y así obtendremos una vista de conjunto —respondo, y lamento profundamente lo que llevo puesto.

Puede que tenga que quemar este traje cuando por fin me lo quite. No me gusta la ropa desechable que me envuelve en

Tyvek blanco brillante como si fuera un edificio en construcción. Pero ahora mismo solo aspiro a un mono más holgado y unos botines ligeros.

—Podemos marcar todo lo que veamos con conos o banderas y volver una segunda vez cuando tengamos el lujo de disponer del tiempo, la privacidad y la visibilidad adecuados —continúo—. Supongo que habrás hablado de las barreras con Rusty o Harold. Sé que tenemos lo básico en el furgón grande, pero esta situación no tiene nada de básico. La escena estará muy abierta desde prácticamente todos los ángulos y perspectivas una vez que encendamos las luces.

—Le he dicho a Harold que vamos a necesitar algo más que los muros habituales que apuntalamos con unos cuantos sacos de arena para asegurarnos de que la gente no pueda ver una mierda desde el nivel de la calle. —Marino desliza un gran maletín con el instrumental hasta el borde del maletero abierto—. Pero, en este caso, tienes razón. Vamos a necesitar una tienda porque los edificios y el puente pueden abarrotarse de mirones.

Levanto la vista hacia la larga hilera de faros que se mueven sobre nuestras cabezas, cruzando el río en ambas direcciones. Distingo aviones iluminados como pequeños planetas, agrupados alrededor del aeropuerto Logan, y vuelvo a pensar en Dorothy. Marino recupera un baúl con los conos para marcar pruebas pintados de colores primarios brillantes, cada uno numerado. Apila una docena, y siempre me recuerdan a «Caza sombrero», un juego de mesa de fichas de colores que mi padre encontró en un rastrillo de segunda mano en nuestro barrio de Miami cuando yo era pequeña.

—Le he dicho que necesitaremos un techo. —Marino me pone al día de lo que le ha pedido a Harold—. Le he dicho que vamos a necesitar el lote completo.

14

Seguimos el camino de tierra al que acabamos de llegar, desviándonos poco a poco hacia la hierba. Seca y de varios centímetros de altura, susurra contra mis zapatos y me hace cosquillas en los tobillos desnudos mientras miramos por dónde pisamos, adentrándonos en el parque arbolado hacia el sendero deportivo de arena compacta que avanza en zigzag por el centro.

Las altas farolas de hierro son escasas y están alejadas entre sí. Deben de ofrecer poco más que vagos regueros de luz amarillenta cuando te sientas en un banco o sales a dar un paseo nocturno. El parque está muy oscuro y enciendo mi pequeña linterna táctica mientras Marino se alumbra con la linterna de su teléfono, que apunta hacia fuera y ligeramente hacia abajo.

Con la otra mano tira del maletín de plástico negro con el instrumental para la escena del crimen, que es tan grande que puede albergar un cuerpo pequeño. Sus ruedas emiten un discreto crujido arenoso al avanzar. Marino va el primero, de guía, y ambos tenemos mucho cuidado de no pisar alguna prueba ni tropezar. Hasta ahora no hemos visto nada que nos haga pararnos y plantar uno de los pequeños conos de colores.

La hierba reseca es una alfombra de pequeñas briznas afiladas de color verde parduzco y, bajo el brillo de nuestras luces, mis desgastados zapatos de cuero marrón contrastan vivamente. Oigo retazos de conversación un poco más adelante, lo que parecen voces de niños hablando en voz baja y alborozada. No es un alborozo alegre, sino un tipo diferente de entusiasmo provocado por el cortisol, que yo asocio con el susto y el miedo. Pero percibo algo más. Los sonidos infantiles no me parecen normales.

Traen a la mente cuentos espeluznantes de lugares encantados donde flotan en el aire conversaciones sobrenaturales. Ora aquí, ora allá, la risa de niños muertos retozando en el bosque, de niños muertos recogiendo bayas y jugando al escondite o al pilla-pilla.

Estas voces peculiares e incorpóreas que se oyen a lo lejos me recuerdan a las películas de terror, y siento un escalofrío en la nuca mientras avanzamos por el parque que, oscuro y sereno, se extiende a ambos lados del sendero deportivo donde alguien ha muerto. Alguien a quien puede que yo haya visto dos veces en el mismo día, y sigo esperando estar equivocada.

Nos acercamos a una arboleda de frondosas copas que ofrece un escondite perfecto para un depredador al acecho, como me señala Marino. Penetramos las sombras donde, reunidos, muertos y vivos nos esperan. Tengo una sensación extraña, desfasada, como si nos dirigiésemos a una fiesta sorpresa donde todo el mundo está agazapado en la oscuridad esperando a que aparezca el invitado de honor para encender las luces.

Recuerdo los primeros años, cuando no teníamos que preocuparnos de que hubiera cámaras por doquier ni de que las grandes indiscreciones fueran tendencia en internet antes de darme tiempo siquiera a terminar una autopsia o recibir los resultados del laboratorio. En los viejos tiempos, fulanito y menganito no nos grababan con sus teléfonos móviles. Para cuando los reporteros gráficos aparecían con sus lentes telescópicas, el cadáver ya había desaparecido, a resguardo en una funda cerrada con cremallera, o los detectives se agrupaban para sujetar sábanas o sus propios abrigos en aras de proteger la intimidad de la víctima. Hoy en día la vida y la muerte son mucho más complicadas.

—No creo que haya sido producto del azar —dice Marino—. Alguien conocía sus costumbres.

—¿Sabemos si tenía costumbres? —Es mi forma de aconsejarle de nuevo que no saque conclusiones precipitadas, pero sé que es

gastar saliva para nada.

—Todo el mundo tiene sus costumbres —replica.

Aguzo el oído esperando que Rusty y Harold aparezcan con nuestro centro de mando móvil diésel.

Me pregunto dónde lo aparcarán y qué alboroto generaremos en el corazón mismo de Eliot House. Esta residencia, uno de los mayores complejos de viviendas del campus, se cierne sobre el parque con sus siete edificios de ladrillo y sus numerosos patios. Me recuerda a Oxford y a Cambridge, o al palacio de Versalles. Imagino a los estudiantes escudriñando el parque desde sus ventanas e incluso aventurándose al exterior.

Nuestro furgón será localizado de inmediato, y si la gente se acerca o lo enfoca con el zoom de su cámara, verán oficina del médico forense jefe y el escudo del CFC, además del sello del estado de Massachusetts en sus puertas. Espero de un minuto a otro que el campus de Harvard se desperece con la triste noticia de que han asesinado a alguien prácticamente delante de sus proverbiales narices. En cuanto encendamos las luces de los proyectores vamos a necesitar más refuerzos uniformados para controlar a la multitud.

—Porque nada podrá impedir que la gente pase por debajo de la cinta —le digo a Marino mientras nos abrimos camino por el bosque—. Y nada podrá impedir que el tráfico que circula por el puente se desvíe para venir a curiosear al parque. Esto podría convertirse rápidamente en un completo fiasco.

—Traeré más unidades cuando estemos listos —asegura cuando empiezo a distinguir la escena que se materializa varias decenas de metros más adelante—. Si hago la petición ahora, aparecerá un escuadrón de coches y solo conseguiremos llamar más la atención. En cuanto levanten la tienda, pediré refuerzos, todos los que hagan falta.

Cuento las siluetas de seis focos led alimentados por batería que han sido colocados sobre unos trípodes. Están encaramados como altas mantis religiosas, silenciosas y oscuras, como si

durmieran.

Las siluetas de agentes uniformados se arremolinan alrededor y hablan entre susurros, como hace la gente cuando es de noche. El eco de voces infantiles es un *staccato* indistinto y desconcertante en el impenetrable fondo. No puedo determinar el origen, pero es inquietante, como si la sombría zona boscosa estuviera embrujada por revoltosos duendecillos.

Marino y yo pasamos por debajo de la cinta amarilla del perímetro, que está donde yo pensaba que estaría. Entramos en un claro entre los árboles, donde el cuerpo está tendido medio en el camino, medio en la hierba. Distingo la palidez de sus brazos y piernas desnudos, la blancura de su sujetador deportivo y el color claro de sus pantalones cortos. Está de espaldas, con las piernas estiradas y abiertas, los brazos levantados por encima de la cabeza y separados como si la hubieran colocado para formar una X.

Lo que veo me envía un mensaje poco claro, entre la burla y la degradación sexual… o ninguna de las dos cosas. A primera vista, parece que han dispuesto su cuerpo para escandalizar a quien fuera a descubrirlo, pero es inusual que aún lleve puestos las bragas y el sujetador. Por lo general, un cuerpo expuesto de forma obscena y odiosa está desnudo. A menudo se le añaden otros toques despectivos para deshonrarlo y desfigurarlo más, pero de momento no constato nada parecido.

Sin embargo, también he aprendido a mi pesar a ser prudente y no sacar conclusiones basadas en casos anteriores en los que he trabajado. Un detalle descubierto en una muerte puede significar algo totalmente distinto en otra. Cuando nos acercamos, distingo la bicicleta tirada de costado, en medio del sendero arenoso sin asfaltar. Reconozco al detective de Cambridge, Tom Barclay, por su altura y la anchura de sus hombros. Está a un lado, cerca de los árboles, a unos quince metros del cadáver. Las voces fantasmales que he oído antes pertenecen a las dos chicas que están con él. Parecen demasiado

jóvenes como para andar solas a estas horas, pero es difícil saberlo porque no alcanzo a distinguirlas bien.

Podrían tener diez o doce años, o quizá algo más, y son gemelas idénticas, una vestida de rosa y la otra de amarillo. Se agitan inquietas como dos pajarillos rollizos, giran la cabeza en sincronía, con los ojos desorbitados, y es evidente que les pasa algo raro. A medida que nos acercamos, veo que Barclay ilumina algo que tiene en la mano con una linterna. Hace una pregunta que no alcanzo a oír.

—Puede ser —balbucea la chica de rosa con una voz fuerte, la voz de alguien que no oye bien, mientras escudriña lo que Barclay les enseña a ambas en su móvil. Marino y yo nos acercamos.

—No lo sé. Suele haber mucha gente y nunca me acerco al carril bici —dice despacio la chica de amarillo con el mismo tono romo.

Poco importa lo que me hayan dicho, no acabo de creerme lo que estoy viendo bajo las luces desiguales, en el claroscuro creado por nuestras linternas.

Durante una de nuestras conversaciones telefónicas con mala cobertura cuando Marino venía a recogerme, mencionó a las gemelas. En ese momento no le presté mucha atención, pero estar cerca de ellas, sobre todo en estas circunstancias, es muy desconcertante. Tengo la impresión de ver doble, literalmente, al mirar a una primero y luego a la otra, las dos morenas, con un corte de pelo idéntico, en forma de casco y poco favorecedor.

Las gafas pasadas de moda que llevan a juego me recuerdan a las novatadas del colegio, cuando en el anuario escolar dibujábamos gafas de empollón con tinta negra en la cara de algún rival. Las chicas tienen la misma constitución, pesada, y miden menos de metro y medio. Llevan camisetas de rayas, pantalones cortos y sandalias que, por suerte para mí, no son idénticas. Si las gemelas no llevaran ropa de distinto color, no sé con seguridad si sería capaz de distinguirlas.

—Esperad aquí, ¿vale? Sabéis lo que tenéis que hacer, ¿verdad? Quedaos aquí y no os marchéis a ninguna parte. Quietecitas. No tardaré en volver. —Barclay les habla como si fueran mascotas de orden inferior, como un conejo o un lagarto.

Avanza hacia nosotros a grandes zancadas y compruebo mi teléfono para ver si hay noticias de Rusty y Harold.

Oigo el furgón cuando estoy a punto de llamar y aprieto el botón de colgar.

El estruendo del motor diésel es inconfundible y me vuelvo en dirección a John F. Kennedy Street. Distingo los faros que atraviesan el parque. El furgón blanco del CFC, más grande que una ambulancia, se sale de la calzada y se desliza bajo los árboles. Las ramas bajas rozan el techo metálico, produciendo un horrible chirrido, como de uñas arañando una pizarra.

—Bien. A ver si podemos ponernos en marcha para decidir a quién hay que ir avisando y con quién hay que hablar —dice Barclay con un tono demasiado autoritario cuando se acerca a Marino y a mí—. Cuanto antes podamos examinar la escena y llevar el cuerpo a la morgue, mejor —añade, y Marino lo ignora por completo.

Los ojos se me han adaptado a los contrastes de luz y sombra, y puedo distinguir mejor a las gemelas a cierta distancia, donde Barclay estaba hace un momento. Una agente uniformada se ha acercado a ellas y les pregunta si necesitan agua o comida. Les propone esperar en un coche patrulla con aire acondicionado. Por su forma de decirlo, supongo que no es la primera vez que se lo pregunta, y las gemelas niegan con la cabeza. Me hago una idea de lo que va a ocurrir a continuación.

Dentro de un rato se las llevará a comisaría y las hará pasar a la «sala de las margaritas», como llama la policía a un entorno cómodo y no amenazador que utilizan para interrogar a los niños. Un orientador vendrá para hablar con las chicas y

evaluarlas, pero la agente no piensa mencionar esto último ahora, en medio del parque.

No va a explicarles que las gemelas seguirán el mismo trato que los niños maltratados, y no puedo evitar ser crítica. Formarme una opinión personal sobre los casos en los que trabajo no es lo más apropiado, estoy de acuerdo, pero es inevitable que algunas cosas me afecten más que otras. No puedo con un mal padre o una mala madre, con un mal cuidador y con un mal propietario de un animal de compañía.

Las hermanas gemelas son jóvenes y tienen alguna discapacidad. ¿Qué clase de persona permitiría que vagaran por ahí solas, especialmente al anochecer? ¿Alguien se preocupa por saber por qué no están en casa y dónde andan?

—Podemos encender las luces cuando estén preparados —nos informa Barclay en vez de preguntarnos.

—El problema, Clay, es que en el instante en que las encendamos será como iluminar un campo de béisbol —responde Marino con un tono paternal artificial, como si el joven detective fuera corto de entendederas y un inútil, a pesar de resultar simpatiquillo—. Y si lo hace, convertirá esto en un puto circo. Así que nanay, Clay.

Marino pronuncia este diminutivo a la mínima oportunidad que se le presenta. Luego me mira a mí.

—Aún es pronto, ¿verdad, Doc?

—Solo las linternas de momento —convengo. El sonido del diésel se recrudece y luego se calla de golpe al apagarse el motor—. La cosa ya se complicará bastante cuando la gente empiece a percatarse de que tenemos el centro de mando móvil aparcado en la zona, eso sin contar con todos los coches de policía. —Miro a las gemelas que nos observan con sus ojos de búho—. Está más claro que el agua que pasa algo y no quiero llamar más la atención hasta que hayamos montado una barrera.

Le explico que ahora mismo el cadáver está expuesto a cualquiera que pase por aquí o lo enfoque con un teleobjetivo.

No puedo dar el visto bueno para encender las luces, pero, al mismo tiempo, no puedo trabajar sin ellas. El típico callejón sin salida. Si me dieran a elegir, no se me ocurriría examinar el cuerpo *in situ* sin iluminación, y no puedo cubrirla con una sábana antes de haberla examinado o me arriesgo a alterar las pruebas o echarlas a perder. Así que de momento estamos atrapados en la oscuridad y solo podemos usar las linternas. Mi atención se desvía de nuevo hacia las gemelas. No puedo dejar de mirarlas.

Me fijo en sus cabezas desproporcionadamente pequeñas, sus labios superiores, muy finos, y sus mejillas aplanadas. Es probable que no crezcan mucho más y tendrán una lucha continua con el sobrepeso. Sus ojillos están muy separados, como los de un animal no depredador, un caballo o una jirafa. Las gafas gruesas, los audífonos, los aparatos dentales plateados y todo lo demás indican un fallo catastrófico que casi seguro ocurrió en el útero.

Quizá se debió a una sustancia a la que fueron expuestas las gemelas nonatas, y si lo que sospecho es correcto, estamos ante una tragedia indecible. Ante una cruel dejadez. El síndrome alcohólico fetal se puede prevenir: basta con no beber durante el embarazo. Me pregunto si las dos niñas asisten a clases especiales en el colegio. Me inquietan sus capacidades funcionales y me pregunto a qué obstáculos nos enfrentamos si queremos utilizarlas de testigos en este caso.

¿Hasta qué punto puedo fiarme de lo que me digan cuando me expliquen cómo encontraron el cuerpo y si han manipulado algo? ¿Serán convincentes? ¿Serán fiables? ¿Y qué clase de progenitores o tutores les permitirían deambular solas de noche, o a cualquier otra hora?

Siento una ira que se agita, como una brasa que brilla intensamente cuando la avivan. Barclay se acerca a Marino y a mí para enseñarnos la fotografía que ha sacado con su móvil del carnet de conducir de Elisa Vandersteel.

—Esto es lo que he encontrado en el sendero —explica Barclay con orgullo, como si hubiera descubierto la prueba irrefutable—. Como es evidente, no lo he recogido. Pensé que sería mejor esperarlos —dice dirigiéndose a Marino mientras yo miro la fotografía en la pantalla del teléfono.

Elisa Ann Vandersteel. fecha de nacimiento: 12-04-1998. Londres. El código postal corresponde a la exclusiva zona de Mayfair, en South Audley Street, cerca del hotel Dorchester y de la embajada americana. La fotografía podría ser de la mujer con la que me he cruzado hoy en dos ocasiones, pero no estoy segura.

No voy a decirle nada a Marino, ni a nadie, hasta tener más información. Cualquier avistamiento de la víctima es importante para determinar la hora de su muerte, y sé que debo ser prudente con lo que comunico sin verificar. No es que las fotografías del carnet de conducir sean de muy buena calidad en general, pero en la que estoy mirando Elisa Vandersteel es más corpulenta que la ciclista a la que he conocido. En la foto, la cara es más ancha y el cabello castaño más corto, mientras que la joven de las zapatillas Converse era delgada y llevaba coleta. Pero no sabemos de cuándo es la foto. Ahora podría tener un aspecto muy distinto.

—¿Algo más? —pregunto—. ¿Más efectos personales? Muchos ciclistas llevan mochilas o alforjas para guardar la cartera, las llaves y otras pertenencias.

No añado que no recuerdo haber visto nada de eso cuando me crucé con la ciclista en Quincy Street, pero Barclay dice que no ha visto ningún tipo de bolsa atada a la bicicleta o cerca de ella.

—Eso no significa que no la hubiera —añade—. Quien hizo esto podría haberla robado.

—No sabemos si se trata de un homicidio. —No pienso parar de decirlo—. No sabemos nada todavía.

Le devuelvo el teléfono. Marino le pregunta qué ha pasado desde que se emitió la llamada por radio.

—¿A cuánta gente ha tenido que ahuyentar desde que ha llegado?

—Han entrado un puñado, o lo han intentado.

—¿A qué distancia se han acercado? —Marino todavía no se ha dignado a mirarlo realmente desde que han trabado conversación.

—No se han acercado mucho.

—Al menos no los que hemos visto.

Marino se aleja bruscamente, en dirección a las gemelas.

—Un par de estudiantes, tres para ser exactos —dice Barclay mientras Marino le da la espalda y se aleja—. Los he largado antes de que pudieran ver nada. No han podido ver que hay un cadáver —me dice a mí, y me pregunto qué estaría haciendo Barclay antes de aparecer por aquí.

15

Es esbelto y bastante llamativo en sus pantalones parachute, el polo y las botas de cuero, todo de negro.

Lleva la pistola enfundada en la cadera derecha, la placa de detective a la vista en el cinturón. El detective Barclay parece la estrella de su propio programa de televisión, con su complexión musculosa y delgada, su cara de muñeco Ken y su cabello rubio de corte militar. Puedo oler su colonia a varios metros de distancia. Conozco a los de su calaña, lo que solíamos llamar un figurón.

Marino emplea términos más crudos para los gallitos como Clay, como él lo llama. No creo que pudieran congeniar bajo ninguna circunstancia imaginable. Mientras me demoro pensando en esto, no dejo de darle vueltas al apodo que Marino le ha endilgado a Barclay. O, mejor dicho, a eso que dispara mis alertas.

—¿Todo el mundo lo llama Clay? —pregunto, pero lo que me pregunto de verdad es si alguien más, aparte de Marino, lo llama así.

—No sé por qué, pero un día empezó a llamarme así, a menos que fuera por fastidiarme, para variar —responde él mientras observa a Marino charlar con las gemelas—. Mi nombre de pila es Tom, y mi segundo nombre es David. Todo el mundo me llama Tom. No es más que otra de sus estúpidas bromas, que a él le parecen ingeniosas. Supongo que se le ocurrirán otras chorradas del estilo, que están más vistas que el tebeo. Ha empezado con Clay, «arcilla». Luego será Dirt, «tierra». O Play-Doh, «plastilina». Y, si hago algo mal, me llamará Mud, «barro». Pero cuando te ascienden para trabajar en delitos mayores, esto

es así, la toman contigo. Son gajes del oficio —dice encogiéndose de hombros.

Barclay sigue clavando la mirada en Marino y este hace como si no se diera cuenta y sigue hablando con las gemelas. Pero no es así. Sus bromas inmaduras, su comportamiento juvenil forman parte de sus habilidades especiales, y tiene la perspicacia de un halcón. No se le escapa el menor gesto de Barclay. Menos mal que no se me ha ocurrido llamarlo Clay. A Marino le habría parecido la monda y se habría tronchado de risa. Es muy posible que sea el único que lo llame así.

Sin embargo, es muy probable que Marino no sea el último. Desgraciadamente, cuando a alguien le ponen un apodo o un seudónimo, no hay vuelta atrás. No me sorprendería que dentro de nada todo el departamento de policía de Cambridge empezara a llamarlo Clay Barclay y al final se termine por creer que esta patética redundancia es su verdadero nombre.

—¿Cómo está, doctora Scarpetta? —se dirige a mí con entusiasmo y una excesiva familiaridad, como si acabáramos de cruzarnos en una recepción o en un bar abarrotado de gente.

—Gracias por hacer un buen trabajo y mantener las cosas tranquilas por aquí… —empiezo a decir.

—¿Se imagina un lugar más expuesto que este? Si hubiese ocurrido de día… —Me observa mientras rebusco en mi maletín un cuaderno y un bolígrafo—. Por no hablar de tener que trabajar en una escena del crimen cuando estamos casi a cuarenta grados. Por lo menos ahora ha bajado a treinta y uno, algo más fresco.

Saco metódicamente y sin prisa el paquete de monos y la caja de guantes de Marino. Los dejo encima del maletín con el instrumental. Luego vuelvo adonde está Barclay, apuntando a la hierba con la linterna táctica a cada paso que doy.

—Tomaré la temperatura ambiente en cuanto llegue el furgón —le hago saber, y lo que de verdad quiero decir es que debe tener cuidado de ir soltando información como ha estado

haciendo.

Tengo muy claro que ya se ha metido en un berenjenal al decidir que la víctima es Elisa Vandersteel, cuando lo cierto es que la identidad no ha sido confirmada por el ADN, los registros dentales o cualquier otro medio legítimo. Un documento identificativo hallado en el sendero deportivo de un parque público no sirve de confirmación. Ni por lo más remoto.

También ha dicho que se trata de una agresión, de un asesinato, y yo no puedo corroborar algo así cuando ni siquiera la he examinado todavía. Quizá lo más problemático es lo que ha transmitido como mínimo a una persona, a Marino: que el cuerpo está tan rígido como un maniquí. En otras palabras, en una etapa avanzada del *rigor mortis*. Este detalle afecta directamente a la hora estimada de la muerte, y ojalá Barclay se hubiera guardado su opinión para él.

Este tipo de errores en apariencia inocuos pueden perseguirte hasta los tribunales, y la valoración de la hora de la muerte es especialmente delicada. No es una ciencia exacta, pero resulta crucial para legitimar cualquier coartada. Es el hueso de roer favorito de los abogados de la defensa, y un escollo para un testigo experto como yo. Puede mermar de inmediato la credibilidad de un jurado en mi testimonio. No tengo ninguna intención de perder la credibilidad ante un jurado solo porque un detective inexperto haya creído que podía hacer mi trabajo en la escena de los hechos.

Era apropiado que Barclay comprobara que la víctima había fallecido realmente, pero no debería haber hecho las veces de médico forense, deliberando sobre el *rigor mortis* y lo avanzado o no de su estado. Habrá de tener cuidado con la información que encuentre en internet. Además no debería dar por buena la temperatura de Cambridge basándose en una aplicación meteorológica de su móvil.

¿Qué zona de Cambridge? Puede haber mucha diferencia

entre un lugar sombreado cerca del agua y los ladrillos recalentados de Harvard Square, por poner un ejemplo.

—Supongo que ha obtenido la temperatura a través de alguna aplicación de su móvil —le digo a Barclay tras un silencio que parece deseoso de colmar—. ¿Eso le ha indicado el detalle de los ochenta y ocho grados Fahrenheit o los treinta y un grados Celsius? No vamos a incluir este dato en los informes, puesto que no sabemos cuál es la temperatura exacta en el lugar donde fue hallado el cuerpo.

—Si tiene un termómetro puedo dejarlo junto al cuerpo —replica, y percibo agresividad en sus palabras.

—No, gracias. Eso no es lo que estaba sugiriendo. Todavía no me han traído mi maletín con todo lo necesario, pero cuando lo tenga comprobaré las temperaturas necesarias, la del cuerpo, el aire ambiente y lo que haga falta —digo despacio midiendo la voz, recurriendo a lo que considero un tono neutro—. Puede que aquí haga más fresco por la cercanía con el río —sugiero como si no fuera gran cosa.

Pero él sabe que es grave. Se siente rebajado y criticado, y puedo dar fe de su rápido cambio de humor. De repente recuerdo que es algo que ya he observado en él, en las pocas ocasiones que he estado en su presencia. Es volátil. Pasa del calor al frío sin demasiada transición.

—Es que no corre ni pizca de brisa. —Desvía la mirada hacia el río, y es evidente que su narcisismo ha quedado tocado—. Cuesta respirar. Sofocante a más no poder.

Se ha vuelto, dándome casi la espalda.

Puede darme la espalda el resto de la noche si eso le hace feliz. A continuación le pregunto:

—¿A qué hora encontraron el cuerpo?

Tras un ceñudo silencio, responde:

—Recibimos la llamada hace unos cuarenta y cinco minutos.

Pero ¡eh! ¡Espere un segundo! —Se vuelve hacia mí y finge un momento «eureka», revelando sus dientes blancos en la oscuridad—. Voy a comprobar la hora en mi teléfono móvil —me lanza como un dardo sarcástico, que conmigo es un tiro errado—. ¿Le parece bien? ¿O mejor consulto mi reloj? —insiste.

No pienso darle bola.

—La hora que tengo anotada, la de la recepción de la llamada es diecinueve-cero-seiscientos —dice como si yo no supiera lo que es eso.

Lo apunto.

—Veintitrés-veinte, hora zulú. Veinte minutos pasadas las siete ET. —Luego le pregunto—: ¿Cómo se clasificó la llamada cuando se emitió? ¿Qué se dijo exactamente? Porque parece que los medios no se han enterado de nada todavía.

—Llegó como un 10-17 —dice, esperando que le pregunte qué es eso, pero conozco los códigos diez de la policía probablemente tan bien como él.

Llevo oyéndolos toda mi carrera, y un 10-17 es común. Literalmente significa «encontrarse con el denunciante».

—Supongo que se trataba de las hermanas gemelas —comento, y Barclay se me queda mirando mientras yo pienso: «Menudo capullo».

Dice que no se emitió nada que pudiera alertar a los periodistas que están pegados a las frecuencias de radio de las fuerzas del orden del área de Boston. Esto sigue desmintiendo que la sospechosa llamada que recibió Marino procediera de una persona legítimamente implicada en el caso. Al parecer, Barclay no se puso en contacto con la Oficina Central Nacional de la Interpol en Washington. Tengo la sensación de que Marino tiene razón. Al inexperto detective es probable que no se le pasara por la cabeza ponerse en contacto con la OCN y es posible que ni siquiera sepa qué es. No todos los policías conocen su función.

Marino ciertamente no inició el contacto, y por supuesto yo tampoco. No pudo haber sido nadie de mi oficina. No sabíamos

nada de la muerte cuando el supuesto investigador de la OCN llamó al móvil de Marino. Lo que resulta cada vez más evidente es que el individuo responsable no se trae nada bueno entre manos, por decirlo con suavidad.

—Casualmente estaba en Memorial Drive y acudí a los tres minutos como máximo —responde Barclay a algo que no le he preguntado: por qué fue el primero en responder o en prestar atención a una llamada de baja prioridad.

«Encontrarse con el denunciante» significa que alguien quiere hablar con un agente de policía, por lo general para informar de un problema o un engorro de algún tipo. Una petición general como esa puede tener diversas implicaciones. La mayoría de las veces no reviste importancia, y me sorprende que un detective preste atención a una llamada así a menos que vaya dirigida específicamente a él. Pero Barclay es nuevo en la unidad de delitos mayores. Quizá es una persona muy impaciente. Quizá estaba aburrido.

—¿Y qué me dice de las dos chicas que la encontraron? —pregunto mientras observo a Marino hablar con ellas fuera del alcance de mi oído—. ¿Son estudiantes? Porque parecen demasiado jóvenes para la universidad.

Desde donde estoy apenas me parecen púberes, y me atrevería a decir que ninguna de las dos tiene la edad suficiente para tener permiso de conducir.

—No, señora, no van a la universidad —responde Barclay, hojeando las páginas de su cuaderno—. Van a un colegio cercano a Donnelly Field, a octavo. O eso es lo que me han dicho, y no tengo motivos para pensar que se lo estén inventando o estén ocultando algo. Ni de que conocieran a la víctima. Me han dicho que no saben quién era.

Me choca su insensibilidad al referirse a dos niñas traumatizadas por un descubrimiento que las acompañará el resto de sus días. Me pregunto si está insinuando que por un momento las consideró sospechosas, si se le ha pasado por la

cabeza que las gemelas pudieran pensar que tenderle una emboscada a un ciclista sería gracioso. Supongo que todo es posible. Constato que su pequeña linterna está apagada. Parece que hubiera olvidado que la tiene mientras revisa sus notas. Al final encuentra la página que buscaba como si pudiera ver en la oscuridad como un gato.

Las chicas viven cerca de la lavandería Highland, en Mount Auburn Street, me dice mientras pasa las páginas ruidosamente. Tiene sentido que su trayectoria las condujera desde Harvard Square hasta el río pasando por John F. Kennedy Street. Su plan era seguir la orilla por el parque y luego atajar por Ash Street, que las llevaría a casa. En total, la excursión debe de abarcar poco menos de un kilómetro y medio, ida y vuelta.

—Normalmente habrían atajado por Mount Auburn, que es más directo —explica Barclay a partir de lo que ha averiguado después de interrogar a las hermanas—, pero hacía tanto calor que se desviaron por el parque para ir por la sombra, lo más pegadas al río que pudieron.

—¿Por qué estaban fuera a esas horas? —pregunto mientras tomo notas.

—Dijeron que se dirigían a casa desde el Square, después de pasar por la pizzería Uno's, y me pregunto a quién le puede apetecer pizza con este calor. He oído en las noticias de la mañana que dentro de un día remitirá el calor. Entonces lloverá y pasaremos directamente al invierno. Se crio en Miami, ¿verdad? Por eso supongo que este clima es un juego de niños para usted. Para mí no. Hace demasiado calor para una sangre tan espesa como la mía.

No le pregunto de dónde es, pero probablemente no sea natural de aquí. Su acento tiene un deje del medio oeste.

—Solo he estado un par de veces en Miami —dice, y en este tema tampoco le doy bola.

16

Barclay está esperando que me rinda a la cháchara y las chanzas con él, pero no me apetece. Mi atención vuelve una y otra vez a Marino, que habla con las gemelas a cierta distancia, orientando la linterna de su móvil de tal forma que nadie que pueda estar observando con prismáticos o un teleobjetivo vea mucho.

Sé lo que está haciendo. Quiere ver la expresión de las caras de las hermanas a medida que las interroga, y sé que a las chicas Marino les resulta tranquilizador. Lo intuyo por su forma de mirarlo. Lo noto por la manera en que hacen corro con él, bajo la oscura copa de un frondoso roble, como si estuvieran atravesando un bosque encantado y Marino fuera su guía.

—En cualquier caso —prosigue Barclay, señalando unos arbustos de rododendros situados a unos seis metros de donde estamos y a la izquierda del cadáver—, le aconsejo que tenga cuidado por dónde pisa, y no lo digo porque hayamos recabado ninguna prueba todavía, sino porque, al parecer, una de las chicas se encontraba mal cerca de aquí.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Cuando he llegado y justo me acercaba. Ella salía de los arbustos limpiándose la boca con el dorso de la mano y con los ojos un poco vidriosos. No sé cuál de ellas era ni si llegó a vomitar o qué. Créame si le digo que decidí no investigarlo más de cerca.

—¿Sabe si alguna de las dos tocó el cuerpo? —Llego a la pregunta más importante—. ¿Qué le dijeron exactamente que habían hecho? —Echo un vistazo a la hora de mi teléfono, y la pantalla brilla tanto como la de un televisor en la oscuridad. Son las 20.22 horas. Tomo nota.

—Cuando he llegado no había nadie más en la zona, y ellas no estaban cerca, como mínimo se hallaban a seis metros del cuerpo —responde Barclay—. Se encontraban muy alteradas y dijeron que no la habían tocado. He debido de preguntárselo media docena de veces y a cada vez me han respondido que no. Lo más cerca que han estado de eso ha sido un metro o así —añade, separando mucho los brazos por si me cuesta imaginar la distancia que está describiendo.

—¿De eso? —pregunto.

—De la muerta.

Barclay considera a la víctima como un objeto mientras a mí me trata como a un mortal inferior que no tiene derecho a estar aquí. Lo aguantaré un poco más. Luego compartiré algunas de mis impresiones con él. Le daré algún consejo gratis.

—Se acercaron para comprobarlo y luego se alejaron, probablemente cagadas de miedo —continúa Barclay—. Se quedaron apartadas y llamaron a la policía.

Las niñas llevan mochilas a juego, y no tengo ni idea de lo que puede haber dentro, pero a primera vista no parece que ninguna de las dos tenga un móvil.

—¿Cómo pidieron ayuda? —pregunto.

—No lo sé. Llamarían al 911 —responde. Es su manera de sacarme de quicio.

—Ya imagino que llamaron al 911. Lo que quiero averiguar es si alguna de ellas tiene móvil.

—No lo sé. No las he registrado. Pero le diré algo. Cuando las lleve a la sala de las margaritas y las tenga distraídas, registraré sus mochilas. Le garantizo que recuperaré sus teléfonos y lo que sea que tengan ahí dentro.

Vuelvo al tema del descubrimiento del cadáver y me saca los mismos detalles que ya he oído. Las chicas volvían a casa y vislumbraron algo extraño en el sendero.

—Se acercaron —dice Barclay—, y al principio pensaron que era alguien que había tenido un accidente en bicicleta. Como

estaba oscureciendo, imaginaron que habría chocado contra una farola o algo y que se habría golpeado la cabeza con tanta fuerza que el casco salió volando. Vieron sangre y que no se movía.

—¿Qué quiere decir con «al principio»? —Antes de hablar con las gemelas quiero hacerme una idea de hasta qué punto ha podido influir en sus testimonios—. ¿Al principio pensaron que había tenido un accidente de bicicleta? ¿Eso es lo que dijeron?

—Bueno, dudo que piensen eso ahora. Creen que alguien le hizo algo malo.

—¿Cómo pudieron echarle un buen vistazo para ver la sangre y decidir que estaba muerta? —pregunto.

Si las chicas sospechan que ha sucedido algo sucio, lo más probable es porque Barclay las ha convencido de ello. No ha dudado en declarar que se trata de un homicidio, y además sexual.

—Está extremadamente oscuro, y las sombras adquieren una densidad especial en el lugar donde está la víctima —señalo—. ¿Tienen una linterna? Porque no sé cómo podrían haber visto tantas cosas de otro modo.

—Puede que en una de las mochilas. No lo sé. Me han dicho que estaban casi seguras de que estaba muerta. Dijeron que olía a muerta.

—Eso es interesante. ¿Qué entienden por eso?

—Y también dijeron que olía a secador de pelo —dice esbozando una sonrisa de satisfacción.

—Me pregunto qué querían decir con eso —apunto, y eso le hace reír.

—¿Quién coño lo sabe? Son retrasadas, ¿no?

—No es mi trabajo valorar sus coeficientes intelectuales y dudo que tampoco sea el suyo. Por lo demás, ese no es el término más apropiado para describirlas. —Observo que Marino está sacando fotografías y deja un cono numerado en el suelo. Es lo único que se me ocurre hacer para no cabrearme con Barclay. Luego añado con mi tono más razonable—: Las chicas querían

decir algo. Sería inteligente averiguar qué era eso que querían decir en vez de suponer que dicen tonterías.

—Probablemente se referían a la sangre. Sangre más calor insoportable igual a pestilencia. ¿Una especie de olor metálico? ¿Como un secador de pelo tal vez? Y su sangre se descompondrá inevitablemente en poco tiempo con el calor que hace.

—A menos que quiera que intercambiemos profesiones, detective Barclay, ese es otro detalle que debería ahorrarse. —Me doy la vuelta al oír un ruido de pasos y de ruedas rodando lentamente por el arenoso sendero.

—¿Otro detalle? ¿Como en más de uno? —Su tono es de coqueteo puro y duro—. Pero claro que sí, nos intercambiamos las profesiones cuando quiera. Siempre he pensado que sería un buen médico.

Me llegan unas voces bajas. Rusty y Harold, cargados con todo el equipo y los aparejos, son como dos luces flotantes y una caravana imprecisa. Apenas puedo distinguirlos cuando se adentran en el bosque que conduce al claro.

Llevan faros en la frente como los mineros para alumbrar el camino mientras empujan dos carros. No necesito verlos para saber que cargan con una montaña de maletines de policía científica, baúles, sacos de arena y la barrera de privacidad, que está desmontada y embalada dentro de lo que parece una pila de largas bolsas negras para cadáveres. Atada con cuerdas elásticas, la forma voluminosa y oscura de la carga que se acerca pesadamente recuerda a un trineo mórbido de Santa Claus. Envío un mensaje a Harold:

«Una vez que hayáis pasado la cinta, empezad a descargar. Voy en breve».

—No tardaremos más de veinte minutos en preparar todo esto —informo a Barclay—. Mientras tanto, Marino y yo haremos un reconocimiento, sacaremos fotos, nos formaremos una idea de lo

que tenemos que identificar, proteger y conservar antes de montar la protección encima del cuerpo. Una vez hecho esto, encenderemos las luces y la examinaré dentro de este recinto, que nos proporcionará la privacidad necesaria.

—¿Qué extensión pueden cubrir? —Barclay fija su mirada en mi equipo de transporte.

—La suficiente como para acordonar la bicicleta y el cuerpo —explico—. Lo que vamos a montar es básicamente una tienda. Y si nunca ha tenido la ocasión de asistir a esto antes, sepa que tenemos que proceder en un orden lógico, muy bien pensado, para no correr el riesgo de que un procedimiento interfiera en otro.

Observo a las gemelas que hablan con Marino y miro la bicicleta, a unos seis metros de donde estoy. El cadáver yace unos tres metros más lejos. Normalmente, cuando realizo un alto reconocimiento o un examen preliminar, evalúo el terreno y me hago una idea de a qué me estoy enfrentando. Pero lo que veo hoy es contradictorio. Parece azaroso, casi estrafalario, como si alguien hubiera montado la escena, pero no tuviera ni idea de cómo debe hacerse en realidad.

Si la víctima hubiera caído de la bicicleta, su cuerpo no estaría a tres metros de ella. Una bicicleta no puede tirarte lejos como un caballo y, aunque pudiera, lo que estoy viendo no cuadra. ¿Por qué el casco está tan lejos de la bicicleta? Incluso si no llevaba abrochado el barboquejo, eso tampoco lo explicaría. ¿Cómo es posible que se golpeara tan fuerte la cabeza como para morir casi instantáneamente, como dicen que ha sucedido? Tampoco puedo imaginar que falleciera en la posición en la que está, con los brazos en alto, las piernas abiertas, las rodillas y los codos apenas flexionados, como en pleno salto de tijera.

—¿Está preparada para echarle un vistazo? —pregunta Barclay. Lo que más me gustaría ahora mismo es que este detective novato y prepotente me dejara a solas con mis pensamientos durante un rato. Cierro mi bolígrafo con un clic y

pregunto a modo de colofón:

—No hace falta repetir que no ha alterado el cuerpo, ¿verdad? No lo ha movido, ¿no?

—Ya le he dicho que no. Solo comprobé sus signos vitales, y desde luego parece que lleva muerta un buen rato.

—¿Sus signos vitales? ¿Dónde?

—En la muñeca. Estoy bastante seguro de que era la derecha. La levanté para comprobar el pulso, y tenía el brazo rígido. Eso fue todo. Eso fue todo lo que hice. No dejo de repetirle a todo el mundo que no la moví —insiste. Me pregunto quién es «todo el mundo».

Supongo que Marino puede constituir por sí solo una multitud cuando la toma con alguien.

—Cuando llegó la unidad, ¿les dijo que estaba seguro de que llevaba un tiempo muerta?

—Les di mi opinión. Dije que ya estaba rígida, y sí, aún se encontraba caliente porque podrías freír un huevo aquí fuera.

—Una cosa que realmente debería tener en cuenta, detective Barclay, es que es importante no ser la fuente de un juicio sin fundamento.

Como gesto de despedida pienso decirle cuatro verdades; una clase maestra gratis que seguramente no sabrá apreciar. Luego añado con una voz tranquila y muy profesional:

—Por muy bienintencionados que sean sus juicios, tenga mucho cuidado antes de hablar. Poco importa lo que le digan o lo que vea. Poco importa lo que crea con absoluta certeza. Piénselo bien antes de hablar. Piénseselo tres o cuatro veces.

—Tengo derecho a dar mi propia opinión… —empieza a decir, pero lo interrumpo.

—No si tiene que ver con la ciencia, la medicina o algún otro ámbito que no sea de su experta competencia. Le aconsejo que informe de sus observaciones, pero no las interprete ni concluya nada basándose en ellas —le digo sosteniéndole la mirada—. Porque los abogados esperan como agua de mayo las

habladurías y la desinformación.

—Yo solo le digo que estaba rígida y que, por lo tanto, llevaba muerta un rato…

—Una parálisis puede dejar un cuerpo rígido. Eso no significa que la persona esté muerta. De nuevo, se lo pido por favor, no interprete ni difunda sus teorías, y menos aún si son médicas o forenses.

—Pero como soy yo quien lo vio, eso lo convierte en un hecho, no en una opinión —dispara, tenso como la cuerda de un arco—. Y luego está esa pestilencia. A lo mejor lo que he olido es la sangre podrida. —Tras una pausa hostil lanza la siguiente flecha—: Vale, ahora entiendo de qué iba todo el cotilleo. Toda esa mierda que estaban contando antes en la radio.

No le pregunto a qué se refiere con esta alusión. Intuyo lo que es, porque se me viene a la cabeza la denuncia al 911 a propósito de mi supuesta pelea con Bryce y la alteración del orden público. Quizá Barclay esté al corriente. Quizá todos los del departamento lo sepan. Termino mi conversación con él diciéndole que me espere aquí, y me refiero a una distancia prudencial de mí.

Se aleja en dirección a Marino y las gemelas. Al apuesto detective cuyo nombre de pila no es Clay no le gusto un pelo. No podría estar más claro. Tampoco es que me importe demasiado. Marino echa a andar hacia mí. Se agacha junto a la gran maleta Pelican de plástico negro que ha sacado antes del maletero del monovolumen.

—No le quites ojo —le digo en voz baja—, porque es un novato y ya se cree que no tiene que responder ante nadie. Una actitud así solo puede ir a peor.

—Lo tengo más calado de lo que te piensas. —Marino se mueve alrededor del maletín desabrochando cierres—. Le pasa algo raro con las mujeres mayores, algún complejo retorcido con la figura materna. Luego no me digas que no te avisé.

—¿Le recuerdo a su madre?

—Una tía, una madre… porque eres mayor que él.

—Eso no quiere decir que le recuerde a su madre, a su tía o a quien sea para el caso.

—Yo solo te digo que se cree un regalo para las mujeres. Pero a diferencia de aquí tu fiel servidor, no le gustan. En el fondo. —Abre la tapa del maletín.

Dentro hay un armario de suministros forenses perfectamente organizados y bien empaquetados. Saca una cámara y una linterna grande con una correa desmontable. Luego se calza unos cubrezapatos desechables y se enfunda unos guantes en sus manazas. Después me da lo mismo a mí:

—Sé que te van a venir muy grandes, Doc.

Le pido dos gomas elásticas para ajustar los cubrezapatos y reducirlos a la mitad de su tamaño para no salirme ni pisarme los pies. Me pongo los guantes púrpura extragrandes de nitrilo flexibles y me sobran centímetros de espacio entre los dedos.

—Vamos —dice, y pasamos a la segunda etapa, el perímetro interior, sin molestarnos en ponernos más ropa protectora, porque aún es pronto.

No existe riesgo de contaminación si tenemos cuidado de no pisar ni alterar nada. Salvo raras excepciones, no recogeremos pruebas hasta que el perímetro interior esté protegido e iluminado. Empezaremos por el claro, utilizando nuestras linternas para barrer la franja arenosa que se extiende ante nosotros, y los árboles y la hierba a ambos lados.

Marino se para a cada paso que da como si hubiera visto algo. Se inclina más cerca, gruñe por lo bajo, indicando que no es nada, y toma fotografías. Oigo el zumbido constante del obturador. Las ráfagas cegadoras del flash me desorientan mientras continuamos nuestra sincronizada y bien practicada aproximación. Es un procedimiento profundamente arraigado, como la forma correcta de dar un raquetazo en el tenis, y ya casi nunca necesitamos entrenarnos mutuamente.

—¡Para! —le digo cuando la silueta de una farola apagada se

materializa en la oscuridad justo delante de nosotros, cerca de la bicicleta volcada de lado, en la parte exterior del claro, justo antes de la linde del bosque.

La farola que hay en lo alto del poste de hierro negro está apagada y, al enfocarla con nuestras linternas, descubrimos que tiene un panel de vidrio y las bombillas del interior destrozadas. Los trozos de cristales rotos centellean y resplandecen cuando sondeamos la hierba alrededor de la bicicleta.

—Desde esta perspectiva, casi parece que la bicicleta se hubiera estrellado contra la farola —comento—. Quizá lo que sugirió Barclay sea cierto.

—No, nunca tiene razón —replica Marino.

Quizá la ciclista no veía bien y tuvo un accidente. Pero eso no explicaría las bombillas destruidas dentro de una farola a tres metros del suelo. Como tampoco explicaría por qué el cuerpo no está cerca.

—No tengo ni idea. —Marino se queda mirando el marco de metal oscuro en lo alto de la farola—. Tal vez alguien abrió una de los paneles y pulverizó las bombillas.

—Es raro que el cristal esté esparcido por todas partes. ¿Cómo ocurriría eso si abrieras el panel de cristal y aplastaras las bombillas? Y, a menos que seas un gigante, no creo que puedas alcanzar el panel para abrirlo.

—Pienso lo mismo que tú. ¿Cómo es que los cristales están diseminados por todo el suelo? Nadie ha podido disparar contra las bombillas porque todos los paneles exteriores estarían rotos, y no veo cómo podría hacerse con una piedra a menos que usaras una escalera para subirte y romper las bombillas. —Alumbra alrededor con su linterna para comprobar si no hay una piedra de todos modos—. Pero, sinceramente, no sabemos con certeza cuándo ocurrió el daño.

—Yo no creo que los responsables del parque dejaran sin arreglar durante mucho tiempo una luz que no funciona, la verdad —añado.

—Bueno, está claro que eso deja mucho más a oscuras la zona en la que la mujer se cayó de la bicicleta cuando la atacaron —dice mientras sondeamos sin tregua el terreno con nuestras luces—. Así que tal vez algún psicópata rompió la bombilla. Tal vez se subió a la farola, quién demonios sabe, y luego esperó hasta que apareciera ella o alguna otra víctima. Eso es exactamente lo que parece, lo que significa que fue premeditado.

—O tal vez la luz ya estaba apagada y tuvo un accidente. —No es que esté en absoluto convencida de esta hipótesis, pero le recuerdo que sea prudente a la hora de aferrarse a una u otra idea—. No sabemos a ciencia cierta si la agredieron. —He dicho lo mismo la tira de veces, pero al parecer nadie me escucha.

Damos un paso, y otro, y luego un tercero hasta que nos encontramos a un metro y medio de la bicicleta volcada. El cuerpo está a unos tres metros de aquí, y enseguida vislumbro marcas de arrastre.

—¡Maldita sea! —murmuro. A pesar de lo que afirmaba Barclay, tenía el presagio de que iba a encontrarme precisamente con esto—: La han movido.

17

Cuando estás acostumbrada a buscar alteraciones en el suelo o entre el follaje, es fácil detectarlas. Para mí es algo natural buscar cualquier cosa que pueda sugerir que han pisado o alterado una zona, ya sea de forma accidental o deliberada.

Las marcas de arrastre indican que han movido el cadáver, pero no mucho, y esa es otra rareza que añadir a la lista. La parte superior del cuerpo de la mujer descansa en la hierba; las caderas y las piernas, en el sendero. El desplazamiento de la superficie arenosa que comienza a unos centímetros de sus calcetines bajos es visible. Lo que me viene de inmediato a la cabeza es que por lo menos una persona empezó a tirar de ella y fue interrumpida o se detuvo por una razón u otra. Luego me pregunto qué habrá sido de sus zapatillas.

No las vemos por ninguna parte, como tampoco la camisa, suponiendo que las llevara puestas antes de morir. Tal vez las encontremos en otro lugar, decido. Puede que hallemos muchas cosas cuando tengamos la iluminación adecuada, y vuelvo a visualizar a la ciclista del casco azul.

Recuerdo sus zapatillas deportivas. Espero que la mujer muerta no calzara unas Converse. No puedo estar segura porque no sé qué ha pasado con ellas. No lleva un pañuelo azul con estampado de cachemira ni una cadena dorada como la de la ciclista, pero también podría haberles pasado algo. No acercarme a mirar ahora mismo y satisfacer una curiosidad insoportable mezclada con pavor es todo un esfuerzo de voluntad por mi parte.

Podría pararme a tan solo unos centímetros de ella. Podría iluminar su cara con mi linterna para ver si es la mujer con

acento británico. Y descubrir si las dos son la misma persona, Elisa Vandersteel. Pero sé que no puedo. Tengo que abrirme camino hasta el cuerpo, paso a paso, con paciencia, con esmero. Fingir que no sé lo que me espera más allá, en la oscuridad. Fingir que no me importa. Se supone que no debo tener sentimientos ni reacciones hacia nadie a quien protejo o investigo, pero por supuesto que los tengo.

Vuelvo la vista hacia el lejano barullo, donde Harold y Rusty están descargando los carritos y abriendo la cremallera de las enormes bolsas de vinilo negro. Oigo el leve murmullo de sus conversaciones.

—¿Te importa? —Cambio mi pequeña linterna táctica por la de Marino, que es más potente.

Me agacho en medio del sendero, mirando a mi alrededor, asegurándome de no comprometer nada ni interferir con lo que sea que haya ahí. La luz turbo de seis mil lúmenes es de metal y pesa varios kilos. Tiene una lente ancha con seis led, y el haz brillante se proyecta sobre el sendero, reflejándose en los minerales arenosos del suelo compacto, como el cuarzo y la sílice.

Brillan como algo vivo en los puntos donde incide la luz, y trozos y astillas de cristal roto parpadean y se encienden cuando alumbro la zona de alrededor y debajo de la bicicleta. Procedo despacio, con cuidado, prestando mucha atención. Una vez que entras en una escena e irrumpes en ella, no hay vuelta atrás. No hay forma de deshacer nada, así que siempre que es posible me tomo todo el tiempo que necesito, por mucho que mi lentitud irrite a los demás. Apunto el haz de luz más allá de la bicicleta, otros tres metros, hasta el cuerpo.

Distingo más claramente en qué punto los talones de la víctima han dejado un rastro en la quebradiza superficie cuando la empujaron durante una corta distancia, veinte centímetros a lo sumo. Mi teoría es que esto explica lo que el detective Barclay malinterpretó como la prueba de un posible forcejeo. La mujer

lleva calcetines cortos que me parecen de color gris, similares a los que llevaba la ciclista, pero no podré distinguirlos hasta que me acerque.

—No estoy segura de lo que ha pasado aquí, pero lo que veo no me está gustando —le digo a Marino—. Hay algo muy raro. Es como si su bicicleta se hubiera caído justo aquí, debajo del panel abierto de la farola, con las bombillas destrozadas y los cristales esparcidos por todas partes. ¿Y, sin embargo, su cuerpo está allí? Además, dudo que fuera subida a la bicicleta en calcetines. Necesito acercarme más. Si no te importa, quédate atrás un momento y sigue haciendo fotos.

Me incorporo de mi posición agachada y, cuando echo a andar, las fundas improvisadas y mal ajustadas sobre mis zapatos emiten crujidos. Dirijo la luz a lo largo del camino, hasta el cuerpo, y a varios metros de distancia veo una larga cabellera castaña revuelta. Distingo su rostro juvenil y atractivo, con la nariz respingona y la barbilla delicada, el cutis pálido, la tierra sucia en sus labios entreabiertos y sus ojos que miran fijamente bajo unos párpados casi cerrados. Las gafas de sol que llevaba antes han desaparecido, suponiendo que la mujer muerta y la ciclista que he conocido sean la misma persona.

Cada vez estoy más convencida de que podrían serlo, y eso a pesar de mi sensatez y haciendo caso omiso de lo que me dice mi instinto. Bajo la luz intensa veo el color azul claro de sus pantalones cortos y las rayas de sus calcetines. La sangre empapa la hierba debajo de su cuello. Desde donde estoy parece que hay poca, y no observo hematomas, laceraciones ni otras heridas en su rostro. Solo tierra y restos vegetales, como alguien que se ha dado un trompazo.

Pero la posición de sus brazos es reveladora. Están extendidos sobre su cabeza, con las palmas hacia arriba, y eso corrobora mi creciente convicción de que tiraron de ella por las muñecas. Nunca deja de sorprenderme lo que se le puede escapar a alguien en el fragor del momento. Habría sido muy sencillo

borrar las marcas de arrastre y colocar el cuerpo de tal forma que no pareciera tan evidente que lo movieron después. Vuelvo a mirar a las gemelas, que no me quitan ojo. Tengo el mal presagio de que están mintiendo.

Según Barclay, afirman que no se acercaron al cuerpo a menos de un metro. Pero alguien lo hizo. Puede haber sido más de una persona. Puede que hubiera dos personas de fuerza similar y que cada una tirara de un brazo de la mujer muerta antes de detenerse. Vuelvo a preguntarme por el casco, a unos seis metros de distancia, echado en la hierba como una tortuga varada en la arena. ¿Alguien lo lanzó ahí? ¿Qué ha pasado con las zapatillas y la camiseta? ¿Y con las gafas de sol, la cadena, el pañuelo? Si los llevaba, ¿dónde están ahora?

Proyecto luz sobre la bicicleta mientras la rodeo lentamente. Busco daños en los neumáticos, el cuadro blanco con detalles azules, una raya de carreras, el asiento de gel. No detecto abolladuras ni raspones. Pero el soporte de plástico negro para teléfono sujeto al manillar está vacío. La abrazadera que habría sujetado un móvil se ha soltado. No hay ninguno a la vista, y vuelvo a tener la misma impresión, pero más intensa. Me vuelve como una punzada en el estómago, acompañada de una sensación de hundimiento, y respiro hondo y lentamente.

Intento controlar mis pensamientos sobre la mujer con la que me he cruzado hoy en dos ocasiones al tiempo que me preparo para una fatalidad que se abate sobre mí como un maremoto. La bicicleta me resulta definitivamente familiar. No tuve ocasión de estudiar en detalle el modelo, pero estoy segura de que tenía motivos azules sobre un cuadro de un color claro o blanco. Recuerdo fijarme en el azul, que era del mismo tono celeste que el del casco que llevaba puesto, y mi luz lo capta de nuevo en la hierba, cerca de un arce japonés.

—Esto es muy raro —le digo a Marino, y recuerdo la foto del carnet de conducir de Elisa Vandersteel—. El casco está a una distancia de seis metros del cuerpo. ¿Por qué?

—A lo mejor todo ocurrió cuando ella se resistía e intentaba huir de su agresor —propone, pero hasta ahora no veo ningún indicio que revele que luchara con nadie o saliera corriendo.

—O a lo mejor las hermanas lo tiraron ahí —apunto—. En ese caso, ¿por qué lo hicieron? Parece improbable que le quitaran la camiseta a la víctima, pero ¿dónde está? ¿Dónde están sus zapatillas?

No menciono el teléfono, el pañuelo, la cadena o las gafas de sol, porque ignoraría su existencia si nunca me hubiera cruzado con la joven de la bici. No estoy preparada para poner a Marino al corriente de todo. Si existe la más remota posibilidad de que me equivoque y no se trate de la misma mujer que he conocido, podría poner a Marino sobre una falsa pista. Podría perjudicar el caso en los tribunales. Sigo alumbrando la zona de la bicicleta y alrededor del cadáver y comento que no está muy alterada, salvo por las marcas de arrastre.

—De momento no he visto nada, ni siquiera sangre, que pueda indicar que hubo persecución o lucha —explico—. Pero lo que observo no tiene sentido, lo repito una vez más. Es caótico.

Entonces la luz de mi linterna pasa junto a lo que parecen dos hilos brillantes enroscados en el sendero a escasos centímetros el uno del otro.

Los filamentos tienen en torno a quince o diecisiete centímetros de largo, y entiendo que lo que hemos encontrado es una delicada cadena de oro, arrancada a la fuerza y hecha pedazos.

—Posiblemente es parte de un collar —le digo a Marino mientras echo un vistazo a la bicicleta volcada.

Está cerca, varios metros detrás de nosotros. Escudriño el sendero alrededor de la cadena rota, en busca del mínimo indicio de enfrentamiento, de forcejeo. Pero la superficie sin pavimentar está lisa e intacta, y todo indica que no ha ocurrido nada violento.

—Un collar que alguien arrancó, y no parece que lleve ahí mucho tiempo. —Marino deja un cono azul con el número 7 en el sitio para señalar la prueba—. Me pregunto si llevaba algo colgado, un medallón, una cruz o cualquier cosa que pareciera de valor. O, si no, puede que se lo llevaran de recuerdo.

—Posiblemente —respondo, y barro la zona en torno a los trozos de cadena en busca de un colgante, un anillo, un amuleto de la suerte, cualquier cosa que pueda pender de una cadena.

Una calavera, por ejemplo, como la que llevaba la ciclista. Era difícil no verla cuando nos cruzamos en la taquilla y después en la acera. Me fijé porque era una cadena con una calavera dorada, de fantasía. Recuerdo que, al marcharse, se la puso en la nuca, como para asegurarse de que el colgante de metal no interfiriese en su camino y rebotara contra sus dientes mientras pedaleaba, supongo.

Sondeo la hierba, pero no veo su camiseta, y recuerdo que era una camiseta de tirantes beis, un souvenir de la gira de Sara Bareilles de hace varios años, estoy casi segura. No veo nada parecido. En cambio, al final encuentro sus zapatillas desperdigadas, una aquí, la otra más lejos, unas Converse color hueso, con los cordones todavía atados en lazadas como si hubiera puesto pies en polvorosa, literalmente.

Puede que no esté segura de su nombre, pero me quedan pocas dudas de que se trata de la ciclista que he visto hoy, primero en el teatro y luego delante del Faculty Club. Intento mantener el control. No puedo dejar traslucir mis emociones, porque eso me delataría. No puedo dar muestras de que tengo una reacción personal mientras estoy trabajando en este caso. Pero a la vez que colocamos los conos, cogemos notas y sacamos fotos, tomo una decisión: ha llegado la hora de informar a Marino.

—No puedo probarlo, y no estoy segura de que tenga importancia, pero puede que haya visto a la víctima esta tarde —le digo.

Marino deja de caminar y me mira como si tuviera cinco cabezas.

—¡No me jodas! —exclama.

Le explico brevemente mi encuentro con la mujer en el American Repertory Theater y, más tarde, delante del Faculty Club.

—Benton y yo nos cruzamos con ella en la acera —explico—. Debían de ser las siete menos cuarto, más o menos, porque el sol se estaba poniendo. Pero aún no era de noche.

—Si es ella, eso significa que no llevaba muerta mucho tiempo cuando las chicas la encontraron —apunta Marino—. Recibimos la llamada del 911 sobre las siete y media.

—O sea, que lo que dijo Barclay no tiene lógica —añado—. Si cuando le tomó el pulso llevaba muerta menos de una hora, es imposible que el *rigor mortis* fuera completo; es más, debía de ser indiscernible en esa fase.

Vuelvo a mirar a las hermanas gemelas, y no dejan de mirar en derredor mientras Barclay les habla. Este detalle me hace pensar que no se encuentran tan cómodas con él como con Marino, es evidente. Desde que el detective está con ellas, se han transformado en un par de polluelos, con los ojos saltones, asustados y cansados.

Entreoigo la conversación. Barclay está diciéndoles algo a propósito de su madre. Las interroga de un modo que me hace sospechar que no es la primera vez que les saca el tema. Ellas niegan con la cabeza. Si hay un padre en el cuadro familiar, aún no he oído que lo mencionen.

—¿Suele acostarse tan temprano… a las ocho y media? —pregunta Barclay.

—Depende.

—A veces.

—Cuando no se encuentra bien.

—¿Esa es la razón por la que no contesta al teléfono…? —pregunta. No puedo distinguir cuál de las dos responde.

—No. No hay que despertarla cuando está durmiendo. Eso no le gusta.

—Cuando no se encuentra bien, eso no le gusta —repite la otra como un eco.

Intuyo que están acostumbradas a cuidar de su madre. Solo puedo captar fragmentos de la conversación, pero son suficientes para comprender que existe un problema. No me sorprendería que mamá estuviera divorciada y no respondiera al teléfono porque está borracha. Probablemente ni siquiera se ha enterado de que sus hijas no han vuelto a casa, y espero equivocarme. Desbloqueo el móvil y envío un mensaje a Harold:

«Voy».

Luego le digo a Marino:

—Creo que ya hemos visto suficiente por ahora. Permíteme comprobar que Rusty y Harold están de acuerdo con nosotros sobre el procedimiento. Vuelvo enseguida. Luego podemos ponernos los monos y, con un poco de suerte, encender las luces en cuestión de minutos.

Marino mira fijamente en dirección a la cinta de la escena en el bosque, que cubre la longitud aproximada de un campo de fútbol, detrás de la cual Rusty y Harold nos esperan. Luego observa a las gemelas, a unos quince metros de nosotros a la izquierda, en el límite exterior del claro cubierto de hierba, cerca de los árboles. Sus ojos se mueven inquietos mientras Barclay sigue diciendo cosas que no logro discernir.

—Me voy a dar una vuelta y hablar con ellas —me anuncia Marino.

—Nos vemos allí. —Miro a las gemelas, que nos están observando—. Sería muy útil que me explicaran con sus palabras qué estaban haciendo aquí. Eso es lo que me gustaría averiguar antes de nada si no tienes objeciones.

—Sí —conviene Marino—. Creo que ya sabemos que ocultan algo. Como por qué la muerta fue arrastrada, y por qué sus movidas están tiradas por todas partes o se han esfumado.

18

Rusty y Harold son *La extraña pareja* del CFC. Mis dos mejores técnicos de autopsias son tan diferentes entre sí que es un milagro que se lleven bien.

Rusty, con sus pantalones surferos y sus sudaderas con capucha, parece la reminiscencia de un hippy de la época dorada de la ropa teñida y de Woodstock, mientras que Harold es un antiguo soldado que terminó trabajando como director de una funeraria. Tiene el pelo ralo y entrecano, un bigote cuidado y siempre viste trajes clásicos de un solo botón en tonos negros y grises.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —Echo un vistazo a lo que tienen que montar sin más guía que las linternas—. ¿Podremos ponernos en marcha dentro de unos veinte minutos como máximo?

—Creo que sí —confirma Harold. Primero se agacha él, y luego Rusty. Sus linternas frontales alumbran los baúles de almacenamiento con rodillos abiertos y dispuestos a nuestro alrededor.

El interior contiene marcos de aluminio, paredes laterales negras recubiertas de poliuretano y una especie de toldo fabricado con poliéster negro ultrarresistente. En los carros siguen apilados los sacos de arena, las estacas, los maletines con el instrumental, las cajas de guantes y los fardos de ropa de protección desechable envueltos en plástico.

Todos los suministros adicionales que podamos necesitar, como agua y alimentos no perecederos tipo barritas de proteínas, se almacenan dentro del gran furgón. Pienso darme una vuelta por allí dentro de poco. Necesito beber algo y

alejarme del calor, aunque sea unos minutos. Y lo que es más importante, tengo que llamar a Lucy, y no me apetece que nadie oiga nuestra conversación. Voy a pedirle que se informe sobre una mujer joven, de veintitrés años, llamada Elisa Vandersteel, en cuyo carnet de conducir figura una dirección de Londres. Quiero ver si Lucy puede averiguar algo sobre ella, y no tenemos tiempo que perder.

Poco importa que su identidad no se haya comprobado todavía. De momento, y visto lo visto, su confirmación será poco más que una formalidad. El resto de la historia es un misterio desconcertante, al igual que otros sucesos inquietantes que continúan desarrollándose. Debemos aferrarnos a cualquier línea de investigación que pueda ser útil.

¿Quién era Elisa Vandersteel? ¿Por qué motivo estaba en Estados Unidos? ¿Qué hacía en Cambridge? ¿Tenía por costumbre pasear en bicicleta por el río al atardecer? Si lo hacía de forma habitual, un acosador u otra persona peligrosa podría saberlo.

—Siento ocasionarte tantos inconvenientes —le explico—, pero de lo que realmente debemos preocuparnos es de lo que hay ahí arriba, y no me refiero a Dios. —Señalo hacia arriba, hacia el puente, los edificios circundantes y los helicópteros de las cadenas de noticias que aparecerán en cuanto se corra la voz —. Estamos expuestos bajo todos los ángulos, incluso desde arriba.

—Por eso nos pagan un sueldazo —dice Rusty, como de costumbre.

—¿Sabes la causa de la muerte? —pregunta Harold.

—No la he examinado todavía porque no quiero acercarme tanto hasta que tengamos la privacidad y la iluminación adecuadas. Por lo que he visto a distancia, hay signos de traumatismo. Parece que desplazaron y reposicionaron el cuerpo.

—Pues eso bueno no es —observa Harold—. ¿Estás segura de

que han manipulado la escena del crimen?

—Hay marcas de arrastre.

—¡Mierda! —exclama Rusty—. ¿Y la encontraron dos chiquillas?

—Y quién sabe lo que hicieron antes de que llegara la policía —añade Harold sombríamente.

—Algunas de sus pertenencias también parecen estar en paradero desconocido. Otras están esparcidas, y es posible que rompieran un collar y falta el colgante. —No menciono la calavera dorada.

Me niego a orientar la búsqueda y no dejo de recordarme a mí misma que he de tener cuidado con lo que digo para no influir en la investigación, todo por una teoría personal que podría basarse en una experiencia que quizá solo sea pura coincidencia, sin más. ¿Y qué importancia tiene si me crucé con Elisa Vandersteel, si eso resulta ser la verdad indiscutible? ¿Qué tendría eso que ver con su muerte o con lo que podamos encontrar aquí?

Sin embargo, por más que intento convencerme de que mis encuentros fortuitos con la joven ciclista son irrelevantes, sé que no es así. En todo caso, que el tribunal se entere de que la conocí poco antes de que la asesinaran nos hará un flaco favor. Este hecho no dará más solidez al caso, todo lo contrario. La defensa lo usará en mi contra. Me acusarán de no ser objetiva, de que el haberme cruzado con la víctima en el camino, no una, sino dos veces, poco antes de su muerte, seguramente me ha distraído e influido.

—Se la arrancaron por la fuerza —supone Harold refiriéndose a la cadena rota que yo he mencionado.

—Suponiendo que la joya sea suya, y eso es lo que parece —respondo.

—Parece que hubo un forcejeo violento y el agresor intentó modificar la escena *a posteriori* —sugiere, y sus luces me ciegan cuando se vuelven hacia mí.

—Hubo violencia —señalo—, pero no puedo decir si se produjo lucha porque aún no dispongo de suficiente información. En cuanto tengamos el recinto levantado, sabré mucho más.

—Hemos hablado sobre cuál es la mejor manera de proceder. Pensamos que querrías la tienda cubierta con un dosel; es lo que le hemos recomendado a Marino. —Harold siempre se expresa con una voz un poco untuosa, como si recibiera a la gente en la puerta de una capilla o les diera una vuelta por una sala de exposición de féretros o un velatorio—. Conocemos la zona, por supuesto, pero de todas formas hemos traído un mapa.

Levanto la vista hacia la planta superior de la residencia de estudiantes Eliot House y entreveo a varias personas detrás de las ventanas iluminadas. Escudriño el puente, por el que el flujo de coches es constante en ambas direcciones. El aluminio traquetea, y oigo un ajetreo de bolsas arrastradas por el suelo.

—¿Vas a practicarle la autopsia esta noche? —pregunta Rusty.

—En circunstancias normales esperaría hasta mañana por la mañana. Pero esto no es normal —respondo.

—En ese caso, me pregunto si no deberíamos llamar a Anne. —Saca otro marco, ligero pero voluminoso, y su faro parece el ojo llameante de un cíclope—. En caso afirmativo, tendría que salir hacia el CFC ahora mismo, por eso lo digo.

El andamiaje de tiendas que se levanta a nuestro alrededor recuerda a un Stonehenge enloquecido, formado por tubos plateados.

—Conseguiré una furgoneta para transportarla cuando llegue el momento —dice Rusty refiriéndose al cadáver.

—¿Cómo piensas apañártelas? —pregunto—. Quiero decir, sin pasar por el centro de la escena.

—Creo que nos acercaremos todo lo posible, sin alterar nada —aclara Rusty—. Entonces, cuando estés preparada y nos des luz verde, la enrollaremos en una bolsa con un precinto de pruebas. Y eso es lo único que podrán captar con la cámara, el

típico cuerpo embolsado en una camilla. Creo que la tendremos en la zona de recepción sobre las nueve de la noche si todo va bien.

Los dos se miran y asienten.

—Voy a avisar a Anne —propone Harold.

Anne es la radióloga forense jefe del CFC. La víctima debe pasar por el escáner de tomografía lo antes posible. Le respondo que sí, que Anne tiene que ponerse en marcha si puede. Sería prudente movilizarse ahora, no puedo estar más de acuerdo.

—Estás pensando que la asesinaron —dice Rusty.

—Todavía no sé lo que pienso.

—Voy a hacer de abogado del diablo —añade—: me pregunto si no podría ser una muerte por exposición al calor. En plan, va en bici, se encuentra mal, sufre un accidente y se golpea la cabeza. Últimamente hemos tenido muchas muertes relacionadas con el calor, y muchas de ellas son la mar de extrañas.

—Un accidente de bicicleta no explicaría por qué sus pertenencias están esparcidas por todas partes —añade Harold pensativo.

—Depende de quién pudiera tocar sus cosas y cuándo lo hiciera —discrepa Rusty—. Ya sabes, si apareció alguien que empezó a saquear cuanto pudo. Como en los accidentes de avionetas. Si no llegas rápido, la gente lo roba todo.

—Pero no aquí. Eso no pasaría aquí —dice Harold con su tono serio.

—Se roba en todas partes. —Rusty desenrolla otra sección de revestimiento de poliuretano negro.

Les cuento más cosas sobre las gemelas que han descubierto el cuerpo y que no podemos estar seguros de qué hicieron o dejaron de hacer. Los niños no siempre entienden las consecuencias de sus actos. Rusty habla arrastrando las palabras, con esa lentitud suya tan afable. El pañuelo que cubre su larga cabellera desgreñada atenúa la luz de su linterna frontal.

—Mueven una cosa, cogen otra. Al principio no son

conscientes de sus actos. —Encaja el marco de un ancho panel —. Luego puede que se asusten y mienten por miedo a meterse en un lío.

—Armaremos el montaje de los componentes aquí, fuera del camino —me dice Harold mientras examino los carros en busca de lo que necesito ahora mismo—. Luego terminaremos el montaje final en la zona objetivo cuando estéis listos y creáis que es seguro trabajar allí.

—Delimitaremos el perímetro, y podréis montar la tienda justo encima de la bicicleta y el cuerpo. —Añado que Marino utilizará pintura en aerosol para marcar claramente los límites para la tienda, una zona segura para depositar algo.

Me quito los guantes que me vienen grandes y los enormes cubrezapatos provistos de gomas elásticas. Los meto en una bolsa de basura roja brillante reservada para residuos biológicos peligrosos.

Selecciono mi equipo y recupero un maletín con el instrumental, que es básicamente una gran caja de herramientas de plástico resistente. Cojo una caja de guantes de nitrilo violetas de talla pequeña, varios pares de cubrezapatos con suela antideslizante y paquetes con monos con capucha. Dejo a Rusty y a Harold con su proyecto de construcción y sigo el camino para volver al claro.

Dirijo la linterna hacia abajo y ligeramente hacia delante, con cuidado de no pisar ninguna posible prueba, aunque Marino y yo ya hemos recorrido esta zona. Nunca dejo de mirar hacia abajo y alrededor, porque es muy posible pasar varias veces por delante de algo sin percatarte. De momento no he visto nada, salvo los efectos personales de la víctima, que ya hemos marcado con conos. El parque está limpio. Cualquier resto de basura que veo parece llevar aquí mucho tiempo.

Oigo mi respiración, el sonido de mis pasos en el sendero

arenoso, luego el crujido al caminar por la hierba. Oigo el ajetreo constante del tráfico en el puente, el estruendo de los camiones y los coches, el quejido de una motocicleta en John F. Kennedy Street. El aire es caliente y pesado. No se mueve. Aminoro el paso cuando una silueta se materializa en las sombras un poco más lejos y avanza a grandes zancadas hacia mí. La agente que he visto antes se acerca con determinación.

—¿Doctora Scarpetta? —me pregunta nerviosa, casi sin aliento, y se para a varios metros de mí, dirigiendo su linterna al suelo—. ¿Alguna vez le ha pasado que encuentra algo cuando o lo está buscando? —La placa de acero brillante que lleva prendida en la camisa de su uniforme azul oscuro de manga corta reza N. E. FLANDERS.

—Ocurre todo el tiempo —respondo—. ¿Qué ha encontrado?

—Venía a ver cómo estaban sus muchachos, si necesitaban algo. —Mira fijamente en dirección de Rusty y Harold—. Y he reparado en una cosa. Probablemente no sea nada, pero es un poco extraño. Creo que alguien ha vomitado en aquellos arbustos. Estoy casi segura de que es reciente. —Se vuelve y señala una zona detrás de ella—. En el bosque, justo al lado del sendero y no muy lejos de la bicicleta y el cadáver.

—El detective Barclay mencionó que una de las chicas se encontraba mal —respondo, y tengo la sensación de que la agente Flanders no sabe nada de esto porque Barclay no se ha molestado en compartir la información—. Me dijo que cuando llegó vio a una de las chicas saliendo de los arbustos y que tenía pinta de haber vomitado.

—Alguien vomitó seguro.

—Miraré de buen grado si eso es lo que me está pidiendo. Iba hacia allí.

—¿De qué plazo de tiempo disponemos para poder encender algunas luces?

Le digo que no tardarán mucho en montar la tienda. Después de eso llevaré el cadáver a mi oficina lo más rápido que pueda.

—Si no le importa que se lo diga, no me parece bien dejarla ahí tirada en medio de todo.

—Le haría un flaco favor si comprometemos las pruebas de alguna manera —respondo.

—¿No podemos ponerle nada encima? ¿Una sábana o algo similar?

—Me temo que no. No puedo arriesgarme a desplazar pruebas o perderlas, especialmente rastros. Si la cubro antes de repasarla cuidadosamente con lupa, no sabré si estoy alterando algo.

—Bueno, si la víctima lleva aquí un buen rato de todos modos, supongo que esperar media hora más no va a cambiar nada —decide la agente Flanders.

—¿Qué le hace pensar que ha estado aquí un buen rato?

—Bueno, eso es lo que piensa Barclay.

—Sería mejor que no diéramos pábulo a los rumores —respondo, e ilumina mis pertrechos con su linterna.

—¿Puedo ayudarla en algo? Hace demasiado calor para arrastrar algo pesado.

—Estoy bien. Y si alguno de ustedes necesita agua o alejarse del calor, tenemos un furgón.

—Mientras no haya nada muerto ahí dentro… —bromea.

—Le alegrará saber que no transportamos cadáveres en el mismo tráiler donde descansamos, bebemos, comemos y trabajamos. Dentro de poco llegará una furgoneta para trasladar el cuerpo —le explico.

La agente Flanders tiene una cara ancha que no es ni bonita ni exenta de atractivo. Es lo que mi madre solía llamar «sencilla», y con esta descripción se refería a una chica del montón que era mucho peor que ser fea. Así lo decía ella, y su explicación para tan vil afirmación no podría haber sido más lógica. Al menos en su limitada forma de pensar, y también en la de Dorothy, porque ambas comparten el mismo punto de vista. Las chicas guapas no se esfuerzan porque no lo necesitan. Las feas se esfuerzan más por razones obvias.

Quedan las chicas sencillas, que suelen ser sinónimo de chicas listas, que necesitan esforzarse, pero no saben hacerlo o no se toman la molestia. Así que las chicas sencillas tienen la distinción de ser las primeras y las últimas en las categorías de logros y atractivo, respectivamente. Es como la fábula de *La liebre y la tortuga* en la extraña versión de mi madre, supongo, salvo que no hay moraleja y en realidad nadie sale ganando.

N. E. Flanders es la clase de mujer sencilla a la que Dorothy no dedicaría ni una sola palabra amable. Calculo que la agente debe de tener cumplida la cuarentena y tiene una figura achaparrada y el talle corto, al que no favorecen el grueso cinturón reglamentario de cuero negro y los pantalones de tiro bajo. Lleva el cabello negro recogido detrás de las orejas al estilo paje y una camiseta blanca asoma por el cuello abierto de la camisa de su uniforme.

—Venga, que se lo enseño. —Me hace señas para que la siga —. Es un trapo, un paño, una toalla, no lo sé. Pero tiene vómito encima, por lo que he podido distinguir. Quiero decir que solo me he acercado a unos metros, y no he tocado nada, por supuesto.

Iluminamos el camino mientras avanzamos rodeando la bicicleta y nos paramos en el linde del bosque, entre el sendero y el río. Reconozco el grupo de arbustos de rododendro que Barclay me indicó antes, y en el tiempo que la agente Flanders sondea las oscuras y densas sombras con su linterna, huelo la prueba antes de verla.

—Es ahí —señala con el haz de luz lo que parece una tela enrollada enganchada en unas ramas cerca del suelo, como si alguien la hubiera hundido en ese sitio.

Dejo el maletín con el instrumental y, al inclinarme y alumbrar con mi linterna, comprendo que lo que la agente ha descubierto no es un trapo ni una toalla. Es una camiseta, de color crudo, posiblemente beis, y puedo distinguir parte de una

fecha, una imagen parcial de un rostro serigrafiado. Recuerdo que la mujer de la bicicleta llevaba una camiseta de tirantes beis del concierto de Sara Bareilles.

—Supongo que no se han tomado fotografías de esto. —Desabrocho los cierres de mi maletín.

—No. Lo único que he hecho ha sido enfocarlo con mi linterna. Y entonces la vi a usted que se acercaba.

—Tenemos que traer a Marino. —Hago equilibrios sobre una pierna primero y luego sobre la otra para calzarme los cubrezapatos con suela antideslizante encima de los zapatos, que aún noto húmedos y pegajosos contra la piel desnuda de mis pies.

Me enfundo un par de guantes, esta vez pequeños, de mi talla. Abro una bolsa de plástico transparente para pruebas y a continuación saco un par de pinzas estériles desechables. Explico que por lo general no guardo nada en plástico a menos que esté completamente seco. La sangre y otros fluidos corporales, incluido el vómito, se degradarán y se pudrirán a medida que proliferen las bacterias y los hongos, y cualquier prueba como el ADN se echará a perder.

Estoy explicándole esto a la agente Flanders cuando oigo a Marino antes de verlo. Sus grandes pies cubiertos con las fundas protectoras se acercan por el sendero.

—¿Qué hay? —Su voz retumba en la oscuridad, y le enseño lo que hemos encontrado—. ¿Qué te hace pensar que es suya? —Se dirige a mí, y me alivia que no haga alusión a lo que le he contado hace un momento.

No me pregunta si la camiseta me resulta familiar. No viene directamente a interrogarme sobre lo que recuerdo del aspecto o la vestimenta de la ciclista las dos veces que me la he cruzado hoy.

—Es una camiseta y está mojada, en apariencia cubierta de vómito —le digo—. Todo indica que es reciente, porque nada seguiría mojado durante mucho tiempo aquí fuera.

Mientras saca fotografías, le explico que la camiseta está hecha un asco y que más vale meterla en una bolsa de plástico que en una de papel, pero solo de forma temporal. Haré que el furgón del CFC entregue las pruebas directamente a mi oficina. Me aseguraré de que todo se conserve en buen estado. Recuperaremos cualquier prueba de la camiseta y la colgaremos en un armario de secado; detallo exactamente cómo vamos a proceder. Luego me tapo la nariz y la boca con una mascarilla quirúrgica.

—¿Qué tal si va donde las dos chicas y se queda con ellas? —le propone Marino a la agente Flanders—. No deje que nadie se acerque a ellas y les haga preguntas. Quédese con ellas, y la doctora y yo iremos enseguida.

La agente se marcha y yo le doy una mascarilla a Marino. Se la pone y saca más fotos.

—Mierda —se queja, y la maleza cruje y chasquea bajo sus pies mientras se mueve—. Hay cosas a las que nunca te acostumbras. ¡Maldita sea!

—¿Estás bien?

—Es como cuando un niño vomita en el autobús: que todos vomitan después.

—Que no se te ocurra, a menos que lo hagas dentro de una bolsa. ¿Quieres una?

—No, coño. He estado rodeado de mierdas peores que esta.

Le entrego el par de pinzas desechables y él las usa para apresar la camiseta y extraerla del arbusto de rododendro. La mete en la bolsa de plástico transparente que le sostengo abierta, y puedo distinguir que la camiseta es de un concierto de Sara Bareilles y que está deteriorada. La tela de algodón tiene desgarrones, pero no veo sangre. Si la víctima llevaba la camiseta cuando la atacaron o la hirieron, debería estar manchada de sangre.

Marino y yo discutimos este detalle brevemente porque carece de sentido.

—No entiendo cómo le sacaron la camiseta. —Marino sigue hurgando entre los arbustos—. ¿Y no está manchada de sangre?

—Necesito examinarla con cuidado y no pienso hacerlo aquí afuera.

—A menos que sea cosa de las chicas. A lo mejor se la quitaron porque la querían para ellas.

—Entonces ¿por qué tiene desgarrones? ¿Por qué está deteriorada? —Pellizco la bolsa con la punta de los dedos para cerrarla.

—¿Cómo sabemos si no estaba desgarrada de antes? —pregunta Marino.

No recuerdo que la camiseta de la ciclista estuviera rota. Pero no me fijé bien. En aquel momento no tenía motivos para anotar mentalmente todos los detalles, como si estuviera rellenando un informe de investigación por adelantado.

—Eso lo averiguaremos cuando la llevemos al laboratorio —respondo—. Pero lo que puedo decirte con certeza ahora mismo es que hay múltiples desgarrones en la camiseta y está cubierta de vómito.

—Entonces ¿qué? ¿Cómo fue a parar a los arbustos? Porque no vino hasta aquí sola. Y hay muchas hojas muertas y tierra removidas aquí atrás.

Mira en dirección a las hermanas gemelas. Veo la espalda de la agente Flanders y la luz en movimiento de su linterna cuando está muy cerca de ellas.

—Venga. —Marino sale de los arbustos y viene hasta la franja de hierba—. Vamos a averiguar qué demonios han hecho.

19

Me presento como Kay Scarpetta, lo que no significa nada para ellas.

No digo que soy médico, ni fulana ni mengana. Puede que piensen que soy policía. O que trabajo en servicios sociales. Supongo que podría pasar por la novia de Marino. No puedo saber qué piensan de mí las gemelas, ni qué suposiciones harán sobre mis motivos para presentarme a charlar con ellas a propósito de un cadáver con el que se han tropezado por casualidad.

—¿Cómo lo lleváis, chicas? —Deposito mi maletín en el suelo y sonrío.

—Bien.

Están sonrojadas y cansadas, pero por lo que tengo entendido han rechazado todas las ofertas de sentarse en el interior de un coche con aire acondicionado. Se contentan con estar fuera, en una noche oscura y calurosa, y se me pasa por la cabeza que tal vez anhelen un poco de atención. No me extrañaría que pasaran mucho tiempo sufriendo acoso o siendo ignoradas, además de soportar su buena ración de marginación y maltrato.

—Le gustaría preguntaros un par de cosas —les dice Marino señalándome—. Luego os llevaremos a algún sitio donde podáis refrescaros, beber algo rico y comer un tentempié. ¿Os gustaría ver cómo es un departamento de policía de verdad?

—Vale —responde una de ellas.

—¿Dónde están las cámaras de televisión? —pregunta la otra —. ¿Cómo es que esto no sale en las noticias? ¡Tendría que salir en las noticias!

—No queremos cámaras de televisión ni periodistas ahora

mismo —responde Marino.

—Pero ¿por qué no vienen?

—Porque yo estoy al mando —dice Marino con rotundidad—. ¿Esa agente tan amable con la que estabais hace unos minutos? Es la agente Flanders, va a llevaros a mi oficina en su coche de policía.

—¿Nos hemos metido en problemas?

—¿Por qué ibais a haberos metido en problemas? —pregunta Marino.

—Porque ha muerto alguien.

—Porque alguien ha hecho algo malo.

Mientras caminábamos hacia aquí, Marino me ha informado de que las niñas tienen catorce años. Se llaman Anya y Enya Rummage, que significa «revoltillo». Que Dios las ayude, no puedo evitar pensar. Menudo apellido desafortunado para unas gemelas idénticas. Como si no se burlaran de ellas lo suficiente, imagino. Les dirijo otra mirada tranquilizadora y comprensiva, como si todos estuviéramos juntos en este lío y en este calor insoportable, lo cual, por supuesto, no podría estar más lejos de la realidad.

—Me pregunto dónde estabais exactamente cuando visteis el cuerpo —les digo como si estuviera perpleja y necesitara su ayuda.

—Allí —señala Anya, la de rosa, hacia unos árboles más alejados, detrás de nosotros, donde Rusty y Harold están montando el andamiaje de la tienda.

—Así que ibais caminando por el bosque, siguiendo el sendero hacia el claro —prosigo.

—Sí, y vimos la bici en el suelo.

—Luego la vimos a ella.

—Cuando entrabais al parque desde John F. Kennedy Street, ¿visteis a alguien? ¿Oísteis algo? Me pregunto cuánto tiempo podía llevar aquí cuando la encontrasteis.

Las gemelas dicen que no oyeron ni vieron nada raro mientras

atajaban por el parque. No oyeron a nadie hablando y, desde luego, no escucharon gritos ni a nadie pidiendo ayuda. Mientras ambas siguen relatando los acontecimientos, me las imagino caminando por el sendero deportivo que Marino y yo hemos recorrido hace un rato.

Cuando llegaron al claro vieron lo que al principio supusieron que era un accidente de bicicleta. Para entonces ya había oscurecido casi por completo y no había nadie más por la zona. El parque estaba vacío hasta donde ellas podían ver, quitando los «animales», continúan diciendo. Una ardilla, quizá un ciervo, me dicen. Les pregunto qué hora era cuando descubrieron la bicicleta y el cuerpo de la mujer. Niegan con la cabeza. No lo saben.

—¿Luego qué hicisteis? ¿Creéis que podéis describirme exactamente lo que pasó después? —pregunto, y ambas miran a Marino en busca de aprobación. Él asiente—. ¿Os acercasteis mucho a ella? —inquiero.

—Decídselo. No pasa nada —las tranquiliza Marino—. Es médico y está intentando ayudar.

Pero decir eso no es lo más adecuado. Las gemelas miran en dirección al cadáver como si todavía no fuera demasiado tarde para la intervención de un médico.

—Soy médica y trabajo con la policía —les explico sin utilizar ninguna de las palabras de moda como «prosectora», «médica forense» o «patóloga forense»—. Tenemos que averiguar qué pudo pasarle a la persona que habéis descubierto. Mi trabajo es averiguar cómo se hirió y murió.

—A lo mejor se le averió la bici —dice Enya, la de amarillo—. O a lo mejor alguien se le echó encima porque ella no veía muy bien. Si no puedes ver, vas despacio, ¿no? Y luego hay algún malo que te espera para pillarte.

—Estaba muy oscuro —dice la otra hermana.

—¿Demasiado oscuro para ir en bicicleta por el parque? —les digo siguiéndoles la corriente, y ellas asienten.

—Pero entonces ¿por qué decidisteis pasar por aquí? —pregunta Marino—. ¿No teníais miedo de que estuviera oscuro?

—No, porque lo hacemos siempre.

—Siempre, no —discrepa Anya, la de rosa—. Normalmente no venimos después de que anochezca, pero tardaron mucho en hacernos la pizza.

—Porque añadiste salchicha. Aunque yo no la quería con salchicha.

—¿Y qué pasa si la quería así?

—Llegasteis al parque y estaba oscuro. ¿Y no os dio miedo caminar solas por aquí? —pregunta Marino, y ellas niegan con la cabeza.

—Tenemos cuidado con los coches. Y en el parque no hay coches. A mamá no le gusta que nos acerquemos a los coches.

—Pero si llueve no pasamos por aquí.

—Solo pasamos por aquí a veces. En invierno o cuando hace mucho frío cerca del río, no venimos.

—Sobre todo cuando hace calor.

—Mamá nos da dinero para comida cuando no se encuentra bien.

—Hoy no se encuentra bien.

—Está muy cansada.

—Está durmiendo y no quiere levantarse.

Paso de una cara a otra, de Anya a Enya. O quizá de Enya a Anya. Las dos llevan pantalones cortos elásticos con cordones en la cintura y camisetas con dobladillo de tulipán. Mientras sigo interrogándolas, me cuentan la misma historia que Barclay me ha contado. Se acercaron al cuerpo, pero no lo tocaron, y sus ojos saltan de un lado a otro mientras lo describen. Cuando les pregunto cuánto tiempo esperaron para llamar a la policía de Cambridge, no responde ninguna de las dos y tampoco me miran.

Le pregunto a Enya, la de amarillo, si es ella quien hizo la llamada, y niega con la cabeza.

—¿Y tú? —le pregunto a Anya, la de rosa.

—No. —Sacude la cabeza enérgicamente, y ahora las dos me clavan su mirada.

—¿Y si me dejáis echarles un vistazo a vuestros teléfonos? —pregunta Marino—. Apuesto a que una o las dos tiene teléfono, ¿verdad? —Las chicas indican que no—. ¿Así que ninguna de las dos llamó a la policía? —pregunta Marino—. Vamos. Alguien tuvo que hacerlo, ¿no? ¿Cómo íbamos a enterarnos si no nos llamasteis?

—Yo no llamé a la policía —dice Enya lentamente con su tono romo.

Mientras ambas siguen afirmando lo que parece una mentira descarada, tengo la ligera sospecha de que no lo es. Me hago una idea de lo que podría haber pasado.

Sabemos que la policía de Cambridge recibió una llamada al 911 para avisar de que una persona yacía en el parque, y eso indicaría que las chicas tuvieron acceso a un teléfono. Pero si literalmente no son propietarias del teléfono en cuestión, podría inferirse que utilizaron uno que pertenece a otra persona.

Añado a esto mi observación anterior, cuando eché un vistazo a la bicicleta tirada en el sendero. El soporte del teléfono en el manillar estaba vacío. Si la mujer que vi antes era Elisa Vandersteel, como sospecho, yo vi cómo colocaba su iPhone en el soporte antes de cruzar Quincy Street y adentrarse en el Yard. Entonces ¿qué le pasó a su teléfono después? Puede que lo sepa y, si estoy en lo cierto, podría explicar por qué Anya y Enya juran que ellas no tienen teléfono.

Puede que no tengan, al menos no uno propio. Afirman que no llamaron a la policía, y es muy posible que no pudieran hacerlo. No, si el teléfono no les pertenecía literalmente; no, si estaba bloqueado y no conocían la contraseña. No pudieron llamar al departamento de policía de Cambridge. Ni siquiera pudieron

llamar al 911 sin saltarse la pantalla bloqueada, y dudo que supieran cómo hacerlo en caso de emergencia a menos que alguien se lo hubiera enseñado.

Le propongo esta teoría a Enya, la de amarillo. Le pregunto si sabe lo que es un iPhone, y lo sabe. Al parecer, su madre tiene uno, y sí, entiende lo de deslizar la pantalla bloqueada hacia la derecha, hasta el teclado con la contraseña. En la parte inferior izquierda figura la palabra «emergencia». Lo único que tienes que hacer es tocarlo y te aparece un teclado de marcación que te permite introducir el número de emergencia de tres cifras de tu país, que en este caso es el 911.

Así que ni Enya ni Anya marcaron el número general del departamento de policía de Cambridge. Una de las hermanas apretó emergencia y luego introdujo 911, pulsando después enviar. Literalmente, eso es lo que Anya, la de rosa —no Enya, la de amarillo—, reconoce que hizo.

—¿Cómo sabías hacer eso? —Marino finge estar impresionado.

—Nos lo enseñó mamá —dicen al unísono.

—¿Os enseñó a usar su teléfono en caso de que tuvierais una emergencia? —sugiero, y las niñas asienten.

—Por si necesitamos llamar a una ambulancia —añade Anya.

—¿Eso es lo que pensabais que estabais llamando? ¿Creíais que estabais pidiendo una ambulancia? —pregunto, y confirman que esa era su intención.

—Entonces no pensabais llamar a la policía —retoma Marino donde yo lo dejo—. No sabíais que la policía vendría si pedíais ayuda. No era eso lo que estabais pidiendo.

Nos confirman que no pretendían llamar a la policía y que nunca tuvieron intención de que viniera. Nos dicen que querían ayudar a la mujer en el suelo y que la policía no ayuda a nadie. A la policía es a quien llamas cuando quieres meter a alguien en un lío.

—Cuando alguien es malo —dice Anya—, y tienes que

encerrarlo en la cárcel.

Sin tener que decirlo, Marino y yo nos damos cuenta de que las chicas no nos estaban engañando deliberadamente a propósito del teléfono y de a quién llamaron o no. Está claro que su comprensión tiene limitaciones, y no es lo mismo una emergencia que un crimen. Lo primero precisa médicos. Lo segundo, la policía. Lo que podría sugerir que, al principio, las hermanas no estaban seguras de que la víctima estuviera muerta, y no daban por hecho que la hubieran atacado. Lo primero que pensaron es que había tenido un accidente y su reacción fue buscar ayuda médica, que es exactamente lo que su madre les ha enseñado a hacer, según parece.

—No estabais pidiendo que viniera la policía —se cerciora Marino—. Querías una ambulancia.

—Sí.

—¿Creías que estaba viva? —Marino seguirá preguntando hasta obtener una respuesta satisfactoria.

—No se movía.

—Y olía mal. —Anya la de rosa arruga la nariz.

—¿Puedes describirlo? —le pregunto.

—Olía como el secador de mamá cuando no funciona.

—¿Notaste un olor que te recordó al secador de tu madre? —Intento descifrar lo que quiere decir, fingiendo que es la primera vez que oigo hablar de ese olor extraño.

No voy a decir que Barclay me ha dicho algo parecido.

—Hace mucho calor —se queja Enya.

—¿Un olor eléctrico? —sugiero mientras pienso en la farola rota.

—Si hubierais creído que alguien le había hecho algo malo, ¿habríais llamado a la policía? —pregunta Marino.

Tras una pausa las chicas menean la cabeza al unísono. Se encogen de hombros y dicen que no lo saben. Luego Marino señala hacia el claro y les pide que recuerden su impresión inicial, cuando vieron la bicicleta y a la mujer en el suelo. Ellas

insisten en que al principio pensaron que había sufrido un accidente.

—Queríais ayudarla —dice Marino, y ellas asienten—. Visteis que estaba herida. —Asienten de nuevo.

—No queríamos que se hiciera más daño.

—Como que otra bici pudiera atropellarla —dice Anya, la de rosa. Se complementan como la seda.

—Ese es el peligro cuando alguien cae en medio del sendero, ¿verdad? —Marino no pierde comba—. ¿Tal vez la movisteis un poco del sendero? ¿Para que nadie la atropellara? —pregunta, y las niñas asienten.

Tan sencillo como eso.

—¿Qué hizo que te encontraras mal? —pregunta Marino a cualquiera de las dos, puesto que no sabemos quién hizo qué.

—La barriga —dice Enya.

—¿Y la camiseta con la que te limpiaste? —se aventura Marino con audacia—. ¿La llevaba puesta cuando la viste por primera vez? —Da por supuesto que las chicas le quitaron la camiseta, pero ellas niegan con la cabeza y no parecen inmutarse.

Han dejado de mostrarse asustadizas o descontentas.

—Estaba en los arbustos donde había esa cosa. Me asusté y me entraron ganas de vomitar —señala Anya.

—Mmm. —Marino frunce el ceño—. Me pregunto si son los mismos arbustos donde acabamos de encontrar la camiseta.

—Lo único que hice fue ir a ver lo que era. Y entonces me di cuenta de que había algo. —Sus ojos se abren mucho detrás de sus gafas—. Intentó darme una patada y grité.

—¿Quién crees que fue? —pregunta Marino como si el comentario de la chica fuera normal.

—Pudo ser un ciervo.

—Y a lo mejor ella también lo oyó mientras pasaba y se asustó. Y por eso se estrelló.

—¿Realmente viste un ciervo? —pregunto.

—Lo oí —dice Anya alborozada—. Lo oí huir.

—¿Y tú? —le pregunta Marino a Enya.

—¡Yo también lo oí! —exclama Enya como hacen los niños cuando comprenden que todo el mundo está entusiasmado con la historia que están contando—. Lo oí huir en la oscuridad y luego llegó el policía.

—A ver si lo he entendido bien —dice Marino—. Oíste algo que salió corriendo de los arbustos, y entonces el detective Barclay apareció. ¿Tienes idea de cuántos minutos pasaron entre que oíste el ruido en los arbustos y la llegada del detective?

—Un minuto —responde Enya.

—No lo sé —mete baza Anya.

—¿Un minuto y no lo sé? —Marino las mira a ambas—. ¿En qué quedamos?

—A lo mejor más de un minuto. No lo sé.

—Me asusté y entonces él vino hacia nosotras. ¿Estamos en un lío? —Enya parece vacilante de nuevo.

—¿Por qué ibais a estar en un lío? —pregunta Marino.

—No lo sé.

—Mmm. —Marino guarda silencio y finge que está pensando en algo desagradable—. Esperad un momento. ¿Acaso habéis hecho algo que yo no sepa? ¿Algo que os preocupe que pueda meteros en un lío?

Técnicamente, la respuesta es afirmativa. Al parecer, habrían alterado la escena de un crimen y puede que intentaran huir con un teléfono caro sustraído a una persona muerta. Incluso si lo cogieron prestado en un principio, todo apuntaría a que su intención era conservarlo, a menos que exista una explicación mejor de lo sucedido con el teléfono. Pero creo que no me equivoco si digo que no tendrán que rendir cuentas ni son responsables por ello. No estoy seguro de que lo sepan.

Entonces, como si Enya pudiera leerme la mente, coge su mochila, que está en la hierba junto a sus pies. Es rosa con corazoncitos, como la de su hermana. Enya rebusca en un

bolsillo delantero y saca un iPhone con funda azul celeste, como la que vi en el soporte del manillar de la ciclista.

Marino no toca el teléfono. No se muestra sorprendido ni, desde luego, suspicaz o crítico. Abre una bolsa de pruebas de papel marrón y la pone delante de Enya. Le indica que deje caer el teléfono en su interior.

—Bueno, pues esto sí que nos resulta útil —les dice a las dos niñas, y me imagino el enconado resentimiento de Barclay cuando se entere de lo que acaba de conseguir Marino—. ¿Sabéis lo que no me explico? —Las mira a las dos.

—¿Qué?

—Cómo os hicisteis con esto. ¿Cómo lo conseguisteis?

Anya, la de rosa, admite con una pizca de orgullo que vio el teléfono «en los manillares» y lo «tomó prestado».

—Fue una idea muy inteligente tomar prestado el teléfono para pedir ayuda —dice Marino, y se las ve satisfechas.

Quiere saber si no les importa que eche un vistazo a lo que hay dentro de sus mochilas. Tal vez tengan algo más que pueda ser útil.

—Vale —dice Enya, y lo coge de la mano.

La aprieta contra su rostro como si lo quisiera.

20

En los últimos cuarenta minutos he transitado dos veces el claro a solas, siguiendo el sendero hasta la linde del parque, donde un generador diésel auxiliar zumba en la oscuridad.

Me siento más frustrada a cada minuto que pasa. Esperaba estar de vuelta en mi oficina antes, y lo cierto es que apenas he empezado. El cuerpo debería estar en el escáner de tomografía. Yo debería estar preparando mi puesto de trabajo para la autopsia.

Ya debería tener una buena idea de lo que le ha pasado a la víctima, y no la tengo. Por no mencionar que la hipervigilancia es agotadora. Cuando tienes que pensar en todo lo que haces y lo que dices, y vigilar cada lugar que tocas o pisas, eso te agota. Especialmente con un tiempo tan caluroso.

Ya son las nueve y media de la noche y a la tienda le queda mucho para estar lista. Podría montar el numerito de quedarme fuera en lugar de retirarme a la tranquila comodidad de un pedazo de furgón con aire acondicionado. Pero de momento no puedo hacer gran cosa, y algo que he aprendido con los años es ir a mi propio ritmo. Si no me mantengo hidratada, si no tengo cuidado con el sobrecalentamiento, si no planifico y trazo estrategias, no le serviré de mucho a nadie.

El centro de mando móvil del CFC tiene el tamaño de un yate pequeño enganchado a una cabina doble superpesada. Es blanco y lleva en sus puertas el escudo del CFC y el sello del estado. El remolque no tiene ventanas. Pero dentro hay luz y se está fresco; una combinación de salón y sala de guerra donde los primeros intervinientes y otro personal esencial pueden descansar, trabajar, hacer teleconferencias, utilizar ordenadores y

almacenar de forma segura las pruebas destinadas a los laboratorios. Cuando pasé por aquí la primera vez fue para beber agua, cambiarme de ropa y poner a resguardo la camiseta sucia envasada dentro de una mininevera para la conservación de pruebas.

Ahora he vuelto otra vez para fortalecerme con más agua y una barrita de proteínas al tiempo que intento no fantasear con la cena que me he perdido en el Faculty Club. Estoy hambrienta e inquieta mientras espero noticias de Lucy. Hace un rato, cuando yo no podía hablar, insistió en tener una conversación conmigo. Ahora que estoy sola y me sobran unos minutos, no consigo dar con ella, por supuesto. Tendré que ver qué puedo averiguar por mi cuenta sobre Elisa Vandersteel, y me siento en un puesto de trabajo.

Me conecto al ordenador y dedico unos minutos a buscar el nombre, pero me inquieta que no aparezca nada, ni un solo archivo en los resultados. Pruebo con el apellido Vandersteel y Mayfair, Londres, y no tengo mejor suerte, lo cual es extraño. En los tiempos que corren es muy difícil evitar cualquier mención en internet, pero si mis búsquedas son fiables, según parece, Elisa Vandersteel no existe.

Da la impresión de que tampoco tiene redes sociales. No la encuentro ni en Instagram ni en Facebook ni en Twitter, y eso es extremadamente inusual en alguien joven. La mujer que vi pegando recetas en el ART no parecía tímida ni introvertida, eso seguro. Al mismo tiempo pienso que este detalle tampoco quiere decir nada. Uno puede estar seguro de sí y ser simpático pero reservado, y quién sabe si ella tuvo problemas en el pasado y prefiriese pasar desapercibida. Pero cuantas más palabras clave introduzco sin éxito, más tengo la mosca detrás de la oreja.

Recuerdo la fotografía del carnet de conducir del Reino Unido que me enseñó el detective Barclay. Recuerdo que la calle que figuraba en la dirección de Mayfair era South Audley, que queda cerca de la embajada americana. Pero no presté mucha atención

al número de la casa. Busco lo que recuerdo y no aparece nada, y agradezco que mis búsquedas rutinarias no sean la última palabra sobre Elisa Vandersteel.

Yo no soy Lucy. No puedo ni acercarme a su nivel de sofisticación técnica, y en cuanto tengamos un momento de intimidad la pondré a buscar información. Verifico mi móvil otra vez y, por los dígitos que aparecen en los iconos de algunas aplicaciones patentadas, sé si han enviado algo nuevo. No ha llegado nada que considere prioritario en este momento, y espero que Lucy esté bien. Cuando pienso en lo que ha pasado hoy, me es fácil imaginar su estado de ánimo. Me hago una idea cabal de lo que está pensando.

O, mejor dicho, de lo que ensombrece sus pensamientos y le come terreno a pasos agigantados en estos momentos, y resulta deprimente. Es algo así como una recaída, porque un enemigo, una némesis, se volverá una adicción si no tienes cuidado. Lucy no tiene cuidado y nunca lo ha tenido. No puede. Es demasiado personal para ella. Se pondrá de los nervios y paranoica de una forma que Marino, Benton y yo nunca hemos experimentado, al menos cuando el asunto guarda relación con cierto virus humano que la infectó hace décadas.

Decido volver a la intemperie para ver cómo avanzamos con la tienda y su techo, que nos ha traído más complicaciones de las que esperábamos. Pintar con espray la marca ha sido una frustración y un quebradero de cabeza porque no podemos encender las luces auxiliares sin exponer toda la escena a cualquiera que pueda estar mirando o al acecho con una cámara. Está muy oscuro a pesar del trajín de las múltiples linternas. El terreno es irregular y en medio hay setos altos, bancos y farolas.

El primer intento no funcionó, así que tuvimos que dejarlo, y probar de nuevo ha resultado peor de lo esperado. Primero hubo que pintar de negro el contorno naranja butano de Marino, luego medir la zona otra vez y reconfigurarla para asegurarnos de que no íbamos a montar la tienda encima de alguna prueba. El

segundo intento no fue mucho más fructuoso, y mientras pienso esto soy consciente de que Marino, Rusty y Harold siguen trabajando en ello y les va a llevar un buen rato.

Cercar la bicicleta, el cuerpo y tantos efectos personales como sea posible, esquivando al mismo tiempo arbustos y árboles, sin causar daños potenciales en la escena, se ha convertido en todo un reto de ingeniería. No obstante, si no consiguen montar la tienda con cierta rapidez, tendré que improvisar. Esto ya está durando demasiado. No sigue el plan previsto, y alguien terminará por hacer algún comentario. Probablemente Tom Barclay.

Marino no lo ha autorizado para acompañar a las gemelas a la comisaría, y el engreído y exasperante investigador sigue presente en el parque, espiando todo lo que hago mientras disimula lo contrario. Quizá espera aprender algo que le sirva de utilidad en su trabajo. Quizá esté esperando a que yo la pifie.

Pero lo más probable es que esté siendo fiel a su naturaleza, cual urraca que se lleva a su nido cada chismorreo reluciente recogido en el camino. La información es su moneda de cambio y, aunque sus intenciones no sean malas, los individuos como él son peligrosos.

Me levanto de una silla atornillada al suelo de chapa diamantada de acero inoxidable. Noto el frío del metal pulido como un espejo bajo los pies descalzos.

Por fin he podido deshacerme de la blusa de seda y el traje de falda y chaqueta y ponerme una bata quirúrgica de color verde azulado, pero por desgracia no he podido desembarazarme de mis desgastados zapatos, que siguen estando húmedos. El vehículo tiene recipientes de almacenamiento con ropa de escena para cualquier condición excepto el desierto del Sáhara, que es lo que parece Cambridge últimamente. Pero, por lo general, el CFC no está preparado para un calor extremo

implacable, puesto que no es habitual en Nueva Inglaterra.

No puedo cambiar mis incómodos zapatos con lo que encuentro a mano: unas botas altas de goma que llegan hasta la cadera y unas botas de bombero impermeables de talla única. Abro un armario para sacar un par de fundas protectoras para los zapatos con suela antideslizante. Vuelvo a calzarme los mocasines húmedos, y las finas plantillas de cuero se están despegando y las noto viscosas contra las plantas desnudas de los pies.

Me ajusto los cubrezapatos sin preocuparme de ponerme el mono o los guantes. Vuelvo a comprobar el móvil y no hay novedades en el frente.

Le he comunicado a Lucy que necesito su ayuda, pero no he especificado el motivo. No voy a inmortalizar mis sospechas por escrito o en mensajes de voz, por muy seguras que sean mis comunicaciones, según tengo entendido. Especialmente cuando mi teléfono me ha gastado más de una jugarreta y Lucy es incluso más cuidadosa que yo a la hora de dejar un rastro electrónico. Me pregunto qué estará haciendo. Me pregunto si estará trabajando en su laboratorio o en el Teatro de Inmersión Personal, el PIT.

O puede que esté con Janet y Desi. Los imagino a los tres y pienso en la extraordinaria familia que han conseguido formar. Janet es abogada medioambiental. Es una antigua agente del FBI, y su historia con Lucy empezó en la universidad y luego continuó en Quantico. Prácticamente han crecido juntas, y yo no podría desear a una compañera mejor para mi sobrina. Si de mí dependiera, elegiría a Janet una y mil veces. Es una persona muy humana, inteligente y cariñosa, como lo era su hermana Natalie, que murió hace un año en verano.

Janet y Lucy crearon un hogar ideal para Desi, y todos nos hemos convertido en una gran familia, una matriz protectora, en la que nos apoyamos mutuamente. Si no fuera así, el niño se habría quedado huérfano, y eso habría sido un desastre. Es un

muchachito irresistiblemente adorable, la encarnación de Christopher Robin, en palabras de mi hermana, con unos ojos azules que hipnotizan a cualquiera y un cabello castaño claro que el sol tiñe de reflejos rubios.

Tiene nueve años ya, y Desi crece muy deprisa, todo en piernas y brazos, y la cara se le ha vuelto más angulosa. Es ágil, intrépido y más listo que el hambre. He empezado a mofarme de Lucy, diciéndole que por fin ha encontrado a su media naranja. ¿Quién no querría formar parte de un núcleo familiar como este? Pero un recuerdo desagradable me ronda la cabeza: lo que Benton me dijo antes de que interrumpieran nuestra cena.

Sugirió que Dorothy y Marino podrían tener algo más que un inocente coqueteo. Y resulta que mi hermana viene de camino, cuando no se ha molestado ni una sola vez en visitarme desde que vivo y trabajo en el nordeste. Marino ha hecho migas con Desi; se lo ha llevado de pesca, le ha enseñado a jugar al béisbol y le ha dado a probar la cerveza por primera vez. El curso de mis pensamientos se vuelve demasiado desagradable como para dedicarle un solo minuto más de mi tiempo.

Imaginar a Dorothy con Desi me disgusta y me saca de quicio. Mi hermana, tan egoísta que no sabía dónde meter a su hija Lucy. Mi única hermana, tan adicta a los hombres que se olvidaba de su hija cuando el primero que pasaba llamaba a su puerta. Y ahora a Dorothy se le llena la boca con que si Desi esto y Desi aquello, como si no tuviera más desvelo en el mundo que criar y atender a un niño, especialmente varón. Es obsceno. Es el colmo de la hipocresía, y por eso no soporto darle más vueltas al asunto y lo espanto de mis pensamientos.

Dorothy no debería tardar mucho en aterrizar en Logan, suponiendo que su avión no lleva más retraso. Probablemente Lucy, Janet y Desi irán a recogerla, y me digo que por eso Lucy no me contesta. Estará ocupada conduciendo uno de sus exigentes bólidos o monovolúmenes blindados y tuneados. Pero quién sabe lo que estará haciendo todo el mundo, incluido mi

marido. Sigo sin tener ni idea del motivo de la llamada que Benton recibió de Washington. Desconozco por completo el paradero de mi marido.

Es surrealista que nuestra cita para cenar desembocara en esto. Hago clic en la aplicación de mi móvil con la red de cámaras de seguridad que utilizamos para vigilar a los perros. Hace un rato, Sock y Tesla estaban en el salón. Ahora están durmiendo en su cama de espuma viscoelástica en la cocina. Rebobino la grabación hasta el momento en que Page, la cuidadora de los canes, entra en la estancia. Al parecer, Benton debe de haberle comunicado que nos ha surgido un imprevisto y que no sabemos con seguridad a qué hora volveremos a casa.

Parece que se ha preparado para dormir en casa, porque va en pantalón de pijama y camiseta, descalza y sin sujetador. No me gusta que se instale en la habitación de invitados de la planta baja. No me atrevería a reconocerlo en voz alta, pero es la verdad, y quizá eso significa que soy una persona egoísta. Sinceramente no me gusta tener a nadie en casa, pero no hay otra opción ahora que Tesla está con nosotros. Necesita adiestramiento y socialización y no conviene que prescinda de la compañía humana durante largos periodos de tiempo.

Page llena los cuencos de los perros con agua filtrada que hay en una jarra. Page es una amiga de Lucy y Janet, y es imponente con su torso fortalecido por la natación de competición, algo casi increíble para una mujer. Se me ha pasado por la cabeza la posibilidad de que tome esteroides, porque me cuesta creer que su musculatura se deba solo a las largas horas que pasa en el gimnasio o a alguna etapa anterior en la Marina, cuando la reclutaron para el BUD —demolición submarina básica—, un programa de entrenamiento de los SEAL, los equipos de tierra, mar y aire de la Armada estadounidense.

Alta, con el cabello oscuro y rizado, todo musculitos, Page es una gigante cariñosa con los perros, amable pero firme. Nadie podría ser más considerado o atento con un viejo galgo

rescatado del hipódromo o con una cachorra de bulldog inglés maltratada por unos niños y abandonada.

—¿Quién va a hacer pipí y luego se va a llevar una golosina a la cama? —pregunta Page a Tesla y a Sock.

Oigo sus uñas arañar furiosamente el suelo cuando se abalanzan hacia la puerta que da al jardín trasero.

Avanzo a través de la nube climatizada de luces led y me paro en la pequeña cocina, equipada con una cafetera, un frigorífico pequeño, un horno microondas y encimeras laminadas de color blanco.

Tiro las botellas de agua vacías a la papelera para la basura reciclable y echo un vistazo a los puestos de trabajo, las cajas con los equipos, los instrumentos forenses y los armarios con varios cajones para las herramientas y otros suministros. Me aseguro de que no he olvidado nada de lo que necesitaré en lo sucesivo. Creo que no. Harold y Rusty conocen de sobra el procedimiento. Cuando venía para aquí les he confiado mi maletín y otros artículos de primera necesidad. Lo tendrán todo montado bajo la tienda a mi regreso y todo estará como cabe esperar.

Sin embargo, estoy inquieta y tensa; me agobian mis pensamientos. Cuando pienso en mi segundo encuentro con la mujer que ahora creo que está muerta y a punto de convertirse en mi paciente, la veo literalmente partir hacia el ocaso. No sé adónde fue después, ni si al final se adentró en el parque, pero a las siete y media la oscuridad era absoluta.

Suponiendo que la asesinaran sobre esa hora, eso significa que su cuerpo lleva casi dos horas en medio de un parque público, rodeado de residencias de estudiantes de Harvard y otros edificios habitados. En una situación ideal, la habría sacado del parque hace al menos una hora.

Todo esto está llevando demasiado tiempo, pero no me

sorprende. Las cosas rara vez van tan rápido como nos gustaría, y en una investigación difícil de este tipo, más que la excepción, la regla es que muy pocas cosas salen según lo previsto. Pero, bueno, el mundo de hoy es menos indulgente que antes, y me voy preparando para las críticas.

Alguien decidirá que no he mostrado el debido respeto, que he dejado un cadáver expuesto a la vista de todos por negligencia profesional. Que soy descuidada e insensible. O una desalmada. Me enteraré por un blog o por YouTube. No falla.

21

Repaso las últimas noticias y, de momento, todo va bien. No hay ninguna mención a la presencia policial o al personal de mi oficina por la zona con motivo de un accidente de bicicleta, una agresión o cualquier otra cosa acaecida en el límite del campus de Harvard. No dicen nada a propósito de un cadáver en un parque de Cambridge, ni existe la más vaga alusión a la «situación que se está produciendo» a orillas del río, como mencionó el supuesto investigador de la Interpol.

No encuentro nada que pueda considerar motivo de preocupación, salvo lo que Benton me comentó esta noche sobre un nivel elevado de alerta terrorista. Recorro un artículo en línea del *Washington Post* acerca del boletín publicado hoy:

> … El secretario de Estado de la Seguridad Nacional ha emitido una alerta nacional de amenaza terrorista inminente contra los grandes centros de transporte, los mayores puntos turísticos y los lugares de celebración de grandes manifestaciones públicas, como las competiciones deportivas y los conciertos. Preocupan especialmente los posibles atentados planeados en Washington, Boston y sus comunidades vecinas. Esta información se basa en pormenorizadas conversaciones que los servicios de inteligencia estadounidenses han interceptado en internet, sugiriendo la existencia de estos potenciales objetivos y de actores internos radicalizados que podrían atentar sin previo aviso…

Cuando el nivel de alerta ha pasado de «elevado» a «inminente», la amenaza se considera creíble e inmediata. Temo directamente por la seguridad en los aeropuertos, que se habrá reforzado, sobre todo en Boston. Quizá eso justifique el retraso del avión de mi hermana, y explicaría también por qué la

Administración de Seguridad en el Transporte, la TSA, estaba desbordada en Fort Lauderdale y la cola de pasajeros se extendía de la terminal hasta la acera, «a menos que viajes en primera como yo», informó mi hermana a Lucy, como luego nos transmitió ella misma.

No tengo noticias directas de Dorothy. No se molestaría en avisarme de que llega tarde y de que está en el avión. He tenido que conseguir la información de otra fuente, y aun así no sé muy bien qué me espera. Supongo que en el fondo no importa mucho, puesto que de todos modos no soy yo quien va a ir a recogerla. Siento una punzada de algo que reconozco como decepción, con un atisbo de dolor para redondear.

Una parte de mí espera un poco más de mi única hermana. Siempre lo ha esperado, y sentir lo mismo después de todo lo que me ha hecho pasar no solo no tiene fundamento, sino que es irracional. Es hora de superarlo. Dorothy siempre ha sido la que es, y mi empeño en anhelar algo mejor me recuerda una cita atribuida a Einstein: «La locura es hacer siempre lo mismo y esperar un resultado diferente».

Dorothy es previsible. Siempre hace lo mismo y no espera un resultado diferente, sino el mismo que obtuvo la última vez que hizo lo que le vino en gana sin tener en cuenta a nadie más. De manera que quizá ella sea la más cuerda de las dos, pienso con cierta amargura. Mientras repaso los mensajes y las alertas de mi móvil descubro con sorpresa que el general John Briggs ha intentado localizarme. Por alguna razón no he oído una llamada desde su casa hace solo unos minutos.

Tengo un tono de llamada especial para todos sus números y compruebo que está activado y que, sin embargo, no ha sonado. Me pregunto por qué, dado que nuestras comunicaciones electrónicas son excelentes aquí. Un detalle fundamental. Lucy se asegura de que así sea en todos nuestros vehículos, utilizando extensores de alcance, amplificadores de señal, repetidores y lo que haga falta. Empiezo a preguntarme seriamente si mi

smartphone tiene algún defecto. No es un móvil que puedas comprar en una tienda o por internet; según Lucy, está hecho prácticamente a prueba de piratas informáticos. ¿Y si se equivoca? Todo depende de la pericia de quien lo piratee.

Lucy desarrolla constantemente aplicaciones especiales y programas de encriptación que no están disponibles en el mercado abierto. De esta manera se asegura de garantizar que nuestros ordenadores, radios, teléfonos y otros dispositivos electrónicos sean lo más seguros posible en los tiempos que corren. Pero nada es infalible. Toco la flecha de reproducción, esperando oír la voz del director de los Examinadores Médicos de las Fuerzas Armadas, el jefe de la inteligencia médica estadounidense, mi amigo y antiguo mentor Briggs.

Pero es su mujer la que ha intentado ponerse en contacto conmigo, y comprendo al instante que las noticias no van a ser buenas. Ruthie es una esposa de militar al estilo clásico, a la vieja usanza. Ha dedicado su vida a su formidable esposo, desplazándose con él cada vez que recibía un nuevo destino, intercediendo por él y ayudándolo al tiempo que rezaba para que no resultase malherido, secuestrado o asesinado en los desestabilizados agujeros infernales devastados por las guerras que acostumbra frecuentar.

Irak, Afganistán, Siria, Turquía, Camerún o el Yemen, ella nunca está segura de nada. Con frecuencia no le transmiten ninguna información y, cada vez que él embarca en un avión de transporte militar o aterriza en un portaaviones, ella vive con la angustia de saber si volverá a verlo. Ha dedicado a Briggs y nada más que a Briggs su vida entera, y si ella decide que una persona no tendrá acceso a él, por descontado que no lo tendrá, yo incluida. En función de lo que esté en juego, si él no quiere tratar conmigo directamente, será Ruthie quien se encargue de hacerlo.

Ya estoy acostumbrada a su mediación, a su triangulación, aunque de cuando en cuando pone a prueba mi paciencia. No

obstante, su voz suena inusualmente cruda y emotiva en el mensaje que acaba de dejarme, y no acierto a saber si es porque ha estado llorando, bebiendo, se encuentra mal o quizá una mezcla de todo lo anterior. Me pongo otra vez el buzón de voz. Y una vez más, pero en esta ocasión haciendo alguna pausa, escucho con atención e intento determinar si le pasa algo o simplemente le incomoda la razón de su llamada. Ahora estoy casi segura de saber qué le pasa. Me lo estaba esperando.

—¿Kay? Soy Ruthie Briggs —empieza con su acento lento de Virginia. Suena cansada y congestionada—. Me gustaría que me respondiera. ¿Está ahí? —insiste con desaprobación—. ¿Hola? ¿Kay? —Carraspea—. ¿Está ahí? Sé lo ocupada que está, pero le ruego que responda. Bueno, cuando oiga esto, llámeme. Quiero asegurarme de que le han dicho…

Su voz suena apagada y luego es como si se tragara sus palabras y apenas la entiendo. Se me ocurre que a lo mejor estaba sosteniendo algo, un pañuelo quizá, delante de la cara, y que se aparta del teléfono cuando habla.

—Me encontrará en este número durante un rato más, y luego… Bueno, como puede imaginar hay mucho que hacer, y no puedo creérmelo, de verdad… —Le tiembla la voz—. Bueno, llámeme en cuanto pueda, por favor. —En su desconcierto me deja su número de teléfono como si no lo tuviera ya.

Y el mensaje de voz termina de forma abrupta.

Si le ha pasado lo que sospecho, no hay razón para que Ruthie esté disgustada. Nadie podía evitarlo, y al menos la cancelación no es tan de última hora, y eso ya es algo.

Me he estado preparando para recibir una llamada literalmente justo antes de que Briggs y yo subamos al escenario de la Kennedy School. Al menos me han avisado con casi veinticuatro horas de antelación, y no puedo pretender que Briggs no me lo advirtiera más de una vez. Desde el primer día

me dijo que era posible que no pudiera acompañarme en la conferencia prevista para mañana por la noche. Todo dependía del humor en el Pentágono y la NASA, me especificó, disculpándose de antemano por lo que acaba de ocurrir probablemente.

Lo más seguro es que Ruthie haya intentado localizarme para decirme que mañana por la noche tendré que arreglármelas sola. Briggs no estará conmigo en el comité. Así que no es un auténtico comité, porque eso me deja más sola que la una en el escenario. Pero saldré del apuro. De pronto se me ocurre que, si me apeo del centro de mando móvil, es posible que pueda divisar el imponente complejo de ladrillo rojo a través de los árboles.

La Kennedy School se yergue detrás del parque y no puedo evitar pensar hasta qué extremo todo está vinculado y me resulta familiar del modo más extraño. Tengo la impresión de atravesar un paisaje que se revela como un intrincado laberinto, cuyas dimensiones, conexiones y vía de salida desconozco.

No sabré nada más sobre la ausencia de Briggs hasta que hable con él, suponiendo que pueda localizarlo. Tampoco descarto que lo hayan destinado a otro lugar, y sé lo mucho que odia defraudar a alguien, sobre todo si se trata de mí. Como el gran militar que es, eludirá cualquier enfrentamiento si eso implica ser el portador de malas noticias. Marco el número de su casa. No contesta nadie y oigo un clic extraño en la línea. Le dejo un mensaje de voz:

—Ruthie, soy Kay. Siento no haber oído la llamada. —Me llega un eco doble de mi voz, uno por encima del otro—. No sé por qué, pero mi teléfono no ha sonado. Estoy trabajando en una escena en exteriores y puede que en esta zona tenga mala señal y no pueda contestar a su llamada, pero siga intentándolo, por favor.

Luego les envío un mensaje de texto a Harold y Rusty para verificar que una de nuestras furgonetas de transporte está en

camino. Puede que tenga que esperar un poco, pero seguimos adelante con el plan y la traemos hasta aquí, les confirmo.

«10-4, Jefa. Avanza lentamente. Inevitable. Mantén la calma MP», que para Rusty quiere decir lo «máximo posible», e incluye un emoji con el ceño fruncido y la cara roja.

En el lado derecho del remolque, pasando la pequeña cocina, hay una escalera empinada que lleva al exterior. Mis cubrezapatos de Tyvek hacen un ruidillo sordo mientras desciendo los peldaños metálicos y, cuando llego al final, abro la puerta. Salgo a la calurosa noche, cegada por el resplandor de los faros. Oigo el estruendo gutural de un motor potente. Me llega el vaho de gasolina, rico en octanaje, de un tubo de escape. No puede venir del generador diésel de nuestro centro de mando móvil. Luego, de golpe, se hace el silencio y la oscuridad.

Un estremecimiento de miedo me eriza la raíz del cabello cuando percibo un rumor en la hierba, alguien que camina deprisa.

—¿Hola? ¿Quién es? ¿Quién anda ahí? —pregunto.

Una silueta esbelta se materializa en la noche como un fantasma que corre hacia mí.

—Tía Kay, soy yo. No te asustes —dice Lucy, pero es demasiado tarde.

Ha sido como un chute de adrenalina. Enciendo la linterna táctica con nerviosismo y apunto hacia abajo para no cegar a mi sobrina. Apago la dichosa luz con la misma rapidez, sintiéndome boba al principio y enfadada después.

—¡Maldita sea, Lucy! —Se me ha disparado el corazón, los pensamientos se me dispersan como una bandada de pájaros enloquecidos—. No te acerques así a hurtadillas. —Tengo el pulso acelerado—. ¡Jesús! Menos mal que no llevo la pistola encima.

—No sé si eso es bueno, especialmente ahora.

—Podría haberte disparado. No estoy bromeando.

—No hay nada de qué bromear, y no me estaba acercando a hurtadillas. —Mira en derredor como si no estuviéramos solas—. He llegado hace un segundo y te he visto salir. Venía a buscarte.

—¿Por qué? —Respiro hondo y despacio, y el aire caliente parece llenar a duras penas mis pulmones.

—Me alegro de que estés bien. —Me mira a mí primero, se vuelve hacia la calle, y luego arriba y alrededor como si alguien fuera a atacarnos.

—¿Qué quieres decir con «especialmente ahora»? ¿Qué está pasando? —Algo se está cociendo, y mi sobrina va acelerada—. ¿Por qué no iba a estar bien?

—Me has estado dejando mensajes —responde con voz quebradiza y áspera. Detecto cierta agresividad—. Así que aquí me tienes. Entremos.

Reconozco su estado de ánimo y me imagino lo que delata.

—No te he pedido que hablemos en persona. Solo tengo una pregunta sencilla y habría bastado con una llamada telefónica. Iba a pedirte que me buscaras un nombre…

—Hace demasiado calor aquí —me corta, sin parecer escucharme.

—¿Qué ocurre?

—No me gusta lo que está pasando. —Sus ojos fijos parecen sombras profundas, su boca es huraña—. Ha muerto una persona, y eso no puede gustarle a nadie, como muchas cosas en este momento —continúa, pero sé que no es eso lo que quería decir—. No me gusta —repite, y vuelve a centrar su atención en la zona que nos rodea—. He intentado decírtelo. Hay cosas que no sabes, y la situación se está yendo de madre. —Habla con voz queda y feroz en medio de la oscuridad, y yo siento algo en lo más hondo, una mezcla de emociones que no alcanzo a descifrar fácilmente.

Decepción. Frustración. El entumecimiento de una rabia mortífera que se ha tornado rocosa y fría como un vestigio

antiguo, petrificado. Cada vez pierdo más sensibilidad, sobre todo en los últimos años, y lo de gritar que viene el lobo es una verdad como un templo. Puede que Lucy no lo diga en voz alta, pero sé cuándo determinado tema le ronda constantemente la cabeza.

Rara vez se muestra excitable. No es la clase de persona que pierde los papeles, actúa impetuosa o impulsivamente, se asusta o levanta la voz. Pero a mí no me engaña, siempre anticipo cuándo está a punto de estallar, como va a suceder ahora. No va a ser agradable. Nunca lo es. Cuando se pone así, normalmente sé la causa. O, mejor dicho, me hago una idea de quién es la causante.

—¿Qué es lo que se está yendo de madre, Lucy? —Me preparo para lo que viene a continuación mientras mis ojos aprenden a adaptarse a la oscuridad.

Estoy bastante segura de lo que va a decirme. Yo podría haber anticipado su reacción después de esa llamada al 911 que, como creemos ahora, se hizo con un programa informático que altera la voz. Si Lucy estuviera al corriente de la otra llamada falsa de hace un rato, la realizada supuestamente por la Interpol, se reafirmaría en su visión del mundo. Ella acepta como incontestable su versión del pecado original; a saber, que todos los horrores y las humillaciones proceden de la misma fuente maligna.

Como si solo hubiera un diablo. Un único enemigo mortal. Un único cáncer. ¡Ojalá fuera cierto!

—Entremos a beber algo. —Su cara está tan cerca de la mía que me llega el aroma a canela de su aliento y la sutil especia de su colonia masculina Escada.

Se comporta como si nos estuvieran observando. Quizá le preocupa que la hayan seguido hasta el parque, y observo fijamente qué vehículos hay aparcados detrás del furgón del CFC. Lucy siempre afirma con guasa que su Ferrari FF es un coche familiar porque tiene un asiento trasero y un maletero para el

equipaje.

No puedo distinguir el color en la oscuridad. Sé que es un tono oscuro de azul conocido como Tour de Francia y que por dentro es de *cuoio* acolchado, un cuero italiano amarillo de competición. Pero podría haber llegado tronando en cualquier otro modelo: un Aston Martin, un Maserati, un McLaren, un Ferrari distinto.

Lucy es un genio. No utilizo este vocablo a la ligera, ni como un término cariñoso. No es la hipérbole típica de una tía que la adora, sino la descripción precisa de una persona que a los diez años ya programaba software, construía ordenadores y adquiría patentes para inventos de toda índole. Antes de que Lucy tuviera edad para comprar alcohol o votar, ya había ganado una fortuna inconcebible creando motores de búsqueda y otras tecnologías.

Cuando solo era una adolescente, entró en «la lista de los jóvenes asquerosamente ricos», como a ella le gusta decir en broma, y empezó a disfrutar de su pasión por los helicópteros, las motocicletas, las lanchas rápidas, los reactores y demás artefactos veloces. Es capaz de pilotar prácticamente lo que le echen, y centro mi atención en su FF de tracción integral, con la larga capota inclinada, aparcado sobre la hierba en medio del silencio y la oscuridad. Lo ha conducido al trabajo esta mañana, y la razón de esta certidumbre es que las cámaras de seguridad del CFC captaron al Ferrari cuando yo estaba en mi despacho, sentada a mi mesa con sus múltiples pantallas de ordenador.

He visto a Lucy conducir su coche «familiar» de cuatrocientos mil dólares en una de ellas. Lo ha aparcado dentro del hangar, donde las ambulancias y otros vehículos de transporte traen y recogen cadáveres. Ni siquiera la policía tiene permiso para aparcar allí, y me he acordado desgraciadamente de la frecuencia con que protege sus caros medios de transporte lejos de la suciedad y la mugre, a resguardo de las inclemencias del tiempo. Es egoísta por su parte, y de vez en cuando algunos miembros del personal hacen comentarios al respecto. En

cualquier caso, esa no es la razón por la que vuelvo a pensar en eso; es el mono de piloto que lleva.

Cuando las cámaras captaron a Lucy esta mañana al salir de su coupé V-12 azul eléctrico de 650 CV, vestía unos vaqueros rotos, una camiseta holgada y zapatillas de deporte. Recuerdo que llevaba un café grande en la mano y, colgada a un hombro, su mochila táctica negra, espaciosa y con muchos compartimentos, básicamente una oficina y un arsenal portátiles.

Ahora que lo pienso, la mochila es lo que suele llevar cuando viaja en avión. De manera que hoy, en algún momento del día, se ha cambiado de ropa para enfundarse uno de sus monos de piloto Nomex ignífugos y ligeros de color caqui, con el escudo del CFC bordado en rojo y azul en el bolsillo izquierdo del pecho. No es raro que vuele con su pájaro bimotor cuando y donde le plazca.

Pero es tarde. Es noche cerrada. Estamos en medio de una alerta meteorológica extrema y una escena de muerte difícil. Su madre viene en un avión rumbo a Boston. No lo entiendo.

—Me pregunto por qué te has cambiado de ropa. —Le saco el tema con tacto, y ella mira su traje de piloto como si hubiera olvidado lo que lleva puesto—. ¿Vas a volar a algún sitio? ¿O ya lo has hecho?

Pero eso no tendría sentido. En su momento más inclemente, hoy la temperatura ha rebasado los treinta y siete grados con más de un setenta por ciento de humedad. Cuanto más calor y humedad hace, menos eficiente es el helicóptero, y Lucy es meticulosa con las condiciones meteorológicas. Debe tener en cuenta la carga útil, el par motor, la temperatura del motor, y recuerdo la cantidad de veces que nos hemos cruzado hoy: en una reunión de personal, en el ascensor y en la sala de descanso cuando yo buscaba a Bryce. La última vez que la he visto ha sido probablemente en torno a las cuatro de la tarde, cuando yo salía de la sala de autopsias con mi ayudante en jefe, el doctor Zenner, y pasamos por delante del PIT, el Teatro de Inmersión

Personal.

Lucy estaba dentro sustituyendo varios proyectores y charlamos un rato con ella. No llevaba puesto el mono de piloto.

22

Le trae sin cuidado mi pregunta y dice que se le cayó café encima y tuvo que cambiarse de ropa.

Sé cuándo mi sobrina es esquiva. Es tan evidente como su pelo rosa dorado o como la estrecha nariz de su preciosa cara. Compruebo el móvil, consciente de que los minutos corren, y aún no sé nada de Harold y Rusty a propósito de los progresos con la tienda.

En circunstancias normales, Lucy se ofrecería voluntaria sin pensárselo dos veces y me pediría permiso para ir a ver cómo van. Como ingeniera técnica que es, se ofrecería a echar una mano. Pero no lo hace, y no piensa ir a ninguna parte. Está claro que tiene una agenda, que ha aparecido sin avisar por alguna razón. Mientras tanto, puedo esperar a que desembuche, conteniendo mi impaciencia, echando un vistazo a mi teléfono cada dos por tres.

No quiero presionar a Rusty y Harold. No sirve de nada que siga interrumpiéndolos mientras «luchan con su erección», como expresó Marino con su buen gusto habitual la última vez que lo comprobé. Pero probablemente tampoco debería quedarme en la oscuridad hablando con mi sobrina. Sería más conveniente volver al claro y comprobar los avances por mí misma. Quiero asegurarme de que a nadie le da un sofoco por culpa del calor o si alguien necesita cualquier cosa, aparte de que los rumores son algo que me preocupa.

No quiero que las malas lenguas chismorreen que yo estoy aquí tan campante disfrutando del aire acondicionado mientras que mis compañeros sudan la gota gorda en lo que parece el Valle de la Muerte cuando cae la noche. No quiero que digan

que me he tomado mi tiempo para confraternizar con mi sobrina, la cual ha llegado a toda pastilla en un Ferrari que cuesta más que varios casoplones juntos. Mi madre siempre ha predicado que las apariencias son lo más importante. No sabe cuánta razón tiene en los tiempos que corren.

La gente —sobre todo la policía— no necesita gran cosa para poner en tela de juicio tu competencia y tu credibilidad. Les cuesta menos cuestionar tu honestidad, y menos aún dudar de tu decencia como ser humano. Cualquier insinuación de que gozo de privilegios o de que soy una perezosa podría influir negativamente en un jurado. La verdad es que pocas cosas se salvan.

—Lucy, tengo que salir a ver cómo va todo… —empiezo a decir.

Ella se me acerca y me toca el brazo de forma llamativa.

—Vamos a refrescarnos y beber algo —me dice, y no es una sugerencia.

Echo un vistazo a las linternas que sondean la noche lejana. Miro atrás, a los faros de los vehículos que circulan por John F. Kennedy Street, y arriba, al tráfico que circula sin cesar por el puente. Observo el creciente número de coches de policía que hay aparcados por todas partes. No hay nadie en el interior. No distingo a nadie que pueda estar lo bastante cerca como para poder oírnos a hurtadillas.

Sin embargo, no pongo en duda que Lucy siente el aliento del enemigo en la nuca, y nada de lo que yo diga cambiará perceptiblemente su sensación. Es como las personas que sufren trastorno de estrés postraumático. Nunca las convencerás de que no hay razón para que sientan ansiedad. No conseguirás arrancarlas de sus pesadillas y de sus fobias. No servirá de nada desearles bonitos pensamientos y dulces sueños.

Las primeras pasiones, triunfos, desastres y amoríos de Lucy forman parte de su programación. Lo que tiene grabado de forma más indeleble son sus experiencias en Quantico; fueron

verdaderamente los mejores y los peores años de su vida de joven adulta. Con mi bendición y bajo mi dirección, tomó un camino menos trillado y chocó de frente con un monstruo. Su colisión fue un cataclismo que nunca vi venir. Lucy no es la misma, y yo tampoco. Nadie podría serlo.

Las lesiones psíquicas pueden convertirse en defectos que, al igual que los errores del disco duro y otros fallos, no siempre tienen arreglo. Resulta inquietante contemplar con qué frecuencia las espeluznantes reacciones de mi sobrina no hallan una justificación en la realidad que ella cree percibir. La mayoría de las veces no digo gran cosa. Espero a que lo vea todo con más claridad, pero parece que ha perdido facultades. Cada vez es más difícil saber en qué confiar. ¿Qué es real? ¿Qué no lo es? Ni siquiera Lucy parece saberlo siempre, y si pudiera borrar de la faz de la tierra al monstruo psicópata de Carrie Grethen sería solo por eso.

Se las ha arreglado para robarle a mi hija *de facto* cualquier tranquilidad mental que hubiera podido tener en esta vida, y no parece que yo pueda hacer mucho al respecto. Dios sabe que lo he intentado. Dios sabe cuánto lamento el daño que se ha producido. Si yo fuera la verdadera madre de Lucy, habría fracasado en el empeño. Ella habría tenido que ser el más importante de mis logros.

Tampoco perdonaré a Carrie Grethen por eso, y es en momentos como este cuando reconozco lo mucho que quiero erradicarla. Del todo y para siempre. Como una plaga. Como un azote.

—De acuerdo —acato la petición de Lucy, pero sin comprometerme mucho, sin revelar nada importante por si se da la remota posibilidad de que no estamos solas—. Nos escabulliremos del calor y beberemos algo, pero tenemos que hacerlo rápido. Como habrás deducido, la fase de preparación se está eternizando, más de lo que esperábamos.

—La ley de Murphy.

—En cuanto estemos preparadas, habrá que darse prisa.

—Todo a su tiempo. —Lucy parlotea con toda una serie de clichés coloquiales. Está claro que es para confundir a la persona que, según ella, nos espía.

Últimamente parece que solo oigo hablar de espionaje, vigilancia, mirones, troles, suplantaciones de identidad, acosadores, hackers y fisgones. Puede que Carrie esté ahí fuera de verdad, en algún rincón oscuro, pasándoselo pipa mientras controla cada una de nuestras palabras, cada uno de nuestros movimientos.

Cuanto más pienso en ella, más me hierve la sangre. No le digo nada a Lucy. Introduzco mi código de acceso personal en el teclado digital de la puerta lateral del tráiler en completo silencio.

—Ten cuidado. —Siento el aliento a canela de mi sobrina en mi oído. Sé que hay teleobjetivos que podrían captar los números y símbolos que acabo de introducir.

Sé que existen *skimmers* de todo tipo que pueden captar datos desde una distancia considerable. Soy muy consciente de que Carrie es experta en esta clase de cosas y muchas más, y todas estas advertencias me agotan. Además de las proyecciones mortíferas de Lucy tengo que aguantar las hipótesis alarmistas de Marino sobre las interminables formas en que alguien puede seguirme o acecharme por todo tipo de motivos peregrinos.

—Siempre tengo cuidado —le digo abriendo la puerta de aluminio—. No soy infalible, pero desde luego tampoco descuidada —añado al entrar.

El frío es mordaz. Lucy me sigue y cierra la puerta a sus espaldas.

—Sigo pensando que deberíamos poner cerraduras de huellas dactilares en nuestros vehículos.

—Lo sé, y quizá algún día eso no sea tan poco factible. —El

aire acondicionado es un alivio, pero voy a congelarme.

—Es solo que me gustaría que estos retoños estuvieran blindados. Deberían estarlo.

—Eso me parece aún menos factible. ¿Cómo están Janet y Desi? —Los menciono ahora que estamos en el hueco de la escalera metálica del tráiler. No es a prueba de balas, pero al menos nadie puede oír de lo que hablamos.

—Están en Logan, dando vueltas para aparcar porque no hay un sitio libre más de un nanosegundo. —Tira otra vez de la manilla de la puerta para comprobar que está bien cerrada—. Le dije a Janet que no saliera tan temprano, pero no me hizo caso, no me preguntes por qué. A mamá aún le queda un buen rato para aterrizar.

—¿Tenemos alguna idea de por qué?

Empiezo a subir los escalones. Lucy está justo detrás de mí y responde:

—Primero hubo un retraso en Fort Lauderdale por culpa de una maleta abandonada en la misma puerta de embarque del vuelo de mamá. Por eso despegaron con más de una hora de retraso, y luego tuvo que esperar en la pista durante un rato.

—¿Y cómo lo sabes? —No creo que una maleta olvidada en la puerta de embarque de mi hermana se convierta en tendencia en internet.

—Mamá le ha estado enviando actualizaciones por correo electrónico a Janet —explica Lucy, y eso me recuerda que mi hermana es incapaz de tener la misma deferencia conmigo.

—Supongo que es una de esas situaciones en las que no hay tiempo de volver a casa. —El pesar que tengo es tan antiguo como el tiempo, pero no dejo que se me note—. Seguro que ella habría preferido dar media vuelta y regresar —añado.

—Además, el tráfico en el espacio aéreo de Nueva York lleva congestionado toda la semana por culpa de la ola de calor. La niebla marina y las condiciones térmicas son un problema porque el aire está mucho más caliente que el agua en estos

momentos, y muchos vuelos se han quedado en tierra o han sido desviados. Dependiendo del combustible, mamá no aterrizará hasta las diez y media como mínimo.

Miro la hora y son casi las diez.

—Además, trae toneladas de equipaje —añade Lucy.

—Eso suena a que tiene planeado quedarse contigo un tiempo.

—Solo espero que la dichosa batería de su móvil no muera. Me preocupa que Janet no pueda comunicarse con ella. Por lo visto, el aeropuerto Logan está patas arriba, y ya conoces a mamá —dice Lucy mientras nuestros pasos resuenan en sordina en el último escalón—. En general es la última en subir al avión, y ojalá que sus maletas lleguen a tiempo, porque no creo que Janet pueda entrar a ayudarla.

—Va a ser una noche muy larga para Desi.

—Me ha enviado mensajes para decirme que el tráfico era terrorífico. La policía estatal está metiendo en cintura a todo el mundo, apenas les permiten parar el coche para dejar o recoger a alguien.

—Bueno, seguro que está entusiasmado con la visita de Dorothy —comento sin entusiasmo cuando entramos en la cocina brillante de formica blanca y acero inoxidable.

—Sí, porque lo tiene muy consentido. ¿Has hablado con Benton?

—No desde que nos separamos en el Faculty Club —respondo.

Los ojos verdes de Lucy tienen esa mirada distante que conozco de sobra y que a veces temo. Puede estar aquí en carne y hueso, pero su espíritu anda en otra parte, en un espacio emocional remoto que no comparte conmigo. Es hermosa, brillante, ha rebasado con creces la treintena, pero es mucho más joven en numerosos aspectos, y comparada con la mayoría de la población, Lucy posee todas las ventajas. Qué triste que una obsesión se haya convertido en el camino más fácil para una triunfadora con una inteligencia de altos vuelos como ella. No hay nadie como Lucy, y su singularidad es parte de la tragedia.

Es un desperdicio que gravite con toda naturalidad hacia el remoto y detestable dominio de Carrie, como las aguas que vuelven a su cauce. Lucy cree a pies juntillas que es la capitana de su propio barco, la dueña de su destino, de su libre albedrío. Pero yo he dejado de estar tan segura.

—¿Por qué? ¿Has hablado con él? —le pregunto.

—Sí —responde.

Si estuviera en mi mano hacerlo, la libraría de esta maldición. Si supiera que así liberaría a Lucy, nada podría detenerme. Sería capaz de hacer cualquier cosa, como quien dice. Extrañamente, pienso en la mujer de la bicicleta y en lo que me dijo antes de cruzar la calle en medio del calor sofocante:

«Lo que no te mata te hace más fuerte».

Sí, pero ¿y si «te mata»? Eso es lo que deberíamos preguntarnos, porque Carrie no nos está fortaleciendo. Es demasiado tarde. Cruzamos esa línea divisoria hace dos años, cuando nos hizo saber, de la peor manera imaginable, que seguía viva. Desde entonces vivimos con la ley de los rendimientos decrecientes, porque Carrie ha debilitado nuestra resistencia, nos ha desangrado y mutilado mientras nosotras nos revolvemos en un estado de perpetua privación sensorial.

No vemos ni oímos a Carrie. No presagiamos su presencia a menos que ella así lo quiera, y su mayor don es su inexistencia implícita. Decir que hizo algo aborrecible se ha convertido poco más que en afirmar que fue cosa del demonio. Excepto que tengo cicatrices que demuestran que fue ella y han muerto muchísimas personas.

—Tenía curiosidad por lo que estaría haciendo Benton —digo sonando tranquila, que es la antítesis de cómo me siento—. Recibió una llamada de Washington casi al mismo tiempo que Marino me llamó a propósito de este caso—. ¿Cómo lo has visto?

—Es difícil saberlo. Estoy casi segura de que iba en un coche cuando lo he llamado —explica Lucy.

—¿En coche? ¿O en su coche? —Me apoyo en la encimera

frente a ella—. Me pregunto si estará con otros agentes del FBI, si ha pasado algo más. Solo mencionó que la alerta terrorista se había elevado y que incluía a Washington y también el área de Boston.

—No me dijo lo que hacía ni con quién estaba —responde Lucy.

A plena luz distingo el bulto sutil de su pistola debajo de la pernera derecha de sus pantalones.

23

La funda está amarrada a su bota.

No sé exactamente qué arma lleva, pero lo más probable es que sea su Korth PRS 9mm. Quién sabe cuántas más tendrá en el coche; lo más seguro, una pistola con una gran capacidad de munición y quizá una potencia de fuego incluso superior.

—No sé si conducía él o lo llevaban, pero por su tono de voz he deducido que no estaba solo.

Lucy planta las palmas de las manos detrás de ella, en el borde de la encimera. Se aúpa y se sienta, apoyando la espalda en un armario, balanceando los pies, que dejan entrever la funda negra de la pistola. Cruza las manos, poderosas y esbeltas, sobre el regazo, y me fijo en la sencilla alianza de platino Tiffany que lleva en el dedo anular izquierdo.

No invitaron a nadie a su boda con Janet, una ceremonia civil en Cape Cod el año pasado, después del fallecimiento de Natalie. Pero como Lucy y Janet nos explicaron, no lo hicieron para demostrar su amor y su compromiso. No necesitaban demostrárselo, ni a ellas ni a nadie, resaltaron. Lo hicieron únicamente para poder adoptar a Desi.

—¿Por qué razón llamaste a Benton? —pregunto—. ¿Y cuándo fue?

—Hace un rato. Después de escuchar lo último de Tailend Charlie —dice para gran consternación mía.

No doy crédito a lo que oigo.

—¿Por qué narices ibas a incordiarle con eso después de todo lo que está pasando hoy?

—Hay nuevos acontecimientos de los que no estás al corriente. También han salido a flote algunos datos antiguos. Es

importante; si no, no te molestaría.

Pero, mientras lo dice, albergo mis dudas. Hay algo que Lucy se está callando. Puedo vérselo en la cara. Puedo sentirlo. Benton está involucrado y vuelvo a preguntarle por él, si está bien. Me responde que está muy ocupado, y yo le replico que todos lo estamos. Luego procede a explicarme que el último clip de audio de Tailend Charlie fue enviado a la hora habitual, a las seis y doce minutos de la tarde. Hace más de tres horas, y mi frustración está que se desborda. No veo por qué esto merece toda nuestra atención en medio de la investigación de una muerte.

—No quiero ser grosera —le digo—, pero esa información no tiene nada de novedoso, Lucy. Todas las comunicaciones de ese pirado se envían a las seis y doce de la tarde. Como sigues señalando, es intencionado, ¿y déjame adivinar? La nueva grabación es idéntica a las demás excepto por el contenido del mensaje. En otras palabras, la grabación suena enlatada y dura exactamente veintidós-punto-cuatro segundos.

—Y dos-veinticuatro era el número de tu casa cuando tú y mamá vivíais en Miami —dice Lucy, que no va a dar su brazo a torcer si no cuenta con pruebas reales.

—Dos-veinticuatro y veintidós-punto-cuatro no son lo mismo para nada.

—Desde una perspectiva simbólica lo son.

—No estoy segura de que debamos asumir tan rápidamente un simbolismo calculado. —Elijo mis palabras con cuidado para que no se ponga a la defensiva—. La hora, que siempre corresponde a las seis y doce y la duración de dos minutos y veinticuatro segundos podría no ser más que remanentes sin importancia de un código de programación.

—Y las seis y doce también es la hora exacta en que la policía de Cambridge recibió esa chorrada de queja al 911 —me recuerda Lucy como si no hubiera oído lo que acabo de decir.

—Eso es cierto, pero todo podría ser una coincidencia… —No

termino la frase porque sé que lo más seguro es que no lo sea.

Vuelvo a mirar el móvil. Sin noticias de Rusty y Harold. Le envío un mensaje a Marino:

«¿Cómo vamos?».

—Escucha, tía Kay —me dice Lucy mientras miro mi móvil esperando una respuesta de Marino—. No me gusta admitir que estaba en desventaja porque múltiples cosas sucedieron a la vez.

Se palpa los bolsillos del traje de piloto y saca una cajita con sus caramelos de canela favoritos. Cuando abre la tapa, las pastillas ruedan con suavidad y me las ofrece, mientras pienso en la elección de sus palabras. «Múltiples», quiere decir muchas. Cojo un caramelo, consciente de que hay algo que no piensa decirme. El sabor agridulce me sube por la nariz y me saca las lágrimas.

—Cuando hablamos hace un par de horas estaba preocupada por la llamada al 911. —Lucy se guarda la cajita en un bolsillo y lo abotona—. Me devanaba los sesos para averiguar qué narices había pasado, quién estaba detrás y por qué. No puedo hacerlo todo a la vez.

—Ni siquiera tú puedes. —Me paso el caramelo a la otra mejilla y bebo un sorbo de agua.

Lucy continúa defendiendo sus argumentos y afirma que a primera hora de la tarde nos han atacado simultáneamente en múltiples frentes; y vuelve a utilizar esa palabra.

«Múltiples».

—La sincronización es deliberada. Creo que nos estamos enfrentando a ataques conectados que implican a la misma persona o a las mismas personas. Y eso me hace pensar que se avecinan más —añade.

Sin embargo, el verdadero problema no es lo que ya se ha hecho o no tardará en hacerse a continuación. O cómo. O por qué. El problema es el «quién» de la ecuación, e insisto una vez más en que es obsesivo y peligroso partir de la hipótesis de que detrás de cada acto aberrante tenemos al mismo titiritero

diabólico.

No soy ingenua en lo que concierne a Carrie Grethen. Estoy íntimamente familiarizada con sus viles inclinaciones y sus capacidades traicioneras. Sé lo que significa que te ataque físicamente, salvarse por los pelos de morir en sus manos, trabajar en las escenas del crimen y las autopsias de sus víctimas.

Resumiendo: no es precisamente una abstracción para mí. Pero, por desgracia, no es el único espectáculo de terror. Abro el texto que acaba de llegarme al móvil. Marino escribe:

«Un pitorreo. Quédate ahí por ahora. No puedes hacer nada».

Hubiera preferido que no llamara a la escena de los hechos «un pitorreo». Espero que no le pase factura tarde o temprano.

—Huelga decir que lo poco que he podido descifrar en el archivo de audio es peor que de costumbre —continúa Lucy, refiriéndose al último mensaje de acoso de Tailend Charlie—. Se está acercando demasiado como para que estemos tranquilas, y no sabemos de la misa la mitad.

—¿Qué dice Benton? —pregunto.

—No iba a discutir con él por teléfono habiendo otras personas alrededor, sobre todo un grupo de picapleitos —responde, y me sorprende que pudiera saber con quién estaba si él no se lo había dicho—. Y, desde luego, no iba a sacar el asunto de Natalie ni mucho menos —añade para mi gran asombro.

—¿Quieres decir Janet, no Natalie? —Supongo que Lucy ha tenido un lapsus.

—Me refiero a Natalie —responde Lucy—. Lo entenderás cuando hagas memoria de estos últimos meses, cuando Janet y yo íbamos con frecuencia a Virginia. Benton y tú estuvisteis con Natalie varias veces hacia el final, cuando Natalie ingresó en la unidad paliativa en particular. ¿Te acuerdas de algunas de las cosas que decía? Ahora adquieren un significado muy diferente, repugnante.

—No concibo por qué Benton y tú hablaríais de ella en el contexto de todo lo que está pasando. —Siento un aleteo de inquietud mientras espero que me cuente el resto de la historia.

—¿Te acuerdas de las peleas entre mi madre y tú cuando erais pequeñas? —añade Lucy, contribuyendo a mi confusión—. ¿Y te acuerdas del apodo que le pusiste cuando acabaste hasta la coronilla?

—«Tata-twisted», retorcida. Por esa manía suya de hacerme la puñeta siempre que podía, como cuando me daba pellizcos retorcidos. Me agarraba del pelo y me lo estiraba, o me lo cortaba cuando estaba dormida y quién sabe qué otras maldades. Pero, claro, según su versión de la historia, la mala de la película era yo.

Lucy me recuerda cosas en las que no pensaba desde hacía años.

—Al fin y al cabo la escritora de ficción siempre ha sido Dorothy —digo sin intención de añadir una sola palabra más.

Me he pasado la mayor parte de mi vida adulta siendo extraordinariamente prudente cuando le cuento a Lucy cosas de su madre.

—Tenemos que averiguar quién puede saber lo que pasaba en vuestra casa de Miami cuando erais pequeñas. —Lucy enchufa su teléfono al cargador que descansa en la encimera a la que se ha encaramado.

—¿Quién puede ser aparte de Dorothy y mi madre? ¿Y de mí, claro? No se me ocurre nadie, pero lo pensaré.

Abro un armario y saco un cortaviento azul oscuro del CFC, que me pongo encima del uniforme porque me estoy enfriando.

—Sospecho que ciertas cosas están conectadas entre sí, y durante mucho más tiempo del que podemos intuir —afirma Lucy—. Por lo menos desde hace dos veranos, cuando Natalie se estaba muriendo, y apuesto a que desde mucho antes.

—¿Como qué? —Me subo la cremallera del cortaviento, tan grande que me cuelga hasta medio muslo—. ¿Qué cosas? —Abro la nevera de acero inoxidable reservada únicamente a las bebidas y los comestibles, no a las pruebas—. ¿Agua o Gatorade?

—Empezando por que ya no me creo que su muerte fuera un asunto familiar íntimo, como pensábamos. Gatorade me vale. En botella, no en lata.

—¿Frambuesa azul o lima-limón?

—¿No hay de naranja?

—¿La muerte de Natalie no fue un asunto íntimo? —pregunto mientras busco Gatorade de naranja en la nevera—. ¿Te refieres a que alguien la espiaba? Nunca he oído que lo mencionaras antes como si fuera una certeza. Solo sé que Natalie se había vuelto muy paranoica. Tenía miedo de que la estuvieran vigilando.

—Y tenía sus buenas razones. Eso es lo que quiero decir. Creo que alguien intentaba espiarla durante sus últimas semanas, días, horas, y en los momentos más íntimos con todos nosotros. —Los ojos verdes de Lucy brillan—. No puedo decir con seguridad hasta dónde llegó la cosa, porque ninguno de nosotros temía que la vigilaran y no lo investigó. Por eso, es posible que pasáramos por alto algunas cosas.

—Porque no nos tomamos muy en serio los temores de Natalie —añado.

—Correcto. Y ahora no podría jurar que no había otros dispositivos en su casa o más tarde en la unidad de cuidados paliativos. No los busqué.

—¿Otros dispositivos?

—Aparte de los ordenadores de Natalie, y concretamente su portátil. —Lucy abre la botella que le he dado—. Pero nadie sabe a ciencia cierta qué pasó en el fondo. Yo no hacía barridos de contraespionaje cada vez que iba a verla a Virginia. Janet tampoco. No pensamos que hubiera un motivo para ello.

—¿Y ahora en cambio tienes la seguridad de que alguien la

espiaba? —pregunto, y Lucy asiente—. ¿Cuando Natalie estaba agonizante?

—Durante una parte de su agonía, supongo. Puede que nunca sepamos hasta qué punto.

—Pues ya hay que ser un degenerado muy especial para hacer algo así.

—Y sabemos exactamente quién encaja como un guante en el perfil. Tengo la poderosa sensación de que está tramando algo muy especial esta vez.

Está pensando en Carrie, y me vuelve la misma sospecha, solo que con más fuerza. Ha ocurrido algo más, pero Lucy no comparte esa información conmigo por alguna razón, y no dejo de pensar en Benton. Han estado hablando poco antes y no sé de qué. Lucy no soltará prenda si él le ha pedido que no lo haga. Reconduzco la conversación adonde la iniciamos.

Le pregunto si Natalie conocía el apodo que acuñé para Dorothy cuando éramos unas chiquillas. ¿Me habría oído llamarla alguna vez tata-twisted?

Lucy echa la cabeza hacia atrás y bebe un trago de Gatorade antes de responderme:

—No tengo ni idea.

—Me pregunto si el tema podría haber surgido en presencia de Carrie, hace años, cuando ella, Janet, Natalie y tú seguíais siendo amigas.

—No creo.

—No veo otra explicación. ¿Cómo iba a conocer si no una amenaza cibernética anónima detalles personales sobre mi familia que no constan en ninguna parte? Solo si proceden directamente de la fuente —añado.

—Quieres decir solo si proceden de la mismísima tata-twisted. De mi madre, la pellizcadora loca —dice Lucy, y yo no lo desmiento.

Lo cierto es que pellizcarme y tirarme del pelo no fueron las afrentas más graves que cometió Dorothy, pero eso no se lo voy

a decir a Lucy. Nunca me he explayado sobre lo taimada, embustera y violenta que podía ser mi hermana. Podía agarrarte el brazo o el tobillo y retorcerte la piel deprisa y con fuerza, a izquierda y derecha. Esos pellizcones que entonces llamábamos «mordedura de serpiente» o «quemadura india» eran su especialidad.

Cuando se ejecutan con suficiente habilidad y fuerza son bastante dolorosos pero dejan poco rastro, aparte de un enrojecimiento del que pronto aprendí a no quejarme. Si lo hacía, Dorothy explicaba que era simplemente una quemadura solar. O que tenía una reacción alérgica. Y que, para variar, yo la acusaba injustamente. Intentaba meterla en problemas y, cuando la interrogaban, se inventaba los embustes más disparatados para explicar por qué mi piel estaba inflamada e irritada.

Si yo estaba sentada cerca del alféizar leyendo, le decía a mi madre que me había quemado el brazo o el tobillo. O que el sol me había dado en un ángulo determinado mientras dormía. O que debía de tener fiebre o un sarpullido. Quizá me había picado una araña o tenía alergia a las gardenias o a los mangos. O había «pillado» el cáncer, como nuestro padre.

El atrevimiento de Dorothy no volvió a conocer límites a medida que avanzaba la enfermedad de papá. Decidió que ya no era capaz de dar la cara por «la mascota de papá» y supuso que me dejaría indefensa. Pero no fue así. A pesar de todo, nunca me chivé ni contraataqué con castigos corporales.

Existen mejores formas de enfrentarse a los abusones, y en algunos aspectos me siento de veras agradecida a mi hermana. Gracias a ella aprendí el arte del silencio, el poder de la escucha y la potencia añadida que viene de la mano de la espera. Como decía nuestro padre:

A volte la vendetta é meglio mangiata fredda.

«A veces la venganza es un plato que se sirve frío».

—Lo que me pregunto es si mi hermana le mencionó alguna vez ese tonto apodo a Natalie o a Janet.

Le hago esta sugerencia a Lucy porque empiezo a preguntarme en serio con quién habrá estado hablando Dorothy, y no solo recientemente, sino a lo largo de los años.

—No lo sé —responde Lucy—, pero es imposible que mi madre le hubiera revelado jamás esa historia o cualquier otra a Carrie.

—A no ser que nos equivoquemos desde el principio al suponer que no se conocen. ¿Estamos absolutamente seguras de ello?

—No se han visto jamás y mamá no sabe nada de ella.

Lucy es inflexible, pero yo no voy a dar mi brazo a torcer.

24

—¿Qué pasó al principio de todo? —le pregunto a Lucy—. ¿Estás segura de que no mencionaste a Carrie cuando empezaste las prácticas en Quantico? No sería raro que cuando volvías a casa, a Miami, o hablabas por teléfono con Dorothy, le hubieras dicho algo sobre tu supervisora del FBI, tu mentora, sobre todo cuando te prestaba una atención tan especial.

Carrie se mostraba como la persona más generosa y encantadora del mundo, y Lucy se sintió halagada como nunca. A su lado no tenía ninguna posibilidad. Sin intención de echar más leña al fuego, le digo:

—Sé que no te gusta recordarlo, pero al principio te tenía fascinada. No dejabas de hablar de ella. Al menos a mí.

—Creo que sabes por qué nunca mencioné su nombre delante de mamá. —La mirada de Lucy se ha vuelto dura y tensa—. Nunca le hablé de Carrie ni de nadie con quien saliera a tomarme siquiera una cerveza.

Dorothy siente una amarga decepción por el «estilo de vida» de su única hija, como mi hermana sigue refiriéndose al hecho de que es lesbiana. Poco importa las veces que le repita que cuando una se enamora y elige a su pareja, eso no es un estilo de vida, como pertenecer a un club de campo o vivir en las afueras. A mi hermana no le entra en la cabeza. En mi opinión, no quiere entenderlo porque para ella es más fácil definir a Lucy como una bohemia o una machorra, que es el eufemismo que Dorothy emplea para referirse a su homosexualidad. Es más fácil pensar que Lucy y yo sufrimos envidia del pene, otro eufemismo de mi hermana para explicar que no seamos dependientes de los hombres como lo es ella.

«La envidia del pene es una cosa que existe de verdad», le encanta decir, preferiblemente delante de nuestra madre. O más recientemente, delante de Marino, cuando estuvimos en Miami el pasado mes de junio y él le daba paseos en moto y quién sabe qué más.

—Hay muchas cosas de las que Benton y yo no hablamos con Dorothy —tranquilizo a Lucy—. No tendría ni idea de quién es Carrie Grethen a menos que tú le hayas contado esta parte de tu vida. O que haya sido otra persona. —Se me viene a la mente Marino, y espero que Benton se equivoque.

Me produce una sensación de malestar imaginarme a Marino encaprichado con Dorothy, hablando con ella sobre nosotros o cualquier otra cosa que no le incumbe y podría resultar peligrosa. La idea es tan mortificante que la destierro de mis pensamientos.

—Entonces dices que Tailend Charlie mencionó a tata-twisted. —Insisto en el tema de antes porque quiero asegurarme de que he sido muy clara en cuanto a su procedencia—. Como sabes, Lucy, aún no he escuchado la grabación. Así que doy por supuesto que no la han transcrito ni traducido, a menos que tú hayas encontrado a alguien que lo haga.

—No lo he hecho y no es mi intención hacerlo —responde—. Es importante que lo hagas tú porque tú eres el objetivo elegido. La grabación se hizo exclusivamente para ti.

—¿No la han traducido y sin embargo sabes lo que dice?

—Fragmentos. Los más fáciles. —Lucy bebe otro sorbo de Gatorade—. Puede que tenga un poco oxidado el italiano, pero sé que *sorella* significa «hermana» y que *sorella twisted* se refería a *tata twisted*. Reconocí el apodo de las anécdotas que a mi madre le encantaba contarme sobre lo mala que eras con ella.

Me invade otro torrente de resentimiento, tan fresco como antiguo.

—Reconocí tu nombre, tus iniciales y la palabra *chaos*.

Aparentemente, *chaos* en italiano se parece a la palabra inglesa.

Lucy sigue describiendo lo que pudo distinguir del audio de acoso más reciente.

—En italiano no hay «h». Se escribe «c-a-o-s» —pronuncio.

—Sí —asiente—. Eso es justo lo que oí. «Se avecina el caos», o algo así.

Sigue explicando que el archivo de audio coincide con los otros que he recibido desde el primer día de otoño.

—Rimas cursis, insultantes, que anuncian tu muerte —continúa Lucy.

En cada una de ellas se oye la misma voz sintetizada en italiano; un barítono lírico que recuerda a la voz de mi padre, fallecido cuando yo tenía doce años.

Lucy encuentra el fichero de audio en su teléfono y sube el volumen al máximo, dándole al play. La familiar voz fabricada por ordenador resuena con fuerza:

Torna di nuovo, K. S. A grande richiesta!

Las ciberamenazas rimadas me saludan siempre con la misma frase inicial, cuya traducción es: «Aquí de nuevo, K. S. ¡Por petición popular, nada menos!». Y mientras escucho siento que los vasos sanguíneos de la cara se me dilatan y que el pulso se me acelera.

Me niego a oír una voz que suene como la de mi padre porque entonces se me vuelve a meter en la cabeza. Como si siguiera aquí. Como si siguiera estando vivo. Pero no lo está. Lo que oigo no tiene nada que ver con él, y él nunca me hablaría de mala manera. Nunca me desearía la muerte. El dolor estalla. Me siento vacía por dentro.

—No tengo tiempo de ocuparme de eso ahora —le digo a Lucy para que pare la grabación, y me hace caso—. Tú estás convencida de que Tailend Charlie es Carrie Grethen. Eso es lo

que has venido a decirme —digo enfrentándome al elefante que hay en la habitación.

—Creo que ella está detrás, sí, que forma parte de un plan que está tramando. He venido por eso —responde Lucy y su cara es desafiante.

—Lo has decidido así por las buenas.

—Porque lo sé.

—¿Y era necesario que me lo dijeras de inmediato por si Carrie es Tailend Charlie? —digo rellenando los espacios en blanco—. Entonces quizá también sea ella quien llamó al 911 para quejarse de mí, disfrazando la voz. Quizá sea responsable de todo lo que está pasando en estos momentos, ¡incluso interfiriendo mágicamente en la maldita tienda para impedirme trabajar en la maldita escena!

—Intenta no cabrearte tanto, ¿quieres? Sobre todo con este calor. No es bueno para ti.

—Tienes razón, es malo.

—Creo que está aliada con Tailend Charlie, sea quien sea. —Los ojos verdes de Lucy me miran sin pestañear—. Carrie se ha buscado a alguien que la ayude. Es su *modus operandi*. Es lo que hace siempre cuando está preparando su próxima gran ofensiva. Forma a un ejército particular de dos personas.

—La última variante de Temple Gault, Newton Joyce y Troy Rosado. —Tengo la boca tan seca como el papel y le doy otro trago al agua, intentando hacerlo a sorbitos para no tener que andar buscando constantemente una bolsa para el pis.

—Se ha tomado en torno a un año para reorganizarse después de su última sangría, cuando asesinó al padre de Troy. Luego, cuando se hartó de Troy, estuvo a punto de matarlo. Carrie se aburre con facilidad —dice Lucy como si fuera impepinable—. No creerás que se ha estado quietecita y cruzada de brazos desde entonces, ¿verdad?

Le sostengo la mirada y no digo nada. No hay mucho que decir. Una de dos: o tiene razón o no la tiene, y no tengo nada

más que añadir.

—¡Pues claro que no! —responde ella misma a su pregunta—. A estas alturas conocemos de sobra a Carrie. Cuando desaparece es porque está tramando algo. —Lucy habla con un tono mordaz —. Y su nuevo compinche es algún friki de la tecnología anónimo que se hace llamar Tailend Charlie —añade, y por un instante sus celos me dejan atónita.

Lucy se siente amenazada por mi último acosador cibernético porque hasta ahora no ha logrado rastrearlo, y Lucy nunca fracasa en eso. Pero, desde el principio, en todo lo que ha intentado desde las primeras comunicaciones burlonas de Tailend Charlie, el tiro le ha salido por la culata. El fracaso es la criptonita de Lucy. No puede soportarlo.

—No sé quién es, pero Carrie no trabaja sola —asegura Lucy mientras yo estoy distraída con mi teléfono sobre la encimera porque la pantalla se ha iluminado de pronto sin motivo aparente.

Lo cojo, lo desbloqueo y lo examino. El volumen de llamada está activado, el tono de llamada en vibración, exactamente como los dejé configurados. En apariencia no se me ha escapado ninguna llamada más debido a algún tipo de fallo técnico, y no parece que haya nada fuera de lo normal.

Dejo el teléfono sobre la encimera en la que estoy apoyada y me inquieta que Ruthie Briggs no haya vuelto a llamarme. Tampoco me ha enviado un mensaje de texto ni un correo electrónico.

—Después de un tiempo, ciertas cosas cobran más sentido. —Lucy se refiere a la muerte de Natalie, hace casi un año, el 18 de septiembre.

Yo empiezo a obsesionarme con la dichosa tienda. Son más de las diez y no sé nada de Rusty y Harold. Nadie ha piado. ¿Por qué narices están tardando tanto? Empiezo a escribirle otro mensaje a Marino, pero me retengo. No hay ninguna necesidad de volverlos locos a todos. Cuando lo tengan todo preparado, me

avisarán.

—Janet se aseguró de conseguir las contraseñas necesarias. —Lucy se refiere a los dispositivos electrónicos de Natalie—. Me imaginé que, por culpa de la conmoción, las olvidó o se equivocó al escribirlas.

Después del fallecimiento de Natalie, Janet y Lucy se dieron cuenta de que no podían acceder al dispositivo más importante de todos: el portátil personal que había estado en el dormitorio de Natalie y más tarde en la unidad de cuidados paliativos. La contraseña que le había confiado a Janet no funcionaba.

—Y entrar no fue pan comido precisamente —dice Lucy evitando emplear la palabra «hackear»—. Natalie trabajaba en gestión de cuentas digitales. Era una entendida en informática.

Miro a Lucy mientras habla, y sus ojos son ventanas a los estragos que la asolan por dentro. No aparecerían en una tomografía. No serían visibles en una autopsia. Pero las pruebas de la masacre están bajo la superficie, como los vestigios de una fortaleza deteriorada desde hace siglos y sepultada por capas de sedimentos y tierra. Lucy ha reconstruido una vida poderosa y rica sobre las ruinas que dejó Carrie, y si las dos estuvieran cara a cara en un combate mortal, ya no me pregunto quién saldría liberada y entera.

Estoy segura de que ninguna de las dos lo lograría.

—Sinceramente pensé que Natalie exageraba con tanto preocuparse por el espionaje —continúa explicando Lucy, y por su voz noto que se siente culpable—. Me preocupaba que estuviera volviéndose loca, que el cáncer se hubiera extendido al cerebro.

—Es comprensible —respondo, pero en el fondo pienso que ciertas cosas no se pueden reparar.

Hay batallas que no se pueden ganar. Y si me imagino a Lucy y Carrie en un duelo, me pregunto quién mataría a quién. Espero equivocarme. Espero que eso no demuestre que no pueden sobrevivir la una sin la otra. ¿Qué motivaría a cualquiera de

ellas durante este interminable y sangriento partido de tenis si la otra no estuviera al otro lado de la red? No sé la respuesta, pero como le gusta decir a Benton cuando habla de la disfunción, «es difícil renunciar a tu pulmón de acero».

—Recuerdo que me contaste que Natalie había cubierto las cámaras de su ordenador con cinta adhesiva —digo sacando el tema—. Mucha gente lo hace, pero, al parecer, ella solo lo hizo cuando supo que se estaba muriendo.

—Puso cinta adhesiva negra sobre las cámaras web de su ordenador de sobremesa, de una tableta y también del portátil —responde Lucy—. Es una forma sencilla y casera de impedir que alguien utilice tu propio ordenador para espiarte. Natalie desactivaba habitualmente las cámaras integradas de cualquiera de sus dispositivos electrónicos personales porque sabía que podían activarse a distancia. Y si el hacker es habilidoso, puede alterar a distancia el chip de la cámara, desactivar la luz indicadora para que deje de encenderse cuando te están grabando en secreto.

—Así que la cinta adhesiva encima del objetivo de la cámara era una precaución por si las moscas —comento.

—En aquel momento me pareció una ida de olla.

—Pero ¿y si no lo era?

—Por eso estamos hablando de esto —señala Lucy—. Debería haberla tomado más en serio. Si no hubiera estado tan enferma, diciendo movidas disparatadas, lo habría hecho.

—¿Alguna vez mencionó alguna preocupación a propósito de Carrie?

—No había razón para ello. Todos pensábamos que se había esfumado de una vez por todas.

—Porque la encerraron en una instalación psiquiátrico-forense para criminales trastornados —supongo—. Y después de escaparse la mataron. O eso es lo que creíamos.

—Natalie estaba convencida, como el resto de nosotros, de que Carrie ardió en llamas con Newton Joyce cuando su

helicóptero se estrelló en la costa de Carolina del Norte —dice Lucy.

—¿Y quién creía ella que la espiaba?

—Los federales. O tal vez un gobierno extranjero, otros abogados, grupos de presión, periodistas. Cualquiera. El bufete de abogados en el que trabajaba trataba con muchos politicastros duros de pelar.

—Y cuando la trasladaron a la unidad de cuidados paliativos, se llevó con ella su portátil personal.

Recuerdo haberlo visto en la mesilla de noche donde Lucy lo había colocado.

25

No recuerdo haber visto cinta adhesiva negra pegada a la lente de la cámara en el marco plateado del ordenador personal de Natalie. Pero me acuerdo de otros sucesos que transcurrieron en aquella época.

Casi al mismo tiempo, Lucy advirtió cosas extrañas en el sistema informático del CFC. Luego, en el transcurso de las semanas, confirmó que alguien había hackeado nuestro correo electrónico y posiblemente nuestra base de datos. Meses más tarde, después del fallecimiento de Natalie, Lucy empezó a descubrir otros motivos por los que preocuparse, me cuenta.

—Estuve revisando los ficheros de su ordenador, comprobando todos los procesos que se ejecutaban y a qué hora del día y de la noche —me explica, y es la primera vez que entra en detalles sobre las comprobaciones que hizo entonces—. Y encontré posibles indicios de troyanos, de malware que se presentaba como programas legítimos y un montón de cosas más.

—¿Supongo que hablaste de eso con Janet? —pregunto, porque Lucy nunca lo había comentado conmigo.

—Le dije que no estaba segura. Puede haber más de una explicación detrás de un archivo de registro corrupto. De hecho, puede haber más de una razón que explique muchas cosas. Y si no hay motivos para sospechar porque estás mucho más preocupada por perder a alguien a quien quieres y por el futuro de un hijo de siete años, entonces es posible que tampoco estés buscando a fondo.

—Pero ahora tienes sospechas.

—Porque la cosa ha ido a más.

—Has decidido que era Carrie la que estaba hackeando. Era Carrie quien espiaba a Natalie, y básicamente a todos nosotros. —No pregunto, porque no es una pregunta.

—Probablemente haya usado una RAT, una herramienta de administración remota, para controlar el ordenador o los ordenadores de Natalie. —Lucy se mueve por la pequeña cocina mientras habla, abriendo armarios y alacenas como un niño revoltoso—. Y quién sabe cuánto tiempo llevaba así.

—¿Cuántos años tenía el portátil de Natalie?

—Renovaba y actualizaba sus ordenadores personales, conservándolos durante un tiempo. Este en cuestión tenía entonces seis años, y algunos de los archivos dudosos se remontaban a esa época. Así que es posible que lo hackearan incluso antes, pero esos ordenadores o dispositivos hace tiempo que desaparecieron. No puedo comprobarlo.

—Si Carrie estuvo vigilando a Natalie durante al menos seis años —respondo—, entonces no fue el desencadenante de su diagnóstico, ni siquiera del hecho de que Janet y tú volvierais juntas. Nada de eso había ocurrido aún.

No me cuadra que el espionaje se prolongara durante tanto tiempo. Si continuó incluso después de que Janet y Lucy rompieran, hace más de una década, ¿por qué Carrie habría seguido espiando a Natalie? Por lo que recuerdo, Carrie la encontraba aburrida y la llamaba «tostón». Pero está claro que hay muchas cosas que no sé, y no quiero someter a mi sobrina a un interrogatorio.

Nunca me han dado una explicación satisfactoria de por qué ella y Janet volvieron a verse hace varios años, después de llevar separadas más de una década. No sé si estuvieron en contacto todo el tiempo o de quién fue la idea de volver a estar juntas. Pero un buen día Janet reapareció, y lo siguiente que supe fue que Natalie había ingresado en cuidados paliativos y Desi vivía aquí.

—Carrie es una adicta, ¿sabes? —dice Lucy mientras entra en

la zona principal del tráiler, sus pies calzados con botines resonando contra el reluciente suelo de acero—. Es adicta a nosotras. De manera malsana, somos todo lo que tiene.

—No nos tiene. Nunca nos ha tenido. —Siento una ira creciente.

Lucy se sienta en un puesto de trabajo y enciende el ordenador instalado en el escritorio integrado.

—En algún punto, mezclada con su alquimia trasmutable, está la necesidad insaciable y feroz de ser importante para alguien. —Lucy teclea una contraseña—. Y cuando tiene a su víctima bajo control (porque cualquier persona con la que se asocia es su víctima), se vuelve lo más importante para esa persona. Durante un tiempo es Dios. Pero al final todo termina siempre de la misma manera. Y vuelve a quedarse sola. Lo irónico es que nos necesita.

—No es Dios y me importa un rábano lo que necesite. —Vuelvo a la misma silla atornillada al suelo en la que estaba sentada antes.

—Benton dice que, si no puedes verla como un ser humano, nunca serás capaz de entenderla —me dice Lucy mirándome fijamente a los ojos—. Y si nunca la entiendes, nunca podrás detenerla.

Vuelvo a mirar mi teléfono móvil. Nada. ¿Qué leches está pasando? Casi me espero que cuando abramos la puerta del tráiler, nos encontraremos con que el parque entero ha desaparecido. Como si estuviéramos en una horrible zona gris y nos controlaran a distancia del mismo modo que el portátil de Natalie.

—Aunque Carrie estuviera detrás de todo esto, a ver, explícame cómo podría saber lo más mínimo sobre mi padre. —Pienso en las grabaciones enlatadas que suenan con su voz, y le escribo un mensaje a Marino mientras sigo hablando—. Si se ha asociado con otro individuo igual de trastornado, ¿cómo podría saberlo esa persona? —le pregunto a Lucy—. Nunca grabaron a

mi padre, que yo sepa, y Carrie no llegó a conocerlo. Ni siquiera había nacido cuando él falleció.

—Lo que me induce a pensar que debe de haber algo de él en alguna parte —responde Lucy, y no es la primera vez que lo dice.

—No que yo sepa.

—Nunca has escuchado una grabación suya, pero sigues oyendo su voz en tu cabeza.

—Como si fuera ayer.

—¿Y qué me dices de mamá?

—No sé qué recuerda Dorothy.

—¿Y no es posible que ella tenga una grabación de su voz o sepa dónde hay una?

—No me ha sido de gran ayuda. Se lo pregunté hace unos días cuando estábamos hablando de su viaje. —No le dije por qué sentía curiosidad.

—Tiene que haber algún tipo de grabación en alguna parte —insiste Lucy—. Tiene que haberla, ¿y si la hay? Solo bastaría con que alguien se hiciese con ella y sacara bloques fonéticos para fabricar frases. Se podría hacer lo mismo para sintetizar una voz hablando en italiano.

—¿Por qué no podemos encontrar a esa persona? —le pregunto a bocajarro—. ¿Qué es tan diferente esta vez como para que no hayáis podido rastrear ni una sola de las comunicaciones de Tailend Charlie?

—Creo que nos enfrentamos a alguien que sabe configurar máquinas virtuales. Si yo estuviera en su lugar, eso es lo que haría.

—Por favor, explícame lo que quieres decir.

—Quiero decir que estamos un poco jodidas.

Lucy me explica cómo cree que está procediendo Tailend Charlie.

—La historia es que hackeas alguna máquina o una red abierta. Los campus universitarios son objetivos privilegiados para este tipo de pirateo, y por aquí tenemos más que de sobra.

»Una vez que has creado tu propia máquina virtual, la utilizas para configurar un servidor de correo virtual —añade—. Después de enviar un correo electrónico erradicas el servidor y creas uno nuevo, y así sucesivamente, a perpetuidad.

—¿Y no hay rastro ni dirección IP ni nada? —pregunto.

—Tal vez haya una IP en los registros de paquetes de los *routers* a lo largo del proceso, pero es peor que buscar una aguja en un pajar. Cada vez que localizas un correo electrónico, ya ha desaparecido y surge uno nuevo desde una ubicación completamente distinta.

—Suena a algo que Carrie podría hacer —admito—. Me imagino muy bien que domina ese tipo de tecnología.

—Puedes estar segura de que sabe lo mismo que yo —dice Lucy con cierta reticencia.

Le cuesta atribuirle tanto mérito a Carrie. Y para mí resulta más difícil si cabe oírlo. Lucy cambia de tema y me habla de Bryce, lo que me había visto venir. Según ella, él no es consciente de a quién le está filtrando información en lo que para él solo son conversaciones normales.

—Sobre todo los detalles acerca de un tatuaje temporal, que no podría haber sido visible para nadie que pudiera estar observándoos. —Lucy recupera su teléfono—. Habría tenido que bajarse el calcetín y, aun así, el tatuaje es pequeño y está desteñido después de frotárselo como un loco para borrarlo.

Me explica que cuando se enteró de la llamada al 911 le pidió a Bryce que hiciera una fotografía del tatuaje y que se la enviara por correo electrónico de inmediato. Me pasa el teléfono y veo la hoja de marihuana, del tamaño de un huevo de codorniz y verde oliva, pero sin brillo, sobre el tobillo derecho de Bryce.

Ahora que observo la imagen no me sorprende que ninguno de

los que estábamos hoy en la oficina percibiéramos el discreto tatuaje temporal. Nadie habría podido verlo, a no ser que se encontrara muy cerca de Bryce en un momento en que se hubiera bajado o quitado el calcetín. O quizá la persona sospechosa entreoyó la broma chapucera de Bryce y a partir de ahí el detalle fue a parar de alguna manera a la falsa denuncia dirigida al departamento de policía de Cambridge esa misma tarde.

—El grupo de sospechosos solo puede ser limitado —concluye Lucy—. Tuvo que ser alguien que estaba al corriente de lo que Bryce hizo anoche.

—¿Qué te dijo? —pregunto.

—Que se hizo el tatuaje en una cena con unos amigos. No publicó nada en las redes sociales, y no tiene ni idea de cómo nadie pudo haberse enterado aparte de los amigos con los que estaba. Eso es todo lo que me ha dicho en su nota, porque en realidad no he hablado con él.

—Pues quizá deberíamos hacerlo.

Bebo otro sorbo de agua e intento no pensar en lo vacío que tengo el estómago ni en lo tarde que se está haciendo. Bloqueo de mi pensamiento el Chablis *grand cru* que Benton y yo no hemos saboreado, y los zapatos húmedos que se me pegan a los pies desnudos. No dejo de comprobar el teléfono. Según la última actualización de Marino de hace unos minutos, la tienda aún no está completamente montada porque ha habido un problema al colocar los paneles alrededor de varios árboles grandes. Una sección del andamiaje se ha venido abajo. Luego el techo con dosel no encajaba del todo, o algo parecido.

—¿Le has contado alguna vez a Bryce que en Miami varios niños del cole te llamaban la pirada de Florida? —me pregunta Lucy a continuación, y es como si me acribillaran con huevos podridos de mi pasado.

—Tienes que estar de coña —respondo.

—Tailend Charlie otra vez, y ha tenido que sacarlo de algún

sitio. Por eso te lo pregunto.

—¿Tata-twisted y la pirada de Florida se mencionan en la última chorrada rimada?

—Sí —confirma Lucy.

Mi indignación se revuelve en su lugar secreto. Siento una vergüenza que estaba latente, pero mi rabia hierve a fuego vivo al tiempo que mi intimidad y mi pasado son invadidos, tergiversados y vandalizados por algún bardo bastardo anónimo.

—Vamos a llegar al fondo del asunto —digo desde mi silla de metal mientras meto las manos en los bolsillos de mi cazadora —. Bryce sabe algo, aunque piense que no. Tenemos que preguntarle.

Después de varios clics de ratón, Lucy abre un archivo. Luego, en un santiamén, mi jefe de gabinete, Bryce Clark, aparece en la pantalla en directo gracias a la aplicación que ella ha creado como una versión mejorada de Skype o FaceTime. Lucy va directa al grano y le pregunta qué sabe de mi infancia en el sur de Florida. ¿Podría haberlo comentado con alguien? ¿Sobre todo recientemente?

—Bueno, todos sabemos que eran más pobres que las ratas —responde—, pero no recuerdo exactamente lo que ella pudo haber mencionado cuando charlábamos juntos. ¿Está contigo?

—Sí —respondo yo misma.

—No es que tengamos muchas ocasiones de tener nada mejor que hacer que sentarnos en la oficina a charlar, ¿verdad, doctora Scarpetta? —Hace un gesto con la mano, con su atractiva cara de niño mirando con ojos un poco enrojecidos la pantalla del ordenador—. ¿Todas las cartas sobre la mesa? —Levanta una botella marrón de sidra Angry Orchard con su graciosa etiqueta donde se ve un manzano con el ceño fruncido—. Es la segunda, pero ¿no estoy bebiendo en el trabajo porque estoy en casa? ¿Aunque esté hablando contigo? —Se está dirigiendo a mí, creo, pero no estoy segura de si ha hecho una pregunta o un comentario, si quiere ser gracioso o no, lo cual no es nada raro

viniendo de él.

—Esos amigos de los que me has hablado antes. —Lucy, con la barbilla apoyada en la mano, le habla a la pantalla del ordenador como si Bryce estuviera sentado frente a ella en el despacho—. ¿Hablas con ellos de trabajo?

—Nunca de forma inapropiada —responde. Por el fondo deduzco que está sentado en el salón de su casa y ha puesto la tele en pausa.

—¿Y de ella? —le pregunta Lucy mirándome a mí de reojo.

—¿Estás insinuando que soy desleal? —protesta Bryce—. ¿Estás diciendo que hablo de la doctora Scarpetta a sus espaldas?

—Yo no estoy diciendo nada. Estoy haciendo preguntas. ¿Estás seguro de que no cabe la posibilidad de que uno de esos amigos con los que cenaste anoche haya publicado algo sobre tu tatuaje en internet? No es que haya visto nada en ningún sitio todavía…

—Ni lo verás, porque no hay nada —replica tajante—. ¿Por qué iba a estar en internet?

—Eso es exactamente lo que intentamos averiguar. Cómo es posible que alguien haya llegado a enterarse —dice Lucy.

—¿Quizá alguien que no tenía ni idea de que con eso causaría problemas? —Le ofrezco la oportunidad de salvar la cara.

—Ni de coña. Cualquiera que me importa un poco sabe que este tipo de cosas podría buscarme un jaleo con mi jefa —dice como si de pronto yo hubiera dejado de estar presente—. Saben que puede usarse cualquier cosa contra quien sea en un tribunal.

Desvaría durante un buen rato, con su enrevesado estilo habitual, afirmando que lo llaman a declarar cada dos por tres y que la credibilidad se resiente en estos juicios. No es así. Nunca lo convocan para nada, salvo para cumplir con su deber de jurado, y siempre lo excluyen.

—¿Adónde fuiste anoche? —le pregunta Lucy.

—Invitamos a otras dos parejas a casa a cenar comida

mexicana, nuestra especialidad, como sabes. —Bryce sonríe en la pantalla, reconfortado por el recuerdo—. Rollitos de jalapeños frescos con una salsa de siete capas a base de mi famoso guacamole, además de tacos, y las margaritas más increíbles hechas con un tequila añejo realmente bueno que hemos guardado desde Navidad para una ocasión especial. ¿El de tu madre?

Mi mente se queda en blanco un instante. Entonces comprendo que se refiere a Dorothy. Sobre todo, caigo en la cuenta de sobre qué está hablando realmente.

26

Durante las vacaciones del año pasado en Miami me harté de oír hablar de la maravillosa generosidad de mi hermana y del «verdadero encanto que es», por citar literalmente a Bryce.

Cada vez que teníamos asuntos que discutir por teléfono, el tema de conversación volvía una y otra vez a Dorothy. Si creía que estaba cerca y podía oírnos, me pedía que le dijera lo mucho que les estaba gustando el tequila. O le decía «buenos días» a voz en grito, como si ella pudiera oírlo. O me pedía que le transmitiera un comentario o una pregunta. Fue un horror.

—Oh, ¿cómo se llamaba? —Bryce chasquea los dedos varias veces en la pantalla del ordenador—. ¿Ese Patrón tan elegante que venía en un estuche de cuero? Y Dorothy tiene una receta fantástica con néctar de agave y jugo de lima fresco, sin sal, como un Cosmopolitan servido en copa fría. Le dije que practicaría para invitarla cuando venga por aquí. Y, como puedes imaginar, pasamos una noche divertidísima los seis juntos. —Pone los ojos en blanco—. Y si no, pregúntale al cascarrabias de tu vecino.

—¿De qué amigos estás hablando? ¿Con quién estabas bebiendo tequila? —quiere saber Lucy—. ¿Y cuándo le has contado eso a mi madre?

Bryce menciona el nombre de cuatro personas que he oído con frecuencia a lo largo de los años, mientras Lucy se pone a teclear la información en los campos de búsqueda. Mi jefe de personal, ligeramente achispado, insiste en defender lo que percibe como una afrenta contra el honor de sus mejores amigos, a los que conoce «¿de toda la vida?» —repite con una pregunta.

—¿Y sabéis qué? Puedo prometeros que no tienen nada que

ver con ese mentiroso de mierda que llamó al 911 para denunciar que la doctora Scarpetta me maltrataba en público —añade muy sentido.

—No te maltraté. —Le ruego que preste atención a la elección de sus palabras—. Por favor, ten cuidado con lo que dices, Bryce.

—Yo solo repito lo que un capullo supuestamente preocupado por la ciudadanía denunció a la poli. —Desprende sinceridad con su mirada azul fija y su cabello rubio en punta.

—¿Cuándo le propusiste a mi madre la invitación a las margaritas? —reconduce Lucy la conversación.

—A ver, estamos a miércoles. Así que supongo que fue el lunes por la tarde, cuando repasábamos la información de su vuelo y otras cosas.

—¿Y el tatuaje falso? ¿Dónde estabas cuando hacías el tonto con eso anoche? —pregunta Lucy—. ¿Y quién lo vio?

—¡Caray! ¡Me estás sacando la manguera de goma! ¿O es más bien la tortura del submarino en los tiempos que corren? Estábamos en nuestro salón y no había nadie más aparte de nosotros. Estábamos sanos y salvos en nuestra propia casa. Hace demasiado calor para salir y no me va mucho lo de montar escenas. Además, si las leyes no han cambiado, no creo que enseñar un tatuaje y preparar unas margaritas sea delito.

—¿Qué hora era? —pregunta Lucy.

—A ver. Ya había anochecido, evidentemente, y habíamos cenado. Yo diría que más o menos la misma hora que ahora. Las nueve y cuarenta y cinco, o las diez. Quizá las diez y media como muy tarde, que fue cuando me di cuenta de que el tatuaje no era «temporal» como se anunciaba. No iba a poder quitármelo fácilmente, y estoy pensando en ponerme en contacto con la empresa para quejarme.

—Hablemos de apodos un segundo —dice Lucy.

—Bueno, estoy seguro de que tengo muchos. Y no creo que me apetezca conocer algunos de ellos, ¿eh?

—En realidad estoy hablando de tu jefa —le dice Lucy mirándome a mí.

Cuando ella lo interroga a propósito de los apodos de mi juventud que él podría haber oído por casualidad, Bryce le pregunta:

—¿Como cuáles?

—Dímelo tú. —Lucy no va a revelarle ciertos detalles indecorosos si no los conoce ya.

Bryce frunce el ceño, como siempre que se exprime los sesos.

—Puede que la llamaran sabelotodo. Pero eso es de esperar, supongo. Sin ánimo de ofender —añade dirigiéndose a mí, supongo.

—Avísame si se te ocurre algo más —le dice Lucy—. Cualquier comentario, por inocente que sea. Cualquier persona que conozcas que pueda haber revelado algo sin darse cuenta.

Me promete que lo hará y, con un clic del ratón, desaparece de la pantalla.

—Esto reduce las posibilidades, pero no me hace sentir mejor. —Lucy gira su silla para mirarme de frente, y yo vuelvo a comprobar si he recibido alguna novedad en el móvil—. Si este asunto del tatuaje falso hubiera ocurrido en un bar, un restaurante o algún otro lugar público… —dice mientras leo un mensaje de Harold:

«Tienda montada y lista para ti».

—… podría tener más sentido que alguien hubiera oído a Bryce. Pero ¿en el salón de su casa? —continúa Lucy.

La escena está esperando. Le digo que tengo que irme y le pido que intente averiguar algo sobre Elisa Vandersteel. Le cuento brevemente que me crucé con la mujer que, sospecho, está muerta, y si esta información sorprende a Lucy, no lo deja entrever. Pero capto un destello en sus ojos verdes, como una luz reflejada en una esmeralda.

—¿Cómo sabes el nombre? —me pregunta en modo interrogatorio, y le cuento lo del carnet de conducir británico.

—¿Dónde lo encontraron y por qué pensamos que pertenece a la muerta? —pregunta.

—En el sendero deportivo entre el cuerpo y la bicicleta. Marino puede enviarte una foto por correo electrónico.

—La mayoría de los casos no son complicados, tía Kay. La mayoría acaban siendo más o menos lo que parecen. Pero este no va a ser sencillo. —Suena razonable, pero bajo sus tranquilas palabras hay un trasfondo amenazador, y me levanto de la silla.

—Hay algo que no me estás diciendo.

Es una frase muy trillada. Parezco ingenua, ridícula casi, porque siempre hay algo que Lucy no me cuenta. Hay muchas cosas que yo tampoco le digo, en especial si se trata de Dorothy.

—Tengo una corazonada. Es todo lo que voy a decir por ahora. —Lucy clava su mirada en mí como cuando no quiere que le pregunte nada más sobre un tema en particular—. Cuando tenga información que pueda confirmar, volveré a hablar contigo.

Recuerdo lo que me ha dicho antes. Ha hecho referencia a «múltiples cosas que sucedieron a la vez», y la informo de la llamada telefónica que Marino recibió supuestamente de la Interpol. Lo único que Lucy tiene que decir al respecto es «más de lo mismo».

—Lucy, no te apresures a decidir que Carrie es el origen de todo —le digo sin rodeos.

—No he decidido nada —responde, y siento su terquedad como una losa de hormigón bajo una fina moqueta.

—Bueno, ya sabes dónde encontrarme. Y seguro que no te sorprende si te digo que no parece que vaya a ver a mi hermana esta noche. —Evito obstinadamente referirme a ella como la mamá o la madre de Lucy siempre que puedo—. Por favor, dile que siento que Benton y yo no hayamos podido ir a recogerla, que ambos nos disculpamos.

Un poco más y le digo que estamos deseando pasar tiempo con Dorothy, que nos morimos de ganas de tenerla en casa,

cocinar para ella y llevarla al teatro, pero no sería verdad, y Lucy lo sabe de sobra. La idea de mentir me resulta intolerable, sobre todo a alguien cuya madre, que solo muestra su buena cara cuando le conviene, la ha engañado y maltratado. Tal vez yo tampoco sea una buena persona porque hay cosas que sencillamente no puedo perdonar. Y no puedo perdonar a mi hermana. Nunca la perdonaré.

—Dile que espero que no esté demasiado agotada después de ese vuelo tan poco agradable. —Eso es lo máximo que me sale mientras abro la puerta al final de la escalera metálica que me trae recuerdos de cuando subía al autobús escolar.

Recuerdo que perdía el autobús porque a Dorothy le resultaba divertido cambiar la hora de todos los relojes de la casa. Esconder mis deberes le parecía la monda y eso también me hacía perder el autobús escolar.

—Voy a trabajar aquí un rato más. —La voz de Lucy me sigue por la calurosa penumbra donde, agazapada, la noche voraz me acecha como un ente insaciable envuelto en una sofocante negrura.

El continuo zumbido del generador del tráiler y el ruido del tráfico empiezan a alejarse en la renegrida distancia a mis espaldas.

Mientras vuelvo al claro que ya no logro ver, apenas un vacío tenebroso debido a la tienda de color oscuro plantada un poco más lejos, a unas hectáreas de distancia, lo que acabo de oír no se me va de la cabeza. Hacía tiempo que no pensaba en lo ocurrido diez meses antes, cuando Dorothy les regaló a Bryce y a Ethan una botella muy cara de tequila.

Recuerdo que me pareció extraña la repentina y extravagante generosidad de Dorothy hacia personas por las que nunca había mostrado interés, aunque por lo general mi hermana triunfa entre los hombres gays. Adora South Beach y South Beach la

adora a ella. Le resulta gratificante y entretenido «vestirse para matar», como ella dice, ser el ombligo del mundo en los bares de ambiente, desfilar en las marchas del orgullo gay o, mejor aún, montarse en una carroza, preferiblemente con un vestido ceñido y escotado, presumiendo de sus curvas de infarto y saludando a todos sus fans como si fuera Sofía Vergara, a la que Dorothy idolatra.

El poco italiano que mi hermana aprendió de pequeña se le ha olvidado hasta tal punto que apenas sabe decir *ciao* o pedir pasta, aunque se la refanfinfla. No sé en qué momento de su vida ocurrió, pero un día Dorothy decidió que era sudamericana.

Domina el español y le chifla todo lo latino. El Miami Sound Machine. La escena *hip-hop*. Le encanta la cocina cubana y la mexicana, y de repente a Bryce también. Yo no le había prestado mucha importancia a su tequila añejo casero hasta hace unos minutos.

No me di cuenta de lo que eso podía significar y, en cualquier caso, ¿por qué me iba a preocupar? No es raro que mi hermana tenga un gran gesto cuando está de buen humor. Tampoco es extraño que sus actos de generosidad sean a mi costa. No fue fruto de la casualidad que yo me hallara en Miami con Dorothy y mi madre cuando Bryce y Ethan recibieron el Gran Patrón, concretamente el Burdeos, que es el tipo de barrica en el que se envejece.

En otras palabras, he oído hablar de ello *ad nauseam*, y cuando lo pienso recuerdo que, en aquel momento, pensé que el motivo de Dorothy era ser más que yo o hacerme la puñeta, pero ¿y qué? No pensaba darle esa satisfacción. Sin embargo, ahora me enfrento a la desagradable posibilidad de que su derroche navideño no fuera espontáneo ni caprichoso.

Para ella no se trataba simplemente de presumir y restregármelo en las narices. Ni durante las vacaciones, ni más tarde en Pascua, ni en el cumpleaños de Bryce o Ethan ni, más

reciente y evocadoramente, en el de Desi. Ha enviado una cesta de *delicatessen*, velas perfumadas, un centro de flores secas y golosinas para sus mascotas. A Desi le ha regalado una chaqueta de los Miami Heat y un cheque, y recuerdo que Dorothy también lo llamó.

Todo esto cuando a nosotros no nos daba ni los buenos días, la verdad sea dicha. Desde luego, nunca prestó atención a mi jefe de personal en las raras ocasiones en que me llamaba al trabajo. Hasta no hace tanto, se mostraba condescendiente y hasta despectiva con Bryce por teléfono. Nunca sintió el menor interés por Desi hasta que murió su madre. Dorothy nunca se tomó el esfuerzo de venir al norte para hacerme una visita hasta el día de hoy, y me pregunto con qué frecuencia habla con Bryce.

Me obligo a no pensar en estos recuerdos en este instante. Cada paso que doy por el camino sin asfaltar me acerca más a una joven que no debería estar muerta, sea cual sea la causa de su fallecimiento. Aún no sé su nombre, que sigue siendo un misterio, pero ella me espera pacientemente en el interior de una tienda levantada detrás del bosque, en el lado más lejano del claro.

Ahora que descubro con lo que Rusty y Harold han estado bregando cerca de dos horas, veo que se han pegado un buen curro o, por citar el juego de palabras favorito de Rusty, «han sudado sangre». A varias hectáreas de distancia, el recinto rectangular podría albergar una modesta ceremonia de boda o un funeral.

Su forma cuadrada y oscura oculta los árboles altos y viejos y los arbustos, así como las imprecisas estrellas y el cuarto de luna. Tampoco puedo ver ya las luces borrosas de las farolas reflejadas en el río, ni el imperio bostoniano de barrios y rascacielos que se despliega en la otra orilla.

A medida que me acerco tengo la sensación de llegar al final de la tierra o de bucear en un arrecife poco profundo que cae abruptamente miles de metros al negro abismo marino. Tengo la

espeluznante sensación de flotar en el espacio exterior, de que me han arrojado a un lugar horrible de mi memoria en el que no quiero estar. Y la idea que me sigue rondando en la cabeza es un comentario de Benton al principio de nuestra relación, de un tiempo que ahora se me antoja de otra vida.

Recuerdo sus palabras exactas, expresadas mucho antes de que sospechásemos siquiera hasta qué punto se revelarían manidas y comedidas:

«Carrie Grethen no ha terminado de arruinar la vida de la gente».

Esa fue la simple predicción que Benton Wesley, el legendario perfilador del FBI, hizo mucho antes de que supiéramos quién era ella, mucho antes de que la arrestaran. Nunca dejó de prevenirnos contra su malevolencia, después de que la inculparan y la condenaran, como tampoco de advertirnos contra ella cuando la encerraron en el pabellón de mujeres del Centro Psiquiátrico Kirby de la ciudad de Nueva York.

27

Psicópata criminal, declarada mentalmente incapacitada para someterse a un juicio a Carrie la encerraron en Wards Island, en medio del East River, y fue un error garrafal.

No sé por qué su fuga sorprendió tanto a todo el mundo. Benton la había anticipado, y dijo que el bellaco que la condujo en helicóptero a la libertad, Newton Joyce, no fue el primer ni el último Clyde de su querida Bonnie. De pequeño, Joyce quedó horriblemente desfigurado en un incendio. Tras su muerte, la policía registró su casa y encontró un congelador con las caras de sus víctimas. Carrie lo había animado a conservarlas como souvenirs. Probablemente la idea había sido de ella.

Estoy segura de que tuvo otros compinches —quién sabe cuántos— después de él, después de exprimir a Troy Rosado y hartarse de él. Carrie siempre sigue el mismo patrón cuando se asocia con otros criminales: escoge a individuos a los que sabe que podrá someter, por lo general hombres con taras sin remedio como Troy o como Joyce, y antes de ellos como Temple Gault, a quien Carrie idolatraba y nunca pudo dominar.

Gault, una rara especie de monstruo glorioso, era un Calígula extravagante y excesivo, solo que también disciplinado y sumamente competente. Menudo y ágil, era tan flexible y letal como un látigo con una cuchilla en la punta. Sabía golpear con la rapidez de una cobra, rebanando una garganta o pateando a su víctima hasta la muerte, y era un fetichista de las mordeduras. Mientras avanzo a través del aire asfixiante recuerdo su cabello rubio claro y sus grandes ojos azules que te miraban con fijeza, como los de Andy Warhol.

Apenas he pensado en Temple Gault en el transcurso de estos

años, y de pronto es como si lo tuviera cerca. Por un raro instante siento su presencia maligna en la quietud de la noche, y me alivia que él y Newton Joyce nos hayan dejado para siempre. Muertos. Por desgracia no puedo decir lo mismo de Carrie. Pienso en su cabello teñido de negro y su gorra de béisbol, en su cutis de una palidez espectral, que protege de manera obsesiva de los rayos ultravioletas y de las toxinas. De todas formas, ese era su aspecto físico hace un año, porque hoy no tenemos ni idea de cuál es su apariencia. A saber.

No obstante, yo reconocería en cualquier lugar sus ojos, de un azul tan misterioso como una radiación de cobalto cuyo núcleo, al descomponerse, emite una luz de zafiro que se oscurece si su ánimo empeora, ensombreciéndose hasta adoptar un tono violáceo furioso, como el del pez damisela cuando se vuelve agresivo. Carrie fue una vez de una exquisita belleza, porque nació con unos atributos excepcionalmente hermosos y una inteligencia fuera de lo común. Su esplendor formaba parte de su maldición.

El resto se lo debía a una madre psicológicamente inestable, fanática religiosa, celosa patológica y con un repertorio infinito de trastornos de la personalidad e ideas delirantes. Carrie no tuvo ningún hermano que sobreviviera. Después de nacer ella, la madre sufrió dos abortos. El varón que nació en el tercer intento murió poco después de que el padre ingresara en prisión. Recuerdo haber consultado los informes de la autopsia y de laboratorio cuando era la examinadora médica en jefe de Virginia.

Recuerdo que pensé que numerosas muertes misteriosas como la de Tailor Grethen, que falleció a los once meses, fueron registradas, quizá erróneamente, como síndrome de muerte súbita del lactante, o SMSL. Recuerdo que a menudo me preguntaba cómo habría muerto de verdad e imaginaba a la pequeña Carrie con su aspecto angelical deshaciéndose de su precioso hermanito de una forma que resultara indetectable:

hundiéndole la cabeza entre el colchón y el flanco de la cuna; colocándolo de modo que no pudiera respirar; asfixiándolo. Por citar a Benton cuando cita a Gilbert O'Sullivan:

«Sola otra vez, naturalmente».

Carrie seguiría siendo hija única en un universo asolado para su solo disfrute. Educada en casa, no tenía compañeros de clase ni amigos, ni participaba en las típicas actividades extraescolares. No iba al cine, no estaba apuntada a clases de música, no practicaba ningún deporte ni leía por placer. Lo único que su madre le permitía ver en la tele eran los programas fundamentalistas religiosos que predicaban sobre Jesús y el juicio final, sobre quién se salvaría y quién no. *El show de Jim y Tammy*. *El Club 700*. Jerry Falwell. Ella se sentaba a escuchar a los telepredicadores que amenazaban con el castigo eterno y otros sustos de las llamas del infierno y, cuando cumplió los seis años, no había nada que Carrie no supiera sobre el pecado.

Su madre se aseguró de que así fuera. Benton cree que no solo no impidió que abusaran sexualmente de su hija, sino que fue idea suya. La madre lo planeaba todo, y atraía a una multitud de hombres hacia su preciosa niñita como colofón de la velada. Carrie era un don, el detallito extra que su madre ofrecía gratis, para luego castigarla con severidad. La obligaba a suplicar perdón, a prometerle que abandonaría el mal camino, y a aceptar degradantes actos de penitencia después de cada agresión y violación.

Su disciplina mental superior y su capacidad de disociación han convertido a Carrie en una psicópata extremadamente lograda, quizá la más perfecta que Benton haya conocido jamás, como dice él mismo, que la ha estudiado y perseguido durante la mayor parte de su carrera. Puede transportarse mentalmente, desapegarse de todo con tanta eficacia que no siente sufrimiento ni dolor alguno, y sabe lo que es tener paciencia. Carrie es capaz

de aguardar su gratificación durante décadas si la recompensa merece la pena, y para ella la mentira y la verdad son caras distintas de la misma realidad. Podría afirmar que el mundo es plano y que la luna es de queso, y pasaría el polígrafo.

El miedo, el remordimiento y la pena son colores ausentes en su paleta emocional, y ya fue mala suerte para Lucy que la tormenta perfecta que es este ser malicioso fuera su supervisora en la Unidad de Investigación de Ingeniería del FBI. Carrie fue designada como la persona a cargo de mi inocente e inmadura sobrina durante las prácticas universitarias que yo organicé personalmente recurriendo a mis influencias y conexiones. Lucy era poco más que una niña en aquella época.

Nunca tuvo realmente la oportunidad de enamorarse y de ser correspondida, y quizá la habría tenido si yo no hubiera concebido la brillante idea de enviarla a la academia del FBI; si nunca hubiera pisado Quantico, en Virginia. Quizá su primera relación importante no habría sido con alguien que la sedujo, le robó el corazón y, en cierto modo, su propia identidad y su alma. Quizá Lucy habría sentido algo diferente por Janet, en aquel momento y también ahora. No me gustaría estar en el pellejo de Janet.

No me gustaría ser quien consoló a Lucy después de que Carrie estuviera en un tris de destruirnos a todos. No es un juego en igualdad de condiciones. Nunca lo ha sido, y Janet es lo bastante inteligente como para darse cuenta de que solo hay unos pocos grados de separación entre el odio letal y el deseo erótico. Son extremos diferentes de la misma pasión desenfrenada, y ella no suscita ninguno de los dos en Lucy.

Janet oscila entre lo mejor y lo peor de todas las cosas en su vida con mi sobrina, y eso me atormenta constantemente, aunque no digo nada al respecto. No es asunto mío. Pero me preocupa que me echen la culpa. Puede que Lucy hubiera estado mejor si yo no me hubiera empeñado en hacer tanto por ella, si no hubiera insistido en rescatarla de la impotencia, la pérdida y

el resto de fantasmas que plagaron mi infancia. Quizá Dorothy tenga razón cuando dice que yo soy la verdadera responsable del daño ocasionado a una sobrina a la que no podría querer más si fuera mi propia hija. Lo irónico es que Dorothy no conoce el peor error que he cometido. No ha oído hablar de Carrie Grethen. Mi hermana podría estar sentada a su lado en el avión sin saber quién es y la importancia que tiene.

Me acerco a la enorme tienda de campaña cuya silueta se recorta contra la noche y me doy cuenta de que, al dar cuerpo a sus peores temores, la visita de Lucy me ha desasosegado. Me da rabia caminar en la oscuridad y dejar que Carrie invada mi mente, y noto que empiezo a resistirme a ella como he hecho infinidad de veces.

—¿Cómo vamos? —pregunto a uno de los policías uniformados mientras mis sudorosos pies cubiertos de Tyvek pisan silenciosamente el camino sin asfaltar que se extiende ante mí.

—Tirando.

—Mantengan la calma y refrésquense —aconsejo a otro agente.

—Usted también, Jefa.

—Si alguien necesita agua, que nos avise —ofrezco al tercer agente con el que me cruzo.

—¿Oiga, Doc? ¿Tenemos ya una idea de lo que ha pasado?

—A eso voy —respondo, y cruzo unas palabras similares con cada uno de ellos.

Como mínimo, hay el doble de agentes apostados por la zona, y no me cabe duda de que Marino se ha asegurado de que han rodeado y acordonado el parque. Nadie puede entrar o salir sin autorización, y estoy atenta a los helicópteros de los noticiarios, agradecida de no oírlos todavía. Lo último que necesito es que aparezcan revoloteando a baja altura y agiten la escena con el aire de sus hélices.

Llego a la tienda y, por segunda vez esta noche, me sobresalta

una figura que sale de las sombras.

—Marino está dentro esperándola —dice oficiosamente el detective Barclay, como si yo acabara de llegar tarde a una cita.

El velcro se rasga con un crujido cuando abro una de las paredes laterales del recinto cubierto. Por un instante me deslumbran las luces auxiliares, que iluminan la escena con tanta fuerza como si estuviéramos en un quirófano. Me quedo quieta al entrar, dejo mi maletín bandolera en el suelo y coloco el teléfono encima.

Examino la superficie de ciento diez metros cuadrados del parque John F. Kennedy, que incluye la farola de hierro con las bombillas destrozadas, la bicicleta y el cadáver, todo ello iluminado como en pleno mediodía. Marino y yo estamos solos, nadie más puede entrar hasta que nosotros lo autoricemos. Trajina de aquí para allá con una ropa protectora blanca que contrasta con las paredes de paneles negros y el techo negro de tres metros y medio de altura sostenido por un andamiaje de postes de aluminio color gris pólvora.

Mientras lo observo tomar notas y hacer fotografías, me siento como si estuviéramos inmersos en una fotografía posmoderna en blanco y negro. Los únicos colores perceptibles son los márgenes de hierba verde, el sendero deportivo parduzco, las advertencias rojas de peligro biológico y los pantalones cortos azul claro de la mujer muerta. Desde mi ángulo no alcanzo a ver la sangre, pero estará coagulada y pegajosa y habrá adoptado un matiz marrón rojizo oscuro que tirará cada vez más hacia el negro puro.

Estas suposiciones se basan en lo que he percibido antes al acercarme al cuerpo y también en las condiciones meteorológicas, que siguen siendo extremas. Ya se siente la humedad del río atrapada aquí dentro. El aire caliente y pegajoso y la baja presión evocan una pista de tenis bajo un domo inflable. Un olor a plástico flota en el ambiente cargado, que no tardará mucho tiempo en resentirse con un hedor

nauseabundo, cuando las bacterias empiecen a pulular y la carne muerta y los fluidos corporales a pudrirse.

—He revisado las mochilas —me dice Marino, y supongo que se refiere a las de Enya y Anya.

—¿Las chicas están a resguardo y se han refrescado en la sala de las margaritas, espero? —Encuentro un maletín con el instrumental sobre el que sentarme y poder vestirme con el equipo.

—Les han dado algo de comer y refrescos. Flanders está de canguro y he enviado a un par de agentes uniformados al domicilio de la madre para comprobar si está bien. —La voz atronadora de Marino se amplifica en el recinto.

—¿Sigue sin responder al teléfono?

—O a la puerta. Pobres niñas. Me sabe mal por ellas.

—¿Y siguen diciendo que la madre está en casa?

—Que estaba dormida en la cama cuando salieron de casa, y tengo la sensación de que sé qué significa eso. Borracha como una cuba, ¿qué te apuestas? —dice Marino—. Voy a tener que involucrar al DCF porque está claro que hay un problema.

El DFC, el Departamento de Menores y Familias, es el organismo de Massachusetts responsable de los niños desatendidos y maltratados. Le digo a Marino que, pase lo que pase en este caso, debe garantizar la seguridad de las gemelas. Todo apunta a que no tienen una supervisión adulta adecuada. Por el camino que van terminarán lastimadas o algo peor, y no creo que entiendan la cantidad de problemas en los que pueden meterse.

—Como robo. Como manipulación de pruebas y obstrucción a la justicia —coincide Marino—. Llámalo como quieras, pero eso es lo que es cuando coges algo que no es tuyo de una escena y decides quedártelo. ¿Y adivina qué? —Encorva el hombro para secarse el sudor de la barbilla—. Resulta que estaban en posesión de las gafas de sol de la joven fallecida. Y también es tener mala suerte, leñe, porque me habría gustado ver dónde las

encontraron. A qué distancia de la bicicleta o del casco, ese tipo de cosas.

Baja la cámara de fotos y viene hacia mí. Yo empiezo a quitarme los protectores de los zapatos que me puse para venir hasta aquí.

—¿Puedo preguntarte qué más había en sus mochilas? —Cuando unos niños se topan con una escena violenta es malo por todas las razones imaginables.

—Sobras de la cena —dice Marino cuando llega a mi lado—. Pan envuelto en servilletas, paquetitos de cosas como queso parmesano, copos de guindilla, sal, aliño para ensalada. —Su enorme cara está enmarcada en Tyvek blanco, como una monja en su hábito, los mofletes sudorosos y de un rojo intenso.

—No parece que estén bien alimentadas. —Lo miro desde mi atalaya—. Pero no lo sabrás de verdad hasta que entres en su casa. ¿Estás bien, Marino? Me preocupa que tengas demasiado calor.

—Bueno, no parece que estén precisamente famélicas. Sí, tengo calor. Esto es un asco.

—Se puede tener sobrepeso y estar desnutrido —le recuerdo—. De hecho, suele ser así, sobre todo si su dieta es mayoritariamente a base de azúcar y comida rápida. Y, si los dejas a su aire, eso es lo que los niños comerán mañana, tarde y noche.

—Al parecer, no mentían cuando dijeron que habían cenado pizza y por qué estaban fuera de casa —continúa—. Tengo la impresión de que lo hacen mucho, haga el tiempo que haga, sin duda porque tienes toda la razón: su madre no se ocupa de ellas.

—Puede que nunca se haya ocupado de ellas, ni siquiera cuando estaba embarazada. —Sugiero que las gemelas pueden estar sufriendo el síndrome de alcoholismo fetal.

—Eso explicaría por qué entre las dos no serían capaces de encender una bombilla de diez vatios —añade Marino—. Saben apañárselas en la calle, pero nada más. Y es una mierda. Los

niños no deberían tener que buscarse la vida en la calle.

Vuelvo al tema de las gafas de sol:

—Las gafas que se llevaron. ¿De qué tipo eran?

—Son una Maui Jims, de *sport*.

—¿Sin montura y con cristales color ámbar? —pregunto mientras vuelvo a tener la sensación de que me hundo.

—Eso —responde—. Las encontraron cerca del cuerpo, según Enya. Las lentes tienen polvo y están muy arañadas, y eso me hace pensar que la víctima las llevaba puestas cuando la atacaron. Suponiendo que no estuvieran ya en mal estado.

—Debemos tener cuidado con decir que la atacaron. —No me gusta cuando me toca asumir el papel de regañona.

—Cuando viste a la mujer montada en bicicleta, ¿te fijaste si sus gafas de sol estaban arañadas? —me pregunta Marino.

—No me fijé, asumiendo que se trate de la misma persona.

—Creo que lo sabemos. —Se quita los guantes y los introduce en la bolsa de basura de residuos biológicos que cuelga de un soporte metálico—. Es difícil imaginar que estemos hablando de dos mujeres diferentes que se parecen físicamente, tienen más o menos la misma edad, y llevaban zapatillas Converse y una camiseta de un concierto de Sara Bareilles. Y quizá el mismo tipo de gafas de sol. Y además fueron vistas en la misma zona de Cambridge a la misma hora.

—Aunque sean la misma persona eso no significa que sepamos quién es. —Seguiré recordándole que sea prudente, aunque no me escuche.

—¿Y la otra cosa que las chicas habían escondido? —Coge un rollo de papel de cocina y arranca varios cuadrados para secarse la cara—. Un colgante. Una calavera dorada del tamaño de una moneda, como parte de un collar. Creo que procede de la cadena de oro rota.

—¿Dónde la encontraron?

—Dijeron que en el sendero cerca de la bicicleta. Por lo que me enseñaron, creo que fue en la zona general donde estaban los

trozos de cadena. —Tira las toallitas de papel dentro de la bolsa de basura roja brillante y yo también tiro mis cubrezapatos usados.

—La mujer que conocí antes llevaba un collar poco corriente con una calavera. Era dorado y parecía bastante sólido, no plano como un medallón, sino con contornos redondeados —le informo—. Vi que se lo echaba a la espalda y se lo metía en la camisa por detrás cuando cruzaba pedaleando Quincy Street, en dirección al Yard.

—Tiene que ser ella, y no me hace ninguna gracia que la vieras dos veces justo antes de que se la cargaran. Me preocupa que tenga alguna conexión contigo, Doc.

—Pues no se me ocurre cuál podría ser —respondo—. No creo haberla visto antes de hoy.

Luego le hablo de mis búsquedas en internet a propósito de Elisa Vandersteel. No he podido encontrarla en Londres ni en ningún otro sitio.

28

—El carnet de conducir podría ser falso —dice—. Hoy en día es pan comido para la tecnología falsificar carnets que parecen originales.

—Es curioso que, sea quien sea Elisa Vandersteel, tampoco parece tener redes sociales —le informo—. ¿Qué joven no las usa en la actualidad? Y no he encontrado nada en las noticias acerca de nadie con ese nombre que pudiera ser ella, pero solo dediqué unos minutos a la búsqueda.

—Coincido en que es extraño. A menos que tuviera motivos para no querer llamar la atención. —Marino se baja la capucha blanca y se seca la reluciente cabeza con toallitas de papel—. ¡Jesús, estoy sudando como una ramera en una iglesia! O tenía un documento de identidad falso, y no existe ninguna Elisa Vandersteel con esa fecha de nacimiento y ese domicilio. Quizá eso explique que no haya nadie con ese nombre en las redes sociales.

—Lucy está trabajando en ello. A ver qué averigua. —Abro un paquete de monos.

—Pues espero que sea más de lo que ha averiguado de momento, vaya. —Es una desafortunada indirecta a los esfuerzos fallidos de Lucy con Tailend Charlie, y no pienso hacer el más mínimo comentario.

Escudriño la zona iluminada del parque, dentro del recinto con forma de cubo y techo plano. Mi atención se desplaza por el césped, el camino de arena compacta, la bicicleta volcada y el cadáver. La escena parece tan apacible que resulta inquietante, como si no fuera posible que alguien hubiera muerto de forma violenta en este lugar.

—¿Cómo vamos? —Le pido a Marino que me ponga al corriente de si ha pasado algo desde la última vez que nos comunicamos—. ¿Has encontrado algo interesante que se nos pasara por alto la primera vez? Hay que finiquitar este asunto con la mayor celeridad y seguridad. Esto es insoportable y no quiero que ninguno de nosotros sufra un golpe de calor.

—Principalmente he estado recopilando lo que ya sabemos. Los trozos de la cadena de oro, el carnet de conducir. Y su casco, que no me ha parecido dañado.

—¿Crees que Enya y Anya podrían haber recogido otras pruebas?

—¿Para esconderlas dónde? He registrado sus mochilas, y tenemos las gafas, el colgante de la calavera y el móvil. Aparte de eso, encontramos la camiseta sobre la que una de ellas vomitó entre los arbustos.

—A menos que encontraran otro escondite —propongo—. Dinero, por ejemplo. ¿Tarjetas de crédito, dinero en efectivo? ¿La víctima iba sola en bicicleta por ahí sin dinero y sin llaves?

—Lo único que puedo decirte es que juran que no se llevaron nada más «prestado». —Marino se quita los guantes y abre la cremallera de una bolsa térmica Harley-Davidson, negra y pequeña, que es de su propiedad personal—. Les dieron la vuelta a sus bolsillos para enseñármelos. Nada.

—Supongo que depende de si confían en ti lo suficiente como para ser sinceras —le respondo mientras saca una botella de agua que gotea y me la ofrece—. No, gracias. De momento estoy bien. También depende de si tú confías en ellas —añado a propósito de las gemelas—. ¿Confías en ellas?

—Coño, a estas alturas las he convencido de que van a prestar juramento como detectives juniors de un minuto a otro. Así que puedo asegurarte que si tuvieran algo más ya me lo habrían entregado.

—También tengo curiosidad por saber por qué no se les ocurrió recoger el carnet de conducir. —Empiezo a ponerme el

pantalón sintético blanco por encima de los odiosos zapatos—. Cuando el detective Barclay apareció yo estaba todavía en el sendero. Me pregunto cómo llegó el carnet donde estaba y por qué las chicas se llevaron otras cosas, pero eso no, por el motivo que sea.

—Probablemente porque, por su forma de reflexionar —responde Marino—, si las pillaran *in fraganti* con el documento de identidad de un muerto ahí no habría tutía. No es que crean que llevarse las pertenencias de una persona herida o, en este caso, muerta, esté bien. Dicho esto, en algún nivel son capaces de diferenciar el bien del mal. Pensaron «el que lo encuentra se lo queda». Y asumieron que la mujer muerta ya no iba a necesitar gafas de sol, un teléfono o un colgante dorado con forma de calavera.

—¿Eso dijeron?

—Más o menos.

—Bueno, la mujer muerta tampoco iba a necesitar ya el dinero.

—Lo sé. Pero a menos que lo lleven escondido en la ropa interior… —Le da un buen trago al agua y la botella está casi vacía cuando la devuelve a la bolsa térmica—. Le pediré a Flanders que lo compruebe, porque no iba a hacerlo yo mismo, ni de coña, y que me endilguen una acusación de maltrato.

—Esperemos que no hayan escondido nada más que la víctima ya no fuera a necesitar.

Vuelvo a repasar mi encuentro con la ciclista cuando estábamos delante del Faculty Club. No reparé en que llevara más joyas.

—No vi ningún reloj, por ejemplo —le comento a Marino—. Pero el teléfono, las gafas de sol y cualquier otro objeto que Anya y Enya cogieran y guardaran en la mochila serán un problema si esto llega a los tribunales.

—Solo queda esperar que no hayan revuelto nada importante. —Separa los dedos y se pone guantes nuevos—. No es que haya

mucho donde revolver. De momento no he visto huellas discernibles ni colillas recientes. No hay gotas de sangre ni nada que te pueda hacer pensar que se produjo una lucha. Es como si ya estuviera muerta cuando cayó al suelo.

—Desde luego, parece que no se movió. —Me levanto y meto los brazos en las resbaladizas mangas blancas—. Por lo que estoy viendo, sospecho que cuando cayó al suelo estaba inconsciente y moribunda —añado.

En ese momento suena mi móvil. Es Lucy, y me pongo el auricular. Le digo que espero que haya encontrado algo.

—South Audley Street, Mayfair. Cerca de Grosvenor Square.

—¿Es la dirección de Elisa Vandersteel? —Vuelvo a sentarme encima del maletín con el equipo y miro a Marino.

—Una casa de más de quinientos metros cuadrados valorada en unos treinta millones de libras —responde Lucy—. Esa es la dirección que figura en el carnet de conducir, y una de las razones por las que su nombre no aparece en las búsquedas ordinarias es que ni ella ni su familia viven allí.

—Entonces la dirección es falsa.

—No lo es. El dueño es el CEO de una compañía tecnológica, William Portison. Británico, fue al MIT, al Instituto de Tecnología de Massachusetts, y su mujer se llama Diana. —La voz de Lucy suena en mi auricular—. ¿Te dice algo eso?

—No creo.

—Él es el dueño de la casa donde Elisa Vandersteel estuvo viviendo como *au pair* durante los dos últimos años —dice Lucy sin el menor resquicio de duda—. Eso explicaría por qué el lujoso domicilio de los Portison en Mayfair figura en su carnet de conducir británico. Y el hecho de ser *au pair* podría explicar por qué no tiene redes sociales. Hay empleadores que no lo permiten si son precavidos con la privacidad y el cuidado de sus hijos.

—Puede que tengas razón, pero es raro —replico.

—Muchas *au pairs* trabajan a cambio de alojamiento y comida —añade Lucy—. Básicamente se convierten en parte de la familia.

—Sí, pero normalmente no hasta ese punto —replico—. No creo que vivir con una familia te dé derecho a usurpar su dirección y usarla como propia. Si la casa de South Audley Street no es la residencia legal de Elisa Vandersteel, entonces no debería figurar en su carnet de conducir ni en otros documentos identificativos. Como mínimo, comporta una responsabilidad para los Portison.

—Bueno, parece que no le impidieron usarlo cuando se mudó a Londres hace dos años y se sacó el permiso de conducir británico —señala Lucy—. Es la dirección que dio para muchas cosas y recibía correo allí. Así que supongo que estaban al corriente de lo que hacía.

—¿Se mudó allí desde dónde? —pregunto.

—Canadá —responde Lucy por el auricular—. Cambió su carnet de conducir por uno británico. Y la razón evidente para hacer algo así es que tenía pensado conducir en el Reino Unido durante más de doce meses.

Habla del asunto con una certidumbre que me deja perpleja, y no voy a preguntarle cómo ha conseguido averiguarlo. Cuando busqué a Elisa Vandersteel salí de internet con las manos vacías. Pero no sé dónde ha buscado Lucy. Posiblemente en la web profunda, la undernet. Me niego a aventurarme en el Triángulo de las Bermudas del ciberespacio, donde merodean los terroristas y los perversos de cualquier calaña, y donde las personas más confiadas y sus bienes naufragan, para siempre a la deriva.

Lucy me recuerda constantemente que ya no hay nada privado. Quizá lo que estoy viviendo con los Tailend Charlies del mundo es simplemente el precio que hay que pagar por hacer

negocios en los tiempos que corren. Pero reconozco que lo odio. A veces me siento como Rip van Winkle cuando se despierta y descubre que han pasado décadas enteras. Lo único es que a mí se me hace un siglo. La vida solía ser más civilizada de lo que es ahora, de eso no hay duda.

—Y es probable que su visado de trabajo hubiera caducado o algún otro problema de esa índole —añade Lucy como si hubiera tenido acceso a un dosier—, lo que explica que ya no esté en Londres.

—Desde luego, la mujer que he conocido hoy tenía acento británico, no canadiense —comento—. De hecho, lo primero que pensé es que podía ser de Londres.

—Elisa Vandersteel estuvo los dos últimos años en Londres, pero no es de allí.

—¿Y antes de eso?

—Estudiaba en la Universidad de Leicester, y antes estuvo en Toronto, donde nació.

—¿Y tenemos alguna idea de por qué estaba en Cambridge? —pregunto—. Yo diría que tenía algo que ver con el teatro de repertorio o con el musical *Waitress*, porque fue allí donde me la crucé por primera vez.

—No es alumna aquí —dice Lucy como si fuera una evidencia—. Su nombre tampoco guarda relación con el ART, el Loeb Center, *Waitress*, ni nada vinculado o parecido siquiera. A lo mejor hacía un voluntariado o algo de eso. Eso será fácil de averiguar.

—Me pregunto si habrá estado viviendo con alguien aquí, como hizo en Londres. —Le cuento lo del chico joven con el que se besó delante del Faculty Club.

—Apuesto por eso. Se estaba quedando en casa de alguien, lo que explica que no encuentre nada que indique que tiene un domicilio en el área metropolitana de Boston. No hay nada a su nombre. Ningún alquiler. Nada de su propiedad. Ni siquiera una

habitación de hotel o un subalquiler —explica Lucy, y noto la mirada curiosa de Marino.

—¿Tenemos un documento identificativo? —pregunta, y le indico que eso parece.

El carnet de conducir británico encontrado en el sendero deportivo es auténtico. La mujer muerta es Elisa Vandersteel, de veintitrés años, licenciada universitaria y antigua *au pair*. Pero no revelaremos su nombre públicamente hasta que hayamos obtenido una confirmación por ADN o sus informes dentales y hayamos avisado a sus parientes más próximos. De momento, Marino y yo partiremos del principio de que se trata de ella. Me siento desconcertada otra vez.

Me siento fatal. En el fondo, ni siquiera estoy segura de cómo me siento, de cómo debería sentirme, de cómo debería sentirse nadie. Es como si hubiera tenido la oportunidad de cambiar el destino de Elisa Vandersteel y no la hubiera aprovechado. La he tenido delante dos veces hoy, pocas horas antes de su muerte. Pero eso no ha servido de nada. ¡Si solo hubiera podido retenerla! ¡Si le hubiera aconsejado que se abrochara el barboquejo o se protegiera del calor de la calle! Quizá habría conseguido que tomara otra decisión.

Quizá habría cambiado la última ruta que siguió o habría modificado algún detalle, cualquier cosa. ¡Si solo hubiera podido retrasarla o desviarla de su trayectoria, decirle que no pedaleara sola después de anochecer por un parque desierto! Por supuesto, no sabía que iba a hacerlo. No sabía lo suficiente para darle a Elisa Vandersteel un maldito consejo que pudiera haber evitado su muerte. Y tengo que dejar de darle vueltas a estas ideas o me volveré majara.

—Su padre era Alexander Vandersteel, y se suicidó en 2009 a la edad de cuarenta y un años. —Lucy me pone al corriente de lo que ha encontrado hasta ahora y oigo el clic de las teclas de fondo mientras continúa con sus búsquedas—. Tengo su obituario delante, y parece que dirigía una organización

benéfica que se fue al traste por alguna estafa de inversiones tipo Madoff. Se colgó de una viga en el garaje —continúa, y me cuesta imaginar que un detalle así figure en su obituario.

—¿Y la madre de Elisa? —Me pongo de pie y me subo la cremallera del mono hasta la barbilla, pero reservo la temida capucha para más tarde.

—Aún no estoy segura —responde Lucy—, pero sus padres estaban divorciados.

—A ver si lo he entendido bien. El padre está muerto, no sabemos nada de la madre, y estaban divorciados —repito—. Supongo que pasamos al plan B porque parece que las relaciones familiares de Elisa Vandersteel no van a sernos de gran ayuda para averiguar más sobre su identidad.

Me siento otra vez y empiezo a ponerme unos cubrezapatos nuevos. Luego añado:

—Lo más probable es que no podamos confirmar quién es hasta que recuperemos ciertos objetos personales como su cepillo de dientes o su cepillo de pelo.

—Supongo que se alojaba en casa de alguien de por aquí —dice Lucy—. Y te puedo prometer que alguien del teatro tendrá al menos algunas de las respuestas que necesitamos. He pensado en pasarme por allí antes de que todo el mundo se vaya a casa esta noche, por fisgonear un pelín, por averiguar quizá dónde vive el novio y dónde vivía ella. Encontraré algo.

Miro la hora en el móvil. La función de la tarde en el teatro de repertorio habrá terminado hace más de una hora.

—¿Cómo vas a explicar tu interés en ella? —pregunto—. Debemos ser cuidadosos y no levantar sospechas.

—Ah, claro, se me olvidaba. Es que soy novata en esto —bromea mi sobrina, exagente del FBI y de la ATF, la agencia de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos, que vivió años de incógnito y no necesita mi entrenamiento.

Le digo que vaya con cuidado, y ella responde que nos veremos más tarde.

—Probablemente vuelva a la oficina en algún momento —añade. No le pregunto si Dorothy y su montaña de equipaje están ya en el coche con Janet y Desi.

Termino la llamada, sin muchas ganas de sacar a relucir el tema de mi hermana delante de Marino, que no me ha quitado ojo mientras hablaba por teléfono. Tengo la intuición de que está pensando en ella, pero no voy a darle bola para hablar de eso. Si lo que ha dicho Benton es cierto y Marino y Dorothy han empezado algo que ignoro, no quiero enterarme ahora. No está el horno para bollos.

—¿Preparado? —le pregunto.

29

—La temperatura ambiente es de treinta grados y medio —dice Marino. Veo que ha colocado el termómetro encima de mi maletín, cerca del cadáver.

Me pongo los guantes púrpura de nitrilo y ya estoy sudando debajo de mi ropa de protección. Busco mi cuaderno de notas.

—Gracias.

—¿Qué vas a hacer para tomarle la temperatura? —pregunta—. Me preocupa. Deberíamos haberlo hecho nada más llegar.

—¿Con ayuda de linternas en la oscuridad y sin saber qué pruebas nos arriesgábamos a alterar o contaminar?

—Lo sé. Y estoy contigo, Doc. Pero solo digo que he oído algunos comentarios, ¿sabes? Algunos polis van diciendo que tú estabas en el tráiler, con el aire acondicionado y sin calentarte mucho la cabeza con el caso.

—Ya hemos oído esos comentarios antes, y no será la última vez.

—¿Deberíamos darle la vuelta o qué piensas? Porque no veo cómo vas a ponerle un termómetro en la axila en vista de que tiene los dos brazos estirados.

Marino levanta sus brazos por encima de la cabeza. Cuando está envuelto en ropa protectora blanca, me acuerdo de Bryce cuando lo llama el Yeti.

—De momento no hace falta. No necesito darle la vuelta para tomarle la temperatura.

—Está bien. Pero parece que cuanto más tiempo esté aquí fuera…

—Lo entiendo —respondo—, pero, como has señalado, tiene los brazos extendidos por encima de la cabeza. Aunque la

recoloque, no será lo idóneo para tomarle la temperatura corporal.

Queda la opción rectal. Pero no pienso insertarle en ningún caso un termómetro por ese orificio y arriesgarme a producirle una lesión o darle la oportunidad a algún picapleitos peleón de acusarme de ello. Voy a optar por la técnica menos práctica de hacerle una pequeña incisión en el lado derecho superior del abdomen para obtener la temperatura del hígado.

Empezaré por ahí. Me aproximo al cuerpo. Me arrodillo cerca con un bisturí estéril desechable y percibo un tufillo a descomposición y otro olor, sobre todo perceptible cerca de su cabeza. El hedor de la sangre en descomposición se mezcla con algo más, que intento aislar.

—Huele a algo acre —le digo a Marino mientras la víctima rezuma sangre de color rojo oscuro a través de la pequeña incisión que le hago.

—Yo no huelo nada. —Marino mira hacia otro lado entre tanto yo introduzco el largo termómetro.

Marino no es aprensivo hasta que lo es. Cuando llega a un punto, hay cosas que le molestan de verdad. Me acerco a la cabeza de Elisa Vandersteel para encontrar el origen del olor, de rodillas, inclinándome para observar con atención.

—Yo no —repite Marino—. Lo único que huelo es la sangre que se está pudriendo.

—Esto. —Le señalo cabello chamuscado cerca del cuello y la mandíbula derecha.

—¡Joder! Está claro que tienes el olfato más fino que un sabueso.

También distingo pequeños fragmentos de cristal. Brillan como granos de arena en su revuelta coleta, pero no veo ninguno en su ropa, su piel o adherido a la sangre seca marrón rojizo de su oreja derecha.

—Así que a lo mejor le golpearon la cabeza —dice Marino al tiempo que observa dónde voy tocando—. Eso puede hacer que

sangres por los oídos.

—Depende del tipo de traumatismo craneal.

—¿Qué dices de uno causado por una pistola? —propone, y no lo dice para hacerse el gracioso—. No sabemos si alguien la disparó. —Vuelve a ocultar los ojos tras la cámara mientras saca más fotografías—. Hemos visto nuestra buena ración de casos en los que no sabíamos si habían muerto de un disparo hasta que los examinan en la morgue.

—De momento no sabemos mucho —convengo. Tengo pocas dudas de que, en esta fase inicial de la investigación, Marino esperaría que a la víctima la hubieran disparado con una escopeta, le hubieran clavado un cuchillo en la espalda o le hubieran asestado un hachazo en la cabeza.

Así sabría exactamente a qué debe enfrentarse, y desea trabajar en este caso por encima de todo porque ya está rumiando una explicación. Es natural querer encajar los hechos con una corazonada, y ese es el problema al que me enfrento rutinariamente porque, cuando andan desencaminados, a los polis les cuesta mucho reconocerlo. No hay conquista, reconocimiento o subidón de adrenalina si Elisa Vandersteel murió por causas naturales o por un accidente.

—Puede que haya muerto de un disparo. —Marino no suelta su hueso, pero lo hará tarde o temprano—. Y si te dispararan en la oreja a corta distancia, el fogonazo puede quemarte el pelo.

—Estoy bastante segura de que no es eso lo que estamos viendo.

Estudio mechones y rastrojos que me recuerdan al nailon derretido. Pienso en lo que Anya y Enya mencionaron: que cuando se acercaron al cadáver habían notado un olor que les recordaba al secador de pelo de su madre cuando se recalienta. Posiblemente lo que detectaron fue este olor a pelo quemado. Si es así, decían la verdad. Cuanto más observo el cuerpo de cerca, más se modifica la realidad delante de mis ojos.

Lo que empezó siendo el escenario de un intento de asalto,

robo o agresión sexual que se volvió mortífero se está transformando con rapidez en otra cosa del todo distinta. Marino no querrá oírlo. No al principio. Pero después de pasar la mayor parte de mi vida profesional con él, estoy acostumbrada a convencerlo de que se baje del burro, y al final me lo agradece. De vez en cuando yo también caigo en prejuicios. No conozco a nadie que sea imparcial.

Marino es probablemente el policía más implacable con el que he trabajado, y su primer reflejo será resistirse a la pista que siguen mis razonamientos. Cuando un detective que se precie le hinca el diente a una teoría, no quiere soltarla. Si no te andas con cuidado, una investigación puede convertirse en una competición, en un concurso, cuando en realidad la cosa no va de ganar. Va de descubrir la verdad.

—A lo mejor se quemó el pelo cuando se lo estaba secando después de su ducha matutina —sugiere Marino—. Es importante recordar que no sabemos cuándo ocurrió. Tal vez no tenga nada que ver con lo que la mató.

—¿Se secó el pelo después de su ducha matinal? —le llamo la atención sobre lo que acaba de decir—. ¿Sabemos que eso es lo que hizo?

—Negativo, porque apenas sabemos quién demonios es. Pero lo que intento decir es que no tenemos ni idea de cuándo ocurrió. He visto a gente quemarse el pelo con parrillas, estufas, mecheros —me recuerda.

Pero a lo que se refiere en realidad es a que él ha experimentado cada una de las situaciones mencionadas en más de una ocasión. Marino no ha cambiado mucho. Todavía me saca de quicio cuando empieza a rociar con líquido inflamable las barbacoas que hacemos en el jardín. No sabría decir las veces que le he dicho: «¿Qué es lo que no entiendes de “más no siempre es mejor”?».

—En la época en que aún me quedaba algo de pelo, una vez me lo quemé encendiendo una bengala —comenta, y yo también

lo recuerdo—. Tardé la hostia de tiempo en olvidarlo. —Ocurrió en Richmond, y no lo ha superado—. Lo que vengo a decir es que no sabemos cuándo se chamuscó el pelo y menos aún si tiene algo que ver con nada de esto.

Los ojos sin vida de la joven me miran a través de sus párpados entornados.

«Si pudieras hablar», me digo, como siempre. Lo hará a su manera y llegado el momento. El lenguaje de los muertos es silencioso y arduo, y el mensaje que sigo recibiendo es que Elisa Vandersteel tiene un aspecto limpio e ileso que sorprende. Aún no le he dado la vuelta y sabré más cuando pueda practicarle un examen interno. Pero ya estoy segura de que su cabello chamuscado guarda relación directa con su muerte.

Eso no significa que estemos ante un homicidio. Creo que fue asesinada por un depredador, pero eso no significa que fuera humano. También pudo haber sido una electrocución, y escudriño el lugar en busca de cualquier posible fuente de corriente. Miro a ver si detecto algo dañado, que constituya un cortocircuito con el que ella hubiera podido entrar en contacto.

Mi atención sigue volviendo al sospechoso más obvio, la farola de hierro con las bombillas rotas. Sigo mirando hacia el cielo, pero a cada vez me topo con la misma evidencia: que el dosel de la tienda no me deja verlo. Pienso en líneas eléctricas, en rayos, y le digo a Marino que lo que le chamuscó el pelo probablemente sucedió en el momento de la muerte o en torno a él. Si se hubiera quemado el pelo antes, no creo que el olor perdurase hasta ahora.

—Solo que yo no lo huelo. —Marino se inclina cerca del cuerpo, encogiendo sus anchos hombros.

—Yo sí —insisto—. Y si ahora lo huelo tanto, es probable que el olor fuera mucho más fuerte hace un par de horas, cuando Enya y Anya llegaron y encontraron a la víctima.

Marino escudriña el cadáver y recorre con la mirada la zona iluminada del parque que abarca la tienda.

—Lo único que llama la atención es la farola reventada. —Empieza a coincidir conmigo a su pesar, y por fin llegamos a alguna parte.

—Eso es exactamente lo que me pregunto. Los daños ocasionados a esa farola nos dicen algo importante —respondo, y nos ponemos a hablar de líneas eléctricas.

En Cambridge, la mayoría no están soterradas, y Marino afirma enseguida que si alguna se hubiera caído ya la habríamos encontrado.

—Y la descarga eléctrica habría sido guapa. Eso, o las gemelas estarían echando chispas —añade—. Pero entonces ¿cómo crees que ha podido producirse una electrocución, Doc? La chica tendría que haber entrado en contacto con una fuente cargada de electricidad, y no veo cómo habría podido producirse algo así.

A continuación señala que no hay cuadros eléctricos accesibles que puedan contener circuitos bajo tensión, ni cables o herramientas que puedan funcionar mal.

—Y no veo líneas de transmisión, cables, ni nada de ese tipo expuesto en el suelo, por ninguna parte —continúa enumerando la lista.

Marino sabe de lo que habla. Tiene su propio taller mecánico, un garaje gigantesco, y construir un anexo a su casa o revisar el motor de su camioneta le parece lo más normal del mundo. Es un manitas. En más de una ocasión, cuando he estado en apuros por alguna emergencia eléctrica, he recurrido a él. Especialmente en los primeros años, cuando vivía sola y Marino siempre se pasaba por casa para realizar alguna chapuza, instalar luces con sensor de movimiento, reparar la puerta del garaje, cambiar el aceite del coche o el triturador de basura.

—Y menuda chiripa hemos tenido, ¿no? Porque, si no, estaríamos fritos desde el minuto uno en que empezamos a

inspeccionar la zona.

—No es un panorama ideal. —Retrocedo unos pasos por el sendero para observar la farola y la disposición de los cristales rotos.

Las bombillas no solo se agrietaron o se rompieron. Estallaron con semejante fuerza que algunos pedazos y fragmentos salieron despedidos a varios metros de distancia. La farola tiene en torno a tres metros de altura, y no puedo ver con precisión los daños ocasionados, pero está claro que Marino sí.

—Los tornillos siguen en los casquillos y las tres bombillas están totalmente destrozadas. —Rodea la farola con la cara roja y sudorosa y mira hacia arriba con las manos en jarras—. La mayor parte de los filamentos ya no están.

—¿Cómo puedes verlo desde aquí? —La farola está tan por encima de mi cabeza que no veo nada de su interior.

—Mientras terminaban de instalarlo todo, me serví de una escalera de mano y saqué fotografías, que te enseñaré más tarde —me explica—. Falta el pestillo metálico, lo que quizá explique por qué el pequeño panel de cristal está abierto, y la pregunta sigue siendo: ¿cuándo ocurrió? ¿La explosión de las bombillas provocó la rotura del pestillo, del gancho? ¿O sabemos si tenía alguno para empezar? Seguiremos buscando, pero de momento no ha aparecido.

Me acerco a la bicicleta tumbada de lado, cuya rueda trasera está más cerca de la entrada del parque por la que Marino y yo llegamos. Eso podría hacernos suponer que Elisa Vandersteel siguió el mismo recorrido, y la recuerdo pedaleando por Harvard Yard. Me la imagino girando a la derecha por John F. Kennedy Street para entrar al parque desde el este.

Desde allí habría seguido el sendero deportivo hasta el claro, pedaleando hacia el oeste a medida que el sol se ponía tras los árboles y las sombras se oscurecían y se alargaban. Si me baso en la posición de la bicicleta, algo ocurrió justo aquí donde me encuentro, con la farola de hierro a varios metros a mi

izquierda. Su cuerpo aterrizó a tres metros de ahí y su cabello tenía trozos de cristal. Su casco yace incluso más lejos.

Cuando pienso en las muertes causadas por un rayo en las que he trabajado, recuerdo que, a primera vista, casi siempre parece que nos enfrentamos a un ataque violento. La ropa puede estar desgarrada, hecha jirones o completamente arrancada, y eso me hace acordar de la camiseta encontrada en los arbustos. Los zapatos o las botas pueden hendirse de un lado a otro o desprenderse de los pies, como las zapatillas Converse. Las joyas se derriten o se rompen, y eso me hace pensar en los trozos de la cadena de oro que hemos encontrado. Los extremos rotos parecen despedazados, y eso es coherente con una descarga eléctrica. La corriente golpea un objeto metálico, sobrecalentándolo, y se desintegra.

Es frecuente que las víctimas resulten gravemente heridas cuando la fuerza explosiva de una electrocución o de un rayo las arroja al suelo. No es raro que se produzcan muertes como resultado de un traumatismo por un golpe contundente, y eso podría ser lo que mató a Elisa Vandersteel. Pero tengo mis dudas.

30

Mi mono de trabajo cruje. El fino material blanco resbaladizo susurra cuando vuelvo a agacharme sobre los talones para observar más de cerca el camino sin asfaltar y la hierba circundante.

Son más de las once de la noche y la peste de la descomposición ha enrarecido y espesado el aire. Aquí dentro es casi insoportable. Pero al menos no nos bombardean las moscas. La tienda contribuye a mantenerlas alejadas y, por regla general, no están activas de noche, ni buscan heridas putrefactas ni orificios en los que poner sus huevos.

Estudio los fragmentos de vidrio tan pequeños como granos de sal que han llovido sobre la bicicleta y relucen como diamantes en el cuadro de la bicicleta, sus neumáticos y las briznas de hierba.

—No es que sea una experta en explosiones de bombillas — le digo a Marino mientras observo la rueda trasera de la bicicleta —, pero en el lugar preciso donde cayó la mujer hay una buena cantidad de cristal pulverizado.

—Lo he visto antes en incendios de origen eléctrico y arcos voltaicos. El cristal de las bombillas es muy frágil, y si le das suficiente caña volará en mil pedazos. —Se pone en cuclillas a mi lado, y percibo su calor y huelo su sudor—. Pero una parte de lo que estamos viendo se debe probablemente al polvo que recubría el interior de las bombillas.

Levantamos la cabeza para mirar la farola vacía con el panel abierto, y debajo se ve un residuo blanquecino en el marco de hierro negro. Al estallar, los fragmentos de cristal dejaron una estela que parece un fino polvillo que centellea y titila por el

sendero deportivo, a través del césped, hasta llegar a los árboles.

Me lo imagino como una animación. Imagino la bombilla que explota con violencia y la caída de la bicicleta. Los dos sucesos ocurren simultáneamente y Elisa Vandersteel sale despedida del sillín. Si los hechos ocurrieron así, eso explicaría las diminutas partículas de vidrio presentes en la bicicleta volcada. Podría ser la única explicación para que unas partículas tan finas quedaran atrapadas en su cabello.

—Bueno, creo que llevas razón en que esto tiene que ver con su pelo quemado. —Marino estira el cuello para ver mejor la farola de hierro negro—. Pero si la farola falló cuando ella pasaba por debajo, ¿no sería esperable que tuviera cortes a causa de las esquirlas que saldrían volando?

—Buena observación. Lo único que puedo decir es que aún no he visto ninguna herida de ese tipo. —Intento valorar a qué altura estaba Elisa Vandersteel cuando iba pedaleando por la pista ciclable.

La bicicleta híbrida ligera tiene un cuadro de aluminio pequeño, un manillar bajo y un asiento de gel que, según mis cálculos, estaría aproximadamente a metro y medio del suelo con la bicicleta en posición vertical. Cuando atravesó el Yard, la joven iba inclinada sobre el manillar, pero no agachada del todo como en posición de carrera. Calculo que la farola debía de encontrarse al menos a dos metros por encima de su cabeza cuando las bombillas estallaron y se salieron del panel abierto.

—A mayor masa, mayor velocidad —le explico a Marino—. Y los trozos más grandes, la metralla, debieron de volar por encima de su cabeza. Pero los trozos pulverizados no llegarían muy lejos. Caerían revoloteando al suelo. Eso suponiendo que ella fuese montada en la bicicleta en ese momento, y no veo nada que me haga pensar lo contrario —añado—. Todo esto es hipotético, pero la presencia de cristal en el cabello es significativa. No pudo haberle caído encima donde el cuerpo yace ahora.

—No. No hay nada por allí, porque todos los cristales volaron en esta dirección —dice señalando la Kennedy School—. Así que lo cierto es que nos cuesta creer que alguien la agarrara para tirarla de la bicicleta. —Me mira, y es buena señal que haya empezado a hablar en primera persona del plural—. Empezamos a pensar que no hubo ningún agresor, que ella simplemente atravesaba el parque y recibió la descarga de una farola defectuosa, un relámpago o cualquier locura del estilo.

—Es un escenario posible —convengo—. No veo ningún indicio de que haya habido un enfrentamiento físico.

—Entonces no podemos calificarlo de homicidio. Cuando la gente pregunte por el motivo, ¿qué les decimos?

—De momento es incierto. Cuanto menos digamos, mejor.

—No hace falta que lo jures. Pero ¿que salga despedida a tres metros como si la hubieran lanzado con un cañón? Lo único que te digo es que se necesita una fuerza del copón. Y supongo que su casco salió rodando incluso más lejos porque es ultraligero.

—Y porque posiblemente no llevaba abrochado el barboquejo. —Le cuento que cuando vi a Elisa Vandersteel cruzando Quincy Street en dirección a Harvard Yard, llevaba la correa colgando.

—Mierda —maldice—. Bueno, pues eso lo explicaría.

—Sabremos mucho más cuando se determine exactamente qué ocurrió con la farola —comento—. No será divertido si hay que desenterrarla entera y transportarla a los laboratorios.

—Eso ya lo hemos hecho antes. Y esta no será la última vez.

Revuelvo en mi maletín con el instrumental y saco bolsas de plástico transparente y de papel de estraza. Reúno rollos de cinta adhesiva, marcadores y un kit de recogida de residuos de pólvora que utilizo cuando los restos se destinan a los potentes microscopios electrónicos del CFC. Me cambio los guantes y me aproximo al cuerpo. Me arrodillo cerca de su cabeza. Reduzco la intensa iluminación de los proyectores auxiliares; mis rodillas, cubiertas de polietileno de fibras, brillan en toda su blancura contrastando con la hierba verde.

Retiro la tapa adhesiva de un tampón metálico recubierto de carbón y la presiono contra el cabello chamuscado de Elisa Vandersteel para recoger trozos de vidrio, fibras, partículas, todo cuanto sea posible. Sello cada tampón dentro de un vial estéril, lo etiqueto y le pongo mis iniciales, preparándome sobre el terreno, preparando muestras para el laboratorio de rastros.

De esta forma a mi microscopista en jefe, Ernie Koppel, le será más fácil hacer el análisis nada más llegue a la oficina a primera hora de la mañana. Las pruebas estarán esperándola. Nos ahorrará tiempo si lo único que tiene que hacer es pulverizar las muestras con oro. Luego las montará en una cámara y las aspirará.

Palpo el cuero cabelludo de Elisa Vandersteel y hundo los dedos en la larga cabellera castaña que lleva recogida hacia atrás. Suavemente, con cuidado, recorro la curvatura de su cráneo, y mis guantes se manchan de rojo oscuro.

—Tiene una herida en la nuca —anuncio a Marino.

Noto su mejilla apoyada contra mi pierna. Está tan caliente como si siguiera viva, y vuelvo a sentir una palpitación en mi corazón, como si me rozara el aliento de Dios, recordándome a lo que me enfrento, e intento recobrar la tranquilidad. No puedo permitirme una reacción personal en estos momentos, y aparto los cabellos con la costra de sangre para medir la laceración con ayuda de una pequeña regla de plástico.

La herida no llega a los cinco centímetros de longitud sobre el hueso occipital. Le explico a Marino que la laceración ha sido causada por la rotura de la piel como resultado de un traumatismo por un golpe contundente, y que probablemente sea el origen de la mayor parte de la sangre que vemos extendida. Luego añado:

—Posiblemente por golpearse la cabeza contra el duro sendero de tierra compacta.

—Y la razón de la presencia de sangre debajo de su espalda es porque la arrastraron y fue a parar ahí. —Marino escudriña los pies de Elisa Vandersteel cubiertos con los calcetines de ciclista a rayas blancas y grises—. Ya podemos explicar cómo ocurrió. Al menos sabemos quién desplazó el cuerpo.

Saca más fotografías de las marcas en la tierra, que no miden más de quince centímetros y terminan en la parte posterior de los talones. Las chicas no la arrastraron muy lejos en su esfuerzo por alejarla del peligro. Si su objetivo era asegurarse de que no la atropellaran, como ellas dijeron, no lo lograron.

Ni siquiera consiguieron sacar el cuerpo completamente del sendero, pero me incomoda que su primer reflejo fuera moverlo. Me pregunto si eso es lo que suelen hacer en su casa, tal vez cuando su madre está en estado de coma etílico o se ha desvanecido en el suelo.

Toco suavemente la herida en la base del cráneo, separando los bordes irregulares y rasgados para poder ver las delgadas fibras del puente de tejido en la herida. Son un claro indicio de que no se trata de una herida incisa causada por un arma de filo cortante. Informo a Marino de que el cuero cabelludo y el tejido subcutáneo sobre la prominencia ósea de la parte posterior del cráneo se partieron por aplastamiento.

—Así que debía de estar viva cuando todo sucedió o de lo contrario no se habría desangrado —comenta Marino.

—Sí, pero apenas se desangró, lo que sugiere que no sobrevivió mucho tiempo. El cuero cabelludo está increíblemente vascularizado —explico—. Tendríamos mucha sangre por todas partes si hubiera sobrevivido lo suficiente como para moverse, caminar o intentar huir de alguien.

Continúo con la palpación del cabello, comprobando si hay tejido apelmazado o fracturas. No existen más lesiones en el cuero cabelludo ni en el cráneo que yo pueda ver o palpar, y le pido a Marino que traiga una lupa de mano de mi maletín con el instrumental. Lo oigo alejarse. Luego abre cajones, y a

continuación vuelve con la lupa. La uso con ayuda de una linterna para examinar mejor el oído derecho de Elisa Vandersteel.

—No hay abrasión, carbonización, punteado ni ningún otro signo de lesión —informo—. Solo veo tierra y sangre seca. No creo que pueda averiguar qué causó la hemorragia hasta que la pasemos por el escáner de tomografía.

Coloco las manos bajo la nuca y la levanto un poco para inclinarla hacia la derecha. También tiene sangre seca en el oído izquierdo.

—Si se ha electrocutado, ¿por qué tiene sangre en los oídos? —pregunta Marino.

—La rotura de tímpano es la causa más común.

Le abro más los ojos. Compruebo si hay quemaduras o hemorragias y si los iris azules se están volviendo vidriosos. Extraigo el largo termómetro de la incisión del abdomen y limpio la sangre para poder leer las medidas. La temperatura corporal de Elisa Vandersteel es de treinta y cuatro grados centígrados o noventa y cuatro grados Fahrenheit, y eso sería más o menos coherente si lleva muerta varias horas.

—Y el *rigor mortis* está empezando, lo que también concuerda. Siento una leve resistencia cuando le muevo el cuello —le indico a Marino—. Pero tiene la mano y la muñeca derechas completamente rígidas, como señaló el detective Barclay, y esto empieza a cobrar sentido.

Cuando le levanto el brazo, percibo que en la parte superior de la muñeca presenta una extraña quemadura blanquecina, de unos siete centímetros de largo y tan fina que se diría que la ha provocado una telaraña abrasadora. No era perceptible cuando tenía los brazos levantados por encima de la cabeza, así que la veo ahora por primera vez. Me pregunto si llevaba la mano derecha cerca de los cabellos cuando se chamuscaron. Si es así, ¿con qué entró en contacto? Marino saca fotografías y le muestro que la muñeca y la mano derechas están rígidas como el

hierro.

—Sin embargo, la rigidez solo está moderadamente avanzada en el codo y el hombro derechos. —Vuelvo a levantarle el brazo para demostrárselo—. Apenas es perceptible en otros músculos pequeños y no es aparente en ninguna otra zona del cuerpo, ni siquiera en el brazo izquierdo. —Lo muevo también—. Supongo que cuando el detective Barclay le tomó el pulso, lo haría en la muñeca derecha.

—Voy a preguntarle —dice Marino—, pero es lo único que cuadra. Y a partir de ahí concluyó que la rigidez era completa.

—Pero no es así, y la rigidez debía de ser menos avanzada hace unas horas. El cuerpo estaría flexible salvo en esta zona. —Señalo su mano y su muñeca derechas—. Y eso me recuerda lo que solemos ver en las electrocuciones, cuando parece que la víctima ha tocado un cable caliente. Eso es lo que me recuerda la marca blanca en la cara anterior de la muñeca. Parece la clase de quemadura que sale cuando rozas algo extremadamente caliente, la clase de quemadura que te haces cuando rozas el quemador al rojo vivo de una cocina.

—Pero una quemadura no induciría una rigidez cadavérica instantánea —apunta Marino—. Y eso es lo que estamos constatando, aunque no estoy seguro de haberlo visto antes en persona.

Supuestamente puede producirse un espasmo cadavérico, o «rigor instantáneo», cuando la muerte viene precedida de una descarga de energía violenta que priva drásticamente a los músculos de oxígeno y trifosfato de adenosina (ATP). El resultado es la rigidez. Este fenómeno es poco frecuente y muchos expertos lo consideran falso. Pero no cabe duda de que aquí ha ocurrido algo extraño.

—Así que si su mano derecha entró en contacto con una corriente eléctrica —prosigo—, en teoría eso podría haber provocado contracciones musculares continuas; que entrara en lo que se conoce como tetania.

Muevo el cuerpo parcialmente de costado, lo justo para comprobar si la espalda presenta *livor mortis*, o la instalación de la sangre que ha dejado de circular debido a la gravedad. Solo constato un ligero rubor rosado. Cuando presiono con el pulgar, la piel sigue palideciendo. La lividez cadavérica está en una fase precoz, y esto también es coherente con el hecho de que no lleva mucho tiempo muerta.

Tampoco hay duda de que cuando cayó al suelo ya no llevaba su camiseta o se la había remangado. Su espalda muestra los arañazos y las abrasiones que cabría esperar de un accidente así, y hay tierra en su sujetador deportivo blanco.

Cuando giro un poco más el cuerpo, me sorprende lo que en principio parece un tatuaje necrosado.

—¿Qué demonios es eso? —pregunta Marino.

—Su colgante —digo cayendo de pronto en la cuenta.

31

La quemadura tiene forma de cráneo.

—Se le ve la cara. Bueno, casi —le digo a Marino mientras nos cambiamos los guantes, que terminan en la bolsa roja de residuos biológicos, llena de más pares sucios—. Se puede distinguir un ojo y la parte de la sonrisa, en cualquier caso.

—¿Llevaba el colgante en la espalda cuando te la cruzaste?

Marino se seca el sudor de la barbilla con una toalla de papel, con cuidado de que no gotee en ninguna zona importante, sobre todo el cuerpo.

—Al principio creo que no, porque me fijé en que era una calavera dorada con una cara como divertida.

—Entonces tuvo que darle la vuelta para tener una quemadura ahí. Y tuvo que metérsela debajo de la camisa, en contacto directo con la piel —afirma Marino, porque quiere que eso sea la verdad.

Marino no quiere pensar en nada que pueda alimentar su fobia a las cosas que crujen, gimen o tintinean por la noche. Empieza a acojonarse. Nada que yo misma no me esperara después del día de hoy, que parece lejos de tocar a su fin.

—¿Si vieras una lesión como esta y no tuvieras ni idea de a qué se debe? —No puede parar de hablar de ello—. En tiempos de Salem, te colgarían por brujería. Dirían que solo una bruja habría podido electrocutar a esta mujer y que más te valdría no haberle echado un mal de ojo a quienquiera que fuera.

—Bueno, por fortuna no vivimos en esos tiempos. Pero tienes razón. Probablemente me habrían colgado por bruja.

Recojo mi lupa de mano y él hace fotografías de la quemadura en primer plano. Seca y de un marrón rojizo oscuro, la

impresión parcial de la calavera sonriente fue causada por el calentamiento extremo del colgante de metal al rozar la piel. La boca en relieve y uno de los ojos no estuvieron en contacto con la piel, y esas zonas no están quemadas. Han quedado pálidas, lo que explica lo que parece un emoji grotesco tatuado en la parte superior de la espalda de Elisa Vandersteel. Hasta yo sería la primera en encontrar eso extraño.

—Se parece a una cabeza muerta. —Los ojos de Marino se mueven sin cesar—. Como algo sobrenatural, como un estigma.

Se refiere a una calavera y estigmas, y la quemadura solo evoca eso si uno sabe qué la causó.

—¿Puedes ayudarme a sujetarla, por favor?

El sudor me chorrea por el pecho, el vientre, el interior de los muslos, y el uniforme bajo el mono está empapado.

En cuclillas frente a mí, Marino estabiliza el cuerpo mientras yo lo giro por completo sobre un costado para poder examinarlo mejor de la cabeza a los pies, de cara y de espaldas.

—Esto también es raro —dice refiriéndose a las delicadas quemaduras lineales blanquecinas que descubro en el hombro derecho y en la base posterior del cuello—. Idénticas a la que tiene en la muñeca derecha rígida, y están en el mismo lado del cuerpo. Pero, si son quemaduras, no se parecen en nada a esta de aquí. — Señala la herida de color rojo furioso causada por el colgante.

Le explico que cuando las quemaduras tienen un aspecto correoso y blanco eso suele indicar que son de tercer grado, muy profundas a nivel de la piel. Sospecho que estas marcas lineales blanquecinas se deben al contacto directo de la víctima con lo que sea que la electrocutase. Le planteo una hipótesis:

—Cables eléctricos, quizá. Excepto que tendrían que ser muy finos, casi como un pelo de la cabeza.

—¿Qué cables? —Marino mira nervioso a su alrededor, como si temiera que fueran a saltarle encima.

—No tengo ni idea, suponiendo que se trate de eso. —Noto

que lleva algo en el bolsillo interior de los pantalones cortos azules—. La otra quemadura ha sido provocada por el colgante al entrar en contacto con la misma fuente eléctrica. Esa es mi teoría.

Hundo los dedos bajo la cinturilla y siento una forma plana y dura en el pequeño bolsillo interior. Saco un llavero de plástico negro que parece tener inscrito un número de serie.

—¡Bingo! Puede que sea la llave del lugar donde se aloja —dice Marino mientras meto el llavero en una bolsa de pruebas y se la entrego.

Me levanto y miro a mi alrededor, los árboles, la farola, el rastro de esquirlas de cristal. Intento localizar algo que pueda ser largo y lineal como un cable fino y que pudiera haber entrado en contacto con la piel de la víctima cuando pedaleaba por esta zona. Me la imagino avanzando en la penumbra, en el calor sofocante, quizá cansada y cada vez más ansiosa al ver que se hacía tarde y caía la noche.

De repente algo le abrasa el hombro derecho desnudo, la nuca y la quema entre los omóplatos. Debió de resultarle insoportablemente doloroso y aterrador, mientras agarraba de modo frenético lo que fuera que estuviera quemándole y electrocutándole la mano derecha. Debió de sentir algo parecido al ataque de un enjambre invisible de avispones, y ese pudo ser su último pensamiento consciente a la vez que su bicicleta caía y ella salía despedida por los aires.

Esta hipótesis podría explicar las quemaduras lineales y su rigidez asimétrica. Una corriente eléctrica muy potente que golpea el colgante dorado y se expande por su cuerpo habría calentado la humedad, transformándola en vapor, y eso podría haber expulsado y dañado sus zapatos y su ropa. El calor podría haber roto la cadena de oro que recuperamos. Vuelvo a comprobarle el cuello en busca de cualquier marca donde la cadena la quemó y se rompió.

Con ayuda de una lupa, le retiro el cabello y descubro lo que

parecen varias marcas rojas, pequeñas quemaduras encarnadas no más grandes que unas rayitas a ambos lados del cuello. No hay nada delante, y entonces vuelvo a imaginarme a Elisa Vandersteel, acalorada y empapada en sudor, pero vivaz y cariñosa en la acera de enfrente del Faculty Club. Llevaba un pañuelo en el cuello.

Tenía un estampado de cachemira azul, estoy bastante segura, y recuerdo que me dio la impresión de estar algo descolorido, posiblemente un poco deshilachado, como si fuera antiguo. Le pregunto a Marino si ha aparecido un pañuelo, y se lo describo. ¿Es posible que las gemelas lo metieran en la mochila y él pensara que era de su procedencia?

—No —responde—. No he visto nada parecido, pero le diré a Flanders que vuelva a comprobarlo mientras sigue con ellas en la sala de las margaritas.

—Si no lo tienen, debería estar por aquí, en alguna parte —añado—, a menos que se lo quitara después de cruzármela en Quincy Street. Lo importante es que, si lo llevaba puesto, podría haberle protegido un poco el cuello por delante. Eso si tenía la cadena encima del pañuelo cuando aumentó su temperatura. Si encontramos quemaduras en el pañuelo, eso podría verificar esta hipótesis.

Luego le explico que también tenemos que comprobar si ha habido tormentas eléctricas en la zona a primera hora de la tarde. Y añado que darle la vuelta al collar fue seguramente la peor idea que pudo concebir.

—Aunque debía de estar empapada en sudor y el sudor le encanta a la electricidad. Pero, así y todo, la piel no es el mejor de los conductores —continúo—. Por el contrario, la presencia de un trozo de oro ya es otra historia, y podría explicar su muerte.

—Porque la corriente le habría golpeado de lleno en el corazón. —Marino me observa mientras introduzco una de sus manos en una bolsita de papel de estraza marrón—. Y la

resistencia que hay que atravesar es enorme, por eso a algunas víctimas solo les quedan algunas quemaduras después. Conozco a un tipo que perdió un dedo, pero nada más.

—Si la carga eléctrica no hubiera atravesado su cuerpo, es posible que hubiera sobrevivido —convengo—. Y apuesto a que vamos a descubrir que la herida en la cabeza no es lo que la mató.

—Por eso me cuido de llevar joyas cuando estoy cerca de algo susceptible de producir sobrecargas eléctricas. Eso solía cabrear a Doris, porque no me ponía la enorme pulsera de identificación plateada que me regaló. Luego tampoco llevaba el anillo de boda, lo que según ella hacía para ponerle los cuernos —me cuenta Marino como si fuera algo novedoso, pero a estas alturas muy pocas de sus anécdotas lo son.

No ha dejado de hablar de su exmujer en todos los años que llevan separados, que son veinte como mínimo. Doris era su novia del instituto, una mujer sin complicaciones, muy sufrida, hasta que dejó de serlo y se largó con otro hombre. Sé que Marino no lo ha superado. Solo espero que no lo haga ahora finalmente gracias a mi hermana, e intento apartar de mi mente lo que Benton me contó en el Faculty Club.

Afianzo las bolsas alrededor de las muñecas y los tobillos con cinta adhesiva, para asegurarme de que no se añade ni se pierde ninguna prueba durante el transporte del cadáver a mi cuartel general.

—¿Y ahora qué? —pregunta Marino mientras se oyen voces masculinas en la entrada de la tienda.

Me doy la vuelta cuando el velcro se rasga y el detective Barclay asoma la cabeza.

—¿Necesitan algo? —grita.

—Pues sí, mire por dónde, Clay —grita Marino—. ¡Necesito que deje de venir a preguntarnos lo mismo!

Marino pone los ojos en blanco y menea lentamente la cabeza. Espera a que Barclay se haya ido para preguntar por el «diseño

friki» que vemos a veces en los afectados por rayos, por lo general en el pecho o la espalda de la víctima. Le recuerda cuando sobrevolaba el Low Country en el helicóptero de Lucy, dice. Todos esos canales que se ramifican por todas partes a través de las salinas y las marismas, lo que Marino llama arborización.

También son conocidas como «figuras de Lichtenberg», que dibujan helechos, un diseño rojizo peculiar que los rayos suelen dejar en la superficie de la piel. Si no sabes lo que estás viendo, es un espectáculo extraño y su causa no está muy clara. Una posibilidad bastante citada es que los capilares se rompen a lo largo del recorrido de la descarga eléctrica por el cuerpo. Pero Elisa Vandersteel no tiene el menor rastro de algo así.

Lo que más me intriga es que si hubiera recibido mil voltios en la espalda, atravesando el colgante de oro y provocándole un paro cardiaco, entonces ¿por dónde salieron? El rayo es al mismo tiempo predecible e impredecible. Es como si tuviera voluntad propia, como si estuviera vivo. Quiere correr hacia el suelo como una bestia salvaje escarbando la tierra, y no es raro encontrar una quemadura de salida en la planta del pie de la víctima.

Pero tampoco veo nada de eso, nada aparte de la tierra en sus calcetines. No encuentro ninguna salida y le digo a Marino que me gustaría ver el colgante que recogieron Anya y Enya. Se va a buscar su maletín con el instrumental.

El papel cruje mientras abro lo que parece una simple bolsa de supermercado marrón, y la deslizo sobre la cabeza de la víctima, desde el cabello hasta la base del cuello, utilizando más cinta adhesiva que rasgo con las manos enguantadas, en lugar de utilizar una hoja de bisturí.

Prefiero utilizar algo que pueda quitar fácilmente una vez que el cuerpo esté en la mesa de la sala de autopsias. Un pelo, un

resto de pintura, una fibra, ADN, lo que sea. Removeré cielo y tierra para no perderlo ni contaminarlo. Pero si alguien no entiende mi razonamiento, lo que acabo de hacer parece una forma atroz de tratar un cadáver. Es lo que Marino llama un «embolsado y apaleado». Esa es tu recompensa si te arrolla un tren, mueres en un accidente de avión o te asesinan. «La doctora Muerte viene y embolsa tus pedacitos como quien recoge basura en la carretera», según él.

Al menos he reposicionado los brazos extendidos de arriba abajo para poder meterla en una última bolsa, la más grande, una especial para cadáveres, y no puedo dejar de acordarme de que «muerte» y «dignidad» no pegan en la misma frase. Abro los cajones de mi maletín y saco una aguja estéril mientras Marino vuelve. Reconozco la calavera dorada de gruesos contornos, con los profundos ojos ennegrecidos y la sonrisa desdentada.

Siento su peso dentro de la bolsa etiquetada y observo que el colgante no parece dañado, solo cubierto de polvo. Toco con la aguja a través del plástico transparente y noto un leve calambre magnético.

—Debe de ser acero bañado en oro o hay alguna otra aleación presente. El oro es un excelente conductor de la electricidad, pero no se magnetiza a menos que no sea puro. —Le devuelvo la bolsa a Marino y mi fatiga va camino del agotamiento total. No me siento bien. Debería tomarme un descanso, pero no hay tiempo.

—Si ha sido un rayo, ¿cómo es que no he oído ningún trueno en estos parajes por la tarde o al principio de la noche? No puede haber rayos sin truenos —comenta Marino.

Lo que dice es cierto porque los rayos son lo que causan los truenos. El uno no puede existir sin el otro. Es posible que no detectáramos el menor estruendo si la tormenta está a una distancia de treinta o cuarenta kilómetros del parque. Puede que no tengamos ni idea del peligro que nos acecha cuando salimos a pasear, nadar o jugar al golf. Pero un rayo puede desplazarse a

una gran distancia de la tormenta que lo genera.

—De ahí viene precisamente la expresión «como un trueno en un cielo despejado». —Me noto la lengua apelmazada al hablar —. Y cuando observas una escena de muerte tan caótica como esta de pronto entiendes que la gente te salga con cosas tan ridículas como un «acto divino» o una «combustión humana espontánea», cuando es probable que se estuvieran enfrentando a un maldito rayo. —Empiezo a sentirme cada vez más irritada, a estar hasta la coronilla—. Habría sido especialmente confuso si la tormenta más cercana hubiera pasado ya de largo a muchos kilómetros de distancia.

—Solo que no ha pasado ninguna tormenta —replica Marino mientras Tailend Charlie vuelve a violar mis pensamientos. Recuerdo haber buscado la etimología cuando recibí el primer audio burlón de ese tipo.

Digo «tipo», pero no si es un hombre. Por comodidad me refiero a él como tal, y Benton cree que no me equivoco. Mi marido, que hace perfiles, dice que mi ciberacosador-poeta es un hombre, de cierta edad, inteligente y muy culto, y desde el principio la pregunta es por qué se puso un apodo sacado de una jerga británica arcaica.

Un *tail-end Charlie*, con guion, que es como suele escribirse, puede significar el último bateador en el juego del críquet. Pero también puede referirse a un artillero de cola de un avión de combate o a la última tormenta eléctrica en una línea de borrascas. Mientras le explico esto al cobardica de Marino, caigo en la cuenta de que sin duda lo único que consigo es reforzar su miedo a que el cielo caiga realmente sobre nuestras cabezas.

—En otras palabras, justo cuando crees que la historia se ha acabado, lo puto peor está por llegar —se queja, y siento que un tufillo a alcohol médico me inunda las fosas nasales.

Lo observo mientras abre paquetes de toallitas antimicrobianas y limpia las reglas de plástico de quince centímetros que utilizamos como escala para fotografiar las

pruebas.

—Una curiosa coincidencia más en un día tan completito. —Me noto el estómago algo revuelto.

—Sí, pero ¿de verdad es una coincidencia? —Marino coloca cada regla desinfectada en una bolsa estéril, devolviéndolas todas a un cajón etiquetado del estuche de su máquina de fotos—. Tú dices que lo es, ¿cierto? Porque hace solo una semana que empezaste a recibir esas grabaciones. Y ahora mira dónde estamos. —Sus ojos viran de un lado a otro mientras el sudor le resbala por la cara, colorada y reluciente, enmarcada en Tyvek.

No digo nada, ni en un sentido ni en otro, y no le contesto porque se me está agotando la paciencia. Siento que todo me atrapa. Es como si notara la tierra moverse bajo mis pies, como un sumidero que está a punto de abrirse.

—Y si lo piensas un poco, Doc, un trueno en un cielo despejado es un *tail-end Charlie* porque es el final de una tormenta que se ha alejado, ¿cierto? Algo así como un último relámpago para redondear.

Tira las toallitas desinfectantes arrugadas a la basura.

—Lo que estoy diciendo es que un rayo rebelde, en otras palabras un *tail-end Charlie* literalmente, podría ser lo que mató a esta mujer. Seguro que podría ser solo una coincidencia en un día de mierda como el de hoy, por usar tus propias palabras. Puede que no tenga nada que ver con tu troll poetastro. —Sus ojos inyectados en sangre se clavan en mí—. Pero ¿y si lo tiene?

No respondo porque eso es exactamente lo que me temo. No quiero darle nombre ni forma a mi miedo. No quiero pensarlo ni verbalizarlo.

—¿Y si todo está conectado de alguna manera? —Marino sigue royendo su hueso—. ¿Y si todo tiene el mismo origen de una manera u otra? Quiero decir que no podemos pasárnoslo por el forro con todo lo que está ocurriendo llegados a este punto.

La sola idea de encontrar un vínculo entre Tailend Charlie y Elisa Vandersteel, puesto que ambos tienen una especie de relación conmigo, me resulta espantosa. Y podría implicar que Carrie Grethen está detrás de todo. Me siento demasiado exhausta como para leer los posos del café o seguir especulando. En cambio, le sugiero a Marino que confiemos en la ciencia. Puesto que nada más parece muy fiable, le aconsejo que lo compruebe con la NOAA, la Oficina Nacional de Administración Oceánica y Atmosférica.

—La NOAA debería poder decirnos qué ha pasado desde un punto de vista meteorológico. —Desbloqueo mi teléfono y se me nubla la visión—. Averiguaremos si ha habido tormentas en un radio de ochenta kilómetros a la redonda.

Con una sensación de mareo y muerta de hambre, envío un mensaje de texto a Rusty y Harold para decirles que estamos preparados para transportar el cuerpo.

Se acerca la medianoche y es hora de irse. He hecho todo lo que he podido de momento. Montar la tienda ha sido un quebradero de cabeza y no hemos tenido descansos mientras que el trabajo se ha alargado de forma estresante y deprimente. Vamos con retraso y estamos pasando un calor infernal. Estoy deshidratada, mi buen humor se deteriora a una velocidad vertiginosa y mi dolor de cabeza empeora.

Cuando oigo de nuevo voces familiares y el crujido del velcro, me entra un mareo y me sobresalto. Al volverme, estoy a punto de perder el equilibrio.

—Terminan en un plis… —anuncia el detective Barclay asomando por la abertura de la tienda.

No puedo ver a Benton, pero le oigo mencionar algo sobre un bloqueo de varios coches de policía. Con una voz seria e imponente, dice que despejará el camino dentro de unos minutos, y siento una punzada de miedo.

32

—¿Qué le dije? Prepárese, porque ahí dentro apesta como el mismísimo infierno… —anuncia Barclay con un susurro teatral.

Se conduce con una presencia irritante y entrometida mientras abre el panel de la tienda para mi importante marido del FBI, haciéndole los honores de nuestra casa, como quien dice, donde hace tanto calor que parece un horno, la luz es tan fuerte que ciega, falta el aire y la pestilencia es tan insoportable que estoy a punto de desmayarme.

—Cualquier cosa que necesite, ya sabe dónde encontrarme.

—Yo me encargo a partir de ahora —dice Benton, que ya está hasta la coronilla.

—Estuve a punto de decidirme por el FBI. No tengo ningún problema en trabajar con su gente —dice como si el resto del mundo lo tuviera—. Bien, ¿tiene mi número por si hay más preguntas?

—Esto es todo por ahora.

La cortesía de Benton se vuelve un arma contundente cuando indica al detective prepotente y obtuso que puede irse, que nos trae sin cuidado.

Mientras los escucho, me doy cuenta de que me cuesta arrodillarme en la hierba y concentrarme. Recojo mi maletín con una sensación de embriaguez y me pregunto sobre qué interrogaba Benton a Barclay. ¿De qué hablaban mientras el presuntuoso detective lo escoltaba hasta la tienda? Cierro con fuerza la tapa de lo que no es más que una gran caja de herramientas negra.

—Apuesto a que no conoce a muchos agentes que empezaran como detectives de policía, porque me da que es tener mucha

ambición… —prosigue Barclay.

—Es hora de que se vaya —le espeta Benton.

Los pesados cierres de plástico emiten un chasquido. Me da un vuelco el corazón. Estoy temblorosa y me siento muy sensible.

«Sigue respirando. Sigue moviéndote».

Desde la última vez que lo he visto, Benton se ha quitado la chaqueta y la corbata. Lleva las mangas de su camisa blanca remangadas hasta los codos y la pistola enfundada en la cadera, a la vista de todos.

No se ha pasado por aquí para decirme que tenemos una deliciosa botella de Chablis francés esperándonos en casa. Ha venido en misión oficial del FBI y pienso en Lucy mientras me tiembla el pulso. Le pregunto por ella y siento que me sobreviene una arcada.

—Está bien. —Benton me observa desde la entrada de la tienda, al lado de las cajas del equipo.

Cada vez estoy más agitada. La hostilidad humea y chisporrotea como un dragón enjaulado entre tanto yo me comporto como si no pasara nada.

—Tenemos que hablar, Kay.

Pero me pregunto cómo demonios sabe que Lucy está bien a menos que se haya comunicado con ella recientemente. Y si es el caso, ¿por qué? No me dores la píldora. No lo endulces. Solo dime lo que no quiero oír, dime la verdad de una puta vez.

—¿Sigue trabajando en el tráiler? —me oigo preguntarle, aunque sé la respuesta.

—No —responde Benton mirándome fijamente.

Hace horas que estábamos hablando dentro del tráiler con el aire acondicionado, y ahora estoy en medio de un hedor pútrido y penetrante. Me siento aislada aquí dentro, como si estuviera saboreando una gasa asquerosa y putrefacta en el fondo de la garganta mientras el dragón saliva, tragando con dificultad.

«Por el amor de Dios, no vomites».

No sobreviviré. Veo desaparecer al detective Barclay a través de la apertura de la tienda, que se ha convertido en un agujero de gusano hacia un universo paralelo. No se irá muy lejos. Sin duda se quedará cerca, donde pueda oírnos, como ha hecho la mayor parte del tiempo cuando Marino y yo trabajábamos aislados, conversando en privado, especulando en secreto, cotilleando entre nosotros, sin darnos cuenta de que un capullo con ínfulas estaba fuera, con el oído sintonizado.

Quién sabe lo que Barclay ha podido contarle a mi marido, es decir, al FBI. Después de todo lo que Marino y yo hemos pasado con esta escena, y ahora resulta que nuestra mayor puta amenaza viene de uno de los nuestros. Este pensamiento me ronda furiosamente la cabeza, mientras el corazón me late con fuerza y se me humedecen los ojos. Respiro hondo y despacio varias veces, parpadeando, sabiendo que un síntoma común del agotamiento por calor es la irritabilidad. Pero saberlo no resulta de gran ayuda una vez que estás atrapada en un torbellino de furia descontrolada.

—Por cierto, Benton, ¿Dorothy ha llegado bien? —pregunta Marino, cómo no, preocupándose con dulzura y ternura por una mujer que devora a los hombres como si fueran filetes.

«Innamorato pazzo!», solía decir mi padre.

Marino está locamente enamorado. Ahora que estoy más atenta, lo veo claro como el agua, y aguzo el oído cuando Benton le responde con pereza que Dorothy está bien.

«Aparte de que ha extraviado uno de sus bolsos de diseño absurdamente ostentosos, claro». Me digo a mí misma.

Ha aterrizado sana y salva con casi todo su equipaje, nos informa Benton sobre mi vanidosa, engreída e inoportuna hermana que siempre ha tratado a la sangre de su sangre como a una mierda.

—Pero ¿ya está en el coche por fin? —Marino tiene que asegurarse de que su deseada amante está sana y salva—.

Porque no he recibido ningún mensaje de ella en las dos últimas horas. Ha dejado de contestar.

«Sotto l'incantesimo!», exclamaría mi padre.

Marino está bajo su hechizo. Él y Dorothy se han estado mandando mensajitos mientras yo estaba a su maldito lado, trabajando en esta puta mierda de escena, y él no ha soltado ni prenda. Entonces me horroriza pensar que he podido pronunciar algo tan horrible en voz alta. Tal vez no lo he hecho. Tal vez solo lo he pensado, pero no lo he dicho.

Marino se comporta como si yo no hubiera dicho nada. Lo miro y de pronto lo veo doble, veo a dos monigotes blancos como Pillsbury Doughboy. Ninguno parece ofendido. Pero no lo tengo muy claro, así que cierro los ojos. Luego los abro y Marino está solo otra vez y tiene el mismo comportamiento de siempre. Espero no haber dicho «puta mierda». No es que sea una mojigata, pero no suelo soltar tacos así. No pienso con claridad. Soy como un volcán al borde de la erupción. Mis electrolitos se han ido por el desagüe, y es desconcertante.

—Lo importante es que ella esté bien —le dice Marino a Benton—, pero el aeropuerto es una pesadilla por culpa de la alerta terrorista elevada y quién sabe qué más. —Intenta mostrarse desenfadado, pero no lo consigue.

—Está con Janet y Desi. —Benton no me quita los ojos de encima.

—Entonces ¿va en el coche de camino a su casa? —Marino sondea a Benton, pero este no le presta atención.

—Tenemos que hablar, Kay. Necesito que vengas conmigo. —Detecto tristeza bajo la voluntad de hierro de mi marido.

Me echo la capucha hacia atrás, con el pelo pegado al cuero cabelludo. Recojo mi maletín, que parece increíblemente pesado, y voy donde está.

—¿Qué pasa contigo, Benton? —grita Marino—. ¿Ya te has cansado de andar con chupatintas? ¿No aguantabas ni un segundo más sin perderte toda la emoción? ¿Querías pasarte por

aquí y ver lo que hacen los investigadores de verdad?

Marino está justo detrás de mí, y su voz estentórea podría romper la barrera del sonido. No capta nada de lo que está pasando, ninguna de las señales. Está demasiado ocupado cachondeándose del FIB —el Federal Incompetent Bureau—, como llama al FBI cuando no los llama algo peor que incompetentes. Luego se calla a mitad del chascarrillo porque la expresión adusta de Benton es tan rígida como una máscara. Benton es ajeno a todo excepto a mí.

Marino comprende que está pasando algo muy chungo.

—Mierda. Oye, ¿qué está pasando?

—No tienes buen aspecto, Kay. —Benton no podría ser más amable o sombrío—. Necesito que te sientes un momento.

Se acerca a cogerme, pero me aparto. Tengo sangre en los puños de las mangas. Tengo que descontaminarme. Tengo que quitarme esta ropa sintética antes de asfixiarme. Envuelta de pies a cabeza siento claustrofobia, como una casa en construcción, y mi respiración es cada vez más rápida y superficial.

Me obligo a esconder que estoy a punto de desmoronarme. Tengo plena conciencia de las señales de peligro. Una de ellas es no sudar lo suficiente. He dejado de hacerlo.

—¿Qué tal si te sientas y bebes algo? —dice Benton, preocupado.

Siempre ha sido atento, desde la primera vez que nos encontramos juntos en la misma habitación, y yo no podía apartar los ojos de él. Benton era considerado y amable cuando no tenía que serlo, al contrario que la mayoría de las personas. No les seguía el rollo a sus compañeros masculinos, que me consideraban poco más que un culo y unas tetas en una bata de laboratorio. Nunca me llamó «señora» o «señorita». Me llamaba por mi nombre, como sigue haciendo hoy, demostrándome un respeto especial.

—¿Tenemos Gatorade o algo así por aquí? —pregunta, porque

haría cualquier cosa por mí.

—No que yo haya visto hasta ahora, pero voy a buscar. —Marino está agachado junto a su bolsa térmica Harley-Davidson y sus gruesos dedos encuentran la pequeña lengüeta metálica.

Veo borroso, pero oigo el sonido de una cremallera mientras me siento encima de mi maletín. Empiezo a quitarme el mono y cada gesto que hago es una lucha.

—Tenemos que hablar de Briggs —dice Benton.

—¿Esto es porque cancela la conferencia? —La pregunta suena patéticamente ridícula, como un deseo por mi parte.

Sé que esa no es la razón por la que mi marido, el agente especial Benton Wesley, ha venido a buscarme. No se ha pasado a darme información sobre mi evento con Briggs, sino para llevarme con él porque el gobierno de Estados Unidos quiere lo que solo yo puedo darles. O que renuncie, y esto segundo es lo más probable. Sea lo que sea, no saldré bien parada de lo que exija el FBI. Como en el cien por cien de las veces.

—Lo siento —dice Benton cuando me agacho para quitarme los cubrezapatos con manchas verdes de hierba—. No quiero que te enteres por otra persona.

—Ruthie ha intentado comunicarse conmigo y parecía apenada. —La sangre me late en las sienes—. Pensé que me llamaba por eso.

Pero no era el caso, y debería haberme esforzado más en averiguar qué quería realmente.

—Se nos ha ido —dice Benton—. Lo siento, Kay.

—¡Joder! —grita Marino desenroscando el tapón de una botella de agua que me entrega mientras su rostro adquiere una tonalidad de rojo más intensa—. ¿De qué coño estás hablando? —Mira fijamente a Benton—. ¿Se nos ha ido? ¿El general Briggs ha muerto?

—Lo siento mucho —me dice Benton.

Qué irónico que recurra a un eufemismo: «irse». Como «pasar a mejor vida». «Ya no está entre nosotros». «Nos ha dejado».

No puede ser cierto. No es lo que quiere decir. Pero sé que lo es, y el terror me hunde con más fuerza. Me da un codazo en el plexo solar y me prohíbe la negación.

«Muerto».

Briggs se fue a nadar a las seis de la tarde, y cuarenta y cinco minutos más tarde lo encontraron boca abajo en la piscina, e intento comprenderlo.

«Muerto».

El aire viciado y estancado parece lleno de humo; es como mirar a través de un velo. Doy otro trago de agua, que está lo bastante caliente como para darse un baño en ella. Me la vierto en las manos. Me la echo en la cara. Me salpico los brazos desnudos. Me clavo las yemas de los dedos en las sienes porque la cabeza me va a estallar, miro arriba y abajo, parpadeo varias veces.

Me incorporo mientras Marino acribilla a Benton a preguntas, exigiendo saber si el FBI tiene una idea de si lo que le ha pasado a Briggs «está relacionado con la mujer muerta que tenemos aquí en el parque». Es imprudente por parte de Marino. Lo único que hace es facilitarles otra oportunidad para perjudicarle, y lo hace cada vez más.

—¿Kay? Deberías sentarte. —La cara de Benton está borrosa —. Por favor, tómatelo con calma. Quiero asegurarme de que puedes caminar. Probablemente deberíamos transportarte. ¿Qué tal una silla de ruedas?

—¡Calla, por Dios! Dame unos minutos —digo, un poco mareada.

—Siéntate y bebe agua, por favor.

—Estoy bien.

Pero me tambaleo y voy camino de empeorar si no tengo cuidado. No quiero caer enferma, y aparto la mirada de Benton, hacia Marino. No mires fijamente. Fijarse es una receta para el

desastre, y yo miro aquí y allá. Arriba y abajo. Desplazándome. No permito que nada retenga mi atención más de uno o dos segundos, apenas permito que mis ojos dejen de moverse. No te fijes porque es en ese momento cuando ocurrirá.

Es en ese momento cuando pierdes el control, y no sabría decir la cantidad de gente a la que he recogido del suelo con pintura epoxi o a la que le he tendido el cubo de plástico que siempre tenemos a mano. La mayoría son policías que se reúnen alrededor de la mesa de autopsias de acero inoxidable como si no fuera gran cosa, pero yo siempre me lo veo venir.

Su mirada lejana mientras mi bisturí corta el pecho, dibujando la incisión en Y, baja por el torso, rodea el ombligo, evita tejidos con movimientos hábiles y rápidos de la hoja.

Expones el contenido gástrico, los intestinos, y no es aromaterapia, por citar a Marino. Solo que él lo pronuncia, incluso lo escribe «Romaterapia» con «R» mayúscula. Como en la Ciudad Eterna. Como en Rómulo y Remo.

> «¡Dos
> Cuatro
> Seis
> Ocho
> Recuerda
> No
> Fijar
> El ojo!».

Mi cancioncilla de la morgue. Las rimas son una forma fácil de recordar. Sigue moviéndote. Mira aquí. Mira allá. No te fijes. Recito mi cancioncilla mentalmente porque esta vez soy yo quien lo necesita. Y sigo moviendo los ojos. Y mi atención divaga…

Sobre la hierba.

A través del camino de tierra parda.

Sobre la mujer muerta y desamparada sobre su espalda.

En su sujetador deportivo blanco.

Sus pantalones cortos azules.

Y sus calcetines a rayas grises.

Su cabeza, cada mano, cada pie envuelto en papel marrón como un árbol arrancado de raíz en una gruesa arpillera.

«Muerto».

Empaquetada como una prueba, deshonrada y despersonalizada, y eso no puede ser la mujer audaz, orgullosa y vigorosa a la que he visto hoy. No una vez, sino dos. Atractiva, perspicaz, en buena forma física, rebosante de confianza y vida. Me recuerda a Lucy. ¿Cómo ha podido ser reducida a esto? ¿A un desecho que va a ser arrastrado y descuartizado?

«Lo que no te mata te hace más fuerte».

Pero la mató, y qué extraño fue que lo dijera, como si una parte de ella lo supiera e intentara reírse de lo que la esperaba. Yo tendría que haberlo evitado de una manera u otra. Nos cruzamos dos veces y no lo impedí.

Miro alrededor de la tienda cúbica negra con su marco de aluminio gris expuesto. Luego miro el cuerpo y recuerdo sus fuertes hombros bronceados y su cálida sonrisa mientras pegaba recetas en las paredes del Loeb Center. Recuerdo cuando se le cayó la botella de agua en la acera, frente al Faculty Club.

«Eres la mujer de la tarta de mantequilla de cacahuete».

Tenía calor y una capa de sudor relucía en su bronceada piel. El sol se estaba poniendo. Había borrones de color melocotón y rosa en el horizonte, y la observé mientras atravesaba Quincy Street.

«Muerta».

Levanto la vista hacia los árboles. Sus pesadas ramas verdes están inmóviles en un aire sofocante que sería una sinfonía clamorosa si los olores fueran instrumentos musicales en una orquesta de pestilencia. Oiría tonalidades menores, sostenidos y bemoles, un caos *in crescendo* inflamado de percusiones. Pesado de cuerdas graves que culminan en una coda sofocante.

Entonces la casa se quedaría a oscuras después de los bises de la muerte, y la pululante multitud abotargada se hincharía y apestaría tanto que yo no podría seguir abriéndome paso. En busca de una salida. Sin dar con ella. Porque no la hay. Briggs sería el primero en decirlo. No puedo presentarme en la morgue de Baltimore por él.

«Solo daría a los tiparracos algo que escarbar que no debe ver la luz del sol, Kay».

Puedo oírlo como si lo tuviera delante, con sus pronunciados hoyuelos y su enorme sonrisa. Solo hay una regla en la vida, predicaba. Hacer lo correcto. Pero él no siempre lo hacía, y me seco los ojos con el dorso de las manos.

33

Estoy descansando tranquilamente en lo alto de mi atalaya de plástico negra y dura. Mantengo la espalda recta, respiro despacio, profundamente, intento no encorvarme.

Compré la robusta maleta de plástico hace años, en las rebajas de Home Depot, y es un trono apropiado para la *Reina del Crimen*, *Su Falsedad* y su *Bajeza Real*. Bryce es un maestro sin igual de los juegos de palabras. Me llama un montón de cosas cuando cree que no lo oigo.

Espero a que mis moléculas se junten, a que se me pase el mareo. Mi cerebro parece deslizarse con pesadez y lentitud dentro del cráneo como una yema de huevo cuando vuelvo de un lado a otro la cabeza, que no deja de dolerme. Escucho a Marino y Benton. Bebo agua a sorbos y observo atentamente quién habla, aquí y allá, como en un partido de pimpón. Punto y contrapunto como en un canto gregoriano. El pugilista cascarrabias contra el estoico imperturbable.

Gozo de un asiento en primera fila. Marino pregunta y Benton echa balones fuera, sin responder a ninguna información importante sobre lo sucedido a nuestro amigo común John Briggs. Pero no se me escapa que mi marido no vacila a la hora de indagar sobre la mujer muerta que yace entre nosotros, una canadiense de veintitrés años que no debería estar en el radar del FBI, desde luego no tan pronto.

Tampoco me fío de la insensibilidad que Benton muestra a propósito del helicóptero que ha empezado a sobrevolar el río, de punta a punta. O puede que haya más de uno.

Sin embargo, se comporta como si no se diera cuenta de nada,

y a estas horas está claro que no se trata de un vuelo turístico, y es demasiado ruidoso como para creer que es un helicóptero que pertenece a una cadena de televisión local. Tengo la intuición de que los federales han empezado a enseñar la patita, o están a punto de hacerlo, y no creo que Marino sospeche lo que está pasando. Probablemente porque, como dice el dicho, ojos que no ven corazón que no siente. Mientras descanso y me hidrato le doy uno o dos segundos más antes de que se enfrente a la triste realidad. Reconozco una toma de control poco amistosa cuando la veo.

—… También habrá que preguntarse por qué dejó su empleo —está diciéndole Benton a Marino a propósito de los Portison en Londres y de su antigua *au pair*, Elisa Vandersteel—. Porque si la familia estaba contenta con ella, habrían movido cielo y tierra para retenerla. ¿Por qué se iría?

—Puede que a causa de su visado.

—Hay maneras de evitarlo si la familia y ella estaban de acuerdo en que se quedara más tiempo. Pero es cierto que los dos chicos ya son mayores. Trece y catorce años. Puede haber una explicación tan simple como que ya no necesitan a nadie que los cuide.

—¿Qué dos chicos? ¿Cómo demonios sabes eso? ¿Te lo ha dicho Lucy?

Pero Benton no se siente obligado a responder preguntas a menos que le convenga. Pregunta y comenta sobre el caso como si estuviera al mando, y Marino empieza a ponerse nervioso y no para quieto. Después de empaquetar cuidadosamente su maletín Pelican, de pronto se arrodilla en la hierba para abrirlo de nuevo como si no supiera qué hacer con su vida.

—Sí, sé cuáles son las preguntas —replica, abriendo los broches, más a la defensiva y alzando más la voz—. Supongo que has hablado con Lucy y no sé por qué, dado que la última vez que lo comprobé este no era tu puto caso.

—¿Puede que se enterara de algo por la gente del teatro? —

Benton tampoco responde a la última pregunta. Está mirando en dirección al cadáver, a unos quince metros de distancia—. Por ejemplo, ¿qué o quién fue el motivo de que viniera a Cambridge?

Marino abre la gran tapa de su maletín.

—La cuestión es si Elisa Vandersteel era un objetivo intencionado o una víctima al azar que se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—¿La cuestión para quién? —Marino empieza a revisar de nuevo las pruebas empaquetadas, y percibo que su paranoia y su ira crecen a pasos agigantados—. Creía que habías venido para hablar de Briggs. —Su rostro enrojecido mira con recelo a Benton cuando por fin entiende la verdad.

Ha sucedido algo en relación con la jurisdicción del caso Vandersteel. Eso explicaría la visita de Benton. Si el FBI ha recuperado la investigación, tendría sentido que Benton merodee en la escena de la muerte, dentro de la tienda, con cuidado de dónde pisa, escudriñando los árboles, la hierba, el sendero deportivo, la farola dañada y el cristal reventado. Cuando no me mira a mí, está observando todo lo demás, con un cuidado que rebasa su curiosidad habitual.

Sé cuándo está haciendo valoraciones. Sé cuándo está en «modo perfilador». También sé que no habrían invitado al FBI a colaborar en el caso Vandersteel, al menos no en esta fase tan temprana. Pero las maneras de Benton, su densa energía y su serena seriedad me dicen que no necesita una invitación.

Lo que eso sugiere es un hecho consumado. Este pensamiento me resulta inquietante y perturbador. No sabemos si se trata de un homicidio, ¿y desde cuándo el FBI se interesa por electrocuciones o fulminaciones de rayos?

No me cabe duda de que Barclay ha divulgado todo tipo de informaciones mientras escoltaba a Benton por el parque. Pero, para entonces, la mayor parte del daño ya estaba hecho. La decisión ya estaba tomada; de lo contrario, mi marido no habría

aparecido por aquí, y Benton no puede plantarse sin haber sido invitado y apropiarse de un caso por las buenas. Hay un protocolo, y me pregunto cuándo se percatará Marino de que Benton no lo está tratando como a un colega en la investigación.

Lo observo mientras guarda de nuevo su maletín del tamaño de un féretro, obsesionado como cuando se ocupa de una de sus gigantescas cajas de herramientas o sus aparejos de pesca.

—... Mi apuesta es que fue un ataque al corazón. —Es como una polilla golpeando contra la mosquitera de una ventana, decidido a sonsacarle más a Benton sobre Briggs, sobre cualquier cosa.

Sin embargo, lo que estoy presenciando realmente son las fases agónicas del rol protagonista —o de cualquier rol, para el caso— de Marino en la investigación de Vandersteel. Él no se involucrará tampoco en los sucesos acontecidos en Maryland. Pero, dicho esto, técnicamente nunca lo ha estado.

—... Por eso me pregunto si Ruthie ha comentado algo sobre por qué no se encontraba bien —insiste Marino, y Benton lo ignora.

Marino no ha sido informado directamente de que su investigación ha pasado a ser un caso de los federales y, como no colaboran, eso equivale a que te despidan. Una decisión de ese calibre no puede venir de Benton. No es así como ocurre cuando un investigador local es apartado de un caso o, más exactamente, cuando le quitan un caso a un investigador local. Benton no será quien se lo comunique y no tiene que hacerlo para que la fea verdad nos rodee, como la peste y el calor.

—Puede que no se encontrara bien, que sintiera dolores en el pecho. ¿O puede que tuviera que ver con el marcapasos que le pusieron hace ocho o nueve meses? —Marino se está poniendo bravucón y Benton sigue impasible—. Pero veo que no me vas a decir una mierda. En otras palabras, te estás comportando como el clásico gilipuertas del FBI.

Pero, en realidad, Benton no es así, y si Marino no estuviera

tan distraído por su malestar y su cansancio, por sus habituales luchas de poder e inseguridades, a lo mejor se daría cuenta de lo que salta a la vista. Briggs gozaba de una autorización máxima de seguridad y asesoraba regularmente a jefes militares, al secretario de Estado y a varios ministerios, en particular el de Defensa y el de Justicia.

Asistía a actos sociales en la Casa Blanca y acostumbraba a informar al presidente. Por razones obvias, es de gran interés para la comunidad de inteligencia estadounidense, que no va a inmiscuirse directamente en la investigación interna de su muerte. La CIA es más astuta que eso.

Por lo general, utiliza al FBI de enlace, una fachada, porque se supone que los maestros del espionaje internacional no deben tratar directamente con médicos forenses, policías y gentes afines. Es una forma aséptica de decir que, en el mundo real, la CIA es la bruja invisible que frota la bola de cristal del FBI, desviando y desplegando a sus agentes y expertos como un escuadrón de secuaces.

Lo que ocurre a continuación, sin esperarlo y de improviso, es que se abalanzan sobre tu escena, tus testigos, tu oficina, tus registros de papel, tus bases de datos, tu laboratorio, tu morgue, tu propio hogar y tu familia. No tienen en cuenta el daño que pueden causar, y los polis como Marino puede que nunca lleguen a saber qué los ha golpeado ni por qué razón. Que los federales se apoderen de un caso importante es la pesadilla de cualquier investigador, en particular si los agentes implicados cumplen silenciosamente las órdenes de un servicio secreto como la CIA.

Observo a Marino mientras este observa a Benton, que mira a su alrededor, evaluando, contemplando, comportándose como si tuviera derecho a estar aquí mientras que yo apenas sé nada de lo sucedido a mi mentor, a mi amigo, hallado muerto en una piscina. ¿Qué piscina? ¿Fue en la Base de la Fuerza Aérea de Dover, en Delaware? Sé que iba a nadar allí religiosamente

cuando supervisaba el Centro de Asuntos Funerarios Charles C. Carson.

¿O Briggs estaba de viaje? Si su hotel tenía piscina, la habría aprovechado. Pero tengo una intuición, y sería trágicamente irónica si se asevera cierta. Parecería un juicio del Antiguo Testamento. Visualizo la pintoresca casa de piedra en su encantador barrio de Bethesda, junto a la Old Georgetown Road. Briggs compró la propiedad hace décadas. Uno de sus atractivos era su proximidad con el Centro Médico Militar Nacional Walter Reed, donde trabajamos juntos una vez.

—Toma. —Marino se cierne sobre mí, y me doy cuenta de que él y Benton han dejado de hablar.

Marino ha recuperado una bebida energética tan caliente como el aire viciado y húmedo. La botella llevaba Dios sabe cuánto tiempo guardada en una mochila, pero no me importa. Le quito las pelusas y la suciedad, giro el tapón y suelto el precinto con un chasquido. El sabor afrutado es salado y empalagoso, y lo siento al instante como la calada de un cigarrillo o un chupito de whisky.

—No sé si este tipo de bebidas se ponen malas después de un tiempo —dice Marino mientras me observa dar sorbos. Su ropa es varios tonos más oscura debido al sudor—. Siento que no esté fría.

En el jardín de detrás de la casa se halla la Endless Pool, la piscina con corriente de agua propia que Briggs reparaba día sí día también.

El recuerdo es tan vívido como una fotografía, y el dolor es insoportable. Demasiado ahorrador y cabezota para reemplazarla, la mantenía en pie con cola y gomas elásticas, como decía de broma. Para él era una máquina de hacer ejercicio funcional, lo mismo que una cinta de correr o una bicicleta estática, y nadar en esta piscina formaba parte de su

rutina diaria cuando estaba en su casa de Maryland con Ruthie.

Yo era testigo de ello cuando me alojaba en su casa, y la hora señalada eran las seis de la tarde, la hora bruja entre el trabajo y Johnnie Walker, como a él le gustaba decir. Se metía en el agua, calentada a veintisiete grados, y encendía la corriente, seleccionando la resistencia que mejor se adaptara a su estado de ánimo y a su condición física. Luego nadaba en el mismo sitio durante treinta minutos. Ni más ni menos. ¿Y después de todo lo que hemos pasado juntos? ¿Después de todas mis quejas sobre sus improvisadas chapuzas? ¿Así es como termina todo?

Se lo pregunto a Benton. Necesito saber con seguridad dónde estaba Briggs. ¿Se encontraba en su casa de Maryland? Quiero saberlo con seguridad y me da igual si Benton no quiere hablar delante de Marino o ni siquiera conmigo. Me da igual quién se ocupa de este caso. Necesito saber algunas cosas. Y necesito saberlas ahora.

—Sí, en Bethesda —me responde Benton mientras me comunica con la mirada que no le pregunte mucho más, que no podemos hablarlo aquí.

—¿Dónde estaba Ruthie? —le pregunto de todos modos—. ¿En casa? —Eso me lo puede decir.

—Estaba haciendo la cena.

El fregadero de la cocina da a la terraza de secuoya y al jardín vallado de atrás. No obstante, desde ahí no se puede ver la piscina porque esta se encuentra en un flanco de la casa, cerca del comedero de pájaros y del cobertizo para las herramientas. Le dije a Briggs más de una vez que no era seguro, que, si le daba un infarto o le pasaba algo, lo más seguro es que nadie lo advirtiera a tiempo.

Le insistí en que tuviera a mano un desfibrilador e instalara cámaras de seguridad. Cuando le pusieron el marcapasos, le regalé un equipo de videovigilancia para que Ruthie pudiera controlarlo cuando hiciera sus ejercicios desde distintas zonas de la casa.

«Gracias, pero no, gracias —me decía—. No necesito que me espíen más de lo que ya lo hacen».

Hace aproximadamente seis horas, me informa, salió por la puerta trasera con su toalla, sus gafas, descalzo y en traje de baño. He estado en la residencia innumerables veces. Visualizo la piscina Endless Pool del tamaño de un *spa* doméstico. Recuerdo que Briggs la instaló en la terraza hará cosa de quince años, cuando sus viejas lesiones de fútbol empezaron a dar guerra y hablaba de sí mismo como el «jefe de gabinete de las articulaciones».

Dejó de salir a correr y empezó a nadar, y en su casa de Maryland luchaba batallas contra la corriente artificial de la Endless Pool. Si quería aumentar su resistencia, no nadaba más tiempo, sino más con más fuerza. Para ello, se ponía guantes impermeables o aletas de submarinismo, y le pregunto a Benton si llevaba algo así puesto. Él parece no saberlo, y veo que Marino levanta su gran maleta Pelican de un asa y la acerca a la entrada de la tienda al tiempo que oigo voces y el traqueteo de una camilla.

El móvil de Marino interrumpe la sofocante calma. El tono de llamada es una sirena antiaérea de la Segunda Guerra Mundial, una alerta urgente que he oído antes, pero no tantas veces. Se aleja de su maletín y de nosotros mientras contesta a un alto cargo del departamento de policía de Cambridge.

—Sí, todavía estoy aquí. Estamos a punto de terminar. ¿Cómo? No está hablando en serio. —Su voz es exasperada pero contenida—. Sí, lo estoy oyendo. Tampoco es que me sorprenda. —Mira fijamente a Benton—. ¿Se puede saber cuándo ha sido eso?

La puerta de la tienda vuelve a abrirse y entra Harold, cansado pero tranquilo, sonriéndome con dulzura. Me pregunta si necesito algo, y sé por su expresión que se ha enterado de lo de Briggs. El CFC existe gracias al general John Anderson Briggs. Él ayudó a ponerlo en marcha y pasó mucho tiempo con

nosotros a lo largo de los años. Harold, Rusty y el resto de mi personal estarán destrozados. Pero no tanto como lo estaré yo el resto de mi vida.

—… No me extraña. Ha sido todo un detalle por su parte que me lo haya dicho él mismo, en vista de que llevo hablando con él los últimos quince putos minutos. —Marino hace muecas al teléfono y le lanza miradas de resentimiento a Benton.

—Sigue haciendo un calor de mil demonios ahí fuera —comenta Harold con gesto solemne, mirándome como si yo fuera un proyecto potencial de funeraria.

No me cuesta imaginármelo decidiéndose por diferentes pegamentos y tonos de maquillaje y calibrando si voy a necesitar masilla.

—Si no le importa que se lo diga, ¿doctora Scarpetta…?

—Me importa, Harold. No necesito oír que tengo peor aspecto que algunos de mis pacientes ahora mismo.

—Maldito hijo de perra —termina Marino su llamada.

—Creo que le vendría bien un descanso en un lugar fresco, Jefa. —Harold recoge mi botella vacía de bebida energética, la estudia arrugando el ceño y la tira a la basura—. ¿Ha visto que estaba caducada?

—Bueno, pues ya somos dos, Harold. Gracias y ya sabes dónde encontrarme. —Me miro el uniforme sucio y húmedo, las repugnantes zapatillas—. Te veo en el rancho.

—Bueno, yo no sé si es buena idea que vayas a ningún lugar. A mí me parece que sigues caliente… ¡Ay, por Dios! —Se pone unos guantes—. No me refería a ese tipo de «calentura». De todas formas, no estoy seguro de que debas hacer el más mínimo esfuerzo. —Su cara de preocupación me evalúa con demasiada atención.

—Ni se te ocurra —le advierto haciéndole un gesto con el dedo.

—Pues resulta que tenemos una camilla a mano y está tan limpia como una patena…

—No. Muchas. Gracias —enfatizo cada palabra como un disparo.

—Como quieras. Pero cerraremos la marcha por si empiezas a sentirte mal. Es una buena caminata y parece que hay mucha gente. Fuerzas del orden, de un tipo u otro —añade para darme a entender que hay nuevos polis y agentes que no estaban antes en el parque.

—¿Y los medios de comunicación? —pregunto.

—¡Uy, no! No pueden entrar. El parque está completamente acordonado. Han bloqueado las entradas e incluso han cerrado Bennett Street, Eliot Street y University Road. Hay patrullas por todas partes, la mayoría con las luces de emergencia apagadas, y un montón de vehículos camuflados merodeando en los alrededores. Ah, y he oído un helicóptero. En realidad podría haber más de uno.

Luego me pone al día con el mismo tono serio y tranquilizador. Dice que mis tropas están siendo movilizadas, y eso confirma lo que sospecho. Se da cuenta de que no es casualidad que Benton esté aquí. Harold reconoce las señales de una toma de control, y ha asumido la tarea de montar un frente defensivo ahora que aún está a tiempo.

Mi radióloga Anne ha aceptado venir al trabajo enseguida, me confirma. Lo mismo que Luke Zenner, y Bryce ya está allí. Rusty ha vuelto al CFC con nuestro centro de mando móvil y ha regresado con una furgoneta para transportar el cuerpo de Elisa Vandersteel. Harold me ha ahorrado horas de quebraderos de cabeza y posiblemente mucho más. Esta es una de las numerosas razones por las que no podría sustituirlo por nadie, y se lo agradezco.

—Me vendrá bien toda la ayuda que se me ofrezca —añado—. Tengo la sensación de que esta noche interminable podría alargarse mucho más.

—Me temo que tienes razón, Jefa. —Su sonrisa es entre untuosa y piadosa.

Benton se echa la correa de mi maletín al hombro, fingiendo que no ha oído nada de lo que acabamos de decir. Me sigue mientras me cuelo por la tela negra que hace las veces de puerta, pasando de la deslumbrante claridad a la noche cerrada. Durante un instante no veo nada. Pero el exterior caliente y vasto es un alivio agradable y mis pulmones se llenan de un aire que no es tan sofocante ni hediondo.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien para caminar? Dime la verdad —dice Benton, y quizá sea debido a mi confusión, pero noto una vibración.

—Mientras no tenga que correr.

Detecto el inconfundible ruido sordo.

—Despacio y con cuidado, por favor. —Benton me mira, pero lo que atrae mi atención es el río.

El mismo ruido sordo reverbera en mis huesos, percutiendo en mis órganos. Escudriño los alrededores mientras la turbulencia mecánica rebota de los edificios a los puentes, dificultando la localización de eso que suena grande y aterrador.

Estoy casi segura de que es el mismo helicóptero que hemos estado oyendo, u otro parecido, y vislumbro una luz blanca brillante en la lejana oscuridad, hacia el nordeste, un reflector que viene sondeando en nuestra dirección. Nos paramos para ver el haz luminoso que se abre paso hacia los campus del MIT y Harvard.

Tiñe el agua rizada, recortando las espesas copas de los árboles y el sendero deportivo de este lado del río.

34

El Bell 429 truena por lo bajo y con lentitud, mientras forma remolinos y emite luces estroboscópicas a una altitud aproximada de ciento veinte metros y una velocidad de ciento diez kilómetros por hora. El aire de las hélices agita las copas de los árboles, sacudiéndolas con violencia, y doy gracias por haber recogido las pruebas. No me habría alegrado el día que este armatoste hubiese aparecido rugiendo antes de montar la tienda.

—Espero que no tenga pensado quedarse aquí —le digo a Benton levantando la voz, como si él tuviera algo que ver con este espectáculo ensordecedor, y puede que así sea.

El pajarraco bimotor pasa rugiendo con la fuerza de un vendaval y reconozco las plataformas de piezas de artillería en los patines, el NightSun de cincuenta millones de candelas en la panza, el elevador de rescate y la FLIR, la cámara infrarroja de visión frontal.

La silueta de la aeronave de guerra bimotor se asemeja a la de un renacuajo de proporciones monstruosas y carnívoro, y observo que las puertas no han sido retiradas ni abiertas. En circunstancias normales, lo estarían si se tratara de una operación táctica o de una misión de búsqueda y rescate, y eso da a entender que su objetivo es la vigilancia. No obstante, por lo que a mí respecta, lo que estoy viendo es un espectáculo más que otra cosa.

—¿Es uno de los tuyos? —le pregunto a Benton mientras ambos estiramos el cuello y miramos hacia arriba—. Porque no tiene nada que ver con Boston, la policía estatal ni los servicios médicos de Med Flight. Tampoco con el Ejército, los Marines, la Armada o la Guardia Costera. Y desde luego menos aún con

Lucy, aunque hace unas horas llevaba puesto un mono de piloto. Definitivamente, en ese helicóptero no va ella —añado.

El reflector es largo y lineal, como una barra de tiza blanca que brilla con luz de neón, y el pájaro negro camuflado vira de repente río abajo, dando un giro de ciento ochenta grados a la altura de Harvard Bridge, cerca de mi cuartel general.

—No ha sido idea mía —dice Benton mientras nos paramos fuera de la tienda y observamos el cielo.

—¿Y de qué idea estamos hablando? ¿Cuál es el propósito de armar semejante escandalera río arriba y río abajo?

—Limitémonos a decir que el ego de Carrie Grethen se alimenta de la atención ajena, pero que no es la única.

Con «no es la única» se refiere a los suyos, a sus colegas agentes. El helicóptero vuelve a sobrevolar nuestras cabezas con un rugido.

—Yo me opuse a ello, y dije que se crecería si le dábamos rienda suelta, que sería un aliciente mayor para ella, pero no tuve ni voz ni voto.

Eso es todo lo que Benton piensa decirme sobre el asunto. El resto probablemente podré adivinarlo con un alto grado de precisión. El FBI está registrando esta zona de Cambridge, y me juego lo que sea a que tienen helicópteros en Maryland y es posible que en otros lugares. Si todo este jaleo es solo por Carrie Grethen, me parece una auténtica estupidez, y Benton tiene razón en eso. De hecho, la idea de intimidarla sin contemplaciones me daría risa si la situación actual tuviera alguna gracia.

Los mamotretos del FBI no impresionan a Carrie, y lo más probable es que los hayan desplegado de cara a la galería, para que los contribuyentes tengan la confianza de que los agentes federales acuden a la voz de ya cuando se trata de salvarnos a todos. A esto se refería Benton cuando ha dicho que el de Carrie no era el único ego en la historia. No hay nada como darse bombo. No hay nada como dar una impresión falsa pero teatral,

y por eso los polis como Marino hablan de los «Famosos Bien Incompetentes», otro de sus apodos para el FBI.

Y también por eso Marino les guarda rencor y desconfía de ellos. Pienso en el cuerpo de Elisa Vandersteel cargado en una camilla y me invade una oleada de indignación. El FBI, con su costoso equipo y sus hábiles agentes, no se ha movilizado por ella. La joven no es más que un medio que justifica un fin, y la misma pregunta de siempre me ronda la cabeza. ¿Qué están persiguiendo realmente los federales?

La respuesta casi siempre es trivial, cuando no previsible. Añádele política al poder y sazona generosamente la mezcla con propaganda. A continuación remuévelo todo con la alerta terrorista elevada para el área de Boston-Washington que Benton mencionó antes, y eso es a lo que me enfrento con toda probabilidad. En resumen, es la razón de que hayan apartado del caso a Marino y, si no espabilo pronto, vayan a hacer lo mismo conmigo.

—Recuerda que no tenemos ninguna prisa —dice Benton, que marca un ritmo muy lento mientras vamos caminando hacia el coche, aparcado cerca de la entrada, en John F. Kennedy Street —. Si notas que respiras con dificultad o pierdes la estabilidad, paramos y nos tomamos un descanso.

El tráfico es mucho más ligero sobre el puente, entre Cambridge y la Back Bay de Boston. No se ven muchos vehículos ni motocicletas; a estas horas circulan sobre todo camiones. El río Charles fluye perezosamente como vidrio fundido bajo el resplandor irregular de las farolas que salpican la orilla. El helicóptero ha desaparecido, al menos de momento, y nuestras pisadas son silenciosas.

—¿Qué está pasando en realidad? —pregunto—. Me hago una idea, pero preferiría escuchar tu versión de los hechos.

—Oh-oh. Ya estamos hablando de «versiones».

—Porque tú no puedes estar en la mía y yo no estaré en la tuya. A pesar de que Marino diga lo contrario, no estoy casada

con el FBI.

—Quería comprobar cómo estabas por muchas razones, y era importante que yo mismo te contara lo de Briggs. Pero esa no es la única razón por la que estoy aquí.

—¡No me digas! Has estado paseándote y haciendo preguntas sobre un caso que no debería ser de tu competencia. No eres de los que te presentas sin más y te inmiscuyes en una investigación local, y eso prueba que han pasado otras cosas. Y está claro que lo han hecho a toda velocidad, en un abrir y cerrar de ojos.

—Sí, y lo han hecho porque han ocurrido miles de cosas a la vez.

Me cuenta que antes de venir a buscarme estuvo hablando por teléfono con Gerry Everman, el comisario del departamento de policía de Cambridge.

Benton no dice quién inició la conversación, pero puedo figurármelo. Fue el FBI. Cuando se hacen cargo de una investigación, así es como funcionan. Y se parece exactamente a lo que sucede ahora mismo mientras atravieso el parque con el mejor perfilador que tienen en dirección a la arboleda densa y oscura que hay detrás del claro.

Oigo nuestras pisadas sobre el sendero compacto, cuya superficie arenosa es un material pobre para tomar huellas de zapatos o marcas de neumáticos. A lo lejos, el rumor del tráfico nos llega en ráfagas espaciadas. Capto fragmentos de conversación en la oscuridad impenetrable y distingo vagamente a personas que hablan entre susurros.

Siento que nos miran al tiempo que percibo siluetas con uniformes, ropa de campo, pantalones cargo y polos. Policías, posiblemente federales. Recuerdo que Harold insinuó que el parque se estaba llenando con un poquito de gente.

—¿Eléctrico? Tengo la impresión de que esa es la conclusión a la que has llegado. —Benton habla tan bajito que casi no lo oigo,

y camino muy pegada a él—. Habría pasado por debajo de una farola y se electrocutó.

—Y entonces la lógica empieza a fallarnos porque lo que veo es confuso, por no decir contradictorio. —Le cojo la mano sin importarme si nos ven—. ¿El problema fue la farola? ¿O la bombilla estalló a causa de la misma corriente eléctrica que la mató a ella? ¿Y de dónde procedía la corriente? Si vino de la farola, ¿cómo explica eso sus heridas? Tiene un patrón lineal de quemaduras sin sentido alguno. Y no entiendo el interés del FBI en una fase tan temprana en la que hay más preguntas que respuestas.

—Es casi como si se hubiera encontrado con cables expuestos, por lo que deduzco.

—Sí, estoy segura de que has deducido muchas cosas —replico—, pero no vimos ningún cable, y tendrían que haber estado a cierta distancia del suelo para poder entrar en contacto con su cuello y sus hombros. Es como si hubiera pasado con la bicicleta por debajo de algo que ya no está presente o no es visible.

—O algo le pasó por encima —sugiere Benton.

—Está claro que das por hecho que fue un homicidio cuando yo todavía no lo sé con certeza.

—Pero por qué iba a ser ella el objetivo es un misterio —dice—. Elisa Vandersteel no tiene ninguna conexión con nosotros que yo pueda entender, y ninguna conexión con Briggs. Tampoco veo por qué podría ser de interés para Carrie Grethen. La victimología me deja perplejo. Algo no encaja.

—¿Y eso molesta a tus colegas? Porque sí, hay algo que no cuadra. Decir eso es quedarse corto.

—Elisa Vandersteel era un blanco fácil, aleatorio, que se hallaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Briggs era un blanco difícil. Esa es la teoría.

—¿Tu teoría?

—No estoy seguro de tener una teoría, pero sé que Carrie Grethen siempre mata por alguna razón —responde Benton—.

Matar por capricho no es lo suyo, sino que se enorgullece de lo que ella piensa que es su código moral y su decoro personales. En otras palabras, aniquilar a personas que no se lo merecen no es su *modus operandi*. Por eso mismo, ¿qué motivo tenía para atacar a una *au pair* canadiense de veintitrés años cuyo sueño era ser actriz?

—Parece que te has informado mucho sobre ella.

—Por lo visto, estaba en Cambridge porque había conseguido unas prácticas en el teatro de repertorio y ayudaba en la dirección de escena con la esperanza de tener la oportunidad de actuar. Empezó a trabajar allí hace un par de meses, a principios de agosto. Era brillante, muy currante, divertida, pero muy reservada con su vida privada. Eso según varias personas del teatro con las que Lucy ha hablado.

Recuerdo al muchacho que le entregó un sobre de FedEx a Elisa Vandersteel delante de nosotros, y pregunto si ya han investigado esa pista.

—Hay mucho donde rascar, pero ella se veía con alguien que trabaja en la oficina de planificación de eventos del Faculty Club. Al parecer, es un vocalista al que conoció cuando el chico se presentó a una audición para *Waitress*, pero no consiguió el papel.

—¿Saben cómo se llama?

—No se acordaban.

—¿Sospecharon por qué Lucy les preguntaba por ella?

—No creo. Se coló entre bastidores haciendo como que la buscaba y trabó conversación con algunos actores. Tengo la firme intuición de que Elisa Vandersteel vivía con ese muchacho que vimos en la calle.

—Pero no sabemos dónde. —Me acuerdo del llavero que encontré en el bolsillo de la joven.

—Aún no, pero debe de estar lo bastante cerca si utilizaba la bicicleta para desplazarse, como parece que era el caso.

—¿Le has contado todo esto a Marino?

Mientras le hago esta pregunta me acuerdo de que él tiene la custodia del teléfono de Elisa Vandersteel, y que Benton la vio hablando por él, igual que yo.

Pero no saca el tema a relucir.

—No, no se lo he contado —responde, e intuyo que no menciona lo del teléfono por alguna razón.

Benton la vio hablando por él al igual que yo cuando estábamos en la acera delante del Faculty Club. No ha preguntado por ello. Si yo no lo menciono, probablemente él tampoco lo hará. Quizá lo haga otra persona, pero Benton se hará el longuis. ¿Por qué razón iba a saber él que Elisa Vandersteel tenía un teléfono? Y me la juego a que no ha dicho a sus compañeros que se la cruzó poco antes de morir.

Con su sutileza habitual, Benton me está haciendo saber desde ahora que no interferirá conmigo, aunque eso es lo que parezca.

—¿Tienes intención de decirle a Marino lo que me estás contando? —le pregunto—. Y si no, ¿cuándo se le informará de que acaban de sacarlo de su caso?

—No han sacado a nadie de nada, Kay —replica Benton despacio, con calma, al ritmo de sus pasos.

—Técnicamente, puede que no.

—Creo que nos entendemos.

—Sí, y lo que te pido es que no olvides lo más importante.

—No hace falta que me lo digas.

—Pero voy a decírtelo de todas maneras. Se merece que lo hagamos lo mejor que podamos —digo aludiendo a Elisa Vandersteel.

—Y no tengo ninguna duda de que te asegurarás de que así sea, Kay. Puedo contar contigo para hacer lo que sea necesario.

Me hace saber que él no se interpondrá en mi camino personalmente. Sin embargo, el FBI es otra historia. A continuación quiere saber qué pienso de la causa de la muerte, y aquí es cuando intensificamos el tempo y los sutiles movimientos

de nuestra danza.

Me pide que le pase información incluso cuando las partes implicadas interfieren conmigo. No le ocultaré detalles apropiados a mi marido del FBI. Voy a darle mucho más que a cualquier otra persona. Pero no pienso contárselo todo.

35

Le transmito lo que puedo decirle con razonable certeza, limitándome a lo que podría contarles a otros funcionarios con el mismo derecho a esa información. Pero soy más amable con Benton, caminamos cogidos de la mano entre los árboles, con los tejados asomando a nuestra izquierda y el oscuro río espejeante a nuestra derecha.

—Una carga eléctrica atravesó el colgante que llevaba y lo magnetizó —explico—. Salió despedida de su bicicleta, lacerándose el cuero cabelludo. Algunas de sus pertenencias quedaron esparcidas por el suelo y, basándome en los cristales de su cabello — concluyo—, creo que ocurrió al mismo tiempo que la explosión de la farola. Pero no puedo decirte mucho más hasta que la examinemos en la oficina.

—Me da la impresión de que me estás describiendo un rayo.

—Eso parece, sí. Pero no del todo, y es muy desconcertante. Un rayo podría explicar la quemadura causada por el colgante, pero no el resto de las quemaduras lineales, que son peculiares. Sinceramente, nunca había visto nada igual.

—Lo que me lleva a la pregunta que no querríamos que nadie supiera que nos hacemos —dice Benton—: ¿Es posible que estemos tratando con algún tipo de DEW, un arma de energía dirigida?

—¿En lugar de qué? ¿Una insolación? ¿Un ataque al corazón?

Oigo perfectamente los ruidos deslizantes que las plantillas de cuero de mis maltrechos zapatos emiten a cada uno de mis pasos.

—En lugar de un sabotaje —responde Benton—. Manipular una farola o la Endless Pool para provocar un fallo catastrófico.

Se da la vuelta como esperando ver la farola destrozada con su hilera de cristales reventados. Pero están debajo de la tienda. Es como mirar atrás, a un agujero negro en el extremo más alejado y oscuro del parque, moteado de manchas luminosas. Distingo a gente casi invisible trajinando de aquí para allá. Se mantienen a distancia de nosotros, sondeando en la negrura aterciopelada con sus luces tácticas deslumbrantes.

—¿Eso es lo que piensa el FBI? —pregunto—. ¿Que alguien ha atacado a dos personas diferentes en dos lugares diferentes con lo que sería básicamente un arma eléctrica?

—Como un haz de partículas, un láser, un cañón de riel que utilice energía en lugar de proyectiles. La tecnología existe. Solo era cuestión de tiempo que ocurriera algo terrible.

—¿Y cuál sería el sistema de transmisión en ambos casos?

—Algo parecido a un arma láser de largo alcance. Un avión tripulado. Lo más problemático sería un UAV, un vehículo aéreo no tripulado, convertido en arma de asesinato o de destrucción masiva.

—¿Como un dron que puedes comprar en internet?

—Eso es lo que hemos anticipado, y ya hace un tiempo que te hablo de ello, Kay. Un dron es capaz de derribar un jet con pasajeros importantes, un edificio del gobierno, un líder mundial. Si tiene las armas suficientes, un dron sería capaz de derribar mucho más que eso. Estamos esperando y observando porque, cuando la capacidad existe, se trata de una certeza.

—Y por desgracia los drones ya están por todas partes. No pasa un día sin que vea uno en alguna parte —respondo con una sensación de inquietud porque precisamente hoy mismo he visto uno—. Incluso cuando he salido a tu encuentro, en medio de este calor, había uno volando en los alrededores —añado.

—¿Te ha dado la impresión de que te seguía?

—No lo he pensado en el momento. Pero, ahora que lo comentamos, recuerdo haber visto uno en el Square, cuando Bryce me daba la chapa a través de la ventanilla abierta de su

coche antes de que yo entrara en The Coop. Luego he oído el zumbido de otro cuando cruzaba el Yard. Pero no sé si se trataba del mismo. No se acercó.

—En función de lo sofisticado que sea técnicamente, un aparato de este tipo no necesitará acercarse si su utilidad es el espionaje o la vigilancia. ¿Te fijaste en el número de hélices que tenía? ¿Había algo que te llamara la atención?

—Parecía una araña negra grande en contraste con el sol. Es la única impresión que recuerdo, porque no le presté atención. Me imaginé que algún estudiante de la residencia estaría pasando el rato en su cuarto haciendo volar esa cosa para divertirse. Sinceramente, casi no lo miré.

—Ya que lo dices, los chavales ocupan un lugar destacado en nuestra lista. Llevamos esperando un buen tiempo ver algún UAV casero, armado con explosivos, armas de fuego, bombas de tubo o productos químicos venenosos, incluso ácido. Pero nos tememos cosas peores. Sobre todo si el objetivo es aterrorizar.

Sus palabras me recuerdan lo que me ha dicho Marino hace un rato:

«… si lo piensas un poco, Doc, un trueno en un cielo despejado es un *tail-end Charlie* porque es el final de una tormenta que se ha alejado…».

—Tienes razón —le digo a Benton—. Será mejor que la ciudadanía no sepa que estás haciéndote este tipo de preguntas. La gente tendría miedo de salir de casa si sospecha que pueden atacarla desde el cielo mientras está nadando o montando en bicicleta. ¿Y qué me dices de las quemaduras? ¿Sabemos si Briggs también tiene?

—Tiene una en la nuca. Una quemadura redonda del tamaño de una moneda de diez centavos.

—¿Redonda?

—Sí, roja, con ampollas.

Pienso en el colgante con forma de calavera que llevaba Elisa Vandersteel y le pregunto:

—¿Tenemos alguna idea de qué ha podido causarla?

—No, pero debe de ser algo con lo que entró en contacto cuando estaba en la piscina.

—¿Llevaba joyas o algún objeto de metal?

—Nada, excepto la pulsera de cobre que nunca se quitaba. La que le dejaba una marca verde en la muñeca.

—Si era una aleación de metal, podría haberse magnetizado.

—Era muy débil cuando el investigador a cargo de las muertes de la oficina del forense pensó en comprobarlo. Al parecer, la electrocución era la primera posibilidad en la lista porque, claramente, la piscina tuvo un fallo de funcionamiento por una u otra razón. —Benton sigue contándome la información de la policía. Cuando hicieron comprobaciones descubrieron que la bomba, el cableado eléctrico de las luces, todo estaba frito.

Me acuerdo del panel eléctrico secundario gris con el disyuntor de treinta amperios en la parte trasera de la casa, a la izquierda de la puerta que daba a la cocina. Le digo a Benton que estoy bastante segura de que la piscina era lo único conectado a él, y me responde que el disyuntor había saltado.

Entonces le pregunto por el panel principal de interruptores situado fuera de la casa, si encontraron algo ahí, y dice que no. Esto sugiere la posibilidad de que una fuente eléctrica transitoria de alto voltaje entrara en contacto con Briggs, o la piscina, mientras nadaba. Todo esto suena muy similar a lo que hemos observado en el caso Vandersteel.

—Algo que estaba allí pero que ya no está —digo siguiendo la lógica de Benton—. Algo como un rayo fabricado, o un arma de energía dirigida, una DEW, en otras palabras.

—Imagínate, llevas un marcapasos y el agua se electrifica —añade Benton. Mi pulgar roza su alianza, sencilla, de platino, y recuerdo que Marino se niega a llevar joyas porque son peligrosas.

Pregunto si Briggs llevaba algo más de metal. ¿Había algo en su cuerpo o a su alrededor que pudiera haber completado el

circuito al entrar en contacto con una fuente eléctrica?

—Solo la pulsera —responde Benton—. No llevaba encima la alianza ni las placas de identificación.

—No es de extrañar. Siempre se las quitaba para nadar. La última vez que me quedé en su casa las dejó en un plato, encima de la mesa de la cocina —recuerdo.

—Ahí es donde están en las fotografías que he visto.

—Todo parece muy normal. —Me paro de nuevo para sacarme una china del zapato—. Hizo lo que suele hacer, ¿y aun así sospechas instantáneamente de un crimen? No me importa que sea un general de tres estrellas con una autorización de seguridad de alto nivel. Incluso los espías pueden ahogarse o tener un ataque al corazón. ¿Qué dijiste que fuera lo bastante interesante como para que tu jefe se movilizara tan rápido?

—Literalmente, solo hizo falta una llamada telefónica. —Benton se refiere a la que recibió desde Washington cuando salíamos del Faculty Club.

No era su director, ni el fiscal general quien estaba al teléfono.

A mi marido le estaban dando gato por liebre. Dice que recibió el mismo tipo de llamada que Marino unos minutos antes, y no sé cómo se enteró Benton de eso. Posiblemente se lo dijo Lucy. Pero al repasar lo ocurrido cuando nos levantamos de la mesa, dejando nuestras cenas intactas, caigo en la cuenta de que Marino me estaba contando por teléfono que la Interpol se había puesto en contacto con él en el momento en que Benton respondía a su propia llamada falsa.

—Alguien supuestamente del Centro Nacional del Crimen, el CNC. —Benton desbloquea su teléfono, y la pantalla se atenúa lo suficiente como para que resulte difícil distinguir nada desde lejos—. Y esta persona dijo que me había enviado por correo electrónico una fotografía, y en efecto lo hizo.

Sostiene su teléfono para que yo pueda ver la foto, e intento

recordar si alguien actuó de forma extraña, quizá merodeando cerca de nosotros, hace unos diez días, el sábado 27 de agosto por la noche. Busco en mi memoria a alguien que hubiera podido prestarnos excesiva atención, que nos mirase fijamente o se pegara a nosotros, que hubiera mostrado un interés demasiado exagerado en el general Briggs, cuando cenamos con su mujer y con él en el Palm de Washington D. C., no hace ni dos semanas. El restaurante estaba de bote en bote, sobre todo de gente de negocios, y recuerdo que era muy ruidoso.

—¿No viste a nadie sacando fotos, no se te viene nada a la cabeza…? —le pregunto mientras Benton lo niega.

En la pantalla del teléfono, Briggs aparece todo sonriente, pero han retocado la imagen para incluir una gruesa X negra sobre su cara. Rodea con el brazo a Ruthie y están sentados enfrente de nosotros. Levantamos nuestras copas para hacer un brindis en nuestro reservado rodeado de caricaturas de Daniel el Travieso, Spiderman o Nixon.

Fue una velada festiva en la que abundaron las charlas sobre compras, mezcladas con otras placenteras, y Briggs y yo hablamos de nuestra conferencia. Saboreamos varios whiskies mientras afinábamos la parte logística del acto de la noche siguiente en la Kennedy School. Cuando miro la fotografía, se me revuelven las tripas y me asombra que un momento feliz capturado en el tiempo se haya convertido en algo tan horrible.

—Está claro que alguien se encontraba en el restaurante o cerca de una ventana en algún momento cuando cenábamos —le digo a Benton—. ¿Crees que fue Carrie Grethen?

—Francamente sí. Creo que ella o alguien dirigido por ella estaba cerca o pasó por allí, dependiendo de la tecnología que utilizase. Pero está claro que alguien hizo la foto a propósito y yo tampoco me enteré de nada.

—¿Con qué objetivo?

—Ciertamente para desestabilizarnos en buena parte —responde Benton—. Mantenerse en todo momento en el centro

de nuestra atención es importante. Quiere recordarnos su presencia y que es más lista que nosotros, que siempre va un paso por delante. Que no se te olvide nunca que esto es una competición.

Pero se me olvida. No puedo pasarme la vida rumiando este asunto. Nunca he entendido a la gente, en concreto a mi propia hermana, que dedica la mayor parte de su energía a superar a alguien, a ganar un partido que es unilateral e imaginario.

—Quiere llamar nuestra atención e infundirnos miedo —sigue explicándome Benton a propósito de las ansias de Carrie, y llevo escuchándolo desde siempre—. Sobre todo tiene que dominarnos, decir la última palabra. Control y cada vez más control.

—¿Con quién crees que estabas hablando en realidad cuando viste el prefijo 202 de Washington D. C. y respondiste a la llamada? —le pregunto—. ¿Estabas convencido de que se trataba de un investigador del CNC?

—Al principio no estaba seguro de lo que pasaba. La voz parecía de hombre y sonaba razonablemente creíble hasta que empezó a hablar de la «investigación en curso en Maryland». Era el lenguaje que empleó, y además yo no tenía ni idea de sobre qué investigación estaba hablando. Así que lo escuché y le pregunté por qué me llamaba a mí en concreto y cómo había conseguido mi número de móvil. Me dijo que yo figuraba como persona de contacto en el caso.

—¿Qué caso en concreto? —Me miro los zapatos, y uno de los tacones se está soltando.

—Visto en retrospectiva, claramente se refería a Briggs, de cuyo fallecimiento no me informaron hasta un poco más tarde. Pero en ese momento, el pretendido investigador del CNC fue vago. Cuando le insistí para que me diera más detalles, me dijo que iba apurado de tiempo. Me dio un número de teléfono que resultó ser el de la recepción del hotel Hay-Adams.

—Y como eso es exactamente lo que le pasó a Marino, no

puede ser una coincidencia —concluyo.

—Estoy de acuerdo. Dos llamadas falsas con apenas unos minutos de diferencia, ambas supuestamente del CNC, acerca de dos casos diferentes de unas misteriosas muertes repentinas provocadas por algún elemento eléctrico, que acaban de producirse casi al mismo tiempo a cientos de kilómetros de distancia —apunta Benton. Me acuerdo de él al teléfono en el salón del Faculty Club, cerca del piano de media cola.

—Cuando el supuesto investigador hablaba contigo, ¿recuerdas si tosió?

—Es curioso que lo menciones. Sí, me dio la impresión de que tenía asma.

Es posible que Carrie esté utilizando un software de alteración de voz, y me pregunto si estará enferma, ella, o quizá su cómplice. Puede que Benton hablara con uno de ellos sin sospecharlo. Pero lo más extraño es que Marino también mordiera el anzuelo. Toco la flecha de la izquierda en la parte inferior del móvil para volver a la pantalla anterior y comprobar quién envió la fotografía por correo electrónico.

Tailend Charlie la envió a la dirección de correo electrónico del FBI de Benton hará cosa de cuatro horas, sobre las ocho de la tarde. Es decir, una hora y quince minutos después de que Ruthie descubriera a su marido ahogado en la piscina, y quizá cuarenta y cinco minutos después de que las gemelas se toparan con el cuerpo de Elisa Vandersteel en el parque y se hicieran con su teléfono para llamar al 911.

—Se supone que ahora ya sabemos que Briggs era un objetivo —dice Benton—. Por eso me enviaron la fotografía. Es una forma de reivindicar la responsabilidad del crimen. La llamada a Marino fue del mismo tenor, para reivindicar la autoría del caso en Cambridge. Es lo que hacen los terroristas, y nunca olvides que eso es lo que es Carrie Grethen. Ella y quienquiera que sea su compinche son terroristas que no se detendrán ante nada hasta que los aniquilemos.

—Decirnos lo que cree que necesitamos saber es todo un detalle por su parte. —Siento una punzada de rabia.

—Si ella asesinó a Briggs en persona, y creo que lo hizo —continúa—, eso podría situarla en la región de Bethesda hace seis o siete horas aproximadamente.

—Depende de cómo haya procedido —le recuerdo—. ¿Crees que es algo tipo pistola láser disparada desde una aeronave no tripulada? Doy por hecho que eso puede hacerlo alguien sentado delante de un ordenador a miles de kilómetros de distancia.

Nada más pronunciar estas palabras, ya sé adónde piensa dirigirse Benton. Él y sus colegas bajarán al sur, a Maryland. Pero yo no iré con ellos. Harán bien en no pedírmelo.

—Supongo que puede estar en la zona de Washington, por la fotografía que nos hicieron en el Palm —dice Benton, confirmando mis sospechas—. Si el objetivo último de lo que estamos presenciando es un ataque coordinado utilizando vehículos aéreos no tripulados a escala masiva, tiene sentido que pase tiempo entre Washington y Baltimore.

No caben dudas de dónde va a desembocar todo esto. O más exactamente, dónde ya lo está haciendo. En las próximas horas, Benton se pondrá en ruta hacia Washington o Baltimore. Se supone que yo estaré con él cuando los agentes del FBI empiecen a desembarcar en mi cuartel general, del que se ausentará su director y jefe de manera muy conveniente. La autopsia de Elisa Vandersteel y prácticamente todo lo demás será registrado y microgestionado.

No tardarán en invadirnos. Al menos estaré preparada, gracias a Harold, y espero que Anne ya haya llegado a la oficina.

Contesta al primer timbrazo de su móvil y comprendo que esperaba mi llamada.

—Estoy entrando en el hangar —oigo por el auricular la voz de Anne, que no se molesta en saludarme.

—¿Algún visitante a la vista? —le pregunto.

—De momento ninguno.

Le digo que puede haber mucho trajín de gente entrando y saliendo, y no importa si no los hemos invitado. Que no nos caigan bien o no comprendamos del todo quiénes son es lo de menos. Hay que atenderlos como es debido. Así que necesitamos bebidas, sobre todo café, y comida por encima de todo.

—No habrá mucho abierto a estas horas si quieres comer algo decente —me dice Anne con su despreocupada voz. En ese momento diviso John F. Kennedy Street entre los frondosos árboles, un poco más adelante, pero no tiene nada de tráfico.

—Por eso tenemos el congelador con cerrojo en la sala de descanso —empiezo a explicarle confidencialmente como si le estuviera diciendo cómo acceder a Fort Knox—. Debe de haber pizza que guardo para las emergencias. De carne, vegetariana y vegana. Sin gluten y normal.

—¿En serio?

—¿Qué creías que había ahí dentro?

—El último abogado que no te gustó. No sé.

—Todavía sigo en la escena, pero vuelvo ya. Benton me acerca con el coche —le digo en voz baja.

Me vuelvo para mirarlo y la imponente silueta de la tienda se perfila detrás de nosotros en la oscuridad como un cumulonimbo aplastado. Benton se ha alejado educadamente para no oír mi

conversación. Si no la oye no tendrá que contársela a nadie, y no será él quien me tome la delantera quitándome las pruebas. Pero tampoco podrá evitar que suceda. Eso suponiendo que yo no desenfunde más rápido que sus compañeros.

De repente me siento en alerta y eufórica, y me pongo a explicarle a Anne que necesito que Ernie Koppel se reúna conmigo cuanto antes. También me hace falta alguien del laboratorio de histología para que le prepare muestras. Están a punto de interferir en mi trabajo, de tomarnos la delantera y, si no empezamos a analizar las pruebas de inmediato, es muy probable que todo acabe en Quantico, en los laboratorios de criminalística del FBI.

Hablamos con circunloquios. No hay que dejar nada por escrito, y tenemos mucho cuidado con lo que decimos por teléfono. Con suerte, para cuando el gobierno nos informe de sus peticiones oficiales, yo ya habré realizado la mayor parte de los análisis de laboratorio. Habré hecho todo lo que esté en mi mano para responder a las preguntas que, me temo, de otro modo languidecerían o nunca llegarán a formularse. Elisa Vandersteel necesita que termine lo que he empezado.

Se merece lo mejor que pueda darle, y lo primero será el TAC cerebral. Le indico a Anne que lo que ha provocado esas extrañas quemaduras lineales ha podido dejar rastros microscópicos en las heridas.

—Un rayo no podría hacer eso.

—Tienes toda la razón —respondo—. Imposible.

—Pero una electrocución sí.

—¿Y si es así? —pregunto—. ¿Electrocutada por qué? ¿Algo que parece un rayo pero no lo es? Tenemos que averiguar qué le pasó exactamente, aunque solo sea para garantizar que no le pase a nadie más.

—¿Y qué más da que a nosotras nos importe? No le importará a nadie —objeta Anne. Sé a qué se refiere en el fondo.

Si las pruebas acaban en Quantico, perderemos el control

sobre quién descubrirá qué. Los federales tienen su propia agenda, y no es la misma que la mía.

—Mañana le harán la autopsia en Baltimore. Bueno, en realidad «hoy». —Benton se ha acercado de nuevo. Saca la mano del bolsillo del pantalón, echa un vistazo a la esfera luminiscente que brilla en su muñeca y dice—: Dios. Ya son las doce y media de la noche. ¿Cómo es posible?

—Supongo que tú, o alguien, habéis hablado con el doctor Ventor.

El jefe médico forense de Maryland, Henrik «Henry» Ventor, es uno de los mejores patólogos forenses del país, y ambos estamos afiliados al sistema médico forense de las fuerzas armadas, el AFMES. Briggs nos formó, era nuestro comandante, nuestro jefe.

—Sí, y ya se ha puesto en contacto con la policía —dice Benton.

—Supongo que es allí adonde irás después de acercarme —añado.

—Me he tomado la libertad de pedirle a Page que recogieran tu maletín de emergencia del armario del vestíbulo, y lo tenemos. Creo que si necesitas cualquier otra cosa podrás recogerla en la oficina. Sé que te hace falta quitarte el mono y asearte un poco. Después nos iremos.

—No voy a ir contigo, Benton.

—Nos gustaría tenerte allí.

—Aunque no tuviera responsabilidades aquí, no me involucraría. No es necesario que te explique por qué.

—Nos vendría bien tu ayuda, y lo otro ya no importa.

—No debería importar, pero puede que importe. Imagina cómo se lo tomaría Ruthie si me hacen las preguntas equivocadas bajo juramento.

—Te prometo que no te interrogarán sobre eso.

—Esa es una promesa que no puedes cumplir, Benton. Ahora mismo no puedo ser de ninguna utilidad en Maryland, pero

podría perjudicaros. Además necesito terminar este caso. No pienso largarme en mitad de todo. Así que me quedo aquí.

Benton insiste en recordarme que la división de investigación criminal del Ejército (CID), el Pentágono, el FBI y varias agencias de inteligencia quieren que la autopsia de Briggs sea presenciada por al menos otro patólogo forense experto, preferiblemente un reservista especial de las Fuerzas Aéreas afiliado al AFMES. En otras palabras, normalmente esa persona experta sería yo, y lo dice como si no me hubiera negado ya varias veces.

—Page se ocupará de Sock y Tesla. Creo que tendremos que quedarnos allí varios días —añade.

Pero es que no puedo. Benton quiere ir a por Carrie con toda la artillería y no me cabe duda de que Lucy estará encantada de complacerlo. A ninguno de los dos les gusta la idea de que me quede sola en casa con Page y los perros, y no estoy dispuesta a instalarme con Janet y Desi, sobre todo ahora que mi hermana está aquí.

—Podrás trabajar en ambos casos con nosotros, Kay. Será como en los viejos tiempos.

—No. El FBI no trabaja «con» nadie, y yo no trabajaré «para» ti ni «para» ellos. Yo trabajo para la víctima. En concreto, la mujer muerta con la que acabo de pasar varias horas en la tienda.

—No quiero que te quedes aquí.

—Sé que no quieres, pero así es como tiene que ser —le digo mientras nos acercamos a unos faros que brillan entre los árboles.

—Entonces quédate en la casa nueva de Lucy en Boston. Estarás a salvo con Janet.

—No puedo.

—Pues que se muden ellas a nuestra casa durante mi ausencia, y así estaréis todos juntos.

Oigo un motor al ralentí, y Benton no dejaría su Audi de lujo en marcha sin nadie dentro, ni siquiera durante dos minutos. No ha venido solo, y tampoco es que me sorprenda. Me pregunto

qué agentes lo acompañan.

—Voy a Norwood y de allí a Baltimore —me informa, y yo sé que Lucy guarda su helicóptero en Norwood, a las afueras de Boston, donde tiene su propio hangar.

—Ya veo. Por eso lleva un mono de piloto. Va a llevarte ella.

Recuerdo el momento en que apareció Lucy, justo cuando yo salía del tráiler. Benton ha debido de avisarla de la muerte de Briggs hace horas.

—Cuando termine con esto, iré a buscarte —le prometo mientras nos acercamos a un Tahoe negro con cristales tintados oscuros y matrícula del gobierno.

La puerta trasera del lado del pasajero se abre y veo apearse a un hombre al que no conozco.

—Tardaré por lo menos un día o dos —le digo a Benton—, pero ayudaré a Ruthie, haré cuanto esté en mi mano.

A nuestra izquierda, la Kennedy School of Government se alza contra la noche y, por un instante, me cuesta respirar.

37

Roger Mahant es el agente especial adjunto al director, el ASAC de la división de Boston del FBI.

Es él quien conduce el Tahoe negro. Benton se instala en el asiento del copiloto y yo en el de atrás, al lado de un hombre al que no conozco de nada. Podría ser del FBI, pero actúa más como un agente de la CIA: taciturno, impasible, reservado. No confío en él ni en nadie en este momento, ni siquiera en mi marido, no desde un punto de vista profesional. Tiene que estar necesariamente de su lado. Tiene que ser uno de ellos.

Por eso Benton no puede contarme todo lo que pasa, desde luego no delante de ellos. No puede comportarse como mi marido ni como un amigo. No es nada nuevo, pero me siento más sola que de costumbre cuando se sienta delante, dándome la espalda, diciendo poco o nada, en modo esponja. Te olvidas de que está ahí mientras absorbe todo lo que lo rodea, y yo sé cuándo lo hace.

Los inquietantes ojos oscuros de Mahant me miran por el retrovisor. Me pregunta:

—¿Algo más de beber?

—De momento no, gracias.

Me he colocado el maletín encima de las piernas, y lo rodeo con los brazos como si alguien quisiera arrebatármelo.

Mahant me ha visto apurar una botella de agua Fiji y la he dejado vacía por el suelo sin muchas contemplaciones. No deja de mirarme, cuando no debería despegar los ojos de la carretera. No me gusta cuando él y Benton hablan en voz baja. Me recuerda que mi marido forma parte de un colectivo, un grupo, una tribu. Soy prudente y observadora, sentada en silencio en la

parte de atrás, fuera de mi elemento, desposeída de mi mando. Me acercan en coche a modo de favor; un favor no deseado que no he podido rechazar, y sé que de un momento a otro empezarán a sonsacarme información. Me exprimirán hasta la última gota antes de terminar lo que he empezado, o eso creen ellos.

En los pocos minutos que llevo dentro del Tahoe no he hecho preguntas. Pero he deducido que el hombre que me acompaña detrás es de Washington o de esa zona. Podría ser de Quantico o Langley. No sé a qué se dedica, pero parece que su presencia en Boston esta semana ha sido fortuita. Tampoco sé su nombre. Puede que me lo dijera cuando he subido al coche, pero me parece que no es el caso. Estoy casi segura de que no ha dicho esta boca es mía mientras yo me abrochaba el cinturón.

El interior del monovolumen huele a patatas fritas y la radio está encendida a un volumen suficientemente alto como para que pueda reconocer a Howard Stern bromeando con su copresentadora Robin Quivers. No sé decir qué segmento grabado es, pero no sabía que Mahant fuera fan del programa, y si me lo dicen, no me lo creo. Ahora casi me cae mejor, pero no. Aunque pudiera, no sería inteligente por mi parte.

«No bajes la guardia».

Cincuentón, calvo y con gafas de montura gruesa, tiene una mano en el volante y con la otra sujeta un café helado de Dunkin' Donuts que bebe sorbito a sorbito, educadamente, con una pajita. Siempre se ha mostrado cordial cuando he coincidido con él, por lo general en recepciones profesionales, reuniones navideñas y esa clase de cosas. Pero no socializamos. Intento no confraternizar con el FBI.

Briggs me advirtió desde el primer día que no confiara en los federales. Siempre me pareció gracioso, porque él es uno de ellos, o lo era.

«Trabaja y diviértete con ellos, pero nunca les enseñes tus puntos flacos —decía—. Y, por el amor de Dios, Kay, no pierdas

los estribos, o descubrirás por las malas que es un mundo de hombres».

«No importa que sea injusto —decía señalando con el dedo—. Si la vida fuera justa, las personas como nosotros se quedarían sin trabajo». Su voz me resuena en la cabeza. Era una voz que exigía atención, dijera lo que dijera y a quien fuera. Pero lo de no perder los estribos no estaba escrito, y a Briggs no le motivaban únicamente sus fuertes convicciones morales, dijera lo que dijera.

Sentía algo hacia mí que se remontaba a los primeros días de nuestra relación profesional. Yo sentía lo mismo, y solo bastó un beso, una protesta de que debíamos parar, pero no cumplimos. Recuerdo el sonido de nuestra respiración, la lluvia repicando. Nunca olvidaré cuando apagó los faros de su Karmann Ghia rojo rubí, aparcado delante del destartalado edificio de estuco donde yo compartía piso con una toxicóloga. Se llamaba Lola, diminutivo de Dolores, y el nombre le iba como un guante.

Éramos tan jóvenes e inexpertos, acababan de contratarnos en la Oficina del Médico Forense de Miami-Dade, donde Briggs era mi supervisor, y Lola nunca estaba contenta, en particular conmigo. Siempre se sentía decepcionaba y molesta conmigo y en aquel entonces yo no entendía por qué. No siempre me decía cuándo entraba o salía, y sin duda era por despecho, por su deseo de darme celos. Pero aquella noche lluviosa y ventosa sabía que Lola no estaba en casa y que seguramente volvería tarde.

Irónicamente me lo había restregado por la cara, como queriendo decirme que ella tenía una vida y yo no. Briggs me había preguntado por ella, porque la encontraba rara y huraña. ¿Cómo era vivir con ella? ¿Temía que pudiera ponerme veneno en los cereales? ¿A qué hora volvía a casa? Fue entonces cuando se abrió el cielo. Nos reímos del ensordecedor redoble de tambores sobre nuestras cabezas, de los cristales inundados de lluvia, y apagó los limpiaparabrisas. Rodeados por el diluvio, el

cristal se empañó y lo limpiamos para echar un vistazo al segundo piso, a la ventana vacía y sin luz del cuchitril que tenía que compartir porque era lo único que podía permitirme.

Era evidente que no había nadie en casa, evidente por qué Briggs quería acompañarme con el paraguas y verme entrar a salvo en el patio. No se comportaba como un caballero, ni yo como una dama. Era una tormenta perfecta de circunstancias y lo había sido desde el principio, cuando el armatoste de mi coche con el embrague desgastado se averió en la Dixie Highway al caer la noche.

Lola había salido con un ex y no dejó escapar la ocasión para decírmelo. Mi hermana Dorothy no contestaba al teléfono, y mi madre tampoco. Briggs fue la única persona con la que pude contactar después de caminar por el arcén de la autopista hasta el teléfono público de la gasolinera más cercana. Me llevó a casa y, después de eso, jamás le contó la verdad a Ruthie.

Ella ya había decidido que yo era una destrozahogares incluso antes de serlo. ¿Para qué molestarse en decirle que era vidente o profeta? ¿Para qué molestarse en decirle que estaba en lo cierto? Es como si estuviera oyendo los argumentos de Briggs:

«¿Para qué darle una razón más para rehuirte, Kay?».

Confesárselo a su mujer habría constituido el final apocalíptico de mi relación con él. No habríamos vuelto a trabajar juntos. Mis días en el AFMES habrían terminado antes de empezar, porque ella era muy susceptible, frágil y posesiva, y en aquella época su padre era muy influyente en el Pentágono. Esta era, según Briggs, la razón por la que necesitaba ocultarle ciertas cosas. Lo hacía por el bien de ella y por el mío. Era la mejor solución. Este era el tipo de cosas que decía. Siempre supe que se engañaba a sí mismo, y fue posiblemente la única vez que me pareció un cobarde.

—¿Estás bien?

Benton se da la vuelta y mira hacia el asiento trasero donde voy sentada. La verdad sea dicha, es mucho más hombre de lo

que Briggs jamás habría podido ser.

Mi marido no huye de lo que quiere ni elige un camino porque sea el más seguro. No miente sobre lo que ama. Es prudente y se toma su tiempo, sí, pero no se rinde ni se conforma con menos, y no existen los secretos entre nosotros. Al menos no la clase de secretos que desgastarían nuestra unión.

Me presento al hombre que está sentado a mi lado cuando el Tahoe tuerce por Memorial Drive. Me siento estúpida al instante.

Debe de saber quién soy y por qué me acompaña el FBI. Dentro de unos minutos me dejarán en el CFC porque no soy tan cooperativa como ellos quisieran, y empiezo a buscar con la mirada mi edificio de biotecnología de piel de titanio. Escudriño la negra madrugada mientras orillamos el río y todo el cansancio se me viene encima. Me siento derrotada y culpable. Es cierto eso que dicen de que tus pecados terminan por alcanzarte.

Salvo que en mi caso es más apropiado decir que mis pecados tienen tendencia a alcanzarme y punto. Todo tiene sus consecuencias. Sin embargo, cuando Briggs y yo tuvimos nuestro momento, jamás habría pensado que llegaría este día. No podría haber imaginado que el gobierno me llamaría para colaborar en una autopsia y que tendría que recusarme por razones que no voy a discutir. Aunque no estuviera metida hasta el cuello en el caso Vandersteel, no iría a Baltimore esta noche. No sería lo correcto.

—… Precisamente me preguntaba cómo la llama la gente.

De pronto comprendo que el hombre sentado a mi lado me está haciendo una pregunta. Me ofrece un paquete de pañuelos de papel, rozándome levemente la muñeca. Cojo el paquete de su mano fuerte y suave y abro la pestañita de celofán.

—Gracias —Me limpio la nariz, los ojos—. ¿Me decía…?

—Siento mucho lo del general Briggs. De hecho, lo he dicho un par de veces. Tengo entendido que él la formó.

—Sí. Gracias.

—Luego le he preguntado cómo se encuentra, porque he oído que no estaba muy bien hace un rato, que le había dado un golpe de calor.

—Estoy bien.

—Y después de eso tenía curiosidad por saber por qué nombre la llaman. ¿Kay o doctora Scarpetta? Y si podemos ofrecerle lo que sea. ¿Algo de comer? ¿De beber?

—No, gracias.

—¿No a qué pregunta?

Está coqueteando conmigo delante de mi marido. O a sus espaldas, literalmente.

—No necesito nada —respondo a sea quien sea, sin mirarlo.

Y no quiero que me mire, porque imagino la facha que tengo. Mustia, sin rastro de maquillaje, el cabello enmarañado. Mi desodorante dejó de hacer efecto hace horas y el único mono que he podido encontrar en el tráiler me viene grande. Más envuelta que vestida, no dejo de tirar del cuello en V de mi camisola manchada de sudor porque, si bien los tirantes del sujetador no se me ven, el escote sí. Y aunque estoy acostumbrada a las miraditas de Marino, no soy tan indulgente con un perfecto desconocido.

—Recuérdeme su nombre otra vez. —En realidad no me lo ha dicho, y cuando responde al principio creo que está de coña.

—Andrew Wyeth —repite.

Me pregunto si se trata de una broma absurda o de si es una alusión sarcástica al difunto padre de mi marido, muy rico y coleccionista de arte.

Había acuarelas de Andrew Wyeth en la casa de los Wesley cuando Benton era pequeño. Le miro fijamente la nuca mientras él baja la vista hacia el móvil, y no muestra ninguna reacción ante lo que dice el hombre sentado a mi lado. Benton hace como si no existiera. Hace lo mismo con todos, aunque no se le escapa una de lo que decimos, de cada palabra y entonación, con la

agudeza de un halcón. Lo sé a ciencia cierta porque lo conozco.

—Está pensando en el pintor, pero no soy yo —dice el agente especial Wyeth mientras me da un apretón de manos que se alarga demasiado, con excesiva ternura, y su sentido del humor no contagia mi estado de ánimo, que está que echa chispas.

No quiero ir dentro de este coche. No quiero ir con ellos, y no es fácil cuando Benton tiene que comportarse de este modo. Cuando nos vemos obligados a fingir que nuestra relación no es la que es en realidad, me siento estafada y deshonesta. Como si volviéramos a tener una aventura y yo volviera a ser una destrozahogares.

A veces nuestros jueguecitos me hacen sentir sola, sin apoyo, y me convenzo de que nada saldrá bien si no lo hago yo misma. Así es como me siento ahora. Sola.

—¿Le pusieron ese nombre por el artista?

Me muestro cortés, lo justo, pero apenas presto atención porque estoy pensando en todo lo que tengo que hacer deprisa, con sigilo, sin enseñar la patita.

—No, señora. Pero a mi padre sí. —Wyeth me recuerda lo mucho que odio que me llamen «señora».

Tendrá treinta años como mucho, más bien veintipico, y debe de ser un niño prodigio para rodearse de tan excelsa compañía. Aunque no puedo distinguirlo muy bien en el asiento de atrás porque está oscuro, no me hace falta hacerlo. Es muy apuesto y tiene una voz tranquilizadora que inspira una confianza que no tengo intención de darle. Sus músculos sobresalen de las mangas cortas de su polo y se tensan contra el tejido caqui de sus pantalones cargo.

Se le marcan las venas, y tiene tan poca grasa corporal que es como si lo hubieran envuelto en su propia piel. No quiero ni imaginar cuánto tiempo debe de pasar en el gimnasio ni lo que come. Muy poco. Proteínas. Zumos. Col rizada. Cosas sanas de ese tipo, imagino, y huele bien. Una fragancia sutil, viril, a madera, con un toque de cítricos y almizcle.

«Calvin Klein».

—… Estará en las muy competentes manos del mejor de Boston, el ASAC Roger Mahant, a quien ya conoce. —Andrew Wyeth está terminando su discurso sobre lo que me espera—. Creo que lo ha visto atizarse unas cuantas en reuniones de amigos, así que ya sabrá lo entretenido que puede llegar a ser.

—¡Oye! ¡Que estoy aquí sentado y oigo todo lo que dices! —bromea Mahant mirando por el retrovisor en tanto Benton sigue ignorándonos, concentrado en su teléfono.

—Pasará algún tiempo con usted, doctora Scarpetta, más que nada como observador, para ponernos al tanto de lo que ocurre con el caso Vandersteel.

Wyeth debe de estar con el FBI para hablar así, como si dirigiera el cotarro.

—Necesitaremos espacio para unos cuantos. —Ahora es Mahant quien habla—. Un despacho tirando a grande con un par de escritorios, una mesa y sillas —dice con impertinencia—. También nos hace falta acceso al menos a un cuarto de baño privado y, por supuesto, aparcamiento —añade con desfachatez mientras decido que es un pedazo de capullo.

38

Lo último que me apetece es tener agentes federales merodeando en mi cuartel general, y a Bryce le va a dar un síncope. La va a liar parda. Como todos, de hecho.

Pero no hay mucho que pueda hacer, y no sirve de nada calentarse. Necesito lucidez mental. En ese momento Benton me tiende su móvil por encima del respaldo del asiento.

—Fotografías policiales tomadas en el lugar de los hechos —dice, y respiro hondo mientras empiezo a revisarlas.

No hay nada de Briggs *in situ* tal como lo descubrió Ruthie porque cuando la brigada de rescate llegó lo primero que hicieron fue sacarlo del agua. Eso fue lo más heroico que pudieron hacer, porque enseguida se dieron cuenta de que estaba muerto. En las fotos que estoy mirando yace boca arriba, en la terraza, cerca de la parte de madera de la piscina.

Reconozco los muebles de exterior, la zona de atrás de la casa de Bethesda y el jardín. Me duele estar tan familiarizada con todos estos detalles, recordar todas las historias vividas. Lleva puesto lo que él llamaba su «chuchoflaje», el bañador holgado que su esposa, una costurera experta, le hizo hace unos años a modo de regalo sorpresa. El estampado de camuflaje verde y marrón recuerda al perro de los dibujos animados de *Padre de familia*, y Briggs tenía varios pares que se llevaba con él adonde fuera.

Es horrible ver su rostro, antaño fuerte y lleno de vitalidad, ahora desencajado y teñido de un rojo violáceo intenso, con los ojos apenas abiertos. Distingo en su piel la marca de las gafas que llevaba cuando murió. Le sale espuma por los labios, y

Mahant me pregunta al respecto.

—Eso es lo que suele verse en los ahogamientos, ¿verdad?

—A veces.

Tengo que vigilar cada palabra que digo con burócratas de su calaña. No quiero leer algún comentario mío sin importancia en un reportaje, ni oírlo en las noticias. Comprendo desde ya que no va a captar gran cosa de lo que digo, porque cree que sabe de todo más que yo. Imaginármelo a él y a sus subordinados sueltos en ciertas áreas del CFC es peor que la metáfora de un elefante en una cacharrería. Podrían causar auténticos perjuicios que no tendrán arreglo.

—Pero uno no se ahoga en una piscina que no es mucho más grande que un jacuzzi —dice Mahant—. ¿Cuánto mide? ¿Un metro y medio de profundidad? Entonces está claro que pasó algo.

—Puedes ahogarte en un charco o en un cuenco de sopa. Pero, sí, algo pasó —coincido con su banal apreciación mientras sus ojos me miran a través del espejo.

—Y esa especie de espuma que le sale por la boca quiere decir que respiraba, ¿no? Lo que significa que no murió instantáneamente.

—Es raro que pase —respondo—. A menos que te decapiten o una explosión te haga volar en pedazos, tu cerebro tarda un tiempo en apagarlo todo. Eso no significa que estuviera consciente durante sus últimos estertores, cuando tragó agua. Si eso es lo que ocurrió, podría explicar la espuma externa en la boca o las fosas nasales.

—¿Me está diciendo que si tu corazón se detiene todavía puedes seguir respirando? ¿Durante cuánto tiempo, durante cuántas respiraciones?

—No lo sé. Es algo que resulta un poco difícil de investigar —respondo, y Wyeth sonríe y reprime una carcajada.

Hago clic en otras fotografías y encuentro un primer plano del brazalete de cobre, luego otras varias de su cuerpo girado sobre

sí mismo para exponer la extraña quemadura redonda en la nuca. Espero que Briggs perdiera el sentido instantáneamente y nunca se lo viera venir, y durante un momento recuerdo el dron que he visto antes, su silueta negra y siniestra contra el sol. Imagino lo sencillo que sería programarlo para hacer algo horrible.

—Supongo que no le practicará la autopsia ahora mismo —continúa diciéndome Mahant mientras mis pensamientos saltan de forma inquietante a otro caso reciente.

—Hay mucho que hacer antes —respondo sin dejar de pensar en la mujer de Cambridge electrocutada el pasado lunes por la tarde.

Molly Hinders estaba regando su jardín al atardecer y un poco más tarde la encontraron muerta sobre la hierba húmeda, con una quemadura en la cabeza.

—Y no dispondré de mucho personal hasta que todo el mundo se reincorpore al trabajo. —No miento, pero no tengo ninguna intención de resultarle útil, como es su deseo.

—Entonces ¿a qué hora vuelvo, Kay? —pregunta Mahant.

—Cuando le venga bien. Nosotros estaremos aquí.

—Pero ¿a qué hora piensa hacerle la autopsia exactamente? ¿Imagino que tendrá un calendario electrónico al que yo pueda acceder para no tener que molestarla? En cualquier caso, fije la hora y me las arreglaré para venir.

—En realidad no programamos así las autopsias. No funcionamos como el quirófano de un hospital o la consulta de un médico —respondo con un tono perfectamente razonable y nada condescendiente, aunque me asombra hasta qué punto está desinformado.

—Sí. Y no corre mucha prisa cuando sus pacientes están muertos, ¿no? —bromea Wyeth.

—¿Por qué no fijamos una hora? —insiste Mahant, y noto que va a volverse un auténtico grano en el culo si se lo permito.

—Es un poco más complicado que eso porque primero tiene

que pasar por el escáner de tomografías… —empiezo a decir, pero me callo porque es demasiado largo como para explicarlo.

No estoy segura de que el segundo al mando de la división de Boston haya pisado alguna vez nuestro edificio. Pero lo que sí sé es que nunca he trabajado con él, y no tiene nada de sorprendente. Los funcionarios como Mahant son unos «chupatintas» y «picapleitos», como los llama Marino. No investigan sobre el terreno, y cuando aparecen en una escena o en la sala de autopsias puedes estar seguro de que su motivación es política. Siempre tienen una agenda que probablemente no compartirán, y no importa lo cordiales y colaboradores que se muestren al principio de la relación, porque la cosa degenera enseguida y rara vez termina bien.

No tengo intención de cumplir ninguna clase de horario que el ASAC Roger Mahant haya decidido. Pero ya le he visto las orejas al lobo. Hará todo lo que pueda para inmiscuirse en los asuntos del CFC, y yo haré todo lo que pueda para que lamente haberlo hecho. Para bien o para mal, este tipo de cosas se me dan muy bien. Le recuerdo que cuando vuelva más tarde no olvide traer artículos para la ducha y una muda de ropa.

—¿Por qué? —Sus ojos oscuros me miran en el espejo.

—Porque tendrá ganas de lavarse bien después y meter lo que lleve puesto en las bolsas de residuos biológicos. Le recuerdo que el olor se queda en el pelo, la ropa, hasta en los senos nasales. De hecho, le pido disculpas porque nunca es buena idea permanecer dentro de un espacio cerrado como un coche después de llevar horas trabajando en una escena donde hay un cadáver en rápida descomposición.

Benton levanta los brazos y se huele las mangas dobladas de la camisa.

—Creo que tengo un pase, pero no me he quedado mucho tiempo, ni cerca de todo como tú —añade Benton siguiéndome el juego.

Mahant abre la ventana unos centímetros y sube el aire

acondicionado al máximo.

—Tenemos batas desechables, cofias de protección, guantes y cosas así para suministrar —le digo por encima del runrún del aire acondicionado—. Y también nos hemos encargado de la comida. No está permitido comer ni beber en las salas de autopsias, pero arriba hay una zona de descanso.

—¿Comer en una sala de autopsias? ¡Dios santo! ¿En serio hay gente que hace eso?

—Ya no. ¿Cuándo fue la última vez que se vacunó contra el tétanos?

—¡Qué sé yo! —En el espejo retrovisor el reflejo de Mahant parece impaciente y descontento.

—¿Y de la hepatitis A y B? —pregunto a continuación.

Tras un recodo del río, el Centro Forense de Cambridge emerge cerca del puente de Harvard.

Mi edificio cilíndrico de siete plantas y recubierto de metal ha sido comparado con muchas cosas: un proyectil de plomo sin camisa, una bala dum-dum, un misil de nariz respingona, un pepinillo. Despunta como un silo de metal deslustrado al otro lado de la carretera, en una sección diferente del mismo sendero donde Elisa Vandersteel pedaleaba en su bicicleta cuando la asesinaron. La escena en la que acabo de trabajar está a un kilómetro y medio de mi oficina, aunque sería difícil intuirlo porque Mahant ha tenido que tomar una ruta tortuosa cuando salimos del parque para evitarse la molestia de tener que enseñar sus credenciales y pedir a la policía que moviera las barricadas de las calles cerradas.

Tuerce a la izquierda en Memorial Drive. Luego, otra vez a la izquierda, y nos paramos delante del recinto vallado de tres metros de altura recubierto de PVC negro del CFC. Abro la ventanilla y estiro el brazo para introducir un código en un teclado instalado a la izquierda de la verja de metal negro

rematada con pinchos de tres puntas. Con un fuerte pitido, la puerta cobra vida y empieza a deslizarse sobre sus raíles.

El Tahoe entra en el aparcamiento trasero y reconozco los vehículos personales de algunos miembros de mi equipo. Bryce está aquí y Anne también. El Tahoe se desliza con parsimonia entre furgonetas, monovolúmenes y camiones aparcados, todos de un blanco espectral. A esta hora de tranquilidad impera el silencio. Nos detenemos detrás de un Ford Explorer blanco camuflado, en la primera plaza que hay a la izquierda de una puerta para peatones que da a la parte trasera del edificio.

Es el coche con el que vine a trabajar ayer. Lo dejé aquí pensando que el día siguiente lo pasaría fuera con mi hermana, Janet, Lucy, Desi y los demás. Bryce me acercó en coche, y luego iba a volver a casa con Benton después de la cena. Pero nada salió como estaba previsto, y el día siguiente ya está aquí. No tendré tiempo libre ni una reunión familiar en mi futuro inmediato. Me apeo del Tahoe.

—Ahora voy —me dice Benton.

Se queda dentro del monovolumen con las puertas cerradas. Creo intuir de qué están hablando. Mahant no me quiere merodeando cerca cuando él y sus amigotes campen a sus anchas en mi cuartel general y obren a su antojo con cualquiera que lo habite, vivo o muerto. Es una lástima, pero nadie logrará echarme y aguardo junto a la puerta reservada para los peatones. Espero varios minutos y luego Benton sale del monovolumen. Escaneo mi pulgar derecho para desbloquear la cerradura biométrica y entramos en un área de estacionamiento del tamaño de un pequeño hangar.

Huele a desinfectante aplicado recientemente. El suelo está cubierto de epoxi, las paredes forradas de armarios, todo está impecable. Unas relucientes camillas de acero están dispuestas prolijamente en la zona de lavado. En un rincón más lejos está La Morte Café, donde Rusty y Harold toman café y fuman puros en una mesa y unas sillas que pueden lavarse con una manguera.

—Lucy ha podido hackear el teléfono de Elisa Vandersteel —empieza Benton, revelándome cuanto cree que puede y probablemente más de lo que debería.

Como siempre, es mucho más listo que los demás. Sabía que Lucy accedería al teléfono mucho más rápido que los técnicos de los laboratorios de Quantico.

—Así que sabemos quién es el novio, el joven que vimos en el Faculty Club —dice Benton—. Chris Peabody.

—¿Tiene relación con la señora P.?

Recuerdo que la mujer mencionó que su nieto trabajaba a tiempo parcial en el Faculty Club.

—Probablemente, pero hay que confirmarlo. Vive en un estudio de una habitación en Ash Street, al oeste de aquí.

—Que era la dirección en la que se dirigía Elisa Vandersteel cuando atravesó el parque en bicicleta. —Por la expresión de Benton, comprendo que está muy preocupado.

—La última llamada que hizo fue a él, a las siete y seis de la tarde, cuando deslizaba un paquete de FedEx en el buzón de John F. Kennedy Street, justo al lado de la School of Government —puntualiza—. Lo sabemos por el contenido del mensaje de voz cuando el novio intentó llamarla diez minutos después. Si nos basamos en todo lo demás que sabemos, creo que en ese momento ya estaba muerta. Creo que todo sucedió exactamente como pensamos, Kay. Entró en el parque por la calle John F. Kennedy Street, y cuando pasaba cerca de la farola algo la alcanzó.

—¿Lo sabe su novio? —Recuerdo haberlo visto a él y a otros miembros del personal entrar y salir de las habitaciones mientras estábamos en el Faculty Club.

Sin duda, habrá numerosos testigos que podrán dar fe de su paradero en el momento de la muerte de Elisa Vandersteel, y es poco probable que tenga algo que ver con el asunto. Pero al nieto de la señora P. le espera un mal rato de todas las formas imaginables.

—Tenemos mucha gente a la que interrogar. Esto va a ser una caja de Pandora, y tú llevas despierta veintitantas horas sin visos de que esto vaya a terminar pronto —dice Benton—. Deja que Luke se encargue de la autopsia, Kay. Tú ya has hecho la parte más difícil. ¿Por qué no vienes con nosotros?

—¿Nosotros? ¿Quién más hay aparte de Lucy?

Benton me acompaña hasta la otra punta del hangar, donde una rampa conduce a otra puerta.

—Wyeth. Como habrás deducido, es uno de los nuestros, está con el NCTC.

El NCTC, el Centro Nacional de Contraterrorismo, vigila las amenazas nacionales e internacionales. Trabaja codo con codo con agencias de inteligencia estadounidenses como la CIA.

—Si estaba en la zona de Boston durante los últimos días, supongo que no ha venido por Briggs, a menos que recibierais información sobre su muerte de antemano —respondo, y nuestras voces resuenan con un eco en este vasto espacio de hormigón hueco vacío donde estamos a solas, cerca de un enorme desagüe en el suelo y de una gruesa manguera enrollada —. Y espero que no sea cierto. Porque si tuvieras siquiera un atisbo de…

—No. No recibimos ningún aviso previo que yo sepa, salvo la fotografía enviada por correo electrónico, como ya he dicho, y para entonces Briggs ya se había ido. Benton vuelve a utilizar ese eufemismo.

«Irse».

—Wyeth estaba en la zona por otro asunto. —Benton hace una pausa, sus ojos clavados en los míos, y luego continúa—: Me preocupa mucho la posibilidad de que se esté planificando algún ataque importante en el área de Washington, y que lo que estamos viendo ahora mismo solo sea la punta del iceberg.

Me explica que no puede entrar en detalles, pero Briggs era un objetivo importante en más sentidos de los que imagino.

—Hace tiempo que en el Capitolio se rumorea que estaban a

punto de nombrarlo para un puesto en el gabinete, algo que contemplaba la nueva administración —continúa Benton—. Creo que Carrie nos está recordando que puede derrocar al dragón que se le antoje y privarnos de lo que más nos importa. Puede destruir nuestros sueños. Puede robarnos a nuestra familia, y Briggs era exactamente eso, en especial para ti.

—No sé si es eso lo que nos está recordando u otra cosa. —Respiro hondo y me siento enfadada y triste al mismo tiempo—. Y los rumores a veces no siempre son fundados. Deberíamos tener cuidado con lo que deducimos y creemos cuando sabemos tan poco —añado mientras la persiana del hangar ciego empieza a replegarse.

El aparcamiento iluminado aparece por la abertura cuando la enorme persiana retráctil se levanta con chasquidos metálicos, y los faros de la furgoneta blanca nos ciegan a medida que se desliza en el interior. Después, la persiana vuelve a bajar ruidosamente y Harold y Rusty se apean del asiento delantero, bordean el vehículo y abren las puertas de atrás. Todos los sonidos nos llegan amplificados aquí dentro.

—Te llamaré cuando paremos a repostar. —Benton me abraza, y la forma dura de la pistola que lleva en la cadera me recuerda que nunca sabemos realmente cuándo volveremos a vernos.

Nuestra vida y nuestra relación no tienen nada de normal, y ya no sé qué es sentirse a salvo. Durante un rato me abraza contra él, enterrando la nariz y la boca en mi cabello, mientras que cada vez son más numerosas las luces de los faros que brillan en el aparcamiento. Trago saliva con dificultad. Es un sentimiento horrible.

—Me aliviaría que Janet, Desi y Dorothy se mudaran a nuestra casa hasta mi regreso. Sé que ya lo he comentado, pero te lo digo muy en serio, Kay. Todo el mundo estará más seguro si permanece unido. —Benton me mira inflexible—. Ya lo he hablado con Janet por si decidías quedarte en casa, y estaba bastante seguro de que eso era lo que ibas a hacer. Page puede

ayudar en lo que haga falta con los perros —añade mientras veo a Luke Zenner por el rabillo del ojo. Mi ayudante en jefe, rubio y austriaco, se acerca a nosotros, y sospecho que Anne lo ha sacado de la cama para convocarlo. Es posible que estuvieran durmiendo juntos, se me ocurre también, porque Luke es atractivo a más no poder y está hecho un donjuán. Distingo las marcas de las arrugas de la funda de una almohada en su mejilla derecha. No se ha afeitado, y debe de haberse puesto lo primero que tenía a mano, una camiseta de los Patriots, unas bermudas holgadas y unos mocasines.

—Voy a quedarme arriba un rato y te mantendré al tanto más tarde —le digo. Es mi forma de indicarle que ahora mismo no podemos hablar abiertamente delante de Benton—. Creo que deberíamos llevarla a la sala de descomposición. Está en muy mal estado y todo va muy rápido.

—Me lo imagino y me parece un buen plan —dice Luke con su acento alemán al tiempo que sus ojos azules se encuentran con los míos—. Nos pondremos en marcha entonces.

Harold y Rusty trasladan la camilla por el hangar. La empujan por la rampa y cruzan la puerta que da al interior del edificio mientras Benton y yo nos decimos adiós, aunque no utilizamos esa palabra. Intentamos no hablar en términos que impliquen un final, sino que procuramos que nuestras separaciones sean desenfadadas, con un «nos vemos más tarde» o «luego te llamo». Como si todo fuera bien, cuando la realidad es bien distinta.

Aguardo pacientemente en lo alto de la rampa, con mi maletín colgado en bandolera sobre el hombro de mi bata empapada en sudor. Sigo con la mirada a mi marido, alto, ancho de hombros, alejarse a largas zancadas y manteniendo su postura recta y orgullosa. Llega a la enorme entrada cuadrada, que lo enmarca como un cuadro, y se vuelve para sonreírme.

39

Mi primera parada cuando entro en mi edificio desde el hangar es la zona de recepción, muy iluminada, con sus paredes de cámaras frigoríficas de acero inoxidable y congeladores monitorizados por indicadores digitales verdes que viran al amarillo y al rojo cuando la cosa pinta mal.

El aire ambiente es agradablemente fresco y desodorizado. Justo al otro lado de la puerta me recibe una disputa. Harold y Rusty han aparcado la camilla en la báscula de la plataforma. Llevan puestos cubrezapatos, delantales, guantes y gorros quirúrgicos, y los pillo en plena acción, chinchándose el uno al otro en voz baja, ajenos a cualquiera que pueda escucharlos.

—Bueno, y entonces ¿qué es? —Harold tiene el cuaderno abierto y un bolígrafo destapado en la mano.

—No sabes cómo me molesta cuando haces eso.

—¿Cuando hago qué? Solo estoy pidiendo una verificación del peso que has dicho que debíamos deducir.

—No lo he dicho porque no hace falta. —Rusty blande la larga vara de medir de madera en una mano como un cayado de pastor mientras abre la cremallera de la bolsa del cadáver.

—Entonces ¿qué es?

—¿Por qué iba a ser diferente esta vez, Harold?

—Preguntar nunca está de más, es una prueba de inteligencia.

—Y tú no pierdes ocasión de hacerlo. Pesa cuarenta y tres kilos como la última vez que la pesamos.

—Pero al principio no comprobaste si estaba vacía, ¿verdad? Así que no lo sabemos a ciencia cierta.

—No, no lo hago a cada vez porque es una estupidez.

Rusty mide el cuerpo desde la parte superior de la bolsa que

cubre la cabeza de Elisa Vandersteel hasta la parte inferior que protege sus pies.

—¿Qué pasaría si en el tribunal nos preguntaran si pesamos la camilla?

—Nunca he oído a nadie preguntar eso, ni siquiera sacar el tema, solo a ti.

—Pero podrían y, según las circunstancias, quizá deberían. Nunca se sabe cuándo el más mínimo detalle puede marcar la diferencia. Veamos… ¿Si restamos cuarenta y tres de noventa y ocho? —Harold hace las cuentas en su cuaderno de bolsillo porque le cuesta hacer el cálculo mentalmente—. Nos sale un peso de cincuenta y cinco. —Lo anota mientras camino por el suelo de cristal reciclado cuyo tono tostado se llama trufa—. ¿Y la longitud?

—Un metro sesenta y cinco.

Me paro ante el mostrador de seguridad acristalado, lo que aquí llaman el Acuario. En la repisa exterior de la ventana cerrada está el gran registro encuadernado en cuero negro, nuestro Libro de los Muertos. Una fina cadena de acero lo retiene, y todas las anotaciones deben hacerse con tinta negra y un bolígrafo atado con un trozo del mismo hilo de algodón blanco trenzado que utilizamos para las suturas.

Abro las páginas sin ácido de nuestro libro y golpeo ligeramente el cristal con un nudillo para llamar la atención de mi agente de seguridad favorita. Georgia me da la espalda y recupera una pulsera amarilla RFID, una de esas con un chip de identificación por radiofrecuencia, de la impresora 3D. Vuelve a su escritorio y desliza la ventanilla.

—Parece que ha perdido un poco de peso. —Me fijo en que su uniforme azul oscuro con el pantalón a rayas amarillas le queda un poco holgado cuando vuelve a sentarse delante del ordenador y sobrevuela el teclado y el ratón con las manos.

—Uy, muy amable está siendo, me parece. —Me mira por encima de sus gafas de lectura mientras sus uñas acrílicas de

melocotón empiezan a chasquear sobre las teclas—. No, en serio. —Sus ojos marrones están satisfechos—. ¿Se nota?

—Totalmente.

—Casi tres kilos.

—Eso pensaba.

—Me ha alegrado el día y eso que aún no ha salido el sol.

—La cuestión más importante es qué piensan los del programa Weight Watchers de la pizza para desayunar esta mañana. ¿Es legal? —Repaso las entradas y las salidas de los cadáveres para ponerme al día de los acontecimientos acaecidos desde la última vez que vine al centro.

—Eso depende de qué tipo de pizza y de quién la haya preparado. Ahora, si es su pizza, doctora Scarpetta, no me importa si cuesta mil puntos, porque me la voy a zampar.

La veo revisar el papeleo esparcido sobre su mesa, registrar el informe de Elisa Vandersteel y asignarle un número único.

«16-MA2037».

—Pero a lo mejor quiere decirme qué clase de grupo vamos a recibir de un momento a otro —dice Georgia—, y a quién debo vigilar a través de las cámaras y no perder de vista. ¿Me equivoco si digo que tenemos que asegurar las escotillas? Porque no tiene más que pedirlo.

—Parece que vamos a tener compañía, y seremos todo lo hospitalarios que podamos. —Tengo cuidado con lo que digo para que no se vuelva en mi contra, y paso otra página del registro—. Pero nadie se interpondrá en nuestro trabajo. No lo permitiremos.

—Bueno, ya me olía yo que algo pasaba cuando Anne ha aparecido a estas horas. Y luego ha venido Bryce a darse un garbeo, y después de él Paula de histología. Y ahora usted y el doctor Zenner, y se rumorea que Ernie Koppel viene de camino. ¡Caramba! —alza la mirada hacia mí—. ¿Y quién es esa comparsa a la que no hemos invitado?

Se lo cuento, y ella deja escapar un fuerte suspiro al tiempo

que pone los ojos en blanco.

—Me vendría bien un poco de ayuda extra, si le interesa —añado mientras escudriño nombres, edades, direcciones, presuntas causas de la muerte y compruebo si nuestros pacientes siguen aquí con nosotros o los han enviado a una funeraria o un cementerio.

—¿A partir de cuándo? —pregunta.

—Desde que termine su turno, dentro de seis horas.

—O'Riley habrá llegado para entonces. ¿A las ocho?

—Sí, y me gustaría que se quedara para ayudarme, si le viene bien. Siempre y cuando no esté muy cansada. —Quiero tener cerca a Georgia porque no se arredra ante nada y es una persona leal—. Necesitaremos todos los refuerzos que podamos.

—Me pongo al teléfono ahora mismo. Es mejor que lo haga yo. —Se refiere a que es mejor que lo haga ella que Bryce—. Ya sabe hasta qué punto es capaz de sacar a la gente de quicio.

—Tantos agentes como estén disponibles. Quiero al menos uno en cada planta si es posible.

—Para protegernos de ellos.

Georgia se refiere al FBI, y yo no respondo ni asiento. La miro a los ojos y con eso basta.

—Usted solo dígame lo que quiere que haga. —Georgia cruza sus gruesos brazos sobre su despampanante pecho. No sé lo eficaz que sería en una pelea, pero no me arriesgaría a desafiarla.

—Eso dependerá en gran medida de nuestros invitados.

Vuelvo varias páginas atrás en el registro, preguntándome si no habrá habido algún error.

—Bueno, yo ya puedo decirle lo que van a hacer —comenta Georgia poniéndose nerviosa ante la idea de que invadan su territorio—. Van a meter las narices en todo lo que puedan si tienen la oportunidad de hacerlo.

—No se la daremos —respondo mientras continúo hojeando el registro. No esperaba que el cuerpo de Molly Hinders siguiera

estando aquí.

Pero debe de estar porque, si la hubieran sacado, constaría en un registro manuscrito. Al leer la anotación hecha el lunes 5 de septiembre, recuerdo la dirección.

«Granite Street».

Bryce y Ethan viven en Granite Street, en Cambridge, muy cerca de Magazine Park, junto al río. Se mudaron allí la primavera pasada, y este dato me sorprende sin saber muy bien por qué.

—Parece que no se llevaron el cuerpo de Molly Hinders después de mi partida de ayer. Creía que venía a recogerla una funeraria. ¿La doctora Wier tuvo algún problema?

Lee Wier es una de mis patólogas forenses, y sabe lo que hace porque se formó conmigo.

—Bueno, se lio una de aquí te espero.

Todo esto me da mala espina y temo que Georgia tenga razón. Molly Hinders es uno de los casos del detective Barclay, y Marino tiene que intervenir.

—Esa pobre mujer no ha podido tener peor suerte. Ahora todo el mundo anda bebido y tirándose de los pelos mientras que ella está sola en una maldita cámara frigorífica —continúa Georgia y yo sigo pensando en lo que la doctora Wier dijo cuando repasaba el caso durante la reunión de personal de hace varias mañanas.

Cuando encontraron el cadáver de Molly Hinders, se hallaba cerca de un altavoz estéreo enchufado que se había caído de su soporte encima de la hierba mojada. Fue la única explicación de cómo pudo electrocutarse en su jardín mientras regaba las plantas con una manguera. Sin embargo, nunca me pareció lógico que un circuito de altavoces pudiera matar a nadie.

El cuero cabelludo y el pelo se le quemaron al entrar en contacto con la fuente eléctrica que la mató.

Era la tarde del Día del Trabajo y había vuelto a casa después

de navegar en kayak por el río Charles. Bajó el kayak de la baca del coche, lo arrastró hasta el jardín, entró en casa y se sirvió una copa de vino. Aún en bañador, salió a regar el patio, donde había un equipo de música, una mesa y unas sillas de hierro forjado, y una barbacoa bajo una pérgola parcialmente cubierta de enredaderas.

Cuando llegó la policía, el equipo de música no tenía corriente porque el interruptor diferencial —parecido a un disyuntor— se había disparado. Este detalle por sí solo habría evitado que recibiera una descarga eléctrica, y mucho menos que muriera. Por alguna razón no fue así, y desde el principio me pareció muy raro. Pero en aquel momento el caso no me llamó la atención, hasta ahora. El caso de Molly Hinders me recuerda demasiado al de Elisa Vandersteel y al del general Briggs.

—Por favor, explícame por qué el cuerpo de Molly Hinders sigue aquí —insisto.

—Por lo que sé —responde Georgia—, su familia tiene dinero y ella aún no se había divorciado de su marido, aunque estaban separados. Así que todos reclaman el cuerpo y no se ponen de acuerdo. Se pelean por todo, porque la mujer era muy joven y no hizo testamento ni nada. Pero ¿quiere saber lo peor? Despidieron a la primera funeraria que habían contratado. Total, que aún no podemos entregarle el cuerpo a nadie.

—Pues no hay mal que por bien no venga, parece caído del cielo, porque sospecho que puede haber otros problemas. —Oigo el sonido de las puertas del ascensor abriéndose—. No quiero que salga de aquí hasta que yo lo diga. Deseo comprobar algunas cosas —añado.

Bryce asoma por la puerta, se ha cambiado de ropa desde la última vez que hablamos por la pantalla del teléfono en el tráiler, y me parece que ha pasado una eternidad.

—¿Quién no va a salir de aquí? —pregunta mi jefe de personal, y sus ojos azules parecen un poco enturbiados, quizá a causa de la sidra.

Lleva unos vaqueros ceñidos de tiro alto, una camiseta y toneladas de joyas góticas. Se ha acicalado para los federales. A Bryce le encanta ligar, y cuanto más rechazo genera, mejor.

—Molly Hinders —le informo—. La causa de su muerte será «indeterminada» a la espera de más investigaciones. Hazme el favor de prevenir a la doctora Wier. —Luego le pregunto a Bryce si se sabe algo más del misterio del tatuaje de marihuana y lo hago sin rodeos—: Supongo que todavía no hemos averiguado cómo terminó ese detalle grabado en una llamada al 911, ¿verdad?

—Sí, sí. Ethan y yo hemos llegado al fondo del asunto —dice con un desenfado excesivo mientras se pone colorado como un niño—. ¿El rarito que vive en la casa de al lado? Ya sabes, ¿el capullo de nuestro vecino? Tuvo que ser él, para vengarse de mí.

—¿Cómo sabe él lo que pasa en tu propia casa? —interviene Georgia, y es evidente que está familiarizada con la historia del tatuaje. Bryce probablemente se moría de ganas de contársela.

—¿Vengarse por qué? —le pregunto.

—Bueno…

—¿Bryce? Te has puesto más rojo que un tomate. Está claro que sabes algo. Dime cómo se enteró tu vecino de lo del tatuaje.

—Bueno, creo que me puse más ciego de la cuenta con las margaritas a base de ese tequila de la muerte que nos regaló tu hermana. Y, bueno, después de que nuestros amigos se marcharan fui a sacar la basura y oí el mismo ruido raro y volví a ver una luz extraña. Y, bueno, me tropecé con algo, cómo no, y me caí. Entonces él salió para ayudarme a levantarme. Solo que en ese momento de locura no era un «él». Era una «cosa», y en ese instante pensé que realmente había llegado mi hora.

—Pero ¿qué leches? —Georgia ha dejado de teclear y lo mira con los ojos abiertos como platos—. ¿De qué narices estás hablando?

—En realidad pensé que unos extraterrestres me estaban abduciendo para algún proyecto de investigación que debían de

llevarse entre manos.

—¡Por diooos! ¡Qué manera de hacerme perder el tiempo! —exclama Georgia meneando la cabeza.

—Hablo súper en serio. Llevo un tiempo viendo luces raras en el cielo cuando se hace de noche.

—Se llaman estrellas y aviones —replica Georgia, que no deja de negar con la cabeza.

—¿Debo suponer que fue tu vecino el que apareció cuando saliste con la basura? —pregunto.

—Donald el asqueroso. Yo no recuerdo lo que pasó, pero Ethan sí, porque supongo que salió a buscarme y escuchó las cosas feas que parece ser que dije. Ethan estaba abochornado y me dijo que le diera las gracias a Donald por salir a ayudarme, ¿os imagináis? Y, claro, en mi estado de confusión grité: «¿Cómo coño sabemos que no fue él quien me empujó por la escalera?».

—¿Y cómo supo lo de tu tatuaje? —pregunto de nuevo.

—Por su linterna. Yo llevaba pantalones cortos y estaba descalzo. Así que lo vio y bromeó con que éramos unos drogatas, y que eso lo explicaba todo. Solo que yo no me acuerdo de nada.

—Hay que contárselo a Marino palabra por palabra —digo—. Por favor, llámalo ahora mismo. Encuéntralo y dile que tenemos que hablar.

40

Paso el brazo por la ventana de Georgia para sacar el lector RFID portátil de su cargador. Me acerco a la cámara frigorífica número dos, levanto la gran manilla de acero y la enorme puerta pulida se abre con un suave chasquido y una nube de vapor condensado que parece niebla pero huele a muerte.

Avanzo en el aire frío y viciado del enorme espacio de gélidas temperaturas, repleto de bandejas de acero sobre las que yacen montículos en forma de cuerpos humanos. Cada bolsa está etiquetada con un chip incrustado en una pegatina de plástico que debe coincidir con el chip de la pulsera amarilla de la persona difunta. Es redundante, pero una de las peores cosas que nos puede pasar es perder a alguien. Blandiendo el lector como si fuera una pistola, voy escaneando las bolsas hasta que localizo a Molly Hinders.

Despido vaho por la boca cuando abro la cremallera de su bolsa y el aire sale con un ruidoso soplido. Saco unos guantes de una caja que hay encima de una camilla y momentáneamente paso los dedos enfundados en violeta por su cabello negro, corto y rizado. Todo lo que toco está frío cuando palpo la incisión suturada de la autopsia que sigue la línea del nacimiento del cabello, pasa por encima de las orejas y rodea la nuca, donde encuentro una pequeña herida abierta en el cuero cabelludo.

La doctora Lee Wier ha hecho exactamente eso para lo que está capacitada y yo le recomendé cuando comentamos el caso. Extirpó quirúrgicamente el tejido quemado para que Ernie pudiera buscar partículas microscópicas de metales u otros materiales que pudieran haberse transferido a las heridas. Sin duda, habrá enviado las muestras al laboratorio de histología

hace varios días. Vuelvo a salir de la cámara frigorífica, cierro la pesada puerta y llamo a Paula al laboratorio de histología, esperando que la cobertura de mi móvil sea buena.

—Ayer por la tarde lo terminé todo —me explica por el auricular cuando le pregunto por el caso—. La doctora Wier me pidió que me pusiera a ello lo antes posible, por el tiempo de preparación que requiere, y eso es lo que hice.

—¿Le pidió específicamente que preparara muestras húmedas para Ernie?

—Exactamente. Preparé cuatro muestras separadas de la quemadura en la cabeza de la víctima.

—Me alegra mucho oír eso —respondo, porque el tejido quemado primero tiene que deshidratarse con acetona antes de poder colocarlo dentro de la cámara de vacío de un microscopio electrónico, y eso puede tardar varios días.

Si la doctora Wier y Paula no hubieran actuado con rapidez, quizá no habríamos tenido nada para analizar antes del fin de semana, y no hay nada peor que esperar. En función de a qué nos enfrentamos, podría morir alguien más. Sigo avanzando por el pasillo vacío, paso por delante de laboratorios y otros espacios de trabajo que están a oscuras a esta hora temprana, y más lejos veo una puerta abierta.

En el interior de la sala de control de rayos X a gran escala no encuentro a Anne, pero su cartera y sus llaves están encima de su escritorio. La veo detrás de una ventana de cristal emplomado, al otro lado, de pie junto al escáner de gran calibre de color crema. Lleva una bata de laboratorio sobre los vaqueros y está hablando con Luke Zenner, que se ha puesto la vestimenta quirúrgica. Delante de ellos, sobre una mesa, yace el cuerpo de Elisa Vandersteel dentro de una funda. Abro la puerta que comunica las salas de control y de exploración.

—Eres justo la persona a la que necesitaba ver —le digo a Luke al entrar.

Les explico que es posible que Molly Hinders y Elisa

Vandersteel no hayan muerto por causas accidentales. Puede que se trate de homicidios conectados entre sí, y también les informo sobre lo sucedido a Briggs. Luke y Anne empiezan a hacer preguntas que no puedo responder. Están cada vez más consternados.

—No podemos entrar en eso ahora —les digo finalmente, porque lo cierto es que no podemos—. Tenemos que dejar nuestros sentimientos para más tarde. Debemos centrarnos y averiguar qué ha matado a estas personas; si se trata de fallos eléctricos, casualidades o actos deliberados con algún tipo de arma desconocida hasta ahora.

—Es difícil imaginar que todo lo que ha ocurrido repentinamente sea una casualidad —dice Luke con una mirada dura y la mandíbula contraída.

—Cuando hayáis terminado —continúo—, sacad fotos de las quemaduras antes de extirparlas, y enviadle el tejido directamente a Paula. Nuestro interés primordial son las finísimas quemaduras rectilíneas, blanquecinas, coriáceas, de la parte superior de la espalda y la parte inferior de la nuca, pero también del dorso de la mano derecha y de su muñeca.

—Tendré que quitar las bolsas de papel de todos modos —dice Luke—. Así que voy a hacerlo todo aquí para dejarlo preparado para los laboratorios. Luego pediré que la trasladen a la sala de descomposición.

—Subo a lavarme —respondo.

—Eso sí que es una buena idea. Nada como lavarse antes de hacer una autopsia en la sala de descomposición —comenta Anne con sarcasmo. Pero me ha dado una idea.

—Tengo entendido que ha habido algunos problemas con la ventilación ahí dentro —señalo.

Anne pone cara de pocos amigos, luego frunce el ceño, y al punto entiende por dónde voy.

—¡Ah, eso! —exclama como si lo recordara de pronto—. Te refieres a la mesa de tiro descendente —afirma, pero se lo está

inventando—. Creo que hubo un problema el otro día. Oí que el hedor era tan fuerte que tumbaba a cualquiera —improvisa—. Así que, por el bien de nuestros huéspedes, espero que no tengamos problemas esta mañana.

—Porque sería fatídico —convengo.

Treinta minutos más tarde salgo del cuarto de baño de mi despacho, en la planta de arriba, y me seco el pelo con una toalla.

Vestida con una bata azul limpia y zuecos quirúrgicos de goma negros, cruzo la sala de espera de mi despacho, que cuenta con muebles de cuero en tonos terrosos suaves, una mesa de conferencias y mi colección privada de dibujos anatómicos de Max Brödel, Edwin Landseer y Frank Netter, además de grabados del siglo xviii de las *Cuatro etapas de la crueldad* de William Hogarth.

Cerca de mi mesa de escritorio, la pared de datos indica la hora y otras informaciones en dígitos brillantes sobre el negro vidrio de la pantalla: 3.08.45 AM Est… 3.09.50… 3.10.00… Observo los segundos desfilar silenciosamente y selecciono una aplicación de mi teléfono que ofrece un menú de zonas del CFC vigiladas en todo momento por cámaras de seguridad, tanto dentro como fuera del edificio. El muro de datos se divide en pantallas que muestran imágenes en directo. El aparcamiento trasero se ha llenado bastante desde la última vez que lo he comprobado.

Hay varias berlinas y monovolúmenes azules oscuro y negros. Juego con las panorámicas y las inclinaciones, compruebo otras zonas y descubro el Tahoe negro dentro del hangar de descarga, donde solo Lucy es lo bastante impertinente como para aparcar allí sus coches. Roger Mahant ya ha vuelto, y parece que acompañado de un buen pelotón. Me extraña que Georgia no me haya avisado. Tal vez lo ha intentado y yo estaba en la ducha.

Llamo a la extensión de su mesa y el timbre empieza a sonar mientras veo desfilar los segundos digitales. Suena y vuelve a sonar: 3.12.11… 3.13.10… 3.14.00… Es extraño que no responda. En eso suena mi teléfono. Respondo, convencida de que es Georgia:

—¿Qué ha pasado?

—¿Hola? ¿Kay? —Es la voz de Ernie Koppel.

—Lo siento. Estaba intentando llamar abajo…

—¿Puedes pasarte por aquí? —pregunta—. No suelo decir que ocurra algo urgente, pero tienes que ver esto antes que nadie. Estoy esperando una confirmación, pero, si tienes un minuto, creo que he encontrado algo que es una primicia. Al menos para un laboratorio criminalístico.

Me dice dónde está, en qué sala de microscopio electrónico. Cojo mi bata de laboratorio del respaldo de la silla de mi mesa y salgo pitando por la puerta. Decido evitar el ascensor. No solo es más lento que una tortuga, como todo el mundo sabe en mi cuartel general puntero en biotecnología, sino que tengo intención de esquivar al FBI tantas veces como me sea posible. Una buena forma de empezar es usar las escaleras de emergencia. Aunque cualquiera puede salir del edificio por ellas, no es posible acceder a las distintas plantas sin una tarjeta de identificación o un código.

Por eso no es probable que me cruce con nadie. Mis zuecos resuenan en los escalones de hormigón con borde metálico cuando desciendo al nivel inferior. La escalera está tan silenciosa como un refugio antiaéreo mientras bajo un rellano tras otro. Abro la última puerta y entro en nuestro depósito de pruebas, donde procesamos objetos grandes, por lo general coches y camiones, pero también hemos recuperado pruebas de supercoches, motocicletas, motos acuáticas e incluso un ala delta de construcción casera que, a todas luces, no funcionaba bien, o de lo contrario su dueño y ella no habrían venido a parar aquí.

La iluminación es tenue, en modo ahorro energético, y camino

a paso ligero por la penumbra, pasando por las salas donde se realizan los exámenes y que están ocupadas por casos en curso. Un bote bajo una tienda de campaña será vaporizado con Super Glue para revelar posibles huellas latentes, y dos salas más abajo está la caravana donde se produjo un presunto asesinato seguido de un suicidio. Al lado, un depósito independiente está tapizado desde el suelo hasta el techo con papel blanco salpicado de sangre con el fin de reconstruir un apuñalamiento.

Me dirijo hacia una señal roja de «en uso» iluminada encima del búnker de hormigón que alberga el microscopio electrónico de transmisión, el MET. Escaneo mi huella dactilar en el lector biométrico y la puerta de acero inoxidable se abre con un siseo que siempre me recuerda a *Star Trek*. Cuando entro, me recibe la familiar ráfaga de aire de presión positiva que me revuelve el pelo, y la puerta se cierra a mi espalda.

—Hola. Entra y relájate —me dice Ernie en la casi oscuridad, desde la consola del microscopio de media tonelada—. Porque será mejor que te sientes para escuchar lo que te voy a decir.

Mi examinador de pruebas más veterano, especialista del rastreo, siempre me recuerda a un submarinista cuando se instala delante de un grueso tubo metálico parecido a un periscopio, que se eleva casi hasta el techo y está coronado por el conjunto del cátodo. La mayoría de la gente lo llama cañón de electrones, pero yo lo veo más como una bombilla eléctrica. Su simple alambre de tungsteno en forma de horquilla dispara emisiones termoiónicas sobre lo que deseamos analizar. Esta sala se parece a una cueva y siempre la encuentro sofocante y claustrofóbica.

Los gruesos muros de hormigón están acústicamente muertos, y el aislamiento de fibra de vidrio recubierto de tela oscura parece absorber toda la luz. Tengo la sensación de estar en el fondo del mar, bajo tierra o perdida en el cosmos. Siempre me da la impresión de adentrarme en lo desconocido, como Alicia a través del espejo. Y en cierto modo es así, porque el mundo por

el que navega Ernie necesita instrumentos capaces de detectar partículas tan pequeñas como la milmillonésima parte de un metro, o la septuagésima quinta milésima parte del diámetro de un cabello.

Pueden encontrarse miles de células de piel y motas de polvo en una prueba tan minúscula y ubicua, lo que yo considero el detritus universal vertido por la negatividad y el mal karma. La gente deja todo tipo de desechos en apariencia imperceptibles a su paso. Estos se reciclan constantemente y pueden terminar en los lugares más recónditos. Nosotros rastreamos los chismes reveladores más ínfimos, dentro y fuera, transmitiéndolos de una persona o un objeto a otro, de un continente a otro.

Recuerdo la última vez que vi a Ernie, hará cosa de un mes, y desde entonces le ha crecido el cabello rubio entrecano. Debajo de su bata de laboratorio asoma un traje negro y una corbata de bolo con una punta de flecha plateada y turquesa. Lleva un cinturón de lagarto negro a juego con sus botas vaqueras negras, y apuesto a que tiene su sombrero Stetson negro con pliegue «de tahur» en el despacho. Debe de tener un juicio más tarde, una declaración o algún otro motivo para ir hecho un pincel, y se lo pregunto.

—Negativo. —Sus ojos azules brillan en su curtido rostro—. Algo mucho más importante. Pensaba ir a la Kennedy School después del trabajo para oír tu conferencia. Dudo que me dé tiempo a pasar por casa antes. Nos hemos juntado un grupito que salimos de aquí.

Estoy conmovida y abrumada por la tristeza. Me siento y le cuento lo de Briggs.

—¡Menuda mierda! —maldice Ernie en voz baja. Luego le informo de lo que me temo que nos espera y le cuento la hipótesis de Benton:

—Energía o electricidad convertida en arma, no sabemos muy bien cómo.

—A ver, es un poco retorcido, pero tiene sentido —comenta.

—¿Habéis encontrado algo que pueda sugerirlo?

—No exactamente y puede que sí. En realidad me puse con esto ayer, antes de marcharme —dice refiriéndose al caso de Molly Hinders mientras yo sigo escudriñando la hilera de monitores sobre nuestras cabezas, sin encontrarle mucho sentido a lo que ven mis ojos.

Son formas peculiares, iluminadas en blanco y negro, algunas en el rango del nanómetro, aumentadas doscientas mil veces. Estoy delante de espectros que me desconciertan. Reconozco los símbolos atómicos del níquel y el aluminio recuperados de la quemadura del cuero cabelludo, y también la presencia de sílice y hierro.

No sé por qué aparece el titanio, y me desconcierta la presencia de circonio y escandio. No son metales usuales. Uno se utiliza habitualmente en reactores nucleares y el otro en la industria aeroespacial.

—No quería decirte lo que había encontrado hasta haberlo comprobado con uno de mis colegas del ORNL —comenta Ernie.

El ORNL, el Laboratorio Nacional Oak Ridge de Tennessee, es una de las instituciones a las que acudimos cuando tenemos preguntas extraordinariamente inusuales en el campo de la ciencia de los materiales. En otras palabras, si no podemos averiguar de qué está hecho algo y por qué, acudimos al ORNL, al MIT o al Caltech, incluso a la NASA. Un buen ejemplo de esta colaboración es el tema del que se suponía que yo iba a hablar esta noche: la tragedia del transbordador espacial Columbia. Un laboratorio criminalístico clásico no podría determinar por qué falló un escudo térmico.

—Y literalmente me acaba de llamar cuando venías de camino —dice Ernie—. Ya me has oído hablar de mi colega Bill. Trabaja en el laboratorio de superconductores que tienen allí y duerme más o menos lo mismo que tú —añade, porque aún no son ni las cuatro de la mañana—. ¿Sabes lo que es la pangüita?

—Me parece que no —respondo—. En verdad creo que no sé

de qué estás hablando.

—De esto —dice indicándome la imagen en blanco y negro en uno de los monitores que, agrandada quinientas veces, parece blanca y grumosa, como muelas deformes.

41

—La pangüita fue descubierta hace varios años, cuando los geólogos de Caltech analizaban los trozos de un meteorito que cayó en el norte de México en 1969. —Ernie se agacha para subirse un calcetín que su bota vaquera se ha comido.

—Nunca he oído hablar de un mineral llamado pangüita —respondo.

—Le debe su nombre a Pangu, el dios que separó el yin del yang o algo de eso —explica mientras mi incredulidad crece por momentos—. Y lo que dice Bill es que el hecho de que la pangüita se haya descubierto recientemente no significa que no esté presente en otros meteoritos que han chocado contra la Tierra. Para comprobarlo, habría que ir a todos los museos del mundo y analizar sus rocas espaciales.

—¿Cómo puedes saber que se trata de un meteorito? —pregunto señalando los monitores de la parte superior de la sala—. ¿Y te das cuenta de lo absurdamente ilógico que es todo esto? A Molly Hinders no la golpeó un meteorito mientras regaba su jardín el Día del Trabajo, eso te lo aseguro. Es más, no creo que haya un solo caso registrado de alguien que haya sido golpeado por un meteorito, pero incluso admitiéndolo… Me esperaría mucho más que una pequeña quemadura en el cuero cabelludo, y en verdad no murió de un impacto por un golpe contundente. Se trata claramente de una muerte por descarga eléctrica.

—Los metales que estamos viendo son significativos —señala Ernie—. Sobre todo el circonio y el escandio, pero también el hierro, el titanio, etcétera.

—Sin embargo, podría haber otras causas que expliquen que

se encuentren ahí.

—No en el caso de la pangüita. No existe de forma natural en la Tierra. —Señala picos de Ti4+, Sc, Al, Mg, Zr, Ca, los componentes elementales de lo que, según explica, es una nueva combinación de titanio.

Se presenta en forma de finos cristales que, a una ampliación de doscientos mil, recuerdan a un hueso blanco picado o al coral. Veo extrañas zonas rojizas, y también características irregulares de la superficie, como grietas, picaduras e inclusiones de cristales mezcladas con fibras brillantes, lo que, según me explica Ernie, son nanotubos de carbono de pared simple.

—¿Ves ahora cuál es nuestro problema? —pregunta.

—Y tanto que sí.

—La Madre Naturaleza ha sido manipulada.

—¿Estás pensando que alguien ha construido un arma a partir de un trozo de meteorito y nanotubos de carbono?

—Es posible.

Los nanotubos son ligeros, increíblemente resistentes, y las estructuras fabricadas con estas finísimas fibras pueden ser ultrarrápidas y eficientes en la conducción de la electricidad y el calor. Se cree y se teme que la nanotecnología molecular pueda convertirse en el futuro de todo, incluida la guerra.

—¿Te imaginas hacer una bomba pequeña pero potente con nanotermita o supertermita? —pregunta Ernie—. ¿O minibombas nucleares? ¿O, Dios no lo quiera, bioterrorismo a escala nanométrica? Aterrador.

—Sí que lo es, y entiendo la utilidad de construir algo con nanotubos, pero ¿para qué usaría nadie la pangüita?

—Esa misma pregunta me hice yo también. Y a Bill se le ocurrió la posibilidad de que, si se parece al titanio, entonces tal vez sea una primera capa, algún tipo de protección térmica.

—En ese caso, ¿por qué no usar titanio directamente? ¿Y dónde podría alguien hacerse con un meteorito, a no ser que la persona los manipule en su trabajo?

—No es difícil —responde Ernie—. Puedes comprar todo tipo de piezas y fragmentos de meteoritos en internet.

—Pero ¿contendrían pangüita?

—Eso es lo que estoy diciendo, que no lo sabemos. No podemos saberlo si no se han analizado. Pero voy a dar por supuesto que debe de ser raro. —Quiere decir que encontrar pangüita es raro—. El mineral se ha descubierto hace muy poco. Por eso me cuesta creer que no lo hayan visto con frecuencia en el pasado porque entonces lo más lógico sería creer que lo descubrieron hace mucho tiempo.

—Entonces estamos hablando de alguien familiarizado con la nanotecnología —añado—. ¿Y si esta persona está realmente modificando materiales a nivel atómico? Entonces no hablamos de una persona común.

—¿Qué digo si el FBI entra aquí y empieza a preguntarme qué estoy haciendo? —pregunta Ernie.

—Tú deja la puerta cerrada y no entrarán. Si te quedas aquí tranquilito, nunca te encontrarán aquí abajo.

—Porque si algo así saliera a la luz, Kay… Cundiría el pánico si la población pensara que unos meteoritos o que una nueva arma tipo el rayo de la muerte andan matando a la gente.

—La discreción es imperativa en este momento.

Me levanto de la silla.

Después de despedirme de Ernie vuelvo a la sala de tomografías, pero ya no queda nadie. Me encamino a la zona de recepción, donde dos agentes del FBI están tomando un café cerca de la puerta que da al hangar.

—He intentado llamarte —le digo a Georgia cuando me paro junto a su escritorio.

—Apuesto a que lo ha hecho justo en el momento en que he ido al hangar para decirles que no pueden aparcar allí. ¡Ya ve qué éxito! El monovolumen fardón sigue ahí, ¿verdad?

—Si se raspa con una camilla, no podrán echarle la culpa a nadie, salvo a sí mismos.

Siempre le digo la misma frase a Lucy. Ella no me escucha y, por otra parte, nadie ha dado un golpe ni ha chocado nunca contra uno de sus coches. Ni una sola vez. Pero siempre hay una primera vez para todo, y me dirijo hacia la sala de autopsias, que está oscura y silenciosa cuando paso por delante de su puerta cerrada. Un poco más lejos hay otra sala de autopsias, que en realidad es una zona de aislamiento para cadáveres muy descompuestos o posiblemente infectados. Los dos agentes que custodian la puerta de acero no parecen muy contentos de estar ahí.

Hundo el codo en un botón de acero de manos libres que hay en la pared y la puerta se abre automáticamente, dejando escapar una nube de hedor ante la que ambos agentes se apartan a toda prisa.

—¿Cómo vamos por aquí? —pregunto alegremente mientras me tomo mi tiempo, manteniendo la puerta abierta de par en par. La fetidez es espesa y se encrespa como un ser vivo.

Mahant, Anne, Harold y Luke están enfundados en ropa protectora y congregados alrededor de la única mesa de autopsias en la sala, cuyo techo tiene nueve metros de alto y bancos de luces de alta intensidad. Advierto que la ventana de observación de la pared superior está vacía y sumida en la oscuridad. A Anne no se le habrá ocurrido explicarles a nuestros visitantes del FBI que pueden sentarse detrás de un cristal, en un laboratorio reservado al estudio, y evitarse así molestias innecesarias si lo prefieren. Habrían podido tomarse un café ahí arriba y vigilar todo lo que hacemos en directo a través de las pantallas de audio y vídeo. Pero supongo que, casualmente, a Anne se le ha olvidado mencionarlo.

Luke encaja una hoja nueva en un escalpelo. Han quitado las bolsas de papel de las manos, los pies y la cabeza de Elisa Vandersteel, así como el sujetador deportivo, los pantalones

cortos azules y los calcetines, que están extendidos sobre una mesa cubierta de papel blanco. Luke empieza a hacerle una incisión, de clavícula a clavícula, y luego baja por el torso.

—Parece que tiene daños cardiacos, posiblemente un desgarro del pericardio posterior y una hemorragia en la zona del miocardio izquierdo —me dice, relatándome lo que ha observado en el TAC—. Aparte, tiene lo que parece una sufusión de sangre en el tabique interventricular.

—¿Y la herida en la cabeza?

Cojo los alicates para cortar costillas que están en el carro quirúrgico y me coloco al otro lado de la mesa, frente a Luke. Estoy hombro con hombro con Mahant.

—No hay fractura de cráneo —responde Luke. Secciono las costillas y levanto el esternón, exponiendo los órganos torácicos, y el olor pútrido nos sube a las fosas nasales como una oscura flor letal.

El protector facial de Mahant no va a servirle de nada, y veo su cara teñirse de un verde grisáceo. Luke saca el bloque de órganos de la cavidad torácica y lo coloca sobre una gran tabla de cortar con un pesado sonido húmedo.

—¿Le pasa algo al aire aquí dentro? —Mahant se ha apartado de la mesa de autopsias y me mira sin pestañear.

—¿Demasiado caliente? ¿Demasiado frío? —pregunta Anne inocentemente.

—Me refiero a la ventilación. —Traga saliva con dificultad.

—Podría ser peor. Tuvimos a un ahogado el otro día. —Me mira mientras corto el estómago con unas tijeras quirúrgicas—. De hecho, ese día creímos que la ventilación había dejado de funcionar.

—Es por culpa de la ola de calor —explica Luke.

—¿En qué iba a afectar eso a la ventilación?

—Porque afecta a todo.

—Figúratelo, nuestro sistema de tratamiento del aire tiene que funcionar a toda máquina con este clima —explico.

Vierto el contenido gástrico en un recipiente de cartón plastificado, y me sorprende encontrar cacahuetes y pasas sin digerir.

—Está claro que se tomó un tentempié poco antes de morir. —Se lo enseño a Mahant en mi palma enguantada y él retrocede un poco más.

—¿Un mezcladillo de frutos secos o algo de eso? —sugiere Anne.

Recorto el tejido conjuntivo intestinal, deshaciéndome de las secciones en un cubo de plástico colocado en el suelo al tiempo que Luke levanta un riñón de la báscula.

—Me parece que esto puede interesarte —le digo a Mahant mientras Luke empieza a seccionar el riñón y Harold hace una incisión alrededor de la parte superior del cráneo.

En ese momento entra Bryce, y se muestra ajeno por completo a lo que hacemos, que le parece tan normal como a nosotros.

—Vengo a tomar nota del desayuno —anuncia con jovialidad, y yo evito mirar a Anne, que claramente le ha informado del malvado plan—. ¿Cuántos a favor de un buen trozo de pizza?

—¡Jesús! —exclama Mahant mirándolo con los ojos desorbitados.

Harold tira de la piel de la cara del cadáver, que se aplasta como una máscara de goma, para poder acceder a la bóveda craneal, de un blanco reluciente y redonda como un huevo.

—¿Con carne o vegetariana? —insiste Bryce mientras Harold enchufa la sierra Stryker a un carrete de cable aéreo—. Y tenemos *gluten-free* —dice Bryce impostando la voz por encima del potente quejido de la hoja oscilante que corta huesos—. Pero nada *glotón-free* —añade sin poder resistirse a su juego de palabras favorito—, porque no puedes dejar de comer.

Harold coge un escoplo para levantar la bóveda craneal.

—El truco consiste en realizar una pequeña muesca justo aquí. —Le enseña a Mahant, que ha dejado de parpadear y apenas

respira—. Luego inserto el escoplo y le doy un pequeño giro rápido como una llave de *skate*.

Harold le hace la demostración sin dejar de hablar y luego corre a sujetar al ASAC que se cae como un tronco contra el suelo de baldosas.

—Vaya por Dios. Vamos a sacarlo a que le dé un poco el aire. —Sosteniéndolo, Harold lo acompaña hasta la puerta, cosa que ha hecho más de una vez a lo largo de su carrera—. Ya estamos. —Abre la puerta y lo saca fuera—. Vamos a buscarle una silla — dice con su mejor voz de director de funeraria—. Caballeros, ¿alguno tendría la amabilidad de ir a buscar una silla? Solo necesita airearse un poco —pide a los agentes apostados en el pasillo.

Pienso que debo de ser una mala persona. Me quedo dentro de la sala de descomposición y no hago nada por ayudar a Mahant. Mientras no vomite encima del cuerpo o se parta la cabeza contra el suelo, me importa un pepino si se marea o se desmaya. Finjo lo contrario, pero sé que no es verdad, y con un poco de suerte él y su alegre cuadrilla de agentes federales se largarán y no volverán jamás.

—Echadle un vistazo a esto.

Luke está cortando el corazón en la tabla de cortar. Utiliza una toalla para secar con golpecitos suaves una sección, y la contusión miocárdica reciente es un pequeño cardenal negruzco en el pálido músculo cardiaco.

—Básicamente, recibió una corriente eléctrica en el corazón y este se paró —explica.

—¿Crees que la herida en la cabeza pudo dejarla inconsciente? —pregunta Anne—. El TAC muestra claramente que tiene una hemorragia subaracnoidea.

—Puede que sí —respondo—, pero no importa mucho porque la lesión en la cabeza no contribuyó a su muerte. Pudo haber tenido una incidencia, pero en este caso no se dio la posibilidad porque ya estaba casi muerta cuando cayó al suelo.

Luke saca unas fotos y añade:

—Teniendo todo esto en cuenta, la muerte fue el resultado de un paro respiratorio debido a una electrocución. Probablemente no sobrevivió más que unos minutos y dudo que entendiera lo que le estaba pasando.

42

En la otra orilla del río los tejados de Boston son el lomo de un dragón gris, con tejas de pizarra y chimeneas. Observo disiparse la oscuridad en el horizonte, la salida del sol ante mis ojos.

Desde mi despacho con vistas presencio cómo el alba acaricia el nuevo día y el río se tiñe de abigarrados tonos azules con matices verdosos. Las farolas de hierro parpadean a lo largo del pálido sendero deportivo, donde la gente hace bicicleta y sale a correr. El mundo se despierta como de costumbre, como si la noche anterior no hubiera ocurrido nada, ni siquiera a kilómetro y medio de aquí río abajo. La muerte en el parque John F. Kennedy ha llegado a las noticias, pero desde mis ventanas nunca dirías que ha pasado nada.

Cruzo la moqueta de mi despacho con un café grande, muy cargado, que acabo de prepararme en la cafetera expreso. Me siento a mi mesa de escritorio con forma de U y su búnker de grandes pantallas de ordenador. Llevo casi una hora transcribiendo y traduciendo.

He decidido el espaciado y los saltos de línea basándome en la cadencia y las pausas, haciendo todo lo posible por deducir un formato a partir de lo que escucho en el último clip de audio que Tailend Charlie me envió al principio de la noche por correo electrónico:

Aquí de nuevo, K. S.
(¡Por petición popular, nada menos!)
La siguiente
será peor

que la anterior.
(Pirada de Florida, asúmelo,
naciste con una maldición).

El caos se acerca
en enjambre punzante,
una muerte por aire.
(¿La tata-twisted que adoras?
¡Ya verás cómo no la añoras!).

Interpretar significados en mensajes crípticos y simbólicos es como leer las hojas de té, pero lo que más me llama la atención de este último mensaje no son las menciones a la pirada de Florida o la tata-twisted. Lucy me había hablado de ellas cuando charlamos en el tráiler, y en este momento los insultos me dan igual. A lo que tenemos que prestar atención es a la amenaza, y Lucy probablemente lo pasó por alto porque su italiano es de andar por casa.

«La siguiente será peor que la anterior».

¿Fue Molly Hinders la anterior? ¿Es a ella a quien alude Tailend Charlie? ¿Y quién es la siguiente? ¿Elisa Vandersteel? O tal vez está hablando de algo o de alguien totalmente distinto, y me pregunto cuánta información personal sobre mí se ha filtrado de los años en que Carrie se dedicó a espiar a Natalie, la hermana de Janet.

Carrie pudo haberse enterado de todo tipo de cosas si se lo propuso, y pudo haber transmitido esos detalles a un cómplice que ahora los utiliza para burlarse y ningunear. Una persona brillante pero trastornada, se me ocurre, porque esa es la sensación que tengo cuando no me queda otra que escuchar sus grabaciones.

Pero ¿por qué? Hay tantas cosas que alguien podría utilizar para burlarse de mí. ¿Por qué elegir los apodos tontos que me

pusieron de pequeña? ¿Por qué no elegir los de ahora, que son mucho peores? Es infantil. De hecho, me recuerda a la forma que mi hermana tenía de pelearse conmigo cuando éramos unas crías. Tengo la sensación de que el nuevo compinche de Carrie se lo pasa de lo lindo con chiquillerías, como sus versos recitados en un italiano sintetizado que se supone que encarnan a mi padre cuando me reprendía, y todo para avergonzarme. Intento localizar a Benton otra vez, y otra vez vuelve a saltarme el buzón de voz. Le dejo otro mensaje:

«Hola, soy yo. Te he enviado todo lo que he podido hacer con el último mensaje que me trolea. Sin entrar en detalles, creo que ciertas frases podrían ser de interés y, aunque no soy la experta, parece que promete un desastre. Se ha usado la palabra *aerotrasportato* o «por aire», y lo he comprobado varias veces para asegurarme de que he entendido bien el término italiano con la voz modificada. Llámame cuando puedas».

Son casi las siete de la mañana, es decir, en torno a la una de la tarde en Francia. Recuerdo la última vez que me alojé en La Tour Rose de Lyon. Parece mentira que hayan pasado seis años desde la última vez que visité la sede de la Interpol, que parece una estación espacial intergaláctica situada clandestinamente en medio de la nada, a orillas del río Ródano.

El secretario general estará almorzando, porque si hay algo que sé de Tom Perry es que nunca rechaza una comida civilizada. Así que no es probable que consiga dar con él, pero de todos modos intento llamarlo al número de su despacho y me responde su ayudante Marie.

—Seguro que está almorzando —me disculpo después de intercambiar un saludo con ella.

—Así es —responde con su marcado acento francés—, pero resulta que está comiendo en su mesa mientras está terminando una llamada muy larga.

—Quiero transmitirle cierta información y su ayuda me

vendría de perlas.

—Espere un momento, por favor. Ha sido un placer volver a hablar con usted, madame Scarpetta. Confío en que vuelva a visitarnos pronto.

La oigo hablar con el secretario general en francés, pero no tengo la menor idea de lo que dicen. Perry se pone al teléfono y, por el tono de su voz, sé al instante que está en medio de algo serio. Más serio que de costumbre, en cualquier caso.

—Tom, no te molestaría, pero creo que es hora de que hablemos de lo que está pasando en Cambridge.

—Y también en Bethesda, parece ser.

Como sospechaba, está al tanto de la muerte de Briggs. Es evidente que Benton o uno de sus colegas del FBI se ha comunicado con la Interpol, y me pregunto quién era el interlocutor de Perry en esa larga conversación telefónica antes de mi llamada. Me pregunto si no sería Benton. Cada vez que intento llamarlo, me salta directamente el buzón de voz de su teléfono. No me sorprendería que hubiera informado al secretario general de los acontecimientos, dado que un asesino desquiciado está utilizando el reputado nombre de la Interpol en vano, básicamente suplantando la identidad de la agencia.

Puede que sea Carrie Grethen. Puede que sea su cómplice. Quizá los dos juntos sean los responsables de todo, pero la Interpol está más que familiarizada con ella, como le recuerdo a Perry mientras le explico el motivo de mi llamada. Se pegaron una panzada de Carrie hace muchos años y, como todos nosotros, creyeron que estaba muerta hasta que decidió demostrarnos lo contrario.

—No he pegado ojo esta noche, así que espero no divagar —añado—, pero sabe muy bien lo peligrosa que es, y no tengo ni idea de cuál es su objetivo final, pero sé que lo tiene.

—¿Por qué lo sabe, Kay?

—Porque siempre actúa de la misma manera, y tengo el presentimiento de que estamos ante algo nefasto y de que

pretende hacernos una especie de declaración.

—Usted la conoce mejor que yo, desde luego —observa, y no me gusta la sensación que me produce que alguien me señale que la conozco tanto.

—Según las informaciones que me ha transmitido Lucy, parece que Carrie ha estado preparando el terreno para el golpe que planea —explico—. Lleva años pergeñando algo, y me preocupa que haya más heridos o muertos. Me preocupan muchas cosas.

—Bien, me alegra que se haya puesto en contacto conmigo, y siempre agradezco su punto de vista, especialmente relativo a un asunto que conoce tan bien de cerca. ¿En qué puedo ayudarla en concreto?

El secretario general tiene acento de Connecticut y no parece sorprendido ni impresionado por nada de lo que acabo de decirle.

—La última vez que fui a verlo a Lyon mantuvimos una conversación con una buena copa de Burdeos, y usted hizo un comentario sobre el hecho de que cualquier cosa puede transformarse en un arma, incluido el miedo, por supuesto.

—Que es el objetivo del terrorismo.

—Si es posible fabricar un arma que provoque suficiente miedo —explico—, este mismo miedo puede causar daños tan paralizantes y destructivos como cualquier artefacto físico, como una bomba o una pistola láser. El miedo puede empujar a personas decentes a comportarse de forma irracional y violenta. Imagine que de pronto le preocupa que un objeto aéreo pueda matarlo mientras pasea en bicicleta o está nadando en su piscina.

—Sí, estoy de acuerdo —conviene—. Eso sería nefasto, sobre todo si de verdad existe un arma de esas características. Tengo entendido que su oficina está haciendo la autopsia del caso Vandersteel esta mañana.

—Hemos terminado —respondo—. Cuando empezamos ya teníamos una idea bastante clara de que se trataba de una

electrocución, y todo apunta a que es un homicidio. Pero lo novedoso y sorprendente es que podría haber una víctima anterior.

—¿Dónde y cuándo?

—En Cambridge, a principios de esta semana. En realidad, ahora estoy casi segura de ello, lo que me lleva a la siguiente pregunta. ¿Podría haber otros casos similares, incluso fuera de Estados Unidos? Casos de presuntas fulminaciones o electrocuciones extrañas, sobre todo con víctimas que estaban cerca del agua y a la intemperie. También es posible que algunas de estas víctimas sobrevivieran. No estoy segura de que Elisa Vandersteel hubiera muerto si la corriente eléctrica no hubiera alcanzado el collar de metal que llevaba.

—Veo que pensamos lo mismo —dice Perry—. Usted y yo sabemos que las cosas empiezan siendo pequeñas, pero el problema es que, cuando terminamos por desentrañarlas, han dejado de serlo.

—Si no somos cuidadosos.

—Correcto. Y debemos tener mucho cuidado porque el terrorismo local en Massachusetts o en Estados Unidos puede convertirse en un campo de pruebas para un atentado internacional —añade.

A continuación le cuento el caso de Molly Hinders.

Le describo sus heridas, explicándole que la mataron en Cambridge, cerca del río Charles, al igual que a Elisa Vandersteel.

A ambas las atacaron cuando estaba oscureciendo, lo que significa que la visibilidad habría sido escasa, y la humedad fue un factor importante en ambos casos. Molly estaba plantada en medio de la hierba mojada mientras regaba con una manguera, y Elisa debía de estar empapada en sudor. La humedad y la electricidad se gustan.

—Pero es curioso. ¿Por qué Carrie Grethen estaría interesada en ninguna de estas dos mujeres? —se pregunta Perry al otro lado del teléfono.

—¿Quiere mi opinión? A Carrie no le interesa ninguna de las dos.

Es increíble lo mucho que me resisto a pronunciar su nombre. Pero estoy pensando en lo que me dijo Lucy. Si no hago ningún esfuerzo por entender a Carrie Grethen, nunca tendré la menor esperanza de detenerla. Y la conozco. La conozco mucho mejor de lo que soy capaz de confesarle a nadie, ni siquiera a mí misma.

—Pero Briggs sí que habría interesado a Carrie —le explico—. Puedo entender que se fijara en él como posible objetivo, y sobre todo la elección tuvo que ser personal para ella. Benton y yo trabajamos con él durante décadas. Sabe lo cercana que me sentía de él. Se está vengando de nosotros. Sobre todo de mí.

—¿Por qué motivo?

Empiezo a darle mi respuesta habitual de «¿quién sabe?», pero sé lo que Carrie nunca me perdonará, y no tiene que ver con Lucy ni con ninguno de nosotros. Tiene que ver con Temple Gault. Acabé con él en un enfrentamiento, le clavé un cuchillo en el muslo y le corté la arteria femoral. Sabía exactamente lo que estaba haciendo, y él no me había dado otra opción. Carrie nunca lo ha superado y, según Benton, nunca se ha recuperado de su pérdida.

—Entonces no habría nada personal en la selección de las otras dos víctimas —constata Perry.

—Puede que sí, pero es probable que no para Carrie Grethen —respondo—. Cuanto más avanzamos, vemos que es menos probable que esté trabajando sola. Puede que su cómplice, su nuevo Temple Gault, haya asesinado a esas mujeres mientras que Carrie fue a por una pieza de caza mayor como John Briggs, o quién sabe quién podría ser el siguiente.

—Sí, pero sabe cuál es el problema con los cómplices, ¿no?

Que no siempre hacen lo que se les dice.

—Lo que sugeriría que Carrie podría no tener nada que ver con los casos Vandersteel y Hinders.

—Si ese otro se rebela y va por libre.

—Eso la cabrearía mucho.

—Y sus compinches siempre terminan por ir a lo suyo. Pero déjeme que le haga una pregunta —me dice Perry al teléfono—. Si nos atenemos a las pruebas, ¿qué justifica su conclusión de que estos casos son homicidios? ¿Ha ocurrido algo que yo no sepa todavía?

Lo más posible es que desconozca ciertos acontecimientos porque el FBI aún no está al corriente, y yo no tengo prisa por compartir esa información con ellos. Si el secretario general de la Interpol se la transmite, eso es asunto suyo.

—Ha ocurrido algo y está a punto de ser la única persona a la que se lo cuento —respondo mientras observo el sol asomar por el horizonte, pintando brochazos anaranjados sobre el azul de Prusia—. No se lo he contado al FBI ni a nadie. Tenemos que ser extremadamente estratégicos a propósito de la información que compartimos porque parece que nos enfrentamos a un arma que, al menos en parte, ha sido fabricada a partir de un meteorito…

—A ver, un momento —me interrumpe—. Repita eso otra vez.

Le hablo de la pangüita mientras no dejan de rondarme las palabras de Ernie.

«Habría que ir a todos los museos del mundo y analizar sus rocas espaciales…».

Antes de que los mencionara, no se me había ocurrido pensar en los museos. Pero ahora sí.

—Por supuesto, alguien podría haber comprado trozos de meteoritos en internet, pero estos no necesariamente contendrían pangüita. Así que tenemos que considerar cómo alguien ha podido adquirirla y a continuación ha tenido la capacidad de transformarla en algo peligroso —explico a Tom Perry—. Por ejemplo, ¿robaron el fragmento de alguna

colección? Al igual que se pueden robar obras de arte de valor incalculable en los museos, también se pueden robar rocas muy raras.

—Es obvio que aún no ha hablado con Benton —dice Perry, y me imagino los ojos sonrientes y el talante despreocupado del secretario general.

No importa lo ocupado que esté, jamás actúa como si tuviera prisa. Algunos de los almuerzos profesionales más agradables y largos que he tenido en mi vida fueron con él en Lyon, y conoce los vinos franceses asombrosamente bien para ser estadounidense.

—Y es obvio que usted sí ha hablado con Benton si me dice eso. No he hablado con él desde que se marchó de Boston con Lucy, rumbo a Maryland —respondo mientras los destellos de luz se reflejan vívidamente en los edificios académicos y residenciales de Harvard y del MIT.

43

Las sombras se mueven sobre el ladrillo y el granito. A lo lejos, la silueta del centro de Boston se perfila con mayor nitidez y comienza a brillar a medida que el sol se eleva en un cielo sin nubes.

—¿Sabe quién es William Portison? —me pregunta Tom Perry. Apuesto a que Benton le ha hablado del hombre para el que trabajaba Elisa Vandersteel.

—Lucy dice que es un CEO del campo de la tecnología en Londres, a todas luces muy adinerado —respondo—. La dirección de su casa de Mayfair es la que figura en el carnet de conducir de Elisa. Lo encontramos cerca de su cuerpo.

—Es un antiguo alumno del MIT, al igual que el inútil de su hermano, ambos británicos. Uno ha triunfado y vale varios miles de millones y el otro es igual de listo, pero le falta un cable o tiene algunos cruzados o algo así. Yo diría que Theo es lo que se dice un genio tarado.

—¿Theo? —Observo los regueros de tonos pastel que cambian de forma e intensidad mientras la luz del sol titila como peces plateados en la lenta corriente del río al otro lado de la calle.

—Theodore Portison, más conocido como Theo cuando no usa un seudónimo.

Los remeros en sus coloridas embarcaciones se deslizan cortando el agua, y el tráfico de la hora punta suena como un tren lejano, un vendaval, una lluvia incesante.

—¿Y por qué iba a usar un seudónimo? —le pregunto.

—Tiene la paranoia de que quieren matarlo. Así que corre y se esconde, todo esto según su hermano —responde Perry.

Estoy segura de que la información viene de Benton, porque

dudo seriamente de que el secretario general de la Interpol haya hablado con William Portison en persona. Por el contrario, mi marido puede arrancarle la información más confidencial a una piedra.

—¿Qué edad tiene el hermano?

—Theo Portison tiene cuarenta y siete años, soltero, nunca se ha casado. Enseñó física cuántica en el MIT hasta que lo despidieron hace unos veinte años. Lo hemos comprobado.

Quiere decir que Benton lo ha comprobado.

—Theo volvió a Cambridge hace un año y, de hecho, supongo que durante el tiempo hablamos ha recibido la visita del FBI o está a punto de recibirla —especifica Perry, y me pregunto dónde estará Marino mientras todo esto sucede.

—¿Por qué despidieron a Theo? —pregunto, y echo un vistazo a los nuevos mensajes en mi móvil, pero aún no hay nada de Benton ni de Lucy.

—Una vez más, la respuesta corta es que está loco —contesta Perry mientras contemplo el amanecer—. La larga es que tenía problemas con las alumnas. Al parecer, se mostraba demasiado atento y luego terminaba por acosarlas. En concreto, el motivo de su despido fue que colocó dispositivos de vigilancia en el dormitorio de una de las chicas. A ver, ¿vas a espiar a alguien? Pues quizá la mejor idea no sea elegir a alguien del MIT que es tan inteligente como tú. Lo pillaron.

—¿Y qué ha estado haciendo durante los últimos veinte años? —pregunto.

—No creo que tenga necesidad de hacer nada. Su multimillonario hermano vela por él, y en muchos sentidos siempre lo ha hecho. Durante mucho tiempo Theo vivió con su madre en Londres, la cual falleció hace unos años. Como ya habrá deducido, tiene un trastorno de adaptación, por decirlo suavemente.

—¿Estoy en lo cierto si digo que las autoridades tienen un ojo puesto en Theo Portison desde hace un tiempo? Me pregunto si

tiene inclinaciones terroristas o radicalizadas y eso ha empezado a inquietar a alguien. —Tras una larga pausa de silencio, pregunto—: ¿Tom? ¿Hola? ¿Sigue ahí?

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Sí, estaría en lo cierto.

Eso es todo lo que piensa contarme a propósito de los Portison y de que no suponen un problema nuevo.

Lo que suponen es un problema distinto. Especialmente Theo.

—¿Existe alguna razón por la que Theo pudiera tener pangüita en su poder o algún acceso a ella? —le pregunto al secretario general, volviendo a los rastros de meteorito descubiertos por Ernie.

—Bueno, eso es interesante, porque el negocio de William Portison son las tecnologías aeroespaciales y construye cohetes, entre otras cosas —responde Perry—. Es un apasionado de los coches, los viajes espaciales, todo tipo de relojes y otros objetos como las piedras, y tiene su propio museo. ¿Adivina quién le ayudó a fundarlo? Su limitado hermano. Creo que Theo es el *Rain Man* que hace las veces de ayudante de campo de William.

—Entonces es probable que Theo conociera a Elisa Vandersteel, puesto que ella estuvo viviendo con la familia de su hermano durante los dos últimos años aproximadamente. ¿Está la colección de minerales en la casa? —pregunto, y no me cabe duda de que lo que cuenta Perry es mucho más importante de lo que parece a primera vista.

—Guarda su colección en una cámara de seguridad con una puerta acorazada.

—Hay que averiguar si ha desaparecido algo —respondo—. Especialmente si falta algún tipo de roca espacial y, en caso afirmativo, cuál es y, lo que es más importante, cuál es su procedencia. ¿De dónde la ha sacado? —Explico qué es lo que tenemos que averiguar—. La huella mineral del meteorito podría

ser nuestra única prueba de verdad en este caso. Podremos cotejarla si aparece.

—Pero ¿eso no lo sabría Theo si solía ayudar en el museo?

—Depende de si su hermano conoce los detalles de lo que compró o le dieron. William Portison podría haber adquirido parte de un meteorito y no conocer su composición elemental exacta.

En ese momento oigo que la cerradura de la puerta de mi oficina se abre con el clic.

—Estoy seguro de que a Scotland Yard le interesará mucho todo esto —dice Perry, lo que aumenta mis sospechas de que las autoridades tienen cosas más importantes que tratar.

Finalizo la llamada mientras Marino entra por la puerta, y eso me hace recordar que tiene un estatus privilegiado.

Aún no me he decidido a borrar su huella dactilar de algunas cerraduras biométricas, como la de la puerta del aparcamiento, la puerta reservada a los peatones que da acceso al edificio y tampoco la puerta de mi despacho. Hace años que no viene a investigar al centro. Pero no me atrevo a erradicar todas sus huellas y, al verlo entrar, constato que sigue llevando la misma ropa sudada de antes, aunque hace un buen rato que se deshizo de la chaqueta azul marino.

No se ha duchado. Se nota cuando se cierne sobre mi mesa como un ave depredadora. En una escala del uno al diez, siendo diez la nota máxima, calificaría con un cien la ira de Marino en estos momentos. Tiene lo que yo considero una rabia blanca, el rostro lívido, los ojos de granito mientras los músculos de la mandíbula se le crispan.

—Pareces más cabreado que nunca y espero que no sea conmigo —empiezo a decir.

—¡Los muy cabrones! —gruñe. Los latidos son visibles en sus sienes y una sombra violeta rojiza le sube por el cuello—. Estaba

ahí con el menda ese y la cosa avanzaba en serio, y van y aparecen los tocapelotas con el puto equipo del SWAT y el jodido helicóptero sobrevolando la maldita casa. Cuando se dieron cuenta de que solo estábamos el pirado de turno y yo, llamaron a los perros y luego Mahant entró como el nuevo sheriff recién llegado al pueblo. —Marino hace el gesto de lavarse las manos —. Es el fin.

—¿Qué quieres decir con que «es el fin»? ¿Y de quién estás hablando?

—Del vecino cascarrabias de Bryce —responde Marino ante mi sorpresa—. Lo estaba llevando al fondo del asunto, por qué hizo la falsa llamada al 911 contra ti.

—¿Marino…?

Pienso en lo que Tom Perry acaba de revelarme sobre Theo Portison.

«Mientras hablamos ha recibido la visita del FBI o está a punto de recibirla».

—Es exactamente lo que nos contó Bryce. —Marino habla rápido y sin pausa—. Para vengarse de él por haberlo insultado, y qué mejor manera de hacerlo que meter en el ajo a la gran jefa, la doctora Scarpetta, con la esperanza de que a lo mejor lo despidieran a él…

—¿Cómo acabas de llamarme?

—¿Gran jefa? —responde Marino encogiéndose de hombros—. Es como te llamó él, no yo.

—Así es como me llama Tailend Charlie en algunas de las grabaciones para cachondearse de mí.

—Pues puedes decírselo al FBI, pero yo no tengo interés en ayudarlos ni una puta mierda.

—¿Estás diciendo que se han plantado en casa de Theo Portison mientras tú estabas con él en su salón?

—¿Quién coño es Theo Portison? —Marino frunce el ceño, cerniéndose sobre mí—. El vecino de Bryce se llama John Smyth con «y», la grafía inglesa. ¿Y supongo que no es suficiente con

que los federales se queden los casos Vandersteel y Briggs, sino que ahora también están investigando las llamadas de los pirados al 911? O sea, ¿qué hostias?

—¿Te dijo Mahant o algún otro por qué fueron allí?

—Pero ¿cuándo nos dicen algo a nosotros?

—Su verdadero nombre es Theodore Portison y, al parecer, es conocido por tener varios seudónimos porque se vuelve paranoico. —Aparto la silla de mi escritorio—. El MIT lo despidió hace veinte años, y conocía a Elisa Vandersteel. Es muy posible que sea Tailend Charlie. —Me levanto y me quito la bata de laboratorio—. Veremos si recibo más archivos de audio después de esto.

—Bueno, pues lo han pillado —dice Marino mientras caminamos hacia mi puerta—. Han terminado por arrestarlo.

—¿Por qué motivo?

—Que me aspen si lo sé. Pero han estado registrando su casa, que es un auténtico vertedero. Mierda. Es mi caso, Doc.

—Lo importante es que lo han detenido.

—Pero no a Carrie.

—Uno menos es mejor que nada. Eso asumiendo que es Tailend Charlie y que sea el asesino de las dos mujeres.

—Y que ha estado acosándonos a ti, a mí y a Benton utilizando software de alteración de voz o lo que sea. ¿Por qué?

—Pregúntaselo a Benton —respondo—. Pero apuesto a que tiene que ver con fantasías y poder, y puede que los delirios de un cerebro dañado. ¿Por casualidad Theo Portison tiene un dron?

—Tiene la casa llena de mierdas, sobre todo de chismes que parecen partes de robots. El interior de la casa parece una chatarrería. Imagínate el cruce de un inventor loco con un sin techo. Y parece que también ha convertido la cocina en un laboratorio. Una parte estaba debajo de una tienda de plástico, como si estuviera haciendo metanfetamina o una movida de esas.

—¿Tosía? —pregunto mientras recorremos el pasillo curvo hasta el ascensor.

—Me ha contado que tiene una enfermedad pulmonar crónica, pero no recuerdo de quién era la culpa. Es uno de esos individuos que echa la culpa de todo a todo el mundo.

—No me sorprende que tenga una enfermedad pulmonar.

—¿Por qué? —pregunta Marino mirándome—. ¿Solo por la tos?

—Si trabaja con nanotubos y no lo hace en una sala blanca adecuada o bajo una campana de evacuación con clasificación HEPA (en otras palabras, un entorno protegido), podría tener graves problemas respiratorios por inhalar fibras y partículas demasiado pequeñas para el ojo desnudo. Y como recordarás, el falso investigador de la Interpol que os llamó tosía. Eso es lo que dijiste. Al igual que el falso investigador de la Interpol que llamó a Benton, así que no me parece una pura coincidencia.

—¿Nanotubos?

Le explico el resto a Marino mientras bajamos en el ascensor. El edificio ha recuperado su inviolabilidad y su ritmo habituales. Los trabajadores empiezan la jornada y el FBI ya no está. No me cabe duda de que Theodore Portison los mantendrá ocupados durante un buen rato, y puede que Mahant decida no volver a estar presente en una autopsia.

—Al final no llegué a probar la pizza —dice Marino mientras el ascensor baja con parsimonia.

—Hace ya mucho de eso y tú no estabas aquí. ¿Cómo te enteraste de lo de la pizza? —pregunto.

—Pues porque conozco tus truquitos —responde—. Me contaron lo del sistema de ventilación y que le provocaste tanta repugnancia a Mahant que se cayó al suelo.

—Casi se cayó al suelo.

Saludo a Georgia con la mano cuando Marino y yo atravesamos la zona de recepción, en dirección al aparcamiento.

44

A estas alturas debería saber que no puedo ignorar las limitaciones del cuerpo humano.

El trayecto de vuelta a casa es un esfuerzo y lucho por mantenerme despierta mientras me detengo en una señal de stop cerca de la Harvard Divinity School, en nuestro barrio de Cambridge. Mi nivel de azúcar en sangre es bajo, y siento la aplastante decepción que se produce después de haberme alimentado exclusivamente de descargas de adrenalina durante horas.

Por suerte, vivo a menos de quince minutos del CFC. Me dirijo un chorro de aire frío a la cara, pongo música, hago cuanto puedo por no cerrar los ojos. Son pasadas las nueve y el sol de la mañana brilla en lo alto cuando entro en el estrecho camino de ladrillo que conduce a nuestra casa decimonónica de madera pintada de azul ahumado con las contraventanas y las puertas grises. Las altas chimeneas se alzan a ambos lados del tejado de pizarra, y la luz del sol se refleja en las ventanas de la primera planta mientras aparco detrás del Land Rover verde de Janet.

Tiene bloqueada la mitad del garaje, independiente de la casa, y cuando Page vuelva con los perros de la peluquería, su camioneta bloqueará la otra mitad. Que alguien me desee buena suerte para poder sacar el coche de Benton o el mío personal si los necesito por alguna razón.

Todo el mundo está aquí, pienso consternada, y entonces me siento egoísta. Por mucho que quiera a mi familia, lo que más deseo ahora mismo es tener algo de intimidad en mi propia casa. Y es preciso que renuncie a la idea y que piense en otra cosa. Tengo que tomármelo con deportividad y recordar que no todo

en la vida consiste en resolver crímenes. Me apeo con mi maletín y cierro el monovolumen del CFC, que esta vez no tenía intención de dejar en la oficina. Recorro los adoquines hasta el jardín arbolado delantero y subo los escalones de ladrillo, notando que la temperatura de la mañana va en aumento. Pero, según todas las predicciones, hoy no pasará de los treinta y dos grados. Este fin de semana se esperan lluvias, y mi jardín y mi césped lo necesitan.

Va a ser necesario que cocine mucho y no estoy preparada. Si hubiera sabido que tanta gente, sobre todo Dorothy, se alojaría en casa, habría hecho compras grandes. Quizá encuentre tiempo esta tarde para ir a la tienda antes de prepararme para mi conferencia en la Kennedy School. Quizá cocine algo fácil tipo lasaña, que podamos calentar cuando termine la velada.

Abriremos unas buenas botellas de Pinot Noir y brindaremos por Briggs, me digo mientras permanezco en el porche con las llaves en la mano, mirando a mi alrededor y aguzando el oído. Una ligera brisa agita los frondosos árboles del jardín y detecto las fragancias terrosas del humus y el mantillo. Pasa un coche, una de nuestras vecinas que me saluda con la mano.

Benton y yo vivimos en el límite nordeste del campus de Harvard, al otro lado de la calle de la Academia de las Artes y las Ciencias. Estamos completamente rodeados de preciosas casas antiguas, que son manifestaciones de la ilustración. Me encanta nuestro vecindario. Me encanta engañarme a mí misma pensando que aquí estoy a salvo, rodeada de personas inteligentes, y me demoro un poco más mirando en derredor, con la mano en el pomo de la puerta.

No oigo a nadie y los perros no están. Pero detecto un ruido lejano, un zumbido débil y agudo como el de una sierra eléctrica. Debe de ser la casa que están reformando dos puertas más abajo. Pasa otro coche, otro vecino, y abro la puerta de casa. Constato que la alarma no está puesta, lo cual me inquieta. Al entrar en el vestíbulo de paneles oscuros y grabados

victorianos, me detengo para aguzar de nuevo el oído, pero no oigo a nadie, y se me ocurre que Janet, Desi y mi hermana pueden estar en el jardín trasero. De hecho, me parece un buen plan. Quizá me tome un café con ellas durante un ratito. Luego intentaré dormir unas horas.

En algún momento de la tarde tendré que repasar mi conferencia de la noche porque le he confirmado a mi contacto de la Kennedy School que no se cancelaba. Voy a hacerlo por Briggs. Estará conmigo en alma cuando explique a los responsables políticos que vivimos en un planeta peligroso y por qué es imperativo incorporar la ciencia y el más alto nivel de formación en todas nuestras empresas si queremos ampliar nuestras fronteras y protegernos.

Dentro de la cocina veo cápsulas de café usadas sobre la encimera, cerca de la cafetera Keurig, y unos restos de tostadas con queso cheddar. Probablemente sean de Desi, porque se ha convertido en un fan total del cheddar de Vermont desde que se mudó aquí y se muestra exigente con el color del envoltorio del trozo de queso. Para él, un queso extra fuerte es sinónimo de envoltorio morado, y por las mañanas pide tostadas de queso morado, según me han dicho.

Poso el maletín en la mesita del desayuno, junto a una ventana, y me dirijo a la puerta trasera, donde Desi ha dejado la caña de pescar, el bate y el guante de béisbol que Marino le regaló por su cumpleaños. La caña tiene una plomada de goma dura unida a un sedal largo y resistente que está atado al monofilamento, y Marino le ha enseñado a Desi a lanzarlo de la misma manera que hizo conmigo. El muchachito de nueve años está aprendiendo a ser paciente y preciso, y a no abrirse paso en la vida por la fuerza.

Todo sería perfecto si no fuera por los sentimientos de Benton, pero, por mucho que me duela, tenemos que hacer lo mejor para el crío. Marino es bueno para Desi, y no me importa que usen mi jardín mientras nadie pisotee mis rosales, aunque hay una regla

impepinable: cuando el sedal se enrede en los árboles, nadie se sube a soltarlo.

La seguridad es lo primero. Entreabro la puerta de roble que da al exterior. Entonces me quedo parada porque no entiendo lo que ven mis ojos.

45

Vestida con unos pantalones cargo caquis, un polo del CFC, una gorra de béisbol y unas gafas oscuras, Lucy está cerca de la gran magnolia con su banco circular, y Desi está de pie, rígido, a su lado. Tiene lo que parece un iPad en la mano, va descalzo y viste un pantalón corto y una camiseta de los Miami Dolphins. Lleva algo azul alrededor del cuello.

Vuelvo a la silenciosa penumbra del pasillo cuando comprendo que quien está con Desi no puede ser Lucy, y el corazón se me acelera como si hubiera estado a punto de pisar una serpiente. Lucy está en Maryland y, aunque, por arte de magia, hubiera vuelto tan rápido, la figura andrógina de cabello corto y rubio es demasiado delgada para ser la de mi sobrina. Cuando comprendo quién es la persona a la que acabo de ver, el corazón se me sale del pecho. Abro una aplicación de mi teléfono que enciende las cámaras de la casa y de la propiedad.

Me meto en la despensa, donde hay una pantalla plana sobre la tabla de cortar. Enfoco con el zoom el jardín trasero, inclinando las cámaras y pasando a panorámica, con la esperanza de que Carrie Grethen no se dé cuenta de lo que estoy haciendo. Debería haber oído mi coche, pero quizá no lo haya hecho. Puede que sepa que la observan desde dentro de la casa, pero también puede que no, y compruebo cada zona vigilada por una cámara para verificar si no hay nadie más en la propiedad.

Por ahora parece que Carrie está sola. Pienso en la furgoneta blanca aparcada en el arcén, justo después de la entrada de mi casa, la que he supuesto que era de la compañía constructora. Estoy de los nervios, temerosa de que en cualquier momento Carrie perciba el movimiento de las cámaras. Pero no está

mirando. Su atención está concentrada en todas partes, en Desi, en el cielo sobre sus cabezas, en el dispositivo con forma de tableta que Desi tiene en las manos, en mi hermana y Janet, que están fuera de campo, pero tengo la certeza de que están sentadas cerca. Oigo la voz de Dorothy, pero no distingo lo que dice.

Subo el volumen de las cámaras HD al máximo.

—… No quiero —le dice Desi a Carrie mientras niega con la cabeza—. No quiero pinchar a nadie.

—Pues claro que sí que quieres.

—No está bien hacerle daño a la gente.

—Deja que te enseñe lo divertido que es. Solo tienes que apretar esta flecha que apunta a la palabra «activar». En la pantalla se ve en verde y, cuando tocas la tecla, se vuelve roja porque el TC está armado. El Tailend Charlie. ¿Sabes lo que es eso, hijo?

—Ya no quiero jugar con usted. Y no soy su hijo —responde Desi, y Carrie sonríe radiante.

—Cuando descubras quién eres será como descubrir que eres de la realeza. El príncipe Desi. —Le pone una mano en el hombro.

—Me da miedo —dice él.

—Pero ¿por qué haces esto? —Es Dorothy quien habla de nuevo, e intento localizarla con las cámaras—. Creía que éramos amigas.

Es propio de ella pensar que puede persuadir a Carrie Grethen de que cese y desista, se rinda y se marche o, más descabellado si cabe, creer que le caerá bien a Carrie y buscará su amistad. Por supuesto, mi hermana es tan narcisista que da por hecho que está a la altura de alguien que lleva decenios causando desgracias y destrucción.

Enfoco con la cámara a Dorothy y Janet, tensas, sentadas en unas sillas a unos a seis metros de la magnolia. Entre ambas hay una pequeña mesa con sus cafés y botellas de agua. Los dos

llevan batas de trabajo, que probablemente son mías, y ninguna se mueve. Tienen las manos posadas sobre el regazo, pero no entreveo ningún signo de que estén atadas. Dorothy tiene los ojos muy abiertos, y la luz de la mañana no es muy amable con su cara recargada de bótox, mientras que Janet está serena y seria.

Sé que Janet no está armada. Si llevara encima un arma, ya tendría controlada a Carrie. Desde que hay un niño en la familia, hemos tenido que adoptar nuevos hábitos con las armas de fuego. Manipulo las cámaras otra vez y veo el dron, que parece una araña gorda y negra que planea con ocho palas de rotor giratorias en la copa de la magnolia. Es el quejido agudo que he oído antes y no las obras de construcción del vecino.

Le envío un mensaje a Marino:

«SOS. Carrie está en el jardín de mi casa. Toma de rehenes & dron».

No llamo al 911. Ni me planteo que los coches patrulla normales aparezcan rugiendo. Una situación de estas características no se encara así. Además empiezo a adivinar el objetivo de Carrie: quiere incluir a Desi en su familia diabólica. Quiere que le haga daño a alguien, que mate con su dron transformado en arma.

«¿La tata-twisted que adoras? ¡Ya verás cómo no la añoras!».

Carrie va a matar a Dorothy y luego se deshará de Janet. Eso deja solo a Desi, y me queda claro lo que planea hacer. Vuelvo a pensar en el espionaje al que fue sometida Natalie. Me pregunto si, en el fondo, Carrie no estaría espiando al chico.

—Pero ¿por qué? —Mi hermana nunca sabe cuándo callarse, y Desi parece una estatua pequeña con el controlador de vuelo entre las manos—. No lo entiendo. Tuvimos una conversación tan agradable en el avión… —dice como una boba.

Ahora lo comprendo. Carrie debió de orquestarlo todo para subirse al mismo vuelo que mi hermana en Fort Lauderdale. Sin duda se sentó a su lado en primera clase, lo que probablemente

explica por qué la alarma de mi casa está desactivada y Carrie ha podido entrar en mi jardín. Lo más seguro es que Dorothy la invitara a pasar, como haría con cualquier otro amigo nuevo. Mi hermana siempre hace buenas migas con cualquiera.

Se lleva a casa al primero que pasa y siempre lo ha hecho, desde que éramos pequeñas. Nunca preguntaba. Siempre ha estado en su derecho de hacer lo que le viniera en gana, y esta vez podría costarle muy caro, a ella y a todos nosotros. Mi mente da mil vueltas en busca de alguna salida.

—No puedo entender por qué estás siendo tan horrible después de las copas y la conversación tan agradable que hemos compartido. Pensaba que había hecho una nueva amiga, me recordabas mucho a mi hija, y por eso nos caímos tan bien enseguida. Y yo que pensaba que venir al norte a ver a mi nieto iba a ser divertido —sigue mi hermana llorando—. ¿Desi? Ven aquí ahora mismo. Entramos en casa como si aquí no hubiera pasado nada. Y tú vete y déjanos en paz, hazlo ahora mientras puedas —amenaza a Carrie, que responde arrebatándole el mando a Desi de las manos.

Carrie desplaza el dron directamente sobre la cabeza de mi hermana, aproximadamente a dos metros de distancia, y la rotación de las hélices revuelve su larga melena rubia de bote, que le da un aspecto duro.

—Toca donde dice «activar» —le ordena Carrie a Desi, a la vez que le acerca el controlador de vuelo para enseñárselo.

—¡No hagas nada de lo que te diga! —grita Dorothy.

—Cállate. Por favor —le dice Janet sin quitarle ojo a Carrie.

Pero Janet está desarmada. Si tuviera un arma, sabría exactamente cómo usarla, y mientras pienso esto no veo ninguna salida. Al menos no en el sentido habitual de lo que se hace en caso de emergencia extrema. Es muy difícil abatir un dron. Están llenos de espacios vacíos, e incluso si destruyes varias palas del rotor, eso no significa que puedas detenerlo a tiempo.

Tendrías que cortar la fuente de alimentación de la misma

manera que harías con un artefacto explosivo. Pero no tengo un cañón de agua a mano, y quitarle el seguro a la pistola que guardo fuera de alcance, en el estante superior de un armario de la cocina, no me serviría de nada. Queda totalmente descartado disparar una lluvia de balas en un barrio residencial.

No se ve ni se oye a Page y los perros por ninguna parte. Espero que no vuelvan pronto de la peluquería canina, y mi atención sigue fija en el equipo deportivo, apilado descuidadamente en un rincón a la izquierda de la puerta.

Veo que la caña de pescar y el bate de béisbol son de madera, no de metal. El guante de béisbol es de cuero y, al igual que la madera y la piel seca, es un buen aislante contra la electricidad. También me fijo en los ganchos vacíos donde colgamos las correas de Sock y Tesla, y eso me impulsa a enviar un mensaje a Page:

«NO VUELVAS a casa hasta nueva orden».

Carrie no dudaría en hacer daño a todo lo que nos importa, incluida Page, incluidas nuestras mascotas.

—Te lo voy a enseñar —le dice Carrie a Desi mientras yo sigo vigilando el jardín trasero con las cámaras.

Observo el dron que gira y se cierne sobre la cabeza de mi hermana, y Carrie toca la pantalla del controlador de vuelo. El dron hace un ascenso vertical, y al mismo tiempo distingo los cables conductores que descienden. Hay cuatro y son tan finos que apenas son visibles, como delgadas líneas de lápiz gris con un objeto redondo y oscuro que los lastra en cada extremo.

De forma extraña, los conductores desaparecen de mi vista y vuelven a aparecer. Lo único que veo son los pesos redondos flotando en el espacio como diminutos planetas oscuros, y me acuerdo de la quemadura redonda en la nuca de Briggs.

—Voy a enseñarte algo chulo —le dice Carrie a Desi, encajándole el controlador de vuelo en sus reacias manos—.

Pero primero tienes que hacer algo por mí. Un experimento. ¿Ves la botella de agua en la mesa? Ve a echársela a la cabeza de la yaya Dorothy.

—No.

—Hazlo.

—No.

Cojo la caña de pescar.

—Tienes que aprender a ser valiente. ¿Qué es lo que te pasa? Me parece que tendré que endurecerte. —La ira transforma la cara de Carrie—. ¿Ves lo que pasa cuando es gente inferior la que te cría? Pues eso está a punto de cambiar, Desi.

He pescado varias veces en mi vida, sobre todo con Marino, que no escatimó esfuerzos en enseñarme a lanzar la caña. Soy bastante buena con las manos. Abro el cierre del carrete giratorio y salgo por la puerta de atrás. Existe la posibilidad de que las palas corten el sedal, pero sé que incluso los helicópteros intentan evitar los monofilamentos. Cuando Lucy sobrevuela las playas lo hace con sumo cuidado porque hay cometas y globos de helio atados a centenares de metros de hilo de pescar.

Al verme, el rostro de Carrie se vuelve asesino con una mezcla de complacencia. Tiro la elegante y larga caña hacia atrás y luego la empujo hacia delante con el movimiento justo de muñeca, o eso espero. La plomada de goma se eleva en un arco hacia la copa de la magnolia. La luz del sol capta el elegante sedal que se eleva en el aire y luego se curva para recaer sobre el derviche giratorio, y espero a que las hélices corten el sedal.

Pero no lo hacen, y el dron da una sacudida. Al menos una de las palas se ha bloqueado, y el repentino tirón me anima a rebobinar mientras Carrie grita obscenidades. El controlador de vuelo es incapaz de dominar la tecnología moderna más básica, una simple caña de pescar.

—¡Corre! ¡Corre! —grita Desi, y Janet se pone en pie de un salto.

El dron se desploma como un pájaro herido, y yo rebobino y

rebobino el carrete mientras Carrie se precipita hacia mí dando furiosas zancadas. Sigo rebobinando furiosamente, y el dron, tan ruidoso como un ventilador, apenas está a tres metros de mí, con los conductores flotando cerca de su cabeza.

Tiro con fuerza de la caña de pescar en el mismo momento en que Carrie saca un enorme estilete y la larga hoja se despliega con un silbido. A continuación, la sangre sale volando en todas las direcciones. Oigo a alguien gritar y un estallido parecido al de un transformador que explota, y luego me encuentro en el suelo. Percibo un olor a carne quemada.

46

Dos días después, sábado por la mañana

Durante un instante fui Elisa Vandersteel y floté por el espacio vacío hasta aterrizar de espaldas. No recuerdo nada, salvo que recuperé la conciencia en la sala de urgencias. No estoy muerta, ni mucho menos, y me reincorporo en la cama bajo el rumor de una lluvia torrencial.

Golpea suavemente el tejado de pizarra y, cuando sopla viento, salpica las ventanas. Sock y Tesla están acurrucados contra el calor de mis costados. Percibo su respiración, a veces ahogada por rachas de aullidos que acaban en silbidos y gemidos, y el agua repica y tamborilea en diferentes intensidades y ritmos. Es una mañana apesadumbrada y herida. O tal vez sea yo quien se siente así.

El acto de hace dos días en la Kennedy School no se canceló, sino que lo han aplazado; una decisión no solo acertada, sino inevitable. Uno de los oradores había fallecido y el otro estaba en el hospital. Lo que chocó con los conductores del dron, fuera lo que fuera, además de Carrie Grethen y su estilete, hizo que yo saliera despedida contra el suelo y quedara inconsciente. Pasé el siguiente día y medio sometida a exámenes, pinchazos, sondeos y escáneres, y al final volví a casa anoche.

De modo que no hice mi presentación ante un público influyente, y estoy reposando plácidamente en la cama con dos perros. No se me ocurre nada mucho mejor que esto. Janet y Desi han sido muy cariñosos y atentos conmigo, y Dorothy anda por ahí en algún lugar. Benton y Lucy deben de estar al caer, después de haber dejado el helicóptero en Washington debido a

las condiciones climáticas. Dentro de un rato disfrutaremos de un brunch maravilloso. Debería espabilarme, y me siento extrañamente ligera, como si alguien hubiera apagado la gravedad.

Es como si el reinado del terror se hubiera evaporado con el periodo de sequía y la ola de calor, como si el equilibrio de la vida se hubiera restablecido, y me siento feliz como hacía tiempo que no me sentía. Carrie Grethen sufrió graves cortes y quemaduras, y una fractura de cráneo provocada por el monstruo mecánico que ella misma había concebido. Cuando esté lo bastante recuperada, la retendrán en aislamiento en el hospital psiquiátrico local, en una unidad forense de máxima seguridad para criminales con problemas mentales. Ahora no puede hacerle daño a nadie, y su cómplice, Theo Portison, está entre rejas. Ninguno de los dos irá a ningún sitio que no sean los tribunales.

Mientras tanto, la policía y el FBI seguirán buscando a otros soldados rasos que Carrie pueda haber reclutado aquí o en el extranjero. Lucy sospecha que Carrie puede maniobrar sus drones a distancia, de la misma manera que los operadores militares. Podría haber tenido uno estacionado en la región de Bethesda y pilotarlo desde el sur de Florida hasta la casa de Briggs para acabar con él. Después de eso, Carrie embarcó en un avión en Fort Lauderdale y disfrutó de un vuelo muy placentero con mi hermana. Espero impaciente escuchar el relato de Dorothy a propósito de ese viaje. Desde el impacto que me dejó inconsciente, no he hablado mucho con ella.

Reviso mi correo electrónico. Mi oficina está trabajando sin descanso, y un nuevo mensaje de Ernie confirma lo que sospechábamos, que la huella de pangüita que descubrimos en el caso de Molly Hinders también estaba presente en las quemaduras lineales blanquecinas del cuerpo de Elisa Vandersteel. Ambas mujeres murieron electrocutadas por conductores de nanotubos de carbono que fueron retraídos por

bobinas dentro de un dron gigantesco alimentado por condensadores y recubierto de una pintura termoprotectora cuya composición incluye pangüita. Los pesos en los extremos de los conductores, que parecen plomos de pesca, también contienen pangüita.

Benton dice que fabricar un arma con un elemento robado a su poderoso hermano supuso para Theo una forma de indemnización: apropiarse de lo que, según él, le correspondía por derecho. «Un poco como Jacob robándole el derecho de primogenitura a Esaú», explicó mi marido. Él también cree que los asesinatos de Cambridge fueron en cierto sentido prácticas de tiro, salvo que la selección de las mujeres obedeció emocionalmente a la tendencia de Theo a la erotomanía y la violencia sexual.

Según la información que Benton ha obtenido del hermano, William, al parecer Elisa era amiga de Theo y probablemente no sospechaba ni por asomo que estaba obsesionado con ella. Por lo visto, cuando regresó a Cambridge hace un año, Theo le sugirió que probara suerte aquí e intentara abrirse camino como actriz. Podía quedarse en su casa durante su estancia, lo que ella hizo durante varias semanas, ocupando un cuarto de invitados a cambio de ayudar en la cocina y otras tareas domésticas.

Entonces conoció a Chris Peabody y poco después se fue a vivir con él, en parte para alejarse de Theo, a quien, según todos los indicios, apreciaba, pero encontraba cada vez más pesado y dominante. Le parecía un tipo raro, pero quizá nunca imaginó que la espiaba y la acechaba y que, cuando la veía con el joven que había conocido y del que se estaba enamorando, se enfurecía cada vez más.

Creo que Theo podría haber observado a Elisa cuando iba en bicicleta al Faculty Club. Recuerdo cuando besó a Chris Peabody en la acera delante de Benton y de mí. Es muy posible que Theo hubiera estado practicando, maniobrando su dron sin que ella se percatara y que, un día que ella cruzaba el parque, solo quisiera

asustarla, sin desearle la muerte. Pero la mató.

Y no habría aparecido en el lugar de los hechos ni le habría quitado el pañuelo o cualquier otra pertenencia si no hubiera tenido intención de matarla. El trozo de tela azul con estampado de cachemira era un souvenir. Es posible que Theo le hubiera sustraído otros objetos si Anya y Enya no hubieran aparecido, y me pregunto cuánto tiempo estuvo observándolas escondido entre los arbustos. No fue un ciervo lo que asustó a las gemelas. No fue eso lo que oyeron salir corriendo en la oscuridad.

Hay muchas cosas que nunca sabremos a menos que Theo las cuente. Quizá sus numerosas grabaciones nos ofrezcan una explicación. Benton cree que el antiguo profesor del MIT había estado siguiendo a Elisa y Molly a distancia con su cámara aérea. Si está en lo cierto, debería haber pruebas gráficas de su voyerismo, sus simulacros, sus asesinatos. Será como observar a través de una mirilla sus violentas fantasías sexuales.

Benton y sus colegas pasarán mucho tiempo revisando cajas llenas de dispositivos de almacenamiento de audio y vídeo cuidadosamente etiquetados. Al parecer, hay años y años almacenados en el vertedero que es la casa de Theo, y que no pudiera resistirse a sus compulsiones es algo positivo. Podrá parecer una reflexión extraña, porque ha muerto gente, pero esta sería más numerosa si hubiera sido más disciplinado.

Es muy posible que su plan consistiera en diseminar por todas partes estas armas aerotransportadas de energía dirigida y que, con el tiempo, Carrie reuniera a un ejército personal de drones humanos que manejaran los mecánicos. Puede que nunca sepamos lo que planeaba, y sospecho que Benton no lo averiguará por más tiempo que pase interrogándola.

Carrie no hablará. Si lo hace, no dirá nada de lo que podamos fiarnos. O, incluso si dice algo veraz, no será de ayuda. No para nosotros.

Me despierto sobresaltada cuando Tesla se incorpora de repente y ladra. He debido de quedarme dormida otra vez. Reacomodo las almohadas detrás de mí para sentarme y le acaricio la cabeza, pero ella vuelve a ladrar y Sock apenas se mueve.

—Sí, ya sé que has aprendido un truco de perro mayor, pero haz el favor de callarte.

Acaricio a la pequeña bulldog blanca con los ojos rodeados de un círculo marrón como si llevara pintada una máscara, mientras no para de ladrar y sus costados suben y bajan como un fuelle.

—¡Guau, guau, guau, guau…!

—Vale, ya basta. ¿Qué crees que estás oyendo?

Aparto las mantas, pero ella no se calla.

Me levanto y camino descalza hasta la ventana con cortina que hay al otro lado de la cama. Al asomarme, no veo nada, salvo el azote de la lluvia que inunda el camino dos plantas más abajo. El viento aúlla de nuevo, y Tesla ladra con más ahínco mientras nuestro galgo atigrado, Sock, sigue dormitando.

—De acuerdo. Chis. —Acaricio a Tesla suavemente y le hablo con un tono tranquilizador, que también me hace sentir mejor a mí—. Es solo una tormenta. —Le froto las orejas moteadas y la puerta del dormitorio se abre.

—¡Hora de levantarse! —canturrea Dorothy entrando en la habitación, y ahora sé por qué ladraba Tesla. Debía de estar oyendo a mi hermana.

Dorothy lleva por única ropa una camiseta grande y trae dos cafés.

—¿Te importa si entro? —me pregunta mientras me tiende una taza humeante y se sienta en la cama—. Calla, Tesla. No soporto a los perros quejicas.

—Yo no la llamaría exactamente quejica. Tiene un ladrido tirando a feroz.

—Bueno, pues qué ironía, ¿no? Lleva el nombre de un coche que se supone que es silencioso.

—En realidad es una broma de Lucy. Alguien como ella, ¿que deja la mayor huella de carbono del planeta? Ahora ya puede decir que tiene un Tesla.

—¿Cómo te encuentras? He oído historias de gente que ha recibido una descarga casi mortal o les ha caído un rayo y de repente son capaces de tocar el piano o su coeficiente intelectual ha subido diez puntos.

—Te mantendré al corriente. Siempre he querido tocar el piano.

—¿Has tenido sueños raros?

—Todavía no.

—Escucha, Kay. Tengo que explicarte mejor lo que ha pasado —empieza mi hermana, pero la interrumpo.

—¿Cómo está Desi? —pregunto, porque deberíamos preocuparnos por lo traumatizado que pueda encontrarse.

—¡Lo que yo te diga! —alardea Dorothy como si ella tuviera algo que ver—. ¡Está hecho un luchador! Parece que se encuentra bien.

—Ha tenido muchas ocasiones de poner buena cara, Dorothy. Eso no significa que esté bien.

—¿Sabes qué? Una de las cosas que he aprendido después de escribir… ¿cuántos libros infantiles? —Sonríe ante su pregunta retórica—. Montones, ¿verdad? La cuestión es que conozco a los niños. Y siempre me asombra comprobar hasta qué punto nos preocupamos por cosas que a ellos no les importan lo más mínimo.

—Que no deje traslucir nada no significa que no le perturbe. Será bueno que Benton hable con él cuando él y Lucy vuelvan a casa.

—Mira. —Dorothy le da un sorbo al café—. Cuando esa mujer del demonio se me acercó, tuve que mirarla dos veces porque al principio pensé que era Lucy.

—Para.

—Estaba esperando en la puerta de embarque y me dio

conversación. Y qué casualidad que tuviéramos asientos contiguos…

—Te digo que pares. —Levanto una mano y meneo la cabeza.

—Pero tengo que explicarte lo que ha pasado. Tienes que dejarme….

—Hasta ahora no has explicado nada —la interrumpo— y tenemos que dejarlo aquí, Dorothy.

—Pero si acabo de decir…

—No has explicado nada de nada y punto. No podemos hablar de lo que pasó entre tú y Carrie en el aeropuerto, en el avión, o cuando apareció aquí en la casa después de que la invitaras a entrar. ¿De acuerdo?

—Pero yo…

—No.

—Es que debes de pensar que soy una auténtica estúpida, pero es que nadie me había prevenido contra ella…

—Soy un testigo en este caso, lo mismo que tú. Ni una palabra más. Gracias por el café. Sabe dulce. ¿Le has puesto azúcar?

—Sirope de agave, como a ti te gusta.

—No lo tomo con edulcorantes.

—¿Desde cuándo?

—Desde toda la vida, Dorothy. —Y tengo que reírme porque, cuanto más parecen cambiar las cosas, menos lo hacen—. Siempre te has ocupado de los demás —me burlo.

—No, nunca lo he hecho —dice hoscamente.

No parece capaz ni de cuidarse a sí misma. Su pelo es demasiado largo y demasiado rubio, y a quien sea que le esté pagando una fortuna por la cirugía estética debería terminar entre rejas. Sus mejillas artificialmente redondas se agolpan sobre sus ojos cuando sonríe, su mandíbula inferior es demasiado pesada y no podría fruncir el ceño ni aunque lo intentara, lo que hace más difícil interpretar su descontento y su aburrimiento crónico subyacente.

—Tienes que entender que esto es lo más importante que he

hecho nunca.

Los pechos exageradamente grandes de Dorothy están en estado de máxima alerta, y apreciaría que su camiseta tuviera unos quince centímetros más de anchura.

—¿Qué es lo más importante que has hecho? —pregunto—. Me temo que no sé a qué te refieres.

—Ayudar a atrapar a alguien. Tú siempre has sido la que caza a los criminales, Kay. Y yo no soy más que la mujer guapa y exagerada que hace cuanto puede por mantener la compostura mientras no deja de envejecer, joder. Es que mírame. Da igual lo que haga.

Empiezo a decirle que deje de ir a las cabinas de bronceado. Su piel parece pintada con espray, pero me muerdo la lengua. No necesita mis críticas, y quizá yo no soy la única que se siente patológicamente insegura, pero no lo dejo traslucir la mayor parte del tiempo.

—Te diré lo que nos hace falta. —Dejo el café sobre la mesilla de noche—. Si vas al vestidor y abres el primer armario a la izquierda, encontrarás algo especial que guardo para las mañanas lluviosas como esta.

—Un canuto estaría bien.

—Un whisky irlandés buenísimo —le contesto—. Ve y sírvenos dos copas. Luego hablaremos, siempre que no me preguntes nada que no debas preguntar.

Miro a mi hermana mientras entra en el gran vestidor forrado de cedro y la oigo abrir el armario y sacar el corcho de la botella.

—Deberíamos llamar a mamá por teléfono esta mañana. Las dos —le digo cuando vuelve.

—No, a menos que se ponga los audífonos. Estoy harta de gritar. —Deja la copa de whisky al lado de mi café—. Nunca estás aquí. De hecho, desde que te fuiste a la universidad, nunca has vuelto a estar aquí. Siempre he estado sola con ella y ahora es a mí a quien le busca las cosquillas.

—Siento mucho oír eso.

—Y el negocio de los libros ya no es lo que era, ¿sabes? Los niños no quieren leer lo que escribo, no en los tiempos que corren.

—No me lo creo.

—O sea, seamos realistas. Nunca me invitarán a la Comic Con. —Mi hermana parece bastante chafada.

—Nunca digas nunca, eso no se sabe.

Pruebo el whisky y su calor me baja por la garganta, más que el café hirviendo, pero de otra manera.

—Nos pasamos la vida reinventándonos, Dorothy. Nunca lo había entendido hasta que me hice un poco mayor y más sabia.

—Bueno, pues nuestra madre ha decidido que yo soy la fracasada. Antes lo eras tú, por tu divorcio y por no haber tenido hijos, y porque luego decidiste ser un médico de muertos para no tener que preocuparte de perder pacientes, de que se te murieran entre las manos.

—Seguro que eso es lo que dice mamá. —Cojo mi taza de café.

—Eso y lo de liarte con un hombre casado.

—Mamá necesita decir que nosotras hemos fracasado porque ella se siente igual —afirmo—. Ella nunca tuvo la oportunidad de hacer ninguna de las cosas que nosotras hacemos, y quizá se cuestiona cuál ha sido su objetivo en este mundo. Si es como digo, no es muy gratificante sentirse así cuando tienes casi ochenta años.

—Pues mira. —Dorothy le da otro trago al whisky como si necesitara valor, cuando en realidad no le falta—. Somos las únicas hermanas que tenemos, ¿verdad? Entonces estamos juntas en esto, y sobre todo quería asegurarme de que no tienes problema con lo de Pete y yo.

—La verdad es que no sé mucho de Pete y tú —respondo mientras cierta indignación, que no tengo derecho a sentir, me invade por dentro.

—Vamos en serio y me harías un favor si me haces creer que

por lo menos hice algo útil para atrapar a ese monstruo. ¿Cómo se llamaba? Carrie Gretchen.

—Grethen. Y fuiste de gran ayuda —respondo.

Es la verdad, pero no de la forma que mi hermana habría previsto. Fue de ayuda porque ella sola trajo a Carrie hasta mi puerta. Fue Dorothy quien empezó a responder a las publicaciones de Facebook de alguien que decía ser una amiga de la infancia en Miami. Mi hermana se tragó el anzuelo, el sedal y el plomo e inició una correspondencia con Carrie que le proporcionó más información de la que ya tenía.

Dorothy le dijo sin empacho que me había puesto motes desagradables y que mi padre había grabado un anuncio radiofónico para dar publicidad a su tiendecita de comestibles. Carrie debió de echarle la mano encima a la grabación, o quizá fue Theo Portison. No serviría de nada que yo le restregara por la cara a Dorothy que entabló una larga conversación con una perfecta desconocida durante un vuelo y que luego la invitó a mi casa y casi consigue que nos maten a todos y secuestren a Desi. Dorothy no puede rivalizar con las maquinaciones de Carrie.

Pero ninguno de nosotros puede, o no habríamos perdido tantos años ni destruido tantas vidas para atraparla.

47

—Un minuto para lavarme la cara y ponerme el batín, por favor. —Me alejo de la cama en dirección al baño—. Luego bajaremos a Tesla y a Sock y podrás ayudarme en la cocina. ¿Qué hace Desi? ¿Ya se ha levantado? —le digo a Dorothy.

—Ha dormido con Janet —oigo que me responde—. Creo que han empezado a preparar el brunch. Querían ayudar para darte una sorpresa.

Me llega el olor de las salchichas cociéndose. Y, en casa, Desi es el carnívoro por excelencia, junto con Marino.

—¿Por qué se lo quería llevar, Kay? ¿Por qué alguien llegaría tan lejos para secuestrar a un niño de nueve años?

Me detengo frente a la puerta del baño y la miro, preguntándome si habla en serio, y por desgracia lo hace.

—Algunos han llegado a extremos peores que Carrie —le respondo, pero mi hermana no quiere conocer algunos de los horrores que he visto.

—Bueno, honestamente, no lo pillo.

Dorothy no lo entendería porque nunca le ha preocupado Lucy, y esa es otra cosa de la que necesito desprenderme.

Bajamos las escaleras, con un cachorro de bulldog revoltoso y un galgo viejo y lento pisándonos los talones. En la cocina Janet tiene la ventana abierta sobre el fregadero. El sonido y el olor de la lluvia se propagan en el aire caliente y húmedo, y mis pensamientos se disipan en la tormenta. Desi está poniendo la mesa en el comedor mientras Dorothy prepara más café, pero no tengo la cabeza aquí.

He vuelto a mi barrio de Miami y veo a la niña que fui, menuda y flaca, con el pelo rubio casi blanco, los ojos azul claro

y la ropa barata. Veo mi casa amarilla, apenas más grande que una caja de zapatos, y lo que queda de un jardín invadido por la maleza, cuya valla de alambre flácida en tres sitios no impedía que se colara cualquier cosa, ni los gatos ni los perros del barrio, o incluso algún loro que se escapaba de vez en cuando. Lo veo todo como en una película o un viaje en el tiempo, y en este momento un trueno desgarra el cielo y un relámpago ilumina las ventanas.

—¡Ostras! —exclama Desi cuando vuelve a entrar en la cocina. Han saltado los plomos—. La luz del comedor ha dejado de funcionar de golpe.

El generador de reserva se ha puesto en marcha, pero solo algunas zonas de la casa tendrán electricidad. Afortunadamente, la cocina es una de ellas. En ese momento, alguien aporrea la puerta trasera.

—Es Marino —anuncia Janet mirando su teléfono—. Acabo de ver su mensaje. Estaba en la puerta principal, ahora está en la de atrás y necesita verte, Kay.

—No he oído su coche.

—La lluvia arma demasiado ruido como para oír nada —dice Janet.

Avanzo por el pasillo, dejando atrás la despensa, para ir a la parte trasera de la casa.

Cuando abro la puerta, me encuentro a Marino encorvado, con un chubasquero amarillo y la capucha subida. Me dice:

—Necesitamos un sitio para hablar en privado. El timbre de delante está roto. He llamado para intentar ser educado por una vez.

—Debes de haber tocado el timbre original de la casa y no está conectado a nada. ¿No has visto la cajita moderna con el botón iluminado que tenemos desde que vivimos aquí?

—Está oscuro como boca de lobo. ¿Qué tal si coges un paraguas o algo de eso y hablamos aquí fuera?

—¿Bajo una lluvia torrencial con truenos y relámpagos? ¿Qué

tal si entras y te sirvo un café?

—No. Nos quedamos aquí mismo —dice señalando a su lado. ¡En serio, Doc! No estoy de coña.

Lo veo claramente y cojo una chaqueta impermeable del perchero. Me la pongo, me subo la capucha y ajusto el cordón. Salgo, cierro la puerta y me coloco frente a él, bajo el chaparrón fulminante.

—¿Qué pasa, Marino? ¿Tienes miedo de que haya dispositivos de vigilancia en la casa? ¿Es ese el problema? —le pregunto porque, por lo que sé, podría haberlos—. Voy a tener que hablar con Page y asegurarme de que no ha dejado entrar a nadie, quizá alguien que se haya hecho pasar por un técnico de servicio.

Es el tipo de cosas que Carrie podría hacer, le explico mientras la lluvia me golpea fríamente el cogote cubierto. Pero Marino apenas me escucha y empiezo a intuir problemas mayores.

—No pienso correr ni un puto riesgo, Doc.

—¿Por qué has venido? ¿Qué pasa?

—No sé cómo decirte esto —dice, y siento una arcada al instante—. ¿Están bien Benton y Lucy? —Casi no puedo hablar y solo puedo pensar en ellos volando y conduciendo con este tiempo.

—¿Cómo? No sé. Supongo que sí.

Marino tiene la mirada desenfocada y está como en la luna.

—¿Qué te pasa?

Levanto la voz por encima del agua que repica en los adoquines y del viento que sacude las copas de los viejos árboles.

Los pétalos de flores aplastados se desparraman por el césped como jirones de papel de seda en tonos pastel, y los charcos crepitan bajo la lluvia que salpica la hierba y el mantillo.

—¿Ese pañuelo azul con estampado de cachemira que llevaba Desi? —dice Marino a voces mientras el agua le cae por el pico de la capucha—. El ADN plantea un problema. Es peor que un

problema.

Carrie llegó a la puerta de mi casa como cualquiera habría hecho, se plantó delante, sonriente. Es como si la estuviera viendo. Y Dorothy la condujo a través de la casa. Carrie y el dron aparecieron en el jardín trasero precisamente en el mismo instante, privando a Janet de cualquier posibilidad de defenderse o de defender a nadie. Sin duda, esta es probablemente la razón por lo que Marino insiste en que hablemos fuera, en pleno aguacero.

Carrie Grethen estuvo en mi casa. Es posible que colocara un dispositivo o dos durante ese tiempo. Dorothy no se habría percatado de nada. Según parece, no empezó a sospechar que algo no cuadraba hasta que Carrie le dio a Desi el pañuelo azul con estampado de cachemira, ordenándole que se lo pusiera y se quedara a su lado mientras ella manejaba el controlador de vuelo antes de entregárselo para que destruyera a su familia adoptiva.

—¿Te ha llamado alguien del laboratorio de ADN? —pregunta Marino.

Reúno fuerzas para afrontar el resto de las malas noticias que va a comunicarme.

—Todavía no.

—Bueno, yo acabo de enterarme. Puede que no quieran molestarte enseguida, después de tu ingreso en el hospital. Pero tienes que saber la verdad, y por eso estoy aquí fuera, bajo la maldita lluvia, contigo.

Suena un trueno lejano.

—¿Quién ha descubierto qué?

El agua salpica mis zapatillas de andar por casa, y el dobladillo de mi pijama y mi bata ya están empapados.

—El ADN de Elisa Vandersteel está en el pañuelo, lo que tiene sentido porque era suyo. También el ADN de Carrie y el de Temple Gault.

Estoy segura de que no he oído bien por culpa del ruido que

nos rodea. Sin embargo, una parte de mi cerebro sabe lo que se viene encima, aunque quiera negarlo.

—Lo siento… —empiezo a decir.

—Sé lo que estás pensando, pero me has entendido bien —continúa Marino—. Tenemos una coincidencia con el ADN de Gault en la base de datos porque nunca ha sido expurgado. Hay un montón de casos abiertos que los federales siguen intentando relacionar con él. Y, por supuesto, tenemos una coincidencia con Carrie porque cómo coño no iba a estar ella ahí.

—Esto es imposible. ¿Cómo llegaría el ADN de Temple Gault al pañuelo a menos que Carrie tenga alguna fuente y la haya contaminado deliberadamente…?

—No. —Marino mueve lentamente la cabeza de un lado a otro, que le chorrea agua, con los ojos muy abiertos—. No, no, no lo estás entendiendo, Doc.

—¿Qué se supone que tengo que entender, Marino? —Me niego a creer lo que está a punto de decir. Una emoción increíble me invade cuando empieza a explicármelo.

—Al principio no entendíamos por qué el ADN de Desi no estaba en el pañuelo, la pañoleta o como quieras llamar a lo que llevaba atado al cuello. Su ADN debería estar ahí.

Es como si la condensación de una ventana se despejara y por fin pudiera ver lo que hay al otro lado. El pequeño Desi, con su cara angulosa y sus hipnóticos ojos azules.

—Su ADN estaba en el pañuelo después de todo…

No hay mejor pescador que Carrie. Ella sabe muy bien qué hacer. Sabe esperar pacientemente y sabe cuándo recoger el sedal. Te pillé.

—¿Entiendes adónde quiero ir a parar? —me pregunta Marino.

La lluvia se ha transformado en un rugido mientras recuerdo lo que Lucy me contó sobre el embarazo de Natalie.

Utilizó un donante de esperma y una madre de alquiler que había seleccionado cuidadosamente, pero lo cierto es que el proceso pudo haber sido manipulado.

Eso sería un juego de niños para Carrie, y no habría ninguna razón para que Natalie descubriera la verdad sobre el ADN de Desi. Habría sido necesario que lo introdujeran en una base de datos criminal para dar con sus padres biológicos, y eso era algo muy improbable. Pero Carrie forzó la situación a una conclusión; una conclusión que yo nunca habría anticipado.

—Debió de guardar el esperma de Temple Gault, congelarlo o algo de eso —sugiere Marino mientras una ráfaga de viento le aleja la lluvia del rostro—. Ya sabes, ¿como esas esposas de militares cuando el marido parte a la guerra…?

—Sé lo que tuvo que hacer, me lo imagino perfectamente —respondo—. ¿Lo hemos confirmado con el ADN de Desi? Le hicieron un frotis con fines excluyentes.

—Sí, está confirmado. Carrie es la madre de Desi. Temple es el padre.

—Solo biológicamente.

—Ella pensaba llevárselo, Doc. Carrie iba a criarlo para que fuera el próximo monstruo. Un híbrido de ella y Gault. ¡Santo cielo! ¡Qué suerte tuvo de que Natalie muriera y ella pudiera poner en marcha su plan! —continúa Marino.

Marino ya lo ha descifrado todo en su cabeza.

—Carrie se las arregla para crear un incidente en Maryland, y tú, Lucy y Benton os vais hasta allí —continúa mientras una ráfaga de viento arrastra una cortina de lluvia a través del jardín—. O supuso que os largaríais de la ciudad, dejando solos a Dorothy, Janet y Desi. Solo que tú estropeaste las cosas quedándote aquí, y entonces había que lanzar el ataque en tu casa…

—No tengo ni idea de lo que estaba planeando ni por qué —respondo—. Solo sé que todo ha terminado y todos estamos a salvo.

—Excepto Desi. ¿Qué les diremos a Lucy y a Janet?

—Les diremos la verdad. Desi no es responsable de quiénes son sus padres biológicos. Si hubiera sido adoptado y no tuviéramos ni idea de quiénes son sus padres o de dónde viene, eso no cambia nada. No hay garantías sobre el futuro de nadie, Marino. Ni siquiera cuando se trata de tu propio hijo biológico.

—Pero ¿y si fuera como ellos? Quiero decir, en serio. Piénsalo. Está aquí, con nosotros. ¿Y si al crecer empieza a parecerse a ellos? O sea, ¿por muy genial que pueda ser el chico ahora? ¿Y s i…?

—No va a criarse con ellos —respondo—. Va a criarse con nosotros. Ahora entremos en casa. Vamos a seguir con el brunch. Estaba pensando en preparar una jarra de mi bloody mary.

Volvemos a entrar en casa, nos quitamos los chubasqueros y el agua gotea sobre la alfombrilla y el suelo de madera. Me arranco las zapatillas empapadas de una patada y entro en el cuarto de baño.

—Creo que tengo lo que necesito para hacer tarta de mantequilla de cacahuete —le digo lanzándole una toalla.

—¿Desde cuándo haces esos postres si puede saberse? —pregunta Marino. Da la impresión de haber visto un fantasma, y en cierto modo así es.

—Parece un buen día para prepararlo, con Dorothy en casa, y a ella le encanta la mantequilla de cacahuete y el chocolate, es bastante golosa. —Vuelvo a conectar la alarma—. Pero eso seguro que ya lo sabes por ella —deslizo mientras volvemos a la cocina, donde Desi se ha subido a una banqueta y saca platos de un armario.

Contemplo su cuerpo esbelto de hombros anchos con el traje de calentamiento de los Celtics que le regaló Marino. Desi no será muy grande ni muy alto, pero ya es grácil y ágil, y se está poniendo fuerte. Me mira con sus grandes ojos azules mientras baja del taburete con una pila de platos. No he vuelto a hablar con él desde todo lo sucedido. Le cojo los platos.

—Creo que sabes dónde están las servilletas —le digo.

—Sí, señora.

—Hazme un favor y ve a buscarlas, y yo te ayudo a poner la mesa.

—Ya he puesto el mantel y las servilletas. Espero haber elegido bien —dice cogiéndome de la mano.

—Lo importante es que vayan a juego.

Salimos de la cocina cogidos de la mano y tomamos la primera puerta a la izquierda que da al comedor.

—¿Cómo aprendiste a pescar, Kay-Kay?

Así es como me llama Desi.

—¿Por qué lo preguntas? —Enciendo la lámpara de alabastro.

—Me preguntaba por qué se te ocurrió coger mi caña de pescar cuando la mujer mala quería hacernos daño con el dron.

Abro las cortinas para contemplar la lluvia, que azota el jardín en la niebla trémula de primera hora de la mañana. El viento sacude los abetos y los rododendros, y de vez en cuando las gotas golpean los cristales como un latigazo.

—A mí no se me ocurrió —dice Desi antes de darme tiempo a responderle—. Cuando intentaba obligarme a hacer cosas, no se me ocurrió hacer lo que hiciste tú. Debería haber atrapado el dron con mi caña de pescar y destruirlo a pisotones.

—Pisotearlo habría sido demasiado peligroso.

—Podría haberlo golpeado con mi bate de béisbol.

—No hay que acercarse tanto a una cosa así. Piensa que es como una carabela portuguesa gigante que ves en la playa con sus largos tentáculos. ¿Qué haces?

—¡Mantenerme lejos!

—Exactamente.

Me sigue alrededor de la mesa, dejando una servilleta a la izquierda de cada plato que coloco sobre el mantel.

—Pero ¿qué te hizo pensar en mi caña de pescar? —Está claro que no va a parar hasta que le responda.

—¿Sinceramente? Es que no se me ocurrió otra cosa.

Abro un cajón del mueble de la vajilla, y los cubiertos tintinean cuando los sacamos.

—Cuando vi lo que estaba haciendo tuve que actuar rápido. Tuve suerte.

—¿Por qué esa mujer quería hacernos daño?

—Hay gente que no es feliz si no hace daño a los demás.

—Lo sé, lo sé. Mis madres siempre me dicen eso —contesta Desi, que últimamente ha empezado a referirse a Lucy y Janet como sus madres. Específicamente mamá y mamás. Lucy es la segunda mamá.

—Pero ¿por qué vino aquí y quiso que yo hiciera daño a alguien?

Me paro un momento y lo miro antes de decirle:

—Lo que importa es que no lo hiciste. Le dijiste que no y no hiciste lo que ella quería. Y eso hace de ti una buena persona, una persona fuerte.

—Supongo que sí —responde, y luego sale corriendo del comedor.

Oigo abrirse la puerta que da al sótano y sus pasos veloces en la escalera. Cuando vuelvo a la cocina, está de pie junto a la mesa del desayuno con una caña de pescar. No es la suya, porque la policía se la ha llevado como prueba, pero ha ido a buscar la mía del sótano y me mira con semblante muy serio. Reconozco el viejo carrete giratorio con su caña telescópica negro grafito, y todo está cubierto de polvo.

—¿Me enseñas cómo lo hiciste? —me dice tendiéndome la caña.

—No soy una experta y no podemos hacerlo dentro de casa. —Sujeto la caña por el pie del carrete, entre los dedos corazón y anular de la mano izquierda—. Pero suelto unos quince centímetros de sedal desde la punta de la caña, así. Y lo tenso lentamente bajo mi dedo índice.

Le enseño cómo se hace, y el carrete hace clic-clic.

—Lo mantengo y abro el arco. ¿Y sabes cuál es la parte más

importante después de eso?

—¿Cuál?

—Apuntar. Tienes que apuntar con la caña hacia donde quieres que aterrice el hilo. Apuntas a tu objetivo. Tienes que saber cuál es. Luego levantas la caña y la cargas usando el codo y la muñeca. Y la dejas ir —explico—. Como la mayoría de las cosas en la vida, todo es cuestión de sincronización.

—¡Es hora de preparar las bebidas! —anuncia Marino entrando en la habitación con Benton y Lucy detrás de él.

—Vodka Tito’s, zumo V8, limones frescos. ¿Quién viene a ayudarme? —digo mientras camino directa hasta Benton para abrazarle y besarle.

—¡Yo! —exclama Desi corriendo a la despensa donde guardamos el alcohol.

—Tengo el V8 y los limones —dice Janet abriendo el frigorífico.

—¿Dónde guardas las jarras y los vasos? —pregunta Dorothy abriendo armarios.

—Me alegro mucho de que los dos hayáis vuelto sanos y salvos con este tiempo tan horrible.

Abrazo a Lucy también, sin acertar a saber si está al tanto de lo de Desi.

Pero no tengo ninguna intención de sacarlo a relucir ahora. No tiene que ser importante, y si descubrimos que lo es, ya se nos ocurrirá una solución.

—Worcestershire, Tabasco, ¿mis condimentos especiales? ¿Quién me echa una mano?

Le quito la botella de vodka a Desi y le propongo que me ayude a lavar el apio en el fregadero.

—Mira, rompemos los tallos así. —Él se sienta a mi lado en su taburete—. Ahora los enjuagamos con agua fría y les quitamos las fibras porque son duras y a nadie le gusta comérselas.

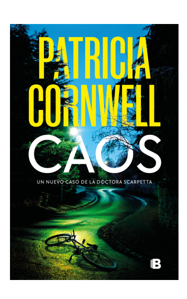
—Son como hilo dental.

—Y las quitamos todas. Muy bien. Déjalas ahí mismo, en el

triturador de basura.

—¿Así? —Sus manos están junto a las mías mientras enjuagamos un tallo debajo del grifo.

—Exactamente así. —Y lavamos juntos el apio, sacando hasta el último rastro de tierra.



Una tarde de finales de verano en Cambridge, Massachusetts, la doctora Kay Scarpetta y su compañero de investigación, Pete Marino, responden a una llamada sobre una joven ciclista muerta que parece haber sido atacada con una fuerza casi sobrehumana.

Antes de que la sede de Scarpetta haya sido notificada oficialmente sobre el suceso, el agente Marino y Benton Wesley, el marido de la doctora Scarpetta, miembro del FBI, reciben llamadas de alguien supuestamente de la Interpol interesándose sobre el crimen. Pero no tiene sentido. ¿Por qué la agencia policial internacional conocería el caso o estaría interesada en él?

Pronto se hace evidente que las llamadas podrían ser obra de un ciberacosador anónimo llamado Tailend Charlie, que ha estado enviando a Scarpetta comunicaciones crípticas con informaciones privadas de su pasado desde hace más de una semana. Ni siquiera Lucy, su brillante sobrina experta en tecnología, puede rastrear cómo esta persona ha podido tener acceso a información tan personal. Cuando una segunda muerte conmociona a la doctora hasta lo más profundo, se hace evidente que ella y sus seres queridos se enfrentan a algo mucho más grande y peligroso de lo que jamás habían imaginado.

Patricia Cornwell publicó su primera novela, Post mórtem, en 1990, mientras trabajaba en la oficina del jefe médico forense en Richmond, Virginia, convirtiéndose en la única novela que ha recibido en el mismo año los premios Edgar, Creasey, Anthony y Macavity, así como el francés Prix du Roman d'Aventure. La serie de la doctora Scarpetta se ha convertido en un fenómeno internacional que ha obtenido múltiples galardones.

Patricia Cornwell nació en Miami, se crio en Montreal y en Carolina del Norte, y vive y trabaja en Boston.



Título original: *Chaos*

Primera edición: octubre de 2024

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marina Martínez Oriol
Fotografía de portada: © Richard Nixon / Trevillion

ISBN: 978-84-666-7371-6

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Índice